VICENTE RISCO

EL ORIENTE
CONTADO CON SENCILLEZ

CON
BIBLIOTECA
CONTADA
SÁNCHEZ

BIBLIOTECA
CONTADA
CON
SÁNCHEZ

25
A. 63

ALLARIZ

LA HISTORIA DE ORIENTE CONTADA CON SENCILLEZ

R. 2530

VICENTE RISCO

LA HISTORIA DE ORIENTE CONTADA CON SENCILLEZ

ESCELICER, S. L.

ALLARIZ

Bufl
209

Impreso en los Talleres de ESCELICER, S. L., de Cádiz, Obispo Cirilo y Valera, 4 al 12

CAPITULO I

Oriente y Occidente

ORIENTE, del latín *orientis* —derivado del verbo *«orior»*, nacer, salir, levantarse, comenzar; o bien de *«oriris»*, aparecer, nacer—, indica el punto por donde nace el sol. Se levanta el sol por Oriente, y camina hacia el Occidente, y en el siglo pasado se dijo mucho en Europa, que «la civilización sigue el curso del sol».

Con arreglo al Oriente se determinan los otros puntos cardinales: si nos colocamos mirando al Oriente, tendremos a nuestra espalda al Occidente, el Mediodía a la derecha y el Septentrión a la izquierda; así es como nos enseñan en la escuela a «orientarnos»... Pero «orientarse» es también buscar el camino que hemos de seguir en nuestros estudios, en nuestra profesión, o en los diversos negocios de la vida.

Empleamos la palabra «Oriente», en sentido geográfico y en sentido histórico-cultural.

Geográficamente, Oriente no designa un lugar, sino una dirección, y es término relativo. Para nosotros, son «orientales» los países que están al Este del nuestro, y occidentales los que están al Oeste; pero esta relación varía para cada país. América es, para nosotros, Occidente, y sin embargo, encontramos una provincia llamada «Oriente» en Colombia, otra en Cuba, otra en el Ecuador, y el Uruguay es llamado «República Oriental».

La palabra «Oriente» es latina y la emplearon primeramente los romanos para designar los países que estaban al Oriente de Roma. También allí hubo divisiones administrativas que se llamaron «Oriente», y desde la división del Imperio, en el año 395 de nuestra Era, hubo un Imperio de Oriente, que duró hasta el año 1453. Sin embargo, aunque este Imperio tenía provincias europeas, a lo que principalmente se llamó Oriente fué al Asia. Y como los pueblos del Asia, aun los comprendidos dentro del Imperio Romano, conservaban restos importantes de una civilización diferente de la civilización de los romanos y de los griegos, que nosotros llamamos *«clásica»*, tenían diferentes dioses, hablaban idiomas diferentes, como el griego de Asia, el arameo, el hebreo, practicaban costumbres diferentes, llevaban otros vestidos, sentían gran afición por el lujo, la pompa y los adornos, se dejaban crecer las barbas, etc., la palabra Oriente y sus derivadas pasaron a significar, no ya tan sólo una situación geográfica, sino todas aquellas cosas que constituían la civilización oriental. Sin perder su sentido geográfico, adquirió un sentido «histórico».

Los romanos conocieron, hasta cierto punto, los pueblos orientales que limitaban con su Imperio: Persia, Arabia, y tuvieron noticias vagas de la India y de otros países del Asia. Durante muchos siglos, los europeos no supieron de ellos más que lo que los griegos y los romanos dejaron escrito. Desde el viaje del veneciano Marco Polo, y sobre todo desde el establecimiento de los portugueses en la India, y gracias principalmente a los misioneros de la Compañía de Jesús, se empezaron a conocer India y China. En España se publicaban entonces libros originales sobre los países de Oriente, como los de Fray González de Mendoza, *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del Gran reyno de la China* (Roma y Valencia, 1585), del P. Luis de Guzmán, *Historia de las Misiones de los Jesuitas en la India Oriental y en los reynos de la China y Japón* (Alcalá, 1601) y del P. San Román, *Historia general de la India Oriental de Portugal* (Valladolid, 1603).

Más conocidos eran los países musulmanes. Pero la

historia antigua del Asia Anterior y del Egipto, comprendido también en el Oriente, no comenzó a ser estudiada hasta que en el siglo XIX se iniciaron las excavaciones sistemáticas en aquellos países. Lenormant, Maspero y otros sabios occidentales, se dedicaron especialmente a la historia del Asia occidental, considerando que formaban una suerte de unidad cultural, idea que ni es enteramente cierta, ni enteramente equivocada. Consideraban aquellos autores que la «historia antigua de los pueblos de Oriente» era previa a la de los pueblos «clásicos», o sea griegos y romanos, una especie de primer capítulo de la Historia Universal.

* * *

Los griegos y los romanos conquistaron e impusieron su dominación en muchos países del Asia. Los griegos llegaron con Alejandro hasta la India; los romanos no llegaron tan lejos, sino solamente hasta los límites del Imperio Persa. Pero ni unos ni otros despreciaron a los orientales, sino al contrario, los admiraron en muchos respectos; los grandes filósofos griegos viajaron por el Oriente para estudiar, o hicieron creer que habían viajado; los sabios asiáticos y egipcios, y aun muchos que no eran más que charlatanes, eran bien recibidos en las ciudades griegas e italianas y adquirían en ellas adeptos y admiradores.

Nosotros mismos celebramos a muchos filósofos y escritores orientales, creyendo que son griegos, porque llevaban nombres griegos:

Los autores cristianos de la Edad Media estimaban el Oriente como fuente y origen de todo lo bueno. Según Rábano Mauro, el Oriente representa a Jesucristo, verdadero sol que en Oriente se levanta, y que fué El mismo llamado «Oriente» por el profeta Zacarías: «He aquí que viene un varón, Oriente es su nombre»; en cambio en Occidente está todo lo malo, el Occidente significa el infierno, en él reina el diablo, pues el diablo dijo, según Isaías: «Pondré mi trono en el Aquilón».

En el Renacimiento, la idolatría clasicista hizo que el Oriente comenzase a desmerecer a los ojos de los europeos; pero después, los misioneros jesuítas como Roberto dei Nobili y Mateo Ricci, supieron apreciar altamente la ciencia, el arte y la filosofía de la India y de la China. El descubrimiento de la literatura sánscrita despertó gran entusiasmo en los románticos alemanes.

Después de las exaltadas ponderaciones de los románticos, debía venir en Europa, para el Oriente, una época de desvaloración, de menosprecio. En efecto, los sabios positivistas de la segunda mitad del siglo XIX y los pensadores partidarios del progreso consideraban a los pueblos de Oriente como pueblos «atrasados», cuya civilización de ningún modo podía compararse con la nuestra. Eran pueblos incapaces de progreso, que solamente gracias a la colonización europea, establecida ya en la India o Indochina, podían ser redimidos de su estancamiento. Eran gentes, en su inmensa mayoría, ignorantes, fanáticos, imbuídos de ideas absurdas, de supersticiones repugnantes, sumidos en el vicio y en la pereza, organizados en sociedades que se asentaban en el despotismo y en la esclavitud. Sus concepciones científicas eran infantiles, su arte lleno de pesadez y de mal gusto, hasta la monstruosidad, su literatura fantástica o indigesta, su pensamiento tímido y rutinario...

Se concedía que los chinos habían realizado algunos inventos útiles, que los indos —que entonces aún no eran llamados en Europa «hindúes»— habían escrito algunos poemas y dramas apreciables, que algunos japoneses, como Utamaro y Hokusai, habían realizado algunos dibujos graciosos; pero desconociendo éstos la anatomía, la perspectiva y el claroscuro, los indos las proporciones y los preceptos clásicos, y manteniéndose los chinos en un «estado social» —así decían entonces— estacionario.

Claro que muy pronto habían de proporcionar los japoneses a la envanecida Europa una sorpresa poco tranquilizadora, manifestando una asimilación rapidísima de los medios materiales y de la ambiciosa energía en que se fundaba el incontrastable poderío del Occidente...

Entonces se rehabilitaron un poco a nuestros ojos ciertos aspectos de las culturas del Extremo Este.

En general, el Oriente comenzó a inquietarnos. Ya mucho antes se hablaba del «peligro amarillo», pero ahora, el ejemplo del Japón nos anunciaba el «despertar de los hombres de color».

En nuestros días, el Oriente ha vuelto a bajar en nuestra estimación. Incluso investigadores de la filosofía oriental, la tratan con notoria injusticia. Como no es propiamente racionalista, se dice que no es verdadera filosofía, sino «sabiduría», palabra que se emplea, en este caso, en sentido casi despectivo. No obstante, algunos pensadores y psicólogos actuales saben todavía estimar lo que en ella es digno de estimarse, y apreciar el valor de sus puntos de vista. En cuanto al arte, sin dejar de reconocerle ciertos méritos, se le considera, igual que la filosofía, como producto de una mentalidad distinta de la nuestra y que no nos podemos asimilar. Una posición relativista muy extendida sostiene que, en último caso, las civilizaciones orientales pueden ser legítimas y buenas para los orientales, mas no lo serían para nosotros.

Conciben muchos escritores europeos la diferencia entre la mentalidad oriental y la mentalidad occidental, como si hubiera entre ambas una contradicción profunda.

Otros, por el contrario, consideran que el Oriente y el Occidente deben entenderse y completarse, pues solamente uniendo el espíritu oriental y el espíritu occidental, puede obtenerse un tipo de hombre íntegro y perfecto.

* * *

También es verdad que no se puede hablar de «una civilización oriental». Vamos a ver muy pronto que hay varias civilizaciones orientales bastante diferentes. Sin embargo, con relación a nosotros, existe entre aquellas y la nuestra una divergencia muy marcada, que nos permite establecer entre las civilizaciones orientales ciertos principios comunes, gracias a los cuales podemos refe-

rirnos a una «mentalidad oriental» y concebir un tipo humano al que llamamos «hombre oriental».

Son muchos los que consideran esa mentalidad oriental incomprensible para nosotros, los que creen que nuestras limitadas facultades no nos permiten penetrar en la psiquis de los hombres del Asia.

Esta es la causa de que se apliquen corrientemente al Oriente los calificativos de «enigmáticos», de «misteriosos», etcétera, que aparecen en los títulos de las películas, de las novelas de aventuras y de los reportajes periodísticos: *Asia misteriosa, El extraño Oriente, La India enigmática...*

Sin embargo, podemos determinar los principales rasgos que los separan de nosotros, y mediante ellos, caracterizar lo que hay de común en sus civilizaciones.

En primer lugar, las sociedades asiáticas han mostrado hasta hoy una *estabilidad* multisecular que las hace parecer, a nuestros ojos, inmutables, como si para ellas no pasase el tiempo. En la China, en la India, en Indochina, en Persia, en los demás países musulmanes, las creencias, las instituciones y las costumbres parecen haber sido esencialmente las mismas desde hace decenas de siglos. El fenómeno de la *moda*, que entre nosotros afecta no sólo a los vestidos, a los usos sociales y a las diversiones, sino también a las artes, a las letras, a la política, incluso a las ideas, a la filosofía y a las ciencias, puede decirse que *no existe* en Oriente.

Al lado de los orientales, nosotros parecemos esencialmente inconstantes y veleidosos, eternamente descontentos, en perpetuo cambio y agitación, y lo somos en efecto. Nuestra característica es la inestabilidad.

Las sociedades asiáticas están fundadas en la *tradición*. Tradición y cultura son allí la misma cosa. La tradición abarca las doctrinas, las instituciones, los conocimientos de toda clase y las costumbres. Todos los aspectos de la civilización presentan en los países orientales una coherencia entre sí, tal como no ha existido en Europa más que en la Edad Media.

* * *

Quedábamos en que hay muchas civilizaciones orientales diferentes, poseyendo cada una su propio principio de unidad, distintos de los de las demás. Las culturas de las naciones europeas y americanas difieren en lo interno, y se parecen cada vez más en lo externo; en los países de Oriente—en Oriente no hay naciones—sucede algo inverso: las diferencias externas (aspecto de las edificaciones, del vestido, de la alimentación, de las costumbres, de las diversiones, etc.) son, o han sido hasta ahora, más marcadas que las diferencias en el pensamiento, en el concepto de la vida y en la actitud del hombre frente al mundo, aunque también estas diferencias existan.

Es necesario, pues, establecer una división, y de hecho siempre se ha establecido entre los pueblos de Oriente, por los sabios occidentales que se han dedicado a su estudio.

Esta división no puede fundarse, como en Occidente, en las *naciones*, porque el concepto de nación es un concepto y un hecho puramente occidental, que no existe en Oriente. Los orientales se diferencian por la raza, por la religión, por la lengua, por las costumbres, es decir, más por circunstancias culturales, que por circunstancias geográficas o políticas. La raza misma se confunde muchas veces con la tradición; así, en los países musulmanes, se llama a veces *persas* a los que pertenecen a la secta chiita; en la India, *persa (parsi)* es el que sigue la religión de Zoroastro, e *hindú* el que sigue la tradición brahmánica. Es cierto que los partidos que defienden la independencia de aquellos países frente a la dominación o la influencia europea, se llaman *nacionalistas*, pero esta palabra, lo mismo que la idea que representa, son cosas importadas de Occidente, que sólo comprenden unos pocos «intelectuales» europeizados.

No puede hacerse una división del Oriente más que atendiendo a las diversas culturas, a las diversas tradiciones.

Aquí tenemos que atenernos a las grandes divisiones, a aquellos *mundos culturales* que comprenden cada uno un grupo de tradiciones muy próximas o muy relacionadas, teniendo en cuenta que estas divisiones se refieren al

Asia, mas incluyendo, fuera de ella, las islas de la Indonesia y el Egipto.

Como, además, la división que necesitamos no es geográfica ni política, sino histórica, comenzaremos por distinguir tres grandes *mundos culturales*, que todavía existen, a saber: el *mundo islámico*, que comprende los países que hemos dicho componían hace poco el Próximo Oriente, y además la Persia (con lo que queda completo lo que hoy llaman Oriente Medio); el *mundo indico* o *hindú*, que comprende la India, con el Tíbet, Nepal, Birmania, Cambodge, Siam y la Indonesia; y el *mundo chino*, comprendiendo la Mongolia, Corea, Japón y parte de la Indochina (Tonkin, Annam, Conchinchina).

Históricamente, las culturas extremo-orientales del mundo chino y las culturas del mundo hindú ofrecen, en general, una continuidad suficiente desde sus orígenes, para que su historia pueda ser referida sin interrupción, salvo, en todo caso, la primitiva cultura del Indo, que puede y acaso deba ser tratada aparte.

No pasa lo mismo con lo que llamamos mundo islámico. El Islam, la doctrina predicada por Mahoma, es un fenómeno histórico bastante moderno; el Islam no cuenta más que 1331 años de existencia. Antes del año 622, primero de la Hégira o Era mahometana, antes del nacimiento mismo del Profeta, han ocurrido en aquellos países sucesos de inmensa importancia—incluso los de mayor importancia en la historia del mundo: el nacimiento, predicación, pasión, muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo—y en aquellas tierras han vivido, durante milenios o durante siglos, diversas culturas superiores: Egipcia y Babilónica, Hebraica, Persa, Helenística, cinco grandes Imperios, contando con el Imperio Romano (continuado por el de Bizancio), infinidad de religiones, de lenguas, de literaturas, artes y ciencias, que ni siquiera podremos llegar a enumerar.

Antes del mundo islámico, hubo allí otro mundo—u otros mundos—de cultura, con ciertas líneas generales comunes, que habrá que tratar previamente y aparte, y que llamaremos mundo *babilónico-egipcio*.

Y todavía será conveniente hacer una división ante-

rior para aquella cultura previa, la más antigua que se conoce—dejando aparte las culturas prehistóricas, que no nos incumben—en la que se encuentran los primeros vestigios de escritura que pueda ser interpretada, y que parece haberse extendido desde el Nilo hasta el Indo. Podemos llamar a éste, provisionalmente, *mundo sumérico*.

Por él comenzaremos, puesto que con la escritura comienza la historia, y es historia lo que queremos hacer.

CAPITULO II

El Mundo Sumérico

En Oriente comienza la historia de la humanidad.

Los libros sagrados de casi todos los pueblos antiguos nos hablan del origen del hombre; pero estos libros están llenos de mitos y leyendas. Hay, entre ellos, uno digno de fe: el *Génesis*, que es el primero de los cinco libros de Moisés, con el cual comienza la Sagrada Escritura. En la verosimilitud de su relato estamos obligados a creer los cristianos, y lo creen también los judíos y los musulmanos; la ciencia moderna lo va confirmando también.

Los que siguen el relato del *Génesis* aceptan casi todos la tradición de que el hombre fué creado en Oriente, en Asia, la cual es llamada por ello, la *cuna del género humano*. También se cree comunmente que en Asia estaba el Paraíso Terrenal, el *Jardín de Edén*, pues dos de los cuatro ríos que lo regaban, eran el Eufrates y el Tigris.

La Historia Sagrada tradicional llama *Primera Edad del Mundo* a la que va desde la creación del hombre hasta el Diluvio Universal, o sea desde Adán hasta Noé. En esta edad vivieron los *Diez Patriarcas antediluvianos*, a saber: Adán, Seth, Enós, Cainán, Malaleel, Jared, Henoch, Mathusalén, Lamed y Noé. No sólo poblaban el mundo habitado los descendientes de estos Patriarcas, sino también los descendientes de Caín, que eran agricultores, así como los de Seth eran pastores; los cainitas tenían ciudades,

pues la primera ciudad fué fundada por Caín, y se llamó *Henochia*, del nombre de un hijo suyo llamado Henoch: los descendientes de Seth hacían probablemente vida nómada y vivían en tiendas. De aquí data el antagonismo entre los pueblos *pastores* y los pueblos *agricultores*. Ya entonces, seguramente, los primeros eran *patriarcales* y los segundos *matriarcales*.

En la época posterior a Alejandro Magno, que los historiadores llaman época helenística, un sacerdote del templo del dios Belo, en Babilonia, escribió en griego un libro acerca de la historia de su país. Este caldeo, llamado Beroso, cuenta que hubo en su país, antes del Diluvio, diez reyes, el último de los cuales se llamaba *Xixutros*, y a este rey atribuye Beroso la historia de Noé y del Arca en que se salvó de las aguas. Por esta razón han supuesto algunos autores, que acaso no fueran enteramente descaminados, que, si Xixutros es Noé, los otros nueve reyes antediluvianos de Beroso pudieran ser los otros nueve Patriarcas de la Biblia.

De todos modos, las noticias que acerca de esos primitivos acontecimientos nos proporcionan los escritos más antiguos, se refieren siempre al Asia, a los países de Oriente.

Sabemos que, al retirarse las aguas del Diluvio, el Arca de Noé se detuvo en el monte Ararat, en Armenia. Y habiéndose multiplicado los descendientes de Noé, fueron a establecerse en la llanura de *Senaar*, entre los ríos Eufrates y Tigris—llanura que los griegos llamaron *Mesopotamia* (es decir, «entre los ríos») y los árabes *Irak*—. Mas, como la multiplicación de aquellas gentes iba en aumento, decidieron separarse y esparcirse por todas las comarcas de la tierra, y antes, para perpetuar su nombre y dejar allí un refugio contra un nuevo Diluvio—del mismo modo que hoy se construyen edificios subterráneos de refugio contra las fuerzas aéreas de los hombres mismos—comenzaron a erigir la Torre de Babel, que por cierto sirvió de modelo para los templos babilónicos, construidos, como aquélla, de altos pisos en escalones superpuestos.

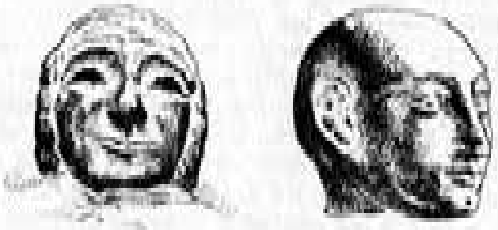
La población en donde la torre fué construída, fué

después la famosísima *Babilonia* de los antiguos, cuyo nombre se deriva de *Bab-Ilu*, que significa «puerta de Dios» o «puerta divina».

De este modo, la dispersión del género humano se realizó a partir de Asia.

LOS SUMERIOS

En el siglo pasado y en el presente se hicieron numerosas excavaciones arqueológicas, tanto en Mesopotamia como en todos los países en torno, en Egipto y en otras tierras, que tuvieron por resultado ampliar considerablemente las noticias de la Biblia y de los historiadores antiguos acerca de aquellos pueblos y de su primitiva historia.



Cabezas de estatuas suméricas, mostrando los rasgos físicos de la raza

Las más recientes nos llevan a sospechar la existencia, acaso desde cuatro o cinco mil años antes de Jesucristo, de una gran cultura—la primera de las altas culturas históricas—que encontramos, en formas muy semejantes, desde el valle del Indo hasta el valle del Nilo, y acaso por comarcas más dilatadas del Asia y del Africa. Esta cultura es la que, en Mesopotamia, se llama *cultura sumérica*.

Los *sumerios* habitaban en la Baja Mesopotamia, cerca del Golfo Pérsico, en tierras en gran parte pantanosas. No se sabe bien a qué raza pertenecían, pero los conocemos por las estatuas y relieves en que se retrataron a sí mismos: eran bajos y rechonchos, de nariz corva y perfil convexo; iban completamente rapados barba y cabello, y vestidos de pieles.

Tenían una porción de ciudades, con casas construidas de adobes o ladrillos, unidos con betún, y templos con altas torres de varios pisos en escalones. Estas ciudades eran

independientes; cada una estaba gobernada por un rey, que al mismo tiempo era sacerdote, al que llamaban *Patesi*. Cada ciudad tenía su dios local, al que ofrecían sacrificios y ofrendas y cantaban himnos, aunque reconocían tres dioses supremos llamados *Anu*, *Enlil* y *Ea*. Predominaban los dioses y los espíritus del elemento húmedo y de los pantanos y una suerte de *mitología del légamo*.

Hacían estatuas de piedra, adornadas con incrustaciones de nácar y de lapislázuli y preciosas joyas y armas de oro adornadas con perlas. Escribían poemas y epopeyas, en ladrillos, con una escritura especial, de la que se derivó después la llamada *cuneiforme*, y estudiaban la astronomía y las matemáticas. Vivían del cultivo de la tierra y del ganado; construyeron canales de riego para las tierras y de desagüe para sanear los pantanos y otras grandes obras hidráulicas muy notables; parecen haber sido los inventores de la rueda, que es un invento de inmensa importancia del que se deriva toda la mecánica, y del carro, pero no tenían caballos, sino asnos.

Entre las ciudades sumerias, la más nombrada fué Ur, patria de Abraham. La reina Subad de Ur tenía una corona de finísimas flores y hojas de oro, enormes aros de oro para las orejas, vajilla de oro, una hermosísima arpa de taracea y preciosos carros. Todo esto apareció en su sepulcro, y las joyas de la reina Subad se hicieron célebres en todo el mundo moderno.

Placa sumeria arcaica de piedra esculpida, con inscripción

En el norte de Mesopotamia, además de los sumerios, aparece un pueblo de raza semítica: los *Accadios*, de tipo más fino y con cabellos y barbas largos y abundantes. Los accadios tenían también ciudades antiquísimas, como Kisch, Babel o Bab-Ilu, y Biblos, en la costa de Siria, pero gran parte de ellos eran pastores nómadas que vivían en campamentos. Algunos de ellos adoraban un solo Dios:

el Dios verdadero de los Patriarcas primitivos, el Dios de Noé, al que llamaban *El* o *Ilu;* pero otros adoraban a los dioses de las ciudades: *Belo, Marduk, Asur* y a los astros.

EL IMPERIO SEMITA DE SARGON DE AGADE

Los pueblos sedentarios y agricultores parecen estar destinados a enriquecerse, a crear los rudimentos de las ciencias y de las artes, y a entregarse a la vida muelle. Los pastores nómadas están destinados a imponer su dominio a los pueblos agrícolas y a crear los grandes imperios. Unos a otros se necesitan para adelantar en la cultura. Se ha dicho, bastante atinadamente, que toda alta cultura nace de la fecundación espiritual de un pueblo sedentario, agrícola y matriarcal por un pueblo patriarcal de pastores nómadas. De ello vamos a ver un ejemplo.

Un jefe accadio llamado Sargon de Agade conquistó todas aquellas ciudades mesopotámicas y se tituló *Rey de Sumer y Accad*. Fundó un Imperio que duró dos siglos.

Sus ejércitos no tenían más que infantería, pero excelentemente dispuesta. Se componía de unidades que combatían en orden cerrado, cubiertos con casco, coraza y un gran escudo, como muchos siglos después la famosa *falange griega*, que, como vemos, es de invención oriental.

Después predominaron los reyes sumerios de Ur, y en su tiempo fué cuando la tribu semítica de los *Habiru* o hebreos, con su jefe Tharé, vino a establecerse en los alrededores de aquella famosa ciudad. Después, Abraham, hijo de Tharé, por mandato de Dios, se trasladó de Ur a la tierra de Canaán, al Sur de la Siria, para no estar en contacto con los idólatras. Una parte de la tribu, la familia de Lot, se fijó en Sodoma, a orillas del Mar Muerto.

Los hebreos, como otras tribus accadias, eran pastores nómadas que no vivían en las ciudades, pero acampaban en sus alrededores, para estar cerca de los mercados donde vendían los productos de sus reses. Muchos eran muy ricos e incluso vivían con lujo en sus tiendas. Usaban vasi-

jas de metal, a veces de oro y de plata, y tenían magníficos tapices y alfombras.

Kudur Lagomer, rey de Elam, país que estaba más allá del Tigris, aliado con Hammurabi, rey de Babilonia, con Eri Aku, rey de Larsa y con Dudkalia, rey de los Hititas, pueblo del Asia Menor, atacaron a los reyes de Sodoma y Gomorra y llevaron prisionero a Lot. Acudió su tío Abraham en su auxilio, deshizo la retaguardia de los aliados y no sólo libertó a Lot, sino que se apoderó de un riquísimo botín. Entonces fué cuando encontró al *Patesi* o Rey-Sacerdote del Dios Alto, Melchisedech de Salem, que conservaba el culto de los primitivos Patriarcas.

EL IMPERIO DE HAMMURABI

Uno de aquellos cuatro reyes vencidos por Abraham, Hammurabi de Babilonia, reconstruyó el Imperio de Sargon de Agade. Hammurabi pertenecía a un pueblo citado también en la Biblia, pero cuyo origen se discute: los *Amorreos*.

Hammurabi

Se hizo celebérrimo este rey por la publicación de un notable Código de Leyes, el *Código de Hammurabi*, el más antiguo que se conoce. Apareció escrito en signos cuneiformes, en una estela de piedra, en la que aparece la imagen del rey, en pie, delante de *Samas*, dios del sol, que le revela las leyes desde su trono.

El código contiene leyes civiles, penales, mercantiles, procesales y administrativas, que llamaron la atención de los sabios modernos, que las encontraron justas y razonables y las comentaron largamente. Tiene disposiciones muy curiosas: regula, de una manera semejante a la de hoy, los precios de los artículos y los honorarios de los profesionales, y establece castigos contra el médico, cuando el enfermo muere por su culpa, y contra el arquitecto por cuya culpa se caiga una casa. También es severo, con mucha razón, con los testigos falsos.

En esta época se extendió mucho el comercio; se usaban la letra de cambio y los documentos de crédito. El dinero no estaba acuñado, pero los nombres más antiguos de monedas: el *siclo* y la *mina*, proceden de allí. Funcionaban grandes Compañías mercantiles, y los tesoros de los templos hacían el papel de Bancos.

Parecen ser de esta época las versiones semíticas de los grandes poemas sumerios, y otros que acaso sean creación de los accadios. He aquí algunos de estos poemas:

EL POEMA DE LA CREACION

«Cuando los cielos no tenían nombre—y abajo no había nombre para la tierra—cuando todavía no se habían construido cámaras para los dioses—ni se veían tierras en los pantanos—Apsu, el dios del agua dulce y Tiamat, del agua salada—mezclaron sus linfas—y crearon con ellas a los dioses, sus hijos...»

Ea, igual a sus progenitores, «el fuerte, más fuerte que sus padres, sin rival entre los dioses sus hermanos...» «el de oído fino, el habilidoso que conoce todas las cosas—inventó un hechizo invencible—palabras encantadas que recitó sobre las aguas—y con ellas adormeció a Apsu—el dios del agua dulce, lo ató fuertemente y lo mató.»

Indignóse Tiamat. Ea no podía vencerla. Entonces vino Marduk... «En el santuario de la fatalidad—en el fondo del mar fué engendrado Marduk—el más sabio y mejor consejero de los dioses—criado a los pechos de una diosa—otra diosa lo educó, haciéndolo terrible—su forma era admirable, sus ojos centellantes—comenzó a procrear, formidable de virilidad—Marduk era altísimo, tenía cuatro ojos y cuatro oídos.»

Algunos dioses conspiraron contra Tiamat, que creó los monstruos—«con dientes venenosos—en lugar de sangre llevan ponzoña—las sierpes, la víbora, el dragón, el gran león, el lobo carnívoro y el escorpión humanos»... Los otros dioses eligen por jefe a Marduk—«construyeron para él una cámara real—Marduk se sentó en ella en el lugar preferente.» Los dioses lo aclamaban: «Oh dios a quien hemos dado el poder universal sobre todas las cosas

—preside nuestra asamblea y resuelve con tus sentencias —que tus flechas puedan aniquilar a tus enemigos—salva, Señor, al que fía en ti»... Le entregan un cetro, un trono, y una hacha. Marduk teje una red para pescar a Tiamat y ordena a los cuatro Vientos que la persigan si se escapa. Montado en el carro de la tempestad, viene contra ella, con los dioses. Ella se defiende arrojándoles conjuros mágicos. Por fin, Marduk la mata, y sus aliados huyen a sus cámaras, temerosos de la venganza.

«El Señor Marduk quedó un momento mirando el cadáver—lo dividió después como una ostra en dos mitades —y con una hizo el pabellón de los cielos—y con la otra estableció la tierra, separándola de las aguas.»

Estableció las constelaciones y las estaciones para los grandes dioses. Hizo tres estrellas para cada mes y un signo para cada día. Los dioses lo alabaron por la creación del firmamento. Ordenó a Ea que crease al hombre. Ea degolló a los dioses y amasó su sangre con tierra... Por eso los hombres participan de la inteligencia de los dioses.

Los dioses edificaron a Babilonia para que fuese morada de Marduk... «Durante un año hicieron ladrillos—en el segundo año construyeron el templo de Marduk—llamado E-Sagila, a imitación de las cámaras del mar—para Marduk y Ea». Marduk mora allí desde entonces. Los dioses con él. Tocan música y beben cerveza. Fijan las leyes y señalan las estaciones del cielo. Son cincuenta. En el templo de Marduk caben todos.

En este poema, cuyos mitos habría que interpretar en un sentido muy diferente del literal, hay algunas reminiscencias de los hechos que relata el *Génesis*, principalmente, la idea de las *aguas primitivas*, que sin duda quedaron en la mente de los babilonios desde los tiempos de la Torre de Babel. Está patente la que hemos llamado *mitología del légamo;* los dioses babilonios nacen de las aguas, proceden del elemento húmedo. *Apsu* y *Tiamat* representan el *caos primitivo* y *Marduk* es el *ordenador*, que saca el mundo del caos. Por lo tanto, no es un verdadero creador, sino lo que suele llamarse un *demiurgo*.

POEMA DEL PARAISO

El primer hombre se llamaba Adapa y era de Eridu. En reinó sobre él en Dilmún, donde no había enfermedad ni vejez.

«La montaña de Dilmún es santa—la montaña de Dilmún es pura—la montaña de Dilmún es limpia.—Allí no grazna el cuervo—allí no hay leones ni lobos que maten el ganado—la cabra come la hierba sin estorbo—se le hincha el vientre con el feto—no hay mal de ojo ni dolor de cabeza—no le dicen a una mujer: eres vieja—ni a un hombre: vejete—nadie dice: éste desvió un canal—el príncipe no castiga sin saber por qué—ni nadie dice mentira».

En tiene en Dilmún un jardinero. Le dice de qué árboles puede comer el fruto, mas no del árbol de la casia: «al árbol de la casia se acercó—cogió el fruto y lo comió—su destino quedó decidido»...

En lo maldijo. El mal entró en la tierra: «Hermano, qué tienes?—Mis pastos se secan.—Hermano, qué tienes?—Mis rebaños van muriendo.—Hermano, qué tienes?—Mi boca tiene sed.—Hermano, qué tienes?—Mi salud se acaba».

No cabe duda que aquí encontramos un recuerdo bastante claro de la historia de Adán, del Paraíso y del pecado original, que introdujo el mal en el mundo.

EL MITO DE OANNES

El mito de Oannes, el hombre-pez, y de los orígenes de la civilización, se encuentra en el libro escrito en griego por Beroso, que antes hemos citado, y es así:

Los hombres vivían en desorden, como bestias, hasta que salió del mar un ser extraordinario, que era medio hombre, medio pez. Este ser se llamaba Oannes, y fué el que enseñó a los hombres a construir templos y ciudades, dividir y labrar la tierra, hacer vestidos e instrumentos y también todas las demás artes y las ciencias, de manera que dió a los hombres todo lo que necesitaban, y desde entonces, ya no se inventó nada más. Durante el día, Oan-

nes hablaba con los hombres y los instruía; a la noche, volvía a sumergirse en el mar.

Se supone que este *Oannes* es el dios Ea, favorecedor de los hombres.

POEMA DEL DILUVIO

«Había una ciudad a la orilla del Eufrates—llamada Suripak, protegida de los dioses—la ciudad era antigua—los dioses que moraban en ella—eran Anu, Enlil y Ea—Enlil decidió desencadenar una gran tempestad—Pero Ea llevó la noticia a una choza de cañas—donde vivía Uta Natispún—Ea no se atrevía a decírselo cara a cara—habló como si se lo dijera a la cabaña:—Escucha, choza de cañas.—Escucha, pared—dícelo a Uta Natispún, que deje esta casa—y que haga una nave cuadrada igual de larga que de ancha—y que la eche al mar.—Uta Natispún respondió desde adentro:—Ya te escucho, Ea, te comprendo, mi Señor—haré lo que me dices con toda reverencia—pero, qué voy a decirle a los demás vecinos del lugar?—Qué le digo a los ancianos del lugar?—Ea abrió la boca y habló así:—Dile: el dios Enlil no quiere que esté con vosotros—no puedo demorarme aquí más—nunca más veré la ciudad sagrada de Enlil—iré a vivir en el mar, con mi dios Ea—En cambio, sobre vosotros llloverán tesoros, cogeréis a manos llenas aves y peces—tendréis cosechas abundantes.

«Al romper el día comenzó a construir la nave—los niños traían betún—hombres fuertes hacían falta para trabajar—al quinto día se empezó a ver la forma—tenía 120 codos de alto—el puente cuadrado era también de 120 codos—el puente tenía seis grueses de tablas—el interior estaba dividido en nueve cámaras y llevaba un mástil en el medio.

Gastó mucho betún y aceite. Mataba bueyes y ovejas para los trabajadores. Bebían cerveza, aceite y vino como el agua. Llenó la nave de oro, plata y animales de cría, parientes y obreros... El día señalado comenzó el granizo. Cerró la puerta de la nave.

«El agua subió alta como las montañas—el hermano

no podía ver al hermano—ni los dioses distinguirlo desde el cielo—los mismos dioses tenían miedo de la tempestad—se retiraron y se escondieron en la cámara de Anu—Los dioses se acurrucaron como los perros al lado de la pared—Istar gritaba como si pariera»... Aquello duró seis días y seis noches.

«Miré alrededor, y todo estaba en quietud—la humanidad entera parecía enterrada en el cieno—el suelo era raso como una terraza—Me senté y las lágrimas caían por mis mejillas—Miré hacia los ángulos del mundo, hacia los extremos del Océano—y se veían tan sólo doce islas de barro—Por fin la nave tocó tierra en la montaña de Nisor—Dejé salir una tórtola y volvió—dejé salir al cuervo y éste voló, voló—vió retirarse las aguas y no volvió—Entonces hice un sacrificio en lo alto del monte—con siete veces siete vasos hice la libación—quemé cañas, cedro y madera de mirto—los dioses olieron el humo—y vinieron como moscas alrededor del fuego».

Istar no quería que Enlil participara del sacrificio. Enlil estaba furioso porque alguien escapara con vida. Los dioses dicen:

«Nadie puede revelar un plan tan bien pensado más que Ea». Ea dice: «A quien se le ocurre hacer un diluvio—Destruid al que fué malo—pero tened misericordia del bueno—No podía el león devorar a la gente?—No podía el lobo diezmar a los hombres?—No podía el hombre despoblar la tierra?—Por lo que a mí toca, no dije nada—no descubrí el secreto de los dioses—el hombre lo vió en sueños y se salvó».

Convencido Enlil, diviniza a Uta Natispún, cogiéndolo de la mano y tocándole la frente, y lo lleva a un lugar lejano, en la desembocadura de los dos ríos.

Aquí está bien patente el recuerdo de la historia de Noé, que no es de extrañar se conservase especialmente vivo en el país de Sennaar, donde se establecieron los descendientes más directos del Patriarca. Solamente que aquí aparecen muchos dioses que no están de acuerdo, porque representan fuerzas y principios encontrados; el Diluvio parece originado, como si dijéramos, por una colisión entre las «causas segundas».

EL POEMA DE GILGAMES

Gilgames, rey de Erech, tenía carne divina, dos partes de su ser eran de dios y una de hombre; hizo grandes obras, y las gentes indignadas pidieron a los dioses que engendrasen otro héroe para destronarlo.

Los dioses hicieron con barro al monstruo Enkidú, que vivía en la sierra, comía hierba y bebía en los charcos.

Gilgames oía hablar de Enkidú, y para cogerlo vivo, mandó a una profesa del templo de Istar para que lo seedujese y lo trajese a la ciudad. Así fué: Enkidú llegó a la ciudad y Gilgames lo vió aquella misma noche. Reclamó su derecho de primera noche de bodas, Enkidú protestó, y pelearon, «como toros, torcejeaban, roneaban, hundiendo el piso y haciendo temblar las paredes». Gilgames cedió y quedaron amigos.

Juntos fueron al monte de los cedros, a buscar vigas para los edificios de Erech. Se pasmaron del perfume y de la frescura del bosque y de un volcán que vieron allí.

Vueltos a Erech, Istar se enamoró de Gilgames y quiso casarse con él: —Ven, Gilgames, sé mi esposo—dame tu cuerpo y he de ser tuya—te haré un carro de oro y lapislázuli—las ruedas serán de oro, la lanza de electrón—cada día has de tener nuevas yuntas para llevarlo—nuestra casa tendrá el perfume del cedro—te besarán los pies descansando en el escabel... Gilgames respondió que todos los amantes de la diosa sufrieron muerte o mutilación. A uno que era pastor (Tammuz) le causó la muerte y todos los años es llorado en la primavera; a otro lo convirtió en chacal y fué devorado por sus propios perros; a otro que era jardinero, lo convirtió en araña. «Así harías conmigo, me querrías algún tiempo—después me encantarías o me dejarías hecho una ruina como un puchero roto, como zapato viejo o un amuleto sin poder».

Istar acudió a su padre Anu, para que hiciera un monstruo capaz de destruir a Gilgames y a Enkidú. Anu hizo uno en figura de toro, que infundió pánico en Erech. Un ejército de trescientos hombres fué aniquilado por aquel toro monstruoso. Gilgames y Enkidú, en una lucha tremenda, mataron al toro y ofrecieron su corazón a

Samas, dios del sol, Enkidú llevó los miembros sangrientos al templo de Istar. Istar lloró al toro, con sus profesas. Gilgames mostró a la corte los cuernos, que tenían dos dedos de grueso y podían llevar cada uno seis medidas de aceite, y los ofreció para el ungüento del dios. Después fueron Gilgames y Enkidú a bañarse en el Eufrates, y fueron aclamados en Érech.

Istar hizo enfermar a Enkidú. Enkidú maldecía a quien le había llevado a la ciudad. Samas le decía que si no hubiera venido a la ciudad, no hubiera conocido la vida culta y hubiera muerto sin funerales, como una bestia. Enkidú se convenció y bendijo a quien había maldecido. Gilgames lloró a Enkidú: «También he de morir, como Enkidú?—estoy lleno de tristeza—y voy por el mundo espantado de la muerte». Se acordó de que era descendiente de Uta Natispún, que estaba en el mar del Oeste y fué a preguntarle cómo haría para volverse inmortal.

Llegó a la montaña de los hombres-escorpiones, tan venenosos, que las gentes mueren sólo con mirarlos, y si ellos miran, hacen vacilar las peñas. Gilgames tenía parte de dios; los hombres-escorpiones le dijeron cómo había de atravesar la Montaña de la Noche. Esta era cada vez más oscura, y le llevó doce horas el atravesarla con gran trabajo. Llegó a un jardín esplendente, con árboles de precioso fruto, donde estaba Samas; Gilgames le preguntó cómo podría escapar de la muerte, y Samas respondió que era pregunta vana. Había allí una posadera que le enseñó el camino para ir junto a Uta Natispún.

«Ninguno surcó este mar—solamente Samas—la travesía es difícil—y las aguas de la muerte están hacia la mitad—Qué vas a hacer, Gilgames, cuando llegues a esas aguas?—Eres capaz de cruzar el vasto mar?»... Insistió Gilgames y la posadera le dijo que buscase al barquero de Uta Natispún, que aún estaba de este lado. Gilgames tuvo que cortar pinos para armar un bote, embarcaron (él y el barquero) y navegaron cara al poniente. El viaje duró cuarenta y cinco días.

Llegó junto a Uta Natispún y le contó que para llegar allí, tuviera que comer leones, panteras, chacales, antílo-

pes, pájaros, y como sus vestidos le habían caído de viejos y se tuviera que cubrir con pieles. Estaba tan cansado que durmió seis días y siete noches. Mientras tanto, la esposa del abuelo hizo pan para cuando despertase. Uta Natiapún no le dió receta segura para conseguir la inmortalidad; le dijo que en el fondo del mar crece una planta y que el que la posee no muere mientras la tenga en su poder.

Gilgames, a la vuelta, bajó al fondo del mar y encontró la planta llamada *«viejo, vuélvete mozo»*. Llegó a Erech, tuvo calor y se arrojó a un estanque de agua, y mientras se bañaba, una serpiente olió la planta y la tragó, escondiéndose en la tierra. Gilgames lloró.

Después decidió evocar el fantasma de Enkidú para que le dijese cómo es la vida en el otro mundo. Aconsejado por los sacerdotes, hizo el conjuro de suerte que el fantasma pudiera volver al otro mundo y no quedase en este para perseguirle; pero no logró hacer venir a Enkidú por medio de la magia. Acudió, pues, a los dioses. Ea compadecido, mandó a otro dios que abriese un agujero en la tierra, para que por él saliera Enkidú. Enkidú dijo a Gilgames que la vida de los difuntos depende de los funerales: los que tengan honras y sepultura decente, lo pasan mejor; los que quedan insepultos vagan miserablemente y tienen que comer basura y beber vino agrio y agua sucia.

EL DESCENSO DE ISTAR A LOS INFIERNOS

Otro poema cuenta cómo la diosa Istar bajó al reino de los muertos, para sacar de allí a su amado Dumuz. Para ello, tuvo que entrevistarse con Allatu, la señora del mundo subterráneo. En cada una de las estancias de aquel mundo fué despojada de una prenda de ropa, hasta comparecer ante la señora del infierno enteramente desnuda. Pero no obtuvo lo que se proponía.

* * *

El lector encontrará en estos poemas antiquísimos, los más antiguos de la humanidad, temas semejantes a los de otros mitos conocidos, como los de Hércules, Orfeo, Venus y Adonis, Acteón y otros. Efectivamente, de Babilonia proceden estos mitos y otros muchos, aunque después algunos de ellos hayan variado de significación. No debemos olvidar que nos estamos ocupando de los hombres más antiguos y de los albores de la civilización, época de las grandes creaciones culturales y poéticas.

CAPITULO III

El Mundo Babilónico

El Imperio de Hammurabi fué derrocado por una invasión de bárbaros montañeses que introdujeron el caballo en Mesopotamia.

El caballo procede de las grandes estepas del Asia Central y de Europa. Fué domesticado por los pastores nómadas patriarcales que recorrían aquellas extensiones con sus inmensos rebaños. Se fijaban por algún tiempo en una comarca de grandes praderas hasta agotar los pastos y se iban luego a otras donde encontrasen alimentos para sus animales. El caballo les prestaba poderoso auxilio.

Entre estos pueblos patriarcales se destacaron pronto los descendientes de Jafet, los *indogermanos*, que desde Europa, a donde los había llevado la dispersión de Babel, invadieron el Asia Menor y la Armenia, de donde pasaron al Irán y a la India, como veremos más tarde.

Por su parte, los pueblos del Asia Menor comenzaron a explotar el hierro en las minas de Capadocia, que pertenecía al reino de los Hittitas.

El hierro era entonces estimado como un metal precioso; valía más que el oro y la plata. Los mercaderes semitas y armenios hacían magníficos negocios llevando hierro a las ciudades de Mesopotamia y al Egipto.

Con el hierro y el caballo, los ejércitos consiguieron

una movilidad y una rapidez de movimientos y una eficacia que no tenían antes. La táctica militar se modificó. Antes no había más que infantería, pues los babilonios no tenían más que asnos y camellos, que les servían para el transporte, y los ejércitos se componían de muy pocos hombres, pesadamente armados y dispuestos en orden cerrado. Con el uso del caballo, se pudieron movilizar grandes contingentes y, en lugar de la guerra antigua, que era principalmente una guerra de sitios y de asaltos a ciudades, pudo convertirse en una guerra de grandes batallas campales.

Gracias a esto se produjo la invasión de los Hiksos en Egipto, que introdujo allí el caballo y el hierro, y se alzó el poderío de los reinos de los Hititas y Mitani, mientras en Siria se establecían los principados arameos de Damasco, Alepo y otras ciudades, las ciudades comerciales de los Fenicios y los reinos cananeos, amonitas, moabitas, madianitas, amalecitas y otros de que nos habla la Biblia.

Con el uso del caballo en gran escala, viene a coincidir el *gran movimiento de pueblos* del siglo XII antes de Jesucristo.

Los pueblos pastores, primeros que utilizaron el caballo, comenzaron a arrojarse sobre los pueblos agrícolas sedentarios y a conquistarlos, organizando así los grandes imperios.

LOS HIJOS DE JAFET

Noé, antes de morir, bendijo a sus tres hijos y les marcó su porvenir; a Jafet le dijo: «Ensanche Dios a Jafet, y habite en las tiendas de Sem, y sea Canaán siervo de él».

En efecto, en época antiquísima, aparecen en Asia los descendientes de Jafet los *aryas* o indoeuropeos, nómadas, pastores y guerreros como los primitivos descendientes de Sem. Sus atributos son la vaca, el caballo y el hierro. Veneran a la vaca, de cuyos productos (la leche y la manteca) viven, montan a caballo, el hierro lo encuentran en Asia menor.

Primero pasan los *Indos*, que en varios siglos recorren

la Anatolia, la Armenia y el Irán hasta entrar en la India. En Asia Menor se impusieron como aristocracia militar, fundando diversos reinos y dominando el de los Hittitas.

Después, los *Traco-frigios*, que destruyeron el imperio Hittita, doce siglos antes de Jesucristo.

Después los *Sacas* o *Escitas*, que pasan más allá del Mar Caspio, para desempeñar un gran papel en el Asia Central y Occidental y en Europa.

Después, los *Medo-persas*, que dan nombre al Irán *(Arpana)* y conquistan el Elam, fundando el reino de Media, con la famosa y opulenta ciudad de Ecbatana, y más tarde el gran Imperio persa.

Por donde pasan los hijos de Jafet, que se distinguieron siempre por su capacidad política, van constituyendo monarquías y aristocracias militares. También Babilonia fué dominada algún tiempo por ellos.

Efectivamente, los reyes *Cassitas*, que se apoderaron del imperio de Hammurabi, llevan nombres de sonido indogermánico: *Burna Burias*, *Kara Indasch*, etc. Establecieron un régimen feudal, premiando a los funcionarios con lotes de tierra, pero las guerras con los asirios, arameos y elamitas destruyeron su poder.

Siguieron una serie de dinastías babilónicas, entre cuyos reyes merece ser citado *Nabonasar*, fundador de una era que anda citada en todos los calendarios. Pero, en realidad, estas dinastías reinaban bajo la protección de los asirios.

LA MONARQUIA DE LOS ASIRIOS

La primera de las *Cuatro Grandes Monarquías* de la profecía de Daniel, según los antiguos intérpretes, es la de los Asirios.

La tradición bíblica atribuye la población de Assiria a Assur, hijo de Sem, que huyó de la tiranía de Nemrod, fundador de Babilonia, y fundó las ciudades de Nínive, Calo y Resen.

La Assiria estaba al Norte de la Mesopotamia, en el curso superior del Tigris y en los montes Zagros, habitada por gentes de raza caucásica y de raza semítica. Las

esculturas y pinturas representan a los asirios morenos, con largos cabellos y grandes barbas muy cuidadas, rizadas en bucles y canalones, de nariz corva, ojos y mejillas pintados, anchos y fuertes, con gran ostentación de musculatura, exageradísima en las estatuas. Eran gente valerosa, cuyos gustos principales eran la caza y la guerra. Los soberanos asirios se dedicaban a cazar leones con carros de guerra, deporte bastante arriesgado. Eran también de una refinada crueldad, e imponían a los criminales y a los enemigos suplicios atroces. Por otra parte tenían una

Soldados asirios conduciendo prisioneros

gran inclinación al lujo y a la pompa. Las vestiduras de los reyes y dignatarios estaban adornadas con franjas, flecos y borlas de oro. El rey llevaba una tiara blanca y los grandes personajes usaban diademas de metal.

Como los babilonios, los asirios hacían activo comercio con los países limítrofes y tenían Compañías mercantiles y empleaban documentos de crédito. Navegaban, como los babilonios, en los ríos, en barcos de mimbres recubiertos de cuero y nadaban ayudándose de un odre hinchado como flotador.

La tradición recogida por los griegos atribuye la fundación de la monarquía asiria a *Nino* y a su esposa *Semí-*

ramis, hija de Derceto, diosa de Siria, y de un sacerdote, criada en un lugar desierto, por las palomas, que venían con sus picos a introducirle el alimento en la boca. Nino conquistó Babilonia, Media, Armenia, Asia Menor y Egipto, y después, Persia, Susiana, Caspiena y Bactriana, auxiliado por Semíramis, que combatía vestida de hombre. Semíramis estaba entonces casada con Menones, pero después se casó con Nino, y al fin, lo asesinó, y gobernó en nombre de su hijo Ninias. Conquistó la Etiopía y parte de la China y de la India y elevó maravillosos monumentos en Babilonia, especialmente, los famosos *jardines colgantes o pensiles*, de enorme renombre en la Antigüedad. Al fin, voló al cielo en figura de paloma, dejando el trono a Ninias, primer rey de la fabulosa dinastía de los *Derceta-das*.

A Nino se atribuye la fundación y el nombre de *Nínive*, una de las más célebres ciudades de los tiempos antiguos, rival de Babilonia.

Esta es la parte legendaria. Los documentos del país hablan de una serie muy larga de reyes, que vivían en guerra con todos sus vecinos, y otros que vegetaron oscuramente, hasta Asurnasirpal II, con quien empieza el Imperio asirio.

Asurnasirpal dominó principalmente la Siria, donde ya tres siglos antes había extendido el poder asirio su predecesor Teglatfalasar, pero que fuera perdida por sus sucesores.

LOS PUEBLOS DEL MUNDO ASIRIO-BABILONICO. LOS ARAMEOS

En Siria existían entonces una porción de pequeños principados arameos e hititas, los reinos hebreos de Samaria y Jerusalén, las ciudades comerciales de los fenicios, el reino de los filisteos, y otras tribus del desierto.

Los *arameos* hay quien cree que vinieron de Arabia. Hablaban una lengua semítica muy parecida al hebreo, que llegó casi a sustituir a éste entre los propios israelitas, y que parece que fué la lengua que hablaba Nuestro Señor Jesucristo. De ellos procedían los *Caldeos*, que lle-

garon a fundar el último Imperio Babilónico. Sus principales reinos eran Damasco y Hamath, pero en general, los arameos eran el pueblo predominante en Siria por su número. Los hebreos llamaban por eso a la Siria, *Aram*.

LOS HITTITAS

Los hittitas eran un pueblo caucásico dominado en parte por una aristocracia indogermánica. Constituyeron en Capadocia un Estado bastante fuerte, de tipo feudal, que llegó a tener, catorce siglos antes de Jesucristo, un importante Imperio. Fué éste obra de un soberano emprendedor y astuto: Subiluliuma. Con el título de *Gran Rey*, Subiluliuma organizó el país y el ejército, publicó un código, extendió su dominio por la Siria, entabló relaciones diplomáticas con Babilonia, con Egipto y con los Aqueos de Grecia, y recibió homenaje del rey de Mitani y del de Damasco. Sus sucesores tuvieron grandes guerras con los faraones egipcios Seti y Ramsés II, pero al fin, el Estado Hittita fué destruído por los Traco-frigios.

Los hittitas dejaron huella en la historia, aunque durante mucho tiempo no se supo que era de ellos: se dice que las famosas *Amazonas* de la leyenda griega, eran una guardia de mujeres guerreras, que tenían los reyes hittitas; la famosa diosa *Cibeles*, que preside la más hermosa plaza de Madrid, era una diosa de los hittitas; los animales representados en las bases de los pilares del famoso Pórtico de la Gloria de Santiago de Compostela, tienen su precedente en la arquitectura hittita. El arte hittita asombra por su tremenda rudeza, unida a una gran fuerza expresiva.

LOS FENICIOS

Los *fenicios* son, después de los hebreos, el pueblo del Asia occidental que adquirió mayor y más justa celebridad. Eran también un pueblo antiquísimo; una de sus ciudades, que los griegos llamaron *Biblos* (ciudad de los libros) era casi tan antigua como Babilonia.

Los fenicios eran un pueblo cananeo, que se estableció

entre el monte Líbano y el mar Mediterráneo, fundando en la costa una serie de ciudades, de las cuales las más famosas fueron *Tiro* y *Sidón*. Cada ciudad tenía su dios, su rey hereditario, su senado de plutócratas, su puerto y su mercado. Se dedicaron a explotar las maderas del Líbano, especialmente el cedro, y a la pesca de un molusco de aquellas costas, llamado *múrice*, que produce un tinte estimadísimo: la *púrpura*, con el que teñían tejidos. Fueron los mayores navegantes de la Antigüedad, y el comercio del cedro, de la púrpura, del cobre que sacaban principalmente de la isla de Chipre, del estaño, que iban a buscar hasta Galicia y las Islas Británicas, de las cuentas de cristal y otras baratijas que fabricaban, les produjeron inmensos beneficios.

Como ahora hacen algunos hindúes y parsis que comercian por el mundo, los fenicios se dedicaban también a la fabricación de objetos de falso arte oriental, para vender a los extranjeros: imitaban, mejor o peor, las joyas, adornos, amuletos y objetos de uso corriente de los babilonios, de los egipcios y de otros pueblos y los vendían como auténticos a buen precio.

Los fenicios fueron los inventores de la *moneda*, del *alfabeto moderno*, que propagaron por todos los países (del alfabeto fenicio se derivaron el *hebreo*, el *griego*, el *latino*, el *ibérico*, el *árabe*, y hasta los de la India). Fundaron colonias por las costas del Mediterráneo, hasta España; las más notables fueron *Cartago*, en Africa, y *Gades*, en España, que eran verdaderas avanzadas del Oriente en las tierras occidentales.

Los dioses de los fenicios y de los cananeos eran por lo general, oscuros y sanguinarios: a algunos se les ofrecían víctimas humanas, como a *Moloch*. Llevaban todos el nombre o título común de *Baal*. Había diosas, derivaciones de la Gran Madre de los pueblos matriarcales, como la *Istar* babilónica y la *Cibeles* hittita; algunas recibían un culto terriblemente obsceno. La principal era *Astoreth*, que era la Istar de los babilonios, la cual tenía otras formas: *Atargatis*, *Derceto*, *Salambó*, etc. El mito de Venus y Adonis, procedente de Babilonia (Istar y Tammuz) lo tomaron los griegos de los fenicios. Otro dios fenicio que

tuvo gran fortuna fué *Melkart*, dios de Tiro, que tenía en Cádiz un templo donde había un candelabro con tantas luces como días tiene el año; los griegos lo identificaron con Hércules, y de los mitos relacionados con Melkart, salieron muchos de los *Doce Trabajos de Hércules*.

LOS HEBREOS

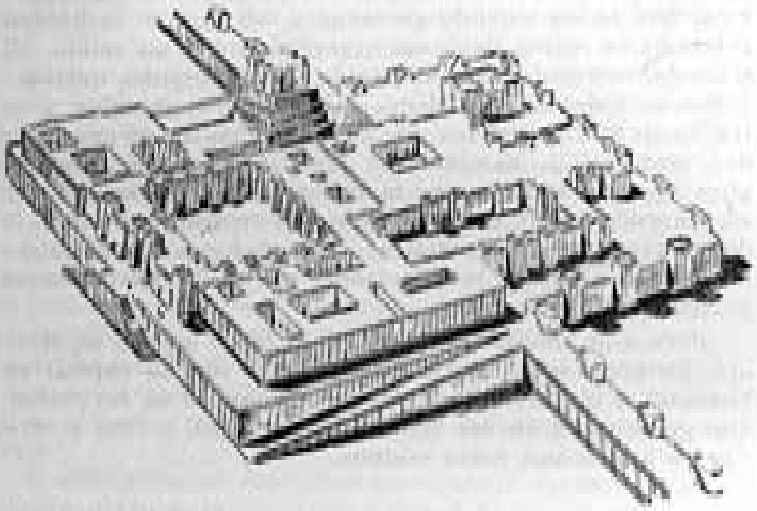
Los hebreos son un caso insólito entre todos los pueblos orientales y occidentales, antiguos y modernos. Entre todos aquellos pueblos entregados a una idolatría desenfrenada y a supersticiones una veces ridículas, otras veces sanguinarias, otras veces de una obscenidad inmunda, los hebreos conservaron hasta el día de hoy la fidelidad al verdadero Dios, por lo menos, aunque rechazaron obstinadamente la revelación cristiana. No es que todos los hebreos fueran firmes creyentes y fieles practicantes de la Palabra de Dios: por el contrario, se inclinaban muchos de ellos a la superstición y a la idolatría, tendían a recaer en el error a cada momento. Pero hubo siempre entre ellos hombres inspirados y devotos que, ejerciendo influencia sobre el pueblo, supieron mantenerlo, aunque con gran trabajo y no sin riesgo, en el verdadero camino.

Culturalmente, los hebreos, a pesar de una larga permanencia en Egipto, al parecer, protegidos por los reyes Hiksos, y oprimidos después de la restauración egipcia, pertenecieron al mundo mesopotámico, como todos los pueblos de que hasta ahora hemos hablado.

Los descendientes de Abraham, siendo Patriarca del pueblo su nieto Jacob, pasaron a Egipto llamados por uno de los hijos de Jacob, José, que había llegado a ministro del Faraón, y fueron asentados en la tierra de *Gessen*, entre el Delta del Nilo y el itsmo donde hoy está el canal de Suez. Allí se formaron las *Doce Tribus de Israel*, descendientes de los doce hijos de Jacob. Oprimidos por los faraones de la Dinastía XVIII, salieron de Egipto guiados por Moisés, y durante cuarenta años, peregrinaron por el desierto del Sinaí, donde recibieron la Ley y se organizó el culto divino, luchando a veces con las tribus del desierto: *edomitas*, *amalecitas*, *amorreos*. Muerto Moisés,

penetraron en la Palestina, la tierra que Dios les había prometido.

Palestina estaba ocupada por los *cananeos*, por lo que se llamaba *tierra de Canaán*. Los cananeos eran idólatras, que adoraban dioses muy semejantes a los fenicios, que eran una de las ramas de su raza. Tenían allí pequeñas ciudades gobernadas por reyezuelos tiránicos y crueles.



Palacio de Sargón, en Khorsabad

Al frente de las doce tribus, Josué atravesó el Jordán, tomó a Jericó y derrotó a los cananeos en una gran batalla. Le sucedieron los Jueces, caudillos populares que fueron conquistando el país en lucha persistente. Su principal enemigo fueron los *filisteos*, de quienes hablaremos luego. Para combatirlos erigieron la monarquía, en la persona de Saúl, que murió en una batalla contra aquel pueblo.

Entonces apareció el gran héroe nacional de los israelitas: el valiente y santo rey David, que llegó a ser el más

poderoso de los soberanos desde el Líbano hasta Egipto. Su hijo Salomón adquirió inmenso renombre por su sabiduría y magnificencia. Gobernó en paz, erigió el famoso *Templo de Jerusalén*, y dió gran esplendor a su reino. Por la realidad de sus hechos y por su leyenda, Salomón es una de las más grandes figuras de la historia universal. Su recuerdo pervive en el din de hoy en casi todos los pueblos orientales, que le atribuyen prodigios sin cuento: se dice que le están sometidos los ángeles, los genios y los demonios, que había logrado encerrar a los que se le habían rebelado en vasos de bronce, cerrados con su sello... El *sello de Salomón*, que consiste en dos triángulos entrelazados, es todavía el emblema de los judíos sionistas, y es tenido en muchas partes por un signo mágico de gran poder, emblema de asociaciones ocultistas y masónicas; figura muchas veces en las monedas árabes, especialmente en Marruecos... Se dice que Salomón entendía el lenguaje de las aves y de los animales, que compuso un libro cabalístico maravilloso, la *Clavícula*, por cuyo medio hacía portentos, etc., etc.

Pero a la muerte de Salomón, el reino hebreo se dividió, formándose al Norte el de *Israel*, con su capital en Samaria, y al Sur el de *Judá*, con su capital en Jerusalén, que guerrearon varias veces uno con otro, y uno y otro con los numerosos reyes vecinos.

LOS FILISTEOS

Los *filisteos* eran un pueblo venido del Asia Menor, que se estableció en la costa de Palestina, a la que dieron nombre, donde tuvieron las ciudades de Gaza, Ascalon y Azoth. Su dios principal se llamaba *Dagon* y se representaba como medio hombre, medio pez, al estilo del Oannes de Beroso; no sabemos qué relación podía tener con él, aunque desde luego, era un dios del mar. Uno de sus templos fué derribado por Sansón, Juez de los israelitas; en otro, fueron colgados como trofeo la cabeza y las armas del rey Saúl.

EL IMPERIO ASIRIO

Todos estos reinos, tribus y países formaban el campo de acción y de influencia de los pueblos mesopotámicos y de su cultura. Era el campo de expansión que se ofrecía ahora a los asirios.

Asurnasirpal modificó la táctica militar, dando importancia a los arqueros contra los carros, aunque también los asirios usaban carros de guerra ligeros y veloces, tirados por dos caballos, y a la ingeniería para los asaltos a las ciudades. Es posible que los asirios hayan sido los inventores del ariete, gran viga suspendida en una armazón de madera, y rematada en una cabeza de carnero de bronce, de donde le vino el nombre; con el ariete batían las puertas y las murallas, golpeándolas hasta derribarlas. Otros aparatos o máquinas de guerra, como la *catapulta*, que lanzaba grandes piedras, y las *torres de madera*, que eran más altas que las murallas, para poder desde lo alto atacar con ventaja a los defensores, y que iban cubiertas con pieles de reses recién desolladas, para que no pudieran incendiarlas, acaso se remonten también a esta época. Siguieron usándose estas máquinas por todos los pueblos antiguos durante muchos siglos, hasta que la invención de la pólvora trajo los cañones y las demás armas de fuego.

A Asurnasirpal sucedió una serie de reyes conquistadores, principalmente Teglatfalasar IV, que venció a los arameos, a los judíos, a los fenicios, a los medos, a los filisteos y a los árabes, y a la muerte de Nabonasar de Babilonia, se coronó *rey de Sumer y Accad;* Salmanasar V, que venció a Oseas, rey de Israel, y le hizo sacar los ojos, precaución que tomaban aquellos soberanos para que sus enemigos no pudieran reinar, cuando no querían matarlos; y los *Sargónidas*, descendientes de Sargón, sucesor de Salamanasar.

Sargón fué un poderoso rey. Contra él se sublevaron todos aquellos pueblos, apoyados por los egipcios, formando una formidable coalición. Incluso Babilonia se levantó, proclamando rey a Merodach Baladan. En una lucha de más de diez años, Sargón se deshizo de todos: venció a los

arameos en Karkar, a los egipcios y filisteos en Rafia, tomó a Samaria y llevó a los israelitas deportados a la Media, comenzando así el *Cautiverio de Babilonia*, con las Diez Tribus que no volvieron a Palestina, por lo que se llaman las *diez tribus perdidas*, y por fin, hizo huir a Merodach Baladan. Consiguió unificar el imperio, por medio de gobernadores nombrados por él, y de *residentes* que enviaba a los reinos vasallos, como los ingleses modernamente en la India, encargados de vigilar a los reyes. Elevó el más famoso de los monumentos asirios, el suntuoso palacio llamado el *Dur Sargon*, en Khorsabad.

Como los templos babilónicos, este palacio era de ladrillos, en algunos sitios, esmaltados, y tenía puertas monumentales flanqueadas por enormes estatuas que representaban toros con alas y con cabeza humana, coronados con la tiara asiria. Estos toros representaban los espíritus protectores del rey y del edificio.

Se conservan también estatuas de los reyes, con sus grandes barbas rizadas y cubiertos con sus magníficas vestiduras y ornamentos. También se han descubierto imágenes de dioses, figurados igual que los reyes pero llevando como atributo de divinidad varios pares de cuernos, que significan el poder, como se ve en los animales que los tienen, como el toro y el auroch, animal propio de aquel país, hoy desaparecido. Los bajorrelieves policromados que cubren las paredes nos instruyen acerca de la vida y las costumbres de los asirios; representan escenas de caza, de guerra, de sacrificios, banquetes, ceremonias, y de la vida de los dioses.

Se dice que Sargón fué asesinado por su hijo Senaquerib, el cual pagó su crimen con un reinado inquieto y poco feliz; los sacerdotes de Babilonia, enojados con él, llamaron a Merodach Baladan, pero Senaquerib arrasó la ciudad en gran parte; puso sitio a Jerusalén, pero tuvo que levantarlo rápidamente; los gobernadores se le sublevaron, y al fin, murió asesinado por sus hijos.

Uno de ellos, Asaradon, que le sucedió, conquistó el Egipto, obligando a huir al faraón Taharca.

Los egipcios habían intervenido ya siglos antes en Siria, bajo la Dinastía XVIII (los Tutmosis), en guerras

Mosaico sobre [illegible] en su carro

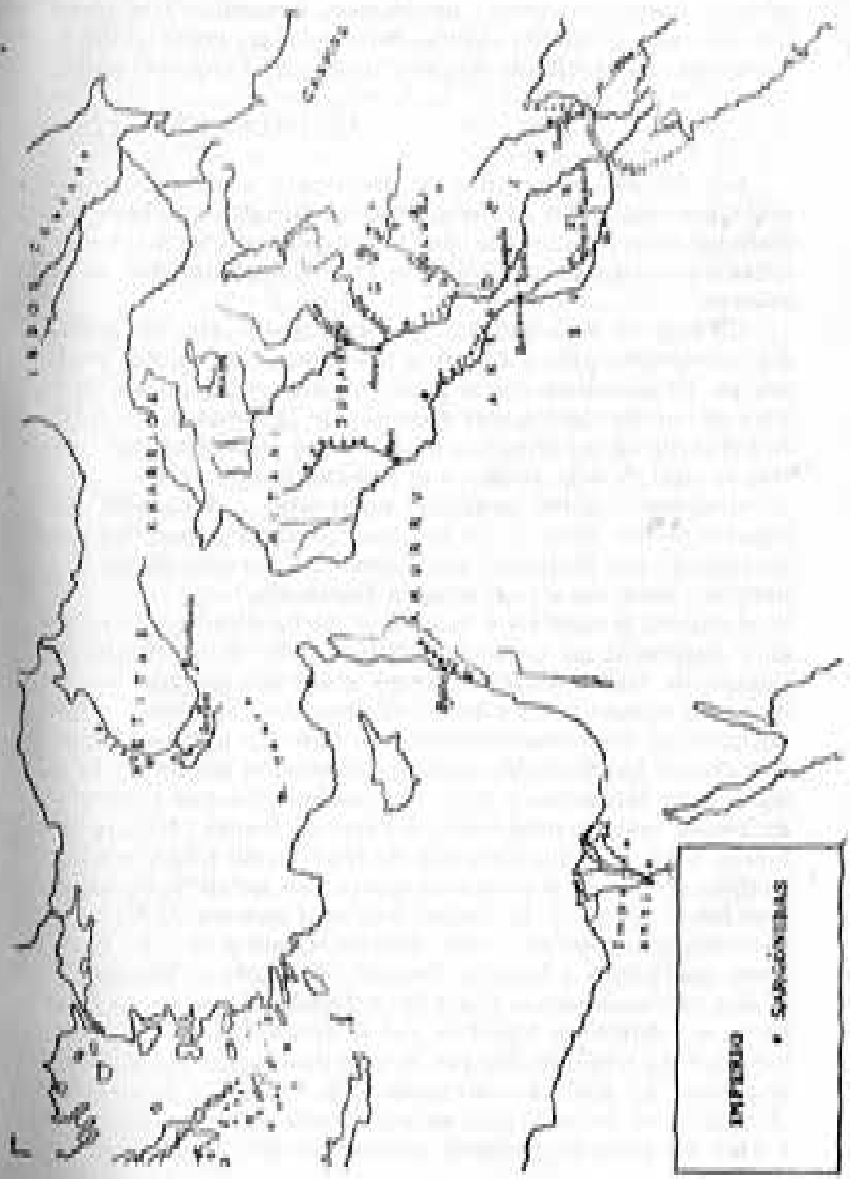
con los hittitas, llegando a ejercer una especie de protectorado sobre los pequeños reinos de aquellos países, poder que perdió el faraón Akenaton, que profesaba una ideología pacifista. Volvieron a guerrear allí, como hemos visto, los Ramésidas, pero ya sin grandes éxitos. Sin embargo los pequeños reyes de Siria contaban siempre con la ayuda del Faraón, para que los defendiera de los asirios. Por eso estos se lanzaron sobre el Egipto.

Asurbanipal, sucesor de Asaradon, fué el último rey poderoso de Asiria. Hizo rey de Egipto a Psammetico, bajo su soberanía, y de Babilonia, en la misma forma, a su hermano Samasukin, las cuales fueron medidas muy sabias en teoría, pero aconteció que primero se le declaró independiente Samasukin y después Psammetico.

Asurbanipal se dirigió contra su hermano y lo sitió en su palacio, y Samasukin viéndose perdido, puso fuego al palacio y se dejó abrasar vivo con sus gentes. Esto dió origen a la leyenda de Sardanápalo, popularizada por los griegos. Por una confusión de nombres, Samasukin fué llamado Sardanápalo (nombre que es el de Asurbanipal corrompido, pues los griegos desfiguraban todos los nombres) y se hizo de él un tirano glotón, cruel y corrompido, verdadera sentina de vicios, con quien terminó la monarquía de los asirios.

Asurbanipal era un hombre, por el contrario, sensato, sabio y erudito, que fundó una de las bibliotecas más importantes de la Antigüedad, cuyo descubrimiento en los tiempos modernos, causó sorpresa y admiración en el mundo culto. Se componía de una enorme cantidad de ladrillos cocidos cubiertos de escritura *cuneiforme* (llamada así por estar compuesta de signos en figura de cuñas y derivada de la primitiva escritura sumérica). Allí estaban muchos de los poemas babilónicos que hemos citado, tratados de astronomía, de matemáticas, de magia, diccionarios, gramáticas y documentos de muchas clases. En gran parte, el conocimiento que tenemos de la historia y de la cultura de Babilonia y Asiria se deben a la biblioteca de Asurbanipal.

Asurbanipal luchó victoriosamente con sus enemigos y celebró sus triunfos con una gran fiesta; pero en sus


IMPERIO
SARGÓNIDAS

últimos años, los escitas invadieron Armenia, Mesopotamia y Siria, y cuando murió, Nabopolasar, gobernador de Babilonia, se proclamó rey, acabando así el imperio asirio.

EL IMPERIO CALDEO

Los últimos soberanos de Babilonia eran *caldeos*, es decir, de una tribu aramea. Fué la dinastía fundada por Nabopolasar. Aliado éste con los egipcios y con los medos, atacaron a Nínive, cuyo último rey se dejó quemar en su palacio.

El hijo de Nabopolasar que le sucedió, fué el famoso *Nabucodonosor*, cuya historia se refiere casi entera en la Biblia. Era hombre culto, pero soberbio y ondoseado y de poca salud mental; quiso reconstruir la famosa Torre de Babel y durante algún tiempo se creyó convertido en bestia, lo cual dice la Biblia que fué castigo de Dios.

Guerreó con los egipcios; puso sitio a Jerusalén por espacio de dos años, al fin la tomó, prendió y mandó sacar los ojos al rey Sedecías, acabando con el reino de Judá y llevando cautivos a los judíos a Babilonia.

Después reconstruyó la ciudad de Babilonia, que había sido destruida en parte por Senaquerib. Esta ciudad en tiempo de Nabucodonosor, llegó a ser tan grande que se dice que ocupaba siete veces el área de París en el siglo pasado; las *murallas de Babilonia*, que los griegos llamaron una de las *Siete Maravillas del Mundo*, tenían 18 kilómetros de perímetro y eran tan anchas que por el camino de ronda podían pasar seis carros de frente; tenían 380 torres y muchas puertas, una de ellas, la de Istar, era una enorme fortaleza y estaba cubierta con ladrillos esmaltados. En el centro de la ciudad estaba el *palacio de Nabucodonosor*, con una espléndida sala del trono y al lado, el recinto sagrado del templo *Esagila*, dedicado a Marduk, y el *Ezatutila*, dedicado a Ninurta. Desde la puerta de Istar hasta el templo de Marduk, iba la *Gran Vía Sacra*, magníficamente empedrada, por donde desfilaban los cortejos solemnes. El Eufrates atravesaba la ciudad y la circulación de los barcos por el río podía interrumpirse de noche, en caso de peligro, por medio de compuertas es-

peciales. Los famosos *pensiles* o jardines colgantes, atribuidos a Semiramis, eran otra de las maravillas del mundo: estaban dispuestos en terrazas y regados por medio de curiosos ingenios, que elevaban el agua del río, y en ellos se cultivaban multitud de plantas raras y exóticas y se mantenían pájaros cantores o de vistoso plumaje y animales de lujo.

Babilonia era una gran ciudad cosmopolita, de las que caracterizan las decadencias, lujosa y corrompida, asilo de los vicios más inmundos. De ella se cuentan las mayores maravillas y los más grandes horrores. Su nombre se hizo proverbial para indicar lo grandioso y lo degenerado.

A Nabucodonosor le sucedió su hijo Evilmerodach, que libertó a Joaquín, rey de Judá, y lo tuvo con él en su palacio. Pero cometió tales arbitrariedades, que su cuñado Neriglisor lo mató y reinó en su lugar, siendo un rey piadoso, que reparó los templos y los canales. A su muerte los sacerdotes hicieron proclamar a Nabunahid, hijo de un rico mercader.

Nabunahid era un sabio arqueólogo, empeñado en restaurar las tradiciones del tiempo de Hammurabi. Dejó el cuidado de los negocios públicos a su hijo Baltasar, y se dedicó a buscar imágenes antiguas, trasladándose a la vieja ciudad de Sippara. Entró en una coalición con Creso, rey de Lidia, Amasis de Egipto y Creta, contra Ciro rey de Persia, que había alcanzado un gran poder al conquistar el reino de los Medos. Esto trajo la guerra. Ciro nombró un gobernador para Asiria, el cual, valiéndose de las disputas entre los sacerdotes y los grandes de Babilonia, ocupó pacíficamente la ciudad, en el año 538 antes de Jesucristo, quedando sólo la ciudadela. Después llegó Ciro, y la ciudadela fué tomada, mientras Baltasar celebraba el famoso banquete de que nos habla la Biblia.

Este banquete, en el que Baltasar profanó los vasos sagrados que Nabucodonosor había traído del templo de Jerusalén, ha quedado como ejemplo proverbial de comilona. En efecto, asirios y caldeos celebraban banquetes que duraban, a veces, hasta varios días, en los cuales comían y bebían en cantidades enormes y con gran refinamiento de platos sazonados con especias y perfumes y

vinos preparados con aromas y miel. Por regla general, el rey comía aparte, solo, en una mesa alta, y sus invitados en una mesa grande más baja; en la sala se quemaban incienso y gomas de Arabia y durante el banquete tocaban músicas y danzaban bailarinas.

Así terminó, en plena fiesta, la primera de las Cuatro Grandes Monarquías.

CAPITULO IV

El primer Imperio Persa

Ya hemos visto cómo los medos y los persas eran una de las ramas de los hijos de Jafet. Eran muchas tribus: Medos, Persas, Hircanos, Bactrianos, Corasmios, Partos, etc. Eran gentes fuertes, belicosas, honradas, de costumbres puras y sencillas, con un gran orgullo de raza.

Los persas se fijaron en la Persia actual, a la que dieron nombre. También los persas, como todos los pueblos, tienen su historia fabulosa.

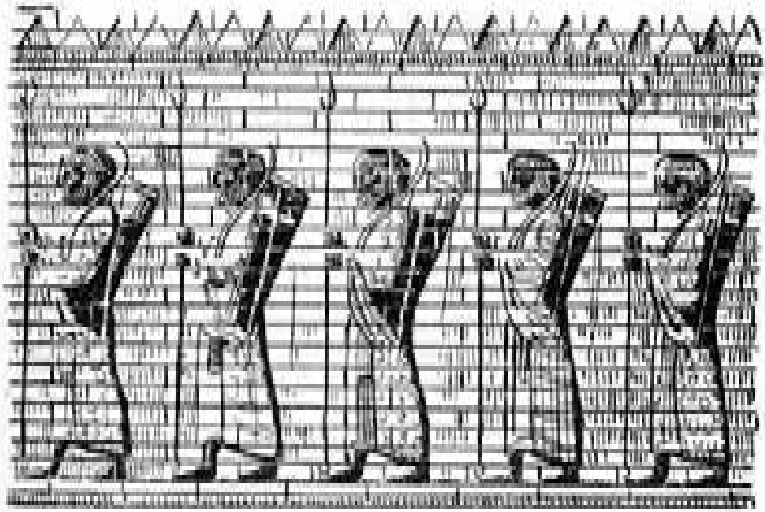
Ya en los tiempos de la dominación musulmana, el gran poeta Firdusi recogió las leyendas antiguas de los persas en un gran poema histórico: el *Sehak Nameh* (Libro de los Reyes).

Cuenta que los persas llegaron al Irán mandados por un Patriarca llamado Chemsid, que les enseñó a cultivar la tierra. Kajumaroth les enseñó a construir casas, a hilar y tejer y a adorar al sol, tomó el título de rey y estableció tribunales de justicia. Otro rey comenzó a trabajar las minas y construir canales, inventó los vestidos de pieles y la escritura. Así fueron los persas instruídos poco a poco por sus reyes; otro les enseñó la caza con halcón y la música, otro estableció las clases sociales, otro tomó como insignia la tiara.

La leyenda persa, como la china, como la babilónica y la egipcia, representa a los reyes como educadores del

pueblo, como *héroes culturales*, sin duda en recuerdo de los primitivos Patriarcas. Estos mitos referentes al origen de los grandes inventos, que se atribuyen a los dioses, o a reyes divinos, o a reyes inspirados por los dioses, son una de las tradiciones más antiguas de la humanidad, muy extendidas en Oriente.

Después, siempre según la leyenda, Persia fué invadida por el árabe Zonk—a quien volveremos a encontrar en



El friso de los arqueros, en Susa

las tradiciones referentes a la India antigua—el cual corrió el país a sangre y fuego, prendió al rey Chemsid, lo mandó serrar por la mitad y mandó degollar a toda su familia, no salvándose más que una hija, que pudo refugiarse en el Cáucaso... Zonk gobernó como un déspota sanguinario, por medio del terror. Conocía los secretos de la magia, pero era de una crueldad tan feroz, que se curaba unas úlceras que le habían nacido poniéndoles emplastos de sesos humanos frescos. Para obtener los

sesos frescos, hizo matar a los hijos de un herrero llamado Caveh.

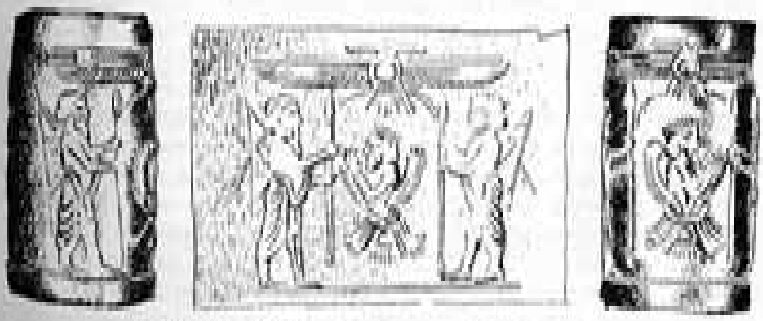
Este herrero, que era un hombre valeroso, muy amante de sus hijos y con espíritu de raza, fué el libertardor de Persia. Levantó como bandera el mandil de cuero que usaba en la forja, y mostrándolo al pueblo con ardientes discursos, sublevó a los persas contra el malvado Zoak, el tirano extranjero, y lo destronó.

La hija del rey persa Chemsid había tenido un hijo en el Cáucaso, de una sin igual belleza y virtud. Este príncipe se llamaba Feridun, había sido criado con la leche de la ternera divina Puramaya y educado por un gran sabio muy anciano, que tenía conversaciones con los genios y era inspirado por ellos. Caveh el herrero proclamó rey a Feridun, que era el príncipe legítimo, y Feridun fué un soberano justo y feliz, que conquistó la India, el Turán, el Asia occidental y el Egipto.

En el reinado siguiente comenzaron las guerras con los turcos, en las cuales figuró brillantemente el héroe Rustam, el gran guerrero persa, verdadero protector de los famosos reyes Kai Kobad, Kaikaus y Kai Kosru.

En tiempo del rey Gustasp, apareció el gran Profeta *Zaratustra* o Zoroastro, que reformó la magia y construyó los *Templos del Fuego*.

* * *

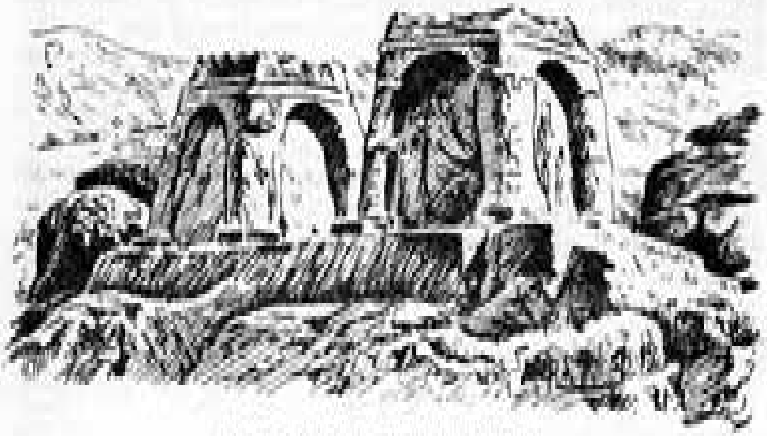


Cilindro con el disco alado, representación de Ahura Mazda

Los historiadores hablan de los persas como una confederación de tribus con un jefe hereditario, de la familia de los *Aqueménidas*, de la tribu de los *Pasargadas*, por lo cual, la Persia antigua, hasta la conquista de Alejandro, se suele llamar la «Persia Aqueménida».

Los Aqueménidas, descendientes de Aquemenes, tomaron el título de reyes. Uno de ellos, Cambises II, se casó con una hija de Astiages, rey de los medos.

Mas he aquí que Astiages tuvo un sueño: soñó con una



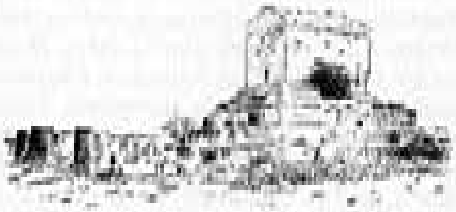
Altares del fuego, cerca del Persépolis

vid, salida de él mismo, cuyos sarmientos y pámpanos se desarrollaban tan rápidamente y en tal profusión, que lo envolvían, lo sujetaban, impedían sus movimientos y llegaban a ahogarlo... Los magos babilonios a quienes consultó, le dijeron que aquello significaba que sería destronado por un descendiente suyo... Astiages pensó en seguida en su nieto Ciro, hijo de su hija Mandana, casada con el persa Cambises, y procuró su muerte, sin conseguirlo, por lo cual vivió con aquella inquietud.

CIRO EL GRANDE

Ciro Rey de Persia es una figura histórica de primer orden. Sin poderlo remediar, Ciro nos recuerda a Constantino y a Carlomagno. Es un verdadero gran ejemplar de Rey. Era alto, rubio, de majestuoso porte, sencillo y viril en sus costumbres, sobrio en su vida, afable, valeroso, clemente y justo.

Ciro fué el fundador del Imperio Persa, que los comentaristas del Profeta Daniel llamaron la segunda de las Cuatro Grandes Monarquías, y fué mayor que todos los que le precedieron.



Tumba de Ciro, en Pasargada

Comenzó a reinar en el año 559 antes de Jesucristo. Unió a todas las tribus iranias en una confederación, lo cual hizo que pudiera organizar un ejército numeroso, en el cual sobresalían los arqueros y la caballería ligera; «los persas, en arcos y flechas famosos», como dijo Cervantes... Con él, en el año 553, invadió la Media, el reino de su abuelo Astiages. La guerra, al principio, fué desfavorable para Ciro, pero después, el principal general de los medos, llamado Harpago, se pasó con sus tropas a las filas de los persas y dió a Ciro una gran victoria.

Según una leyenda, este Harpago había sido el encargado de matar a Ciro, por orden de Astiages, y como no lo hizo, temía la venganza de su rey. Otros creen que hizo traición porque pretendía la mano de una hija de Astiages, y Astiages prefirió a otro pretendiente, y el despecho de Harpago lo llevó a pasarse a los persas.

En una nueva batalla, en Pasargada, salió también Ciro vencedor, y las tropas de Astiages, indignadas por la derrota, entregaron a su rey. Así cayó Astiages en poder de Ciro, pero Ciro, olvidando los criminales intentos

de su abuelo, lo trató como pariente de su misma sangre, ordenando se le guardasen todos los honores de rey, y lo tuvo en su compañía, y hasta le confió el gobierno de una provincia. La moderación de Ciro vencedor—dicen los historiadores—era cosa desusada en los países orientales, y contrasta notablemente con la crueldad de los asirios y babilonios.

Ciro entró en Ecbatana y se coronó rey de la Media. Después conquistó el Elam con su capital, Susa, otra de las ciudades famosas del Asia, y estableció en ella su residencia.

Entonces fué cuando, alarmados por sus triunfos, formaron alianza contra el Creso, Nabunahid y el faraón Amasis. Ciro avanzó por el Asia Menor contra Creso, soberano tan opulento, que sus riquezas le procuraron una celebridad que llegó a nuestros tiempos: «Es un Creso» se usa como frase ponderativa para calificar a los que nadan en dinero... Ciro lo venció en dos grandes batallas, tomó a Sardes, capital de la Lidia y cogió prisionero a Creso. La leyenda griega dice que lo condenó a ser quemado vivo, y que cuando empezó a arder la hoguera en que lo habían puesto, el Rey de Persia oyó que Creso se lamentaba diciendo: «¡Solón! ¡Solón!»... Intrigado Ciro por aquellas palabras, hizo que sacasen a Creso de las llamas que comenzaban a prender en sus vestidos, y le pidió que explicase qué significaba aquello, y quién era aquel a quien invocaba. Creso le respondió diciendo que se acordaba de Solón (el primero de los *Siete Sabios de Grecia*), pues su desgracia venía de no haber atendido a sus enseñanzas, consejos y advertencias. Conmovido Ciro, le concedió la vida, y no sólo esto, sino que quiso tener siempre a su lado a Creso como amigo y consejero.

Ciro nombró en el Asia Menor *Sátrapas*, que eran gobernadores o virreyes con grandes facultades y tropas a sus órdenes, y estos sátrapas fueron sometiendo hábilmente aquellos países.

Luego Ciro conquistó todo el Irán hasta los ríos Yaxartes e Indo. Se volvió contra Babilonia, donde ya hemos visto lo que pasó. Ciro fué proclamado rey de Babilonia en

el año 538. Entonces dió libertad a los judíos, permitiéndoles que volviesen a Jerusalén, confiando el gobierno de la Judea a Zorobabel, príncipe de la Casa real de Judá, el cual, en compañía del sacerdote Esdras, se puso al frente de los hebreos que regresaban a su hogar. Así terminó el *Cautiverio de Babilonia*.

Ciro restableció los cultos caldeos, que Nabunahid había perturbado, por lo cual los sacerdotes caldeos, agradecidos, le apoyaron con entusiasmo. Los sacerdotes de Babilonia tenían fama de ser muy sabios y de conocer todos los secretos de la naturaleza, pero su ciencia principal era la *Astronomía* y también la *Astrología*, por medio de la cual pretendían predecir el porvenir estudiando el movimiento de los astros, que ellos identificaban con sus dioses, y a los que atribuían una gran influencia sobre la vida de los hombres: los dioses de los planetas eran: *Samas*, del sol, y su color el amarillo y su metal el oro; *Sin*, la luna, que dominaba el blanco y la plata; *Nebo*, Mercurio, al que correspondía el color azul y el azogue; *Istar*, Venus, con el verde y el cobre; *Nirip*, Marte, con el rojo y el hierro; *Marduk*, Júpiter, el color naranja y el estaño; *Nargal*, Saturno, el negro y el plomo. Otros dioses presidían los signos del Zodíaco, y un *decano* dominaba en cada diez grados de la eclíptica. En estas ideas se fundaban también las pesas y medidas. Los caldeos empleaban el *sistema sexagesimal* de numeración, inventaron la *semana* de siete días, dedicados a los siete dioses de los planetas y la *imagen del mundo* atribuida a Tolomeo, y que rigió en Occidente hasta que se impuso el sistema de Copérnico, procede enteramente de los caldeos.

Los persas tuvieron, como veremos, otra religión; pero la ciencia de los caldeos fué aceptada por ellos, como por todos los pueblos del Asia occidental y por los mismos griegos. Estos llamaron a la Astronomía *ciencia caldaica*.

También los judíos emprendieron la reedificación del Templo de Jerusalén, trabajando todos, ricos y pobres, grandes y chicos, en las obras. Ciro había hecho que se les devolviesen los vasos sagrados y otros ornamentos del Templo destruído por Nabucodonosor, y que se encontra-

ban en el tesoro de los reyes de Babilonia. Las mujeres judías ofrecieron sus joyas para el adorno del nuevo Templo, aunque éste no alcanzó el esplendor del de Salomón.

Recibió Ciro el homenaje de los reyes de Tiro y Sidón, las dos ricas ciudades fenicias, y envió a su hijo Cambises contra el Egipto, mientras él iba a combatir contra los escitas.

Esta expedición fué desgraciada. En el año 530, Ciro murió en una batalla contra la tribu escita de los masagetas. La tradición dice que, en aquella batalla, los masagetas iban mandados por su reina, Tomiris, la cual cortó la cabeza a Ciro y la llevó en su caballo, metida en un saco de cuero.

En Pasargada se muestra aún la tumba de Ciro el Grande: un sencillo monumento de piedra lisa, con tejado a dos vertientes, elevado sobre una gradería.

ZOROASTRO Y SU DOCTRINA

La tradición asegura que Zoroastro, fundador de la religión de los persas, vivió en época remontísima; en la Edad Media europea, pasaba por ser el inventor de la magia, por ser llamados *magos* los sacerdotes de la religión que él fundó. Los investigadores modernos lo colocan en tiempos próximos al reinado de Ciro.

Su verdadero nombre era *Zaratustra* y se dice que se presentó como reformador de la religión en la corte de Histaspes, sátrapa de la Partia y la Hircania, pariente del gran rey. Predicaba una doctrina monoteísta muy pura, que decía que le había sido revelada por *Ahuramazda* (después llamado *Ormuzd*), el dios alto, el dios del cielo, único verdadero, todopoderoso, creador del mundo, premiador de buenos y castigador de malos.

Los persas adoraban antes a varios dioses, que llamaban *Ahuras*, enemigos de los demonios llamados *Devas* (al contrario de sus parientes, los Indos, que llamaban a los dioses *Devas* y a los demonios *Anuras*) y practicaban el culto del fuego y la ofrenda de un licor sagrado llamado *haoma* (que es el *soma* de los Indos). Zaratustra rechazó

el culto de los dioses, diciendo que no se debía adorar sino a Ahuramazda, pero permitió el culto del fuego que, significando la pureza, es la representación visible de Ahuramazda, que se manifiesta a los hombres en la llama y conservó la ofrenda del haoma. Se atribuyó a Zaratustra el libro sagrado llamado *Zend-Avesta;* pero ahora dicen los sabios que lo único que hay en ese libro del tiempo de Zaratustra, son cinco himnos llamados *Gathas*.

Histaspes y su hijo Darío se convirtieron a la nueva religión, pero el pueblo siguió por mucho tiempo adorando a los Ahuras, a unos genios llamados *Yazatas* y a los espíritus de los muertos, llamados *Fravaschis*, y también a dioses extranjeros.

La obsesión de Zaratustra era la pureza, por lo cual, los sacerdotes del fuego recogían la leña con guantes y así la partían, no empleando más que maderas muy secas, limpias y puras, y para acercarse al altar donde ardía el fuego perpetuo, se tapaban la boca con un paño, para no contaminarlo con su aliento. Iban vestidos enteramente de blanco, con ropa siempre limpia. Como los cadáveres eran cosa inmunda, que contaminaba con su contacto, no se podían enterrar, para no manchar la tierra, ni quemar (como hacían los Indos), para no manchar el fuego; entonces se acudió a exponerlos para que los devorasen los buitres y otras aves de rapiña. Para ello, andando el tiempo, se construyeron unas torres altas en cuya terraza se ponían los cadáveres, que fueron llamadas *Torres del silencio*.

Más adelante, los zoroastrianos aceptaron la existencia de un dios del mal, llamado *Ahrimán*, opuesto a *Ormuzd* (o Ahuramazda), que fué concebido como igualmente poderoso, y toda la historia y la vida del mundo fué considerada como una lucha entre Ormuzd y Ahrimán. Estos dos dioses tenían cada uno sus auxiliares, especie de ángeles y demonios. Ormuzd creó todas las cosas buenas, pero a cada cosa buena que crea Ormuzd, crea Ahrimán una cosa mala. Pero al final, triunfará Ormuzd, el Señor de la Luz, de quien viene la pureza, la inteligencia y la

bondad. Uno de los pecados que más odiaba Zaratustra era la mentira, que impurifica el alma.

LOS SUCESORES DE CIRO

Cambises derrotó y prendió al faraón Psammetico III, hijo de Amasis, en Pelusio, en la misma entrada de Egipto, y como estaba casado con una hermana suya, se proclamó Faraón. Pero era un epiléptico, al parecer, y como fracasó en dos expediciones contra Etiopía, se enfureció locamente, mató al Buey Apis, adorado por los egipcios, por su propia mano, profanó la momia del Faraón Amasis, su suegro, ultrajó a los dioses del país, y dió una patada en el vientre a su hermana y esposa, Atosa, que se hallaba en cinta, causándole la muerte...

Se dice que era costumbre de los soberanos persas casarse con una de sus hermanas; esta clase de matrimonio, que otros pueblos consideraron siempre como incestuoso y condenable, tenía para ellos carácter sagrado, ya fuese por un exceso de estimación por la pureza de la raza, ya, quizá, en recuerdo, más o menos consciente, de los hijos de Adán...

Mientras tanto, en Babilonia, un mago llamado Gaumata, que se parecía extraordinariamente a Bardes, hermano de Cambises, a quien éste había hecho asesinar, se presentó haciéndose pasar por Bardes, ayudado por los magos, y fué proclamado rey. Cambises, en cuanto lo supo, salió de Egipto, exasperado, y marchó contra él, pero al llegar a Damasco, murió.

Se sublevaron varios sátrapas y nobles persas, y se produjo gran confusión; pero Darío, hijo de Histaspes, ayudado por los grandes del Consejo Real, destronó al falso Bardes, y, según los griegos, mandó matar a todos los magos, culpables de aquella suplantación, y puso paz en todos sus dominios.

Darío organizó la administración del Imperio persa en una forma que sirvió de ejemplo a todos los Imperios que vinieron después. Lo dividió en veinte satrapías, cuyos sátrapas estaban vigilados por inspectores reales; esta-

bleció colonias persas en todos los países vasallos; montó en forma la Cancillería y los Archivos reales; cruzó todo el Imperio de magníficas carreteras y estableció un servicio regular de Correos, con postas de distancia en distancia, para recambio de los caballos; se reservó el derecho de acuñar moneda de oro, los llamados, de su nombre, *dáricos;* impuso en su corte una etiqueta de tipo oriental, que hasta entonces no habían usado los persas; se rodeó de un ceremonial y una pompa imponentes; para llegar a ser recibido en audiencia, había que solicitarlo, esperar mucho tiempo, y al fin, ser llamado; se le veía en un elevado y espléndido trono, y cuando salía iba bajo el quitasol real, llevado por un alto dignatario, y flanqueado por otros que llevaban espantamoscas. Premiaba a sus fieles con títulos y feudos, les regalaba armas, joyas, vestidos y caballos, y los invitaba a comer, pero les exigía una cultura refinada y maneras exquisitas. Personalmente era justo, afable y preocupado por el bien de sus súbditos. Las lenguas, religiones y costumbres de los pueblos sometidos, hizo que fuesen escrupulosamente respetadas.

Figura persa

El sistema de gobierno creado por los persas fué imitado después por Alejandro Magno y sus sucesores, por los romanos, especialmente desde Diocleciano, por los Emperadores bizantinos y por los Califas árabes. Los árabes lo introdujeron en Sicilia, en tiempo del Emperador alemán Federico II, de allí pasó a los Estados italianos, y de estos a las naciones europeas modernas.

No fué esto sólo lo que nos vino de Persia, sino una porción de leyendas y de temas literarios, de elementos arquitectónicos y ornamentales, motivos artísticos de Babilo-

nia y Asia Menor, que encontramos en nuestro arte románico y gótico, e incluso ideas filosóficas.

El arte persa era entonces inspirado en el arte asirio, pero tenía formas propias, como las grandes salas de audiencia de los palacios, con techo plano sostenido por altísimas columnas, los frisos de ladrillos esmaltados de colorido brillante, como el friso de los arqueros, en Susa, y los motivos ornamentales del león cornudo, el grifo, el león matando al toro, etc. Todas estas obras son más finas y elegantes que las asirias.

También el vestido era más sencillo y, a veces, más elegante. El traje nacional persa se distinguía ya entonces por el uso de las mangas y de los pantalones anchos; en la cabeza llevaban las gentes del pueblo un gorro cónico, como el de los escitas, y esto duró hasta tiempos muy próximos a nosotros.

Darío y su hijo Xerxes sostuvieron dos famosas guerras contra los griegos, en Europa: la primera y la segunda de las tres *guerras médicas* (llamadas así, porque los griegos llamaban *medos* a los persas). Ambos fueron vencidos, pero los brillantes triunfos de los griegos, tan decantados en los libros, no quebrantaron el poderío de los persas. La tercera *guerra médica*, que comenzó en tiempos de Artajerjes I Longimano, apenas tuvo importancia.

Los demás reyes Aqueménidas fueron: Darío II Noto, que perdió el Egipto; Artajerjes II Mnemon, que firmó con los griegos la ventajosa paz de Antálcidas y levantó en su capital, Persépolis, hermosos edificios; Artajerjes III Oco, que reconquistó Egipto y Chipre; y Darío III Codomano, en cuyo tiempo apareció en Asia Alejandro Magno.

CAPITULO V

El antiguo Egipto

La antigua cultura egipcia es casi contemporánea de la babilónica, tuvo, en algunas épocas, relaciones con ella, y nos es mejor conocida.

La cultura egipcia es un modelo de independencia, de continuidad de estilo, de fidelidad a su tipo y de coherencia consigo misma. No se parece a ninguna otra y todas sus creaciones llevan un sello inconfundible. No se necesita ser un arqueólogo, ni mucho menos, para decir sin equivocarse ante la reproducción de un monumento o de un objeto cualquiera del valle del Nilo en aquel tiempo: «Esto es egipcio». Las cosas egipcias son tan características, que las conoce cualquiera.

Los demás pueblos, especialmente los griegos, consideraban a los egipcios como un pueblo antiquísimo y de una extraordinaria sabiduría. Los sabios griegos se vanagloriaban de haber estudiado con los sacerdotes egipcios. Así como a los babilonios se atribuyó la invención de la Astronomía, a los egipcios se atribuyó la de la Química. Los investigadores modernos se asombran de la rapidez con que los egipcios llegaron a crear una cultura superior, y de que, en cambio, después se hubiera detenido su desarrollo, continuando lo mismo que al principio durante muchos siglos.

El país de los egipcios se reducía al estrecho valle del

Nilo y su delta y estaba flanqueado por el Este y por el Oeste por el desierto. Pero el valle era en extremo fértil, gracias a las inundaciones anuales del Nilo. Allí se formó un pueblo de labradores y de empleados del Estado, de oficinistas, pueblo tranquilo, utilitario, a la vez sabio y supersticioso, pero que en muchos órdenes alcanzó la grandeza.

LA HISTORIA MITICA DE EGIPTO

Los egipcios empezaban la historia con la creación del mundo. El dios Seb tomó la forma de una oca y puso el huevo del mundo. Por este tiempo, el dios Toth escribió un gran libro en el cual daba noticia de todas las aves del aire, los peces del mar y los cuadrúpedos de la tierra. El que conociera una sola página de aquel libro, podría dominar por medio de encantos el cielo, la tierra y el grande abismo, las montañas y los mares. Lo encerró en varias cajas, unas dentro de otras, y lo arrojó al Nilo en Coptos.

La nueva tierra fué gobernada por los dioses. Primero, Ptah, el creador, por quien los hombres supieron de Dios. Le sucedieron, Ra, que quiso destruir a los hombres (en lo cual hay acaso un recuerdo del diluvio), Osiris, que fué asesinado por Set, el cual dispersó sus miembros, enterrándolos en lugares distantes, pero Anubis y Neftis lograron reunir los miembros de Osiris y los llevaron a su esposa Isis; como consecuencia de esto, Isis dió a luz a Horo, el cual destronó a Set y lo mató.

Aquella fué la dinastía de los *reyes divinos*, a la cual sucedió la de los *servidores de Horo* y después otra de *reyes humanos*.

EL EGIPTO HISTORICO

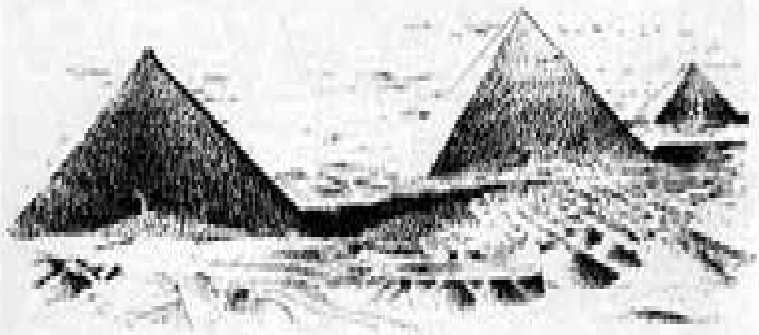
La historia de Egipto se cuenta por dinastías, de las cuales se enumeran treinta y dos hasta la época romana; pero los historiadores modernos la dividen en tres grandes períodos que llaman *Antiguo Imperio*, *Imperio Medio* y *Nuevo Imperio*.

Se supone que primitivamente, a lo largo del valle del Nilo había una serie de tribus independientes, con sus respectivas ciudades, cada una de las cuales tenía sus dioses y sus jefes. La tradición recogida por los griegos habla de un rey llamado Menes, que unificó el gobierno del Egipto. En realidad hubo siempre una distinción expresa entre el *Bajo Egipto*, que era el Delta del Nilo, llamado también País del Norte, y el *Alto Egipto*, que era el valle del río, llamado también *País del Sur*. De las tres pri-

Los Dioses Horus y Set uniendo el Alto y Bajo Egipto

meras dinastías se sabe muy poco. Sin embargo, se conservan de entonces algunos monumentos e inscripciones; los egipcios poseían ya una escritura a un tiempo ideográfica y fonética, muy perfeccionada: los famosos *jeroglíficos*, que no fueron descifrados hasta los trabajos de Champollión, gracias al hallazgo de una inscripción que iba acompañada de su traducción en griego.

A la dinastía IV pertenecen los constructores de las tres Grandes Pirámides que causaron la admiración del



Las Pirámides, en el desierto

mundo y fueron contadas entre las grandes maravillas salidas de la mano del hombre. Estos tres reyes, Kufu, Kafra y Menkaura, construyeron estos monumentos para ser sepultados en ellos.

Sin embargo, algunos investigadores modernos de gran fantasía, como Piazzi Smith y el Abate Moreux, han observado en las medidas y orientación de la Gran Pirámide o sea la de Kufu, llamado por los griegos Cheops, asombrosas coincidencias con las medidas y los cálculos astronómicos más modernos.

La Gran Pirámide tiene más de 146 metros de altura y 227 de lado en la base. Aquella inmensa mole de piedra se calcula que tiene un volumen de 76.769.300 de pies cúbicos. Tiene dos entradas, una a dos tercios de su altura va a dar a un aposento cuadrado y otra, mirando al norte,

y a 60 pies de altura va a dar a la cámara del rey, situada en el centro de la pirámide; encima hay otra cámara llamada de la reina. Está admirablemente orientada, con las esquinas mirando exactamente a los puntos cardinales, mejor que el Observatorio de París, y su situación en el vértice de un ángulo que circunscribe el delta del Nilo.

El meridiano sobre el que está la Gran Pirámide es el meridiano ideal buscado por los hombres de ciencia, pues es el que en nuestro hemisferio atraviesa la mayor extensión de tierras emergidas, y en el opuesto atraviesa exclusivamente las aguas del Océano Pacífico. Por lo tanto, divide las tierras emergidas en dos partes iguales. Por otra parte, la Gran Pirámide se halla muy cerca, a 1 minuto y 8'78 segundos del paralelo 30 (su latitud es 29° 58' 51"). Esta diferencia es más insignificante de lo que parece, pues si el arquitecto la hubiese calculado de modo que un observador viese el polo celeste situándose en la base del monumento a una altura de 30° exactos, la habría emplazado, teniendo en cuenta la refracción de la atmósfera, en los 29° 58' 22", por lo cual la diferencia es sólo de 29". Para una exactitud tan aproximada, tuvieron que emplear aparatos basados en una adelantadísima ciencia astronómica. Multiplicando la altura total de la Pirámide, que son 148'208 metros por 3'1416, que es la razón de la circunferencia al diámetro (número π) da 931'22 metros, que es la longitud del perímetro total de la base de la Pirámide. Multiplicando la altura por un millón, da 148.208.000, que es la distancia de la tierra al Sol que se calculaba hasta el año 1896. La medida lineal empleada en la Pirámide es el codo sagrado; multiplicando esa medida por diez millones, da 1.356.600 metros, longitud del radio polar de la tierra. El codo tiene 25 pulgadas: multiplicando una pulgada por cien mil millones, nos da la distancia que recorre la tierra en su órbita en 24 horas; y multiplicando el codo por los días del año sideral, la longitud de un lado de la base de la Pirámide. Por último, también se encuentra allí que los egipcios calculaban la precesión de los equinoccios y basándose en esto, el P. Moreux y otros calculan que la Gran Pirámide fué construida en el año 2170 antes de Jesucristo.

De todo esto se ha deducido que los sacerdotes egipcios poseían una ciencia secreta, la *ciencia secreta de los Faraones*, que hace miles de años, había resuelto los más difíciles problemas matemáticos y astronómicos.

Se sucedieron otras seis dinastías, cuyos reyes, salvo los de las dos últimas, residían en Menfis, cerca del Delta. El rey, a quien se suele llamar *Faraón*, se titulaba Señor de los Dos Países (Alto y Bajo Egipto), dueño del mundo y gran dios; era tenido como una encarnación de Ra, dios del sol, y llevaba la doble corona, la blanca del sur y la roja del norte y lo rodeaban numerosos consejeros y funcionarios. Pero los gobernadores de los distritos, que los griegos llamaron *nomos*, obraban por su cuenta. El Egipto era un país feudal.

Se cultivaban la teología, las ciencias y la magia y una literatura de carácter moral entre la que sobresalen los *Proverbios* de Ptahotep. Se esculpían estatuas de piedra de gran monumentalidad y otras de madera pintada de estilo muy realista y de gran expresión de vida, buscando el parecido del retrato. Muchas de estas estatuas eran para poner en las tumbas, donde se depositaba al difunto dolo más tarde en vendas de lino engomadas. La momia se preparaba extrayendo al cadáver los sesos y las entrañas, que se depositaban en cuatro jarros llamados *canopos*, cuyas tapas representaban cabezas de animales divinos, sumergiéndolo después en baño de natron y envolviéndolo más tarde en vendas de lino engomadas. La momia se encerraba en una caja de madera pintada de colores brillantes y llevaba escritos con conjuros mágicos que habían de servirle para defenderse de los peligros del otro mundo.

Los egipcios tenían tantos dioses que se dijo que hasta les nacían en las huertas. Cada ciudad tenía los suyos y cada dios recibía el culto principal en algún templo determinado: Ra en Heliópolis, Amon en Tebas, Osiris en Abidos, Toth en Hermópolis, el Buey Apis en Menfis, etc. Los sacerdotes se rapaban todo el cuerpo, vestían túnica blanca y sandalias de papiro. Eran generalmente sabios, dedicados al estudio y muchos eran, al menos secretamente, monoteístas.

EL IMPERIO MEDIO

Llaman los historiadores Imperio Medio al que empieza con el Faraón Antef, fundador de la dinastía XI, con la cual comienza el predominio de la famosa ciudad de Tebas, en el Alto Egito. Pero la más gloriosa fué la dinastía XII, que impuso su autoridad en todos los nomos y reorganizó el imperio asentando el poder central. El dios Amon de Tebas, identificado con Ra, se convirtió en un dios nacional. El fundador de la dinastía, Amenemat, escribió para su hijo un notable tratado de política. Otro de los reyes, Senusret, llamado Sesostris por los griegos, fué el primero de los faraones que guerreó en Siria.

Bajo la dinastía XIV todo se vino abajo. Se produjo una gran revolución social en la que triunfó la plebe más abyecta, los «hijos de nadie» y reinaron en Egipto tres dinastías a un tiempo, mientras una multitud de señores plebeyos establecían en los nomos un régimen militar.

Se ve en esto, como ya habíamos visto en Babilonia, que la revolución social no es cosa nueva, sino achaque de todos los tiempos de decadencia, cuando se trastornan las jerarquías, los de arriba no son capaces de sostener su prestigio y de obrar como les impone su posición, y cuando todos se dejan llevar de la ambición y del vicio. En todas las culturas antiguas y modernas, se producen estos trastornos, hasta que al fin, la misma naturaleza de las cosas acaba por hacer que todo vuelva a su lugar.

En medio de tales trastornos, aparecieron los Hiksos, pastores asiáticos, probablemente semitas de Siria, llamados «príncipes del desierto», que venían con caballos y carros de guerra, que eran una novedad en Egipto. Invadieron el Delta y lo dominaron, fundando las dinastías XV y XVI (los *Reyes Pastores* de los griegos). Intervinieron en la revolución social de Egipto: uno de sus reyes se titulaba *príncipe de la juventud* y pretendía trabucar todo lo existente.

Después, los Hiksos adoptaron los usos, costumbres y religión de los egipcios. En su tiempo ocurrió el episodio de José hijo de Jacob y el establecimiento de los hebreos en Egipto.

Al fin, los reyes de Tebas lograron expulsar a los Hiksos, y se entronizó la dinastía XVIII, con la cual comienza el nuevo imperio.

EL NUEVO IMPERIO

En esta época, el Egipto vuelve a unificarse y comienza una serie de conquistas y guerras en Siria, entrando en contacto los egipcios con el mundo babilónico. Esto fué obra de los faraones de la Dinastía XVIII.

Totmes o Tutmosis I llegó hasta el Eufrates, persiguiendo a los príncipes de Kadesch. Totmes III ganó al príncipe de Kadesch una gran batalla en un lugar lleno de misterio: la llanura de Esdrelon, de la que habla el Apocalipsis de San Juan... Tomó a Kadesch, sometió a los fenicios, pasó el Eufrates y recibió embajadas de los Hititas, de Babilonia y de Chipre. El Egipto se había convertido en una gran potencia militar, una de las que estaban en juego en el Asia occidental.

En Bogaz Koei, donde estuvo la antigua capital de los Hititas, se encontraron los archivos diplomáticos de los reyes, en los cuales se conservaba la correspondencia de los faraones, que ejercían protectorado sobre los reinos sirios. Totmes IV se casó con una hija del rey de Mitani; su hijo Amenhotep III acogía a los extranjeros que venían a Egipto y se establecían en las ciudades, en las cuales se hablaban todas las lenguas de Oriente y se practicaban cultos de los dioses más raros.

LA REFORMA RELIGIOSA DE AKENATEN

Un episodio que apasionó grandemente a los lectores occidentales modernos fué la aventura reformadora del faraón Amenhotep IV, que intentó imponer en Egipto una religión monoteísta.

Era hijo de Amenhotep III y de una princesa del desierto, que le imbuyó ideas propias de los semitas. Al subir al trono, tenía dieciocho años, y estaba dominado por su madre, por su esposa, la hermosa Nefertiti, cuyo magni-

fico busto policromado fué admirado durante algunos años en un Museo de Berlín (la gente adquiría en las tiendas fotografías de aquel busto) y por un sacerdote, marido de su nodriza. Era devoto de *Aten*, una de las formas del dios sol, que se adoraba en Heliópolis, bajo la figura de un disco con rayos. El faraón y sus íntimos lo consideraban como símbolo de la divinidad invisible, y por lo tanto, como el único digno de culto, y quisieron acabar con la idolatría egipcia. No se puede saber si Amenhotep IV se había convertido a la religión de los hebreos, o si simplemente era un deista puritano, como los filósofos occidentales del siglo XVIII, tal como suelen darse en las decadencias. No se sabe si fué un discípulo de Moisés (que es posible que por entonces aún viviese), o un Voltaire egipcio.

El caso es que prohibió el culto de los antiguos dioses, borró el nombre del dios Amon de Tebas de los monumentos, despojó su templo y cambió su propio nombre de Amenhotep por el de *Akenaten* (aquel en quien se satisface Aten). Tomó medidas acertadas, pero semejantes también a las de nuestros soberanos del siglo XVIII; pretendió ser un verdadero «déspota ilustrado». Pero no lo consiguió; encontró enorme resistencia, no fué obedecido, se murmuraba de él... Proclamaba la paz, la veracidad, el amor a la familia y a todos los hombres, pero no le hacían caso. Por pacifismo, descuidó los intereses del Egipto en Asia, y los príncipes de Siria dejaron de obedecerle.

Como era naturalmente bondadoso y amante de la vida del hogar, no tomó medidas violentas, lo que hizo fué marcharse de Tebas... Hizo construir en Tell-el-Amarna una nueva ciudad, que llamó *horizonte de Aten*, el sol radiante, que acaso ya entonces representase secretamente la luz de la inteligencia y de la razón, como para los modernos masones, porque la historia se repite... Era acaso ya un vislumbre de la ciudad del porvenir, de la *ciudad del buen acuerdo* del mito decimonónico, y de los actuales *ciudadanos del mundo*...

Lo que tenía, sin duda, era buen gusto artístico. Las excavaciones realizadas en El Amarna revelaron un arte

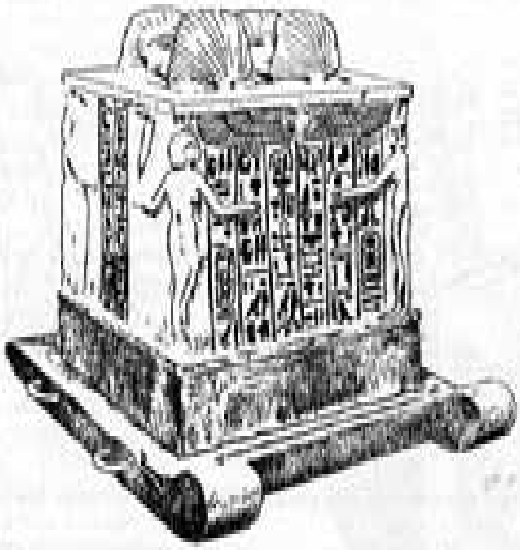
decadente, refinado, exquisito y romántico: el citado busto de la reina Nefertiti, de extraña belleza y purísimo perfil; relieves y pinturas con escenas de familia, en que aparece Akenaten jugando con sus hijitas, teniéndolas sentadas en las rodillas y acariciándolas, escenas del culto del disco solar... Allí se retiró, con los suyos, y parece que allí murió medio olvidado.

Le sucedió su yerno, el famoso Tutankamen, que residió en Tebas y volvió al antiguo culto. Tutankamen alcanzó gran celebridad en nuestros días, gracias al descubrimiento de su tumba, por Lord Carnarvon y Mister Carter. Los objetos que allí se encontraron son de una riqueza y de un gusto tan poco común, que deslumbraron no sólo al público culto, sino al público común de los lectores de semanarios. También se comentó en los periódicos la misteriosa muerte de muchas personas de las que intervinieron en el descubrimiento, lo cual llegó a atribuirse a efecto de la antigua magia egipcia.

Tutankamen representado de pié sobre un animal, como los dioses hititas. El Faraón lleva la corona del Alto Egipto

Los faraones de la Dinastía XIX fueron los que más pronto tuvieron fama en el moderno Occidente, especialmente, Setí I y Ramsés II, que fué tenido durante bastante tiempo por el gran conquistador egipcio, hasta

creerse que era el Sesóstris de los griegos. En realidad, guerrearon con fortuna en Siria, contra los hittitas de Kadesch, con ejércitos compuestos de carros, falanges y cuerpos de mercenarios extranjeros, pero sin adelantar gran terreno. Lo que pasa es que ponderaron grandemente sus victorias en las inscripciones de las paredes de los templos. Ramsés II consiguió el homenaje del rey Ka-



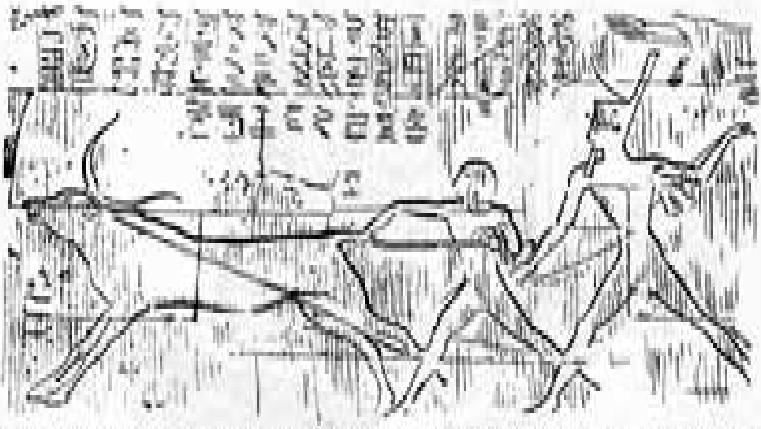
Caja en se que guardaban los cangres que contenían las entrañas de Tutankamón

tusil de Kadesch, y se casó con una hija suya. Las momias de Seti y de Ramsés se hallan en el Museo

Episodio curioso fué el de otra hija del rey Katusil, que tenía los malos espíritus metidos en el cuerpo; pidieron remedio a Ramsés, el cual le envió una imagen del dios Kons, de Tebas, hijo de Amon, y gracias a aquella imagen, se curó la princesa hitita, lo cual, naturalmente, constituyó un gran triunfo para los sacerdotes de Tebas.

De este tiempo son los grandiosos templos de Karnak

y Luxor, en el recinto de la antigua Tebas. Se llega a ellos por una gran avenida empedrada, larga y ancha, flanqueada de dos hileras de esfinges con cabeza de carnero, animal sagrado de Amon. Estas avenidas, que era por donde desfilaban las solemnes procesiones, de gran importancia en el culto egipcio, en las cuales era llevada la imagen sagrada del dios en la barca solar, a hombros de sacerdotes, conducían a la puerta del templo. La puerta está entre dos macizas torres piramidales, llamadas *pilonos*, y por ella se entra a la *sala hipóstila*, esto es, bajo columnas. Las de Karnak y Luxor son de gran altura y cubiertas de arriba abajo de esculturas o inscripciones; los techos son arquitrabados, de piedra. En el fondo, la capilla, rodeada de otras dependencias, es el lugar sagrado donde residía el dios.



Escena de esgrima de un bóvido. El segundo personaje lleva la corona roja del Bajo Egipto

La característico del arte egipcio, principalmente en esta época, son las proporciones grandiosas. Amenotep III levantó dos inmensas estatuas, que los griegos llamaron los *colosos de Memnon*, los cuales se hicieron célebres, más que nada, porque se decía que uno de ellos hablaba a la salida del sol, al ser herido por los primeros rayos. Son

muchos los que han tratado de explicar este fenómeno por causas físicas, lo cual no parece tener comprobación posible, porque los colosos han dejado de hablar hace bastantes siglos.

En tiempo de Merneptah, el Egipto fué atacado por los *pueblos marítimos*, gentes de las costas mediterráneas, entre ellos los filisteos. Fueron rechazados, pero los faraones dieron en contratar a aquellas gentes como soldados mercenarios y andando el tiempo, los jefes de aquellos mercenarios se hicieron los verdaderos amos del país. Por algún tiempo, los sometió Pianki, rey de Napata, en Nubia, que fundó la Dinastía XXV, pero muy pronto conquistó el Egipto Asaradon rey de Asiria. El Egipto había entrado en una larga agonía, que duró casi hasta los emperadores bizantinos, o hasta los árabes. Va languideciendo, con algún corto despertar, viviendo exclusivamente del pasado, sumergiéndose más y más en el estupor, retrocediendo hacia una barbarie cansada e inerme, pero agarrado a su tradición con una tenacidad verdaderamente ejemplar, heroica y sublime.

El dios Anubis, guardián de los muertos, con cabeza de chacal

La restauración que se dice llevada a cabo por la Dinastía XXVI, con auxilio de mercenarios griegos, no podía tener éxito muy duradero. Se habla del faraón Neco, que quiso construir un canal que uniese el Nilo con el Mar Rojo, y de Amasis, elogiado por los griegos porque era gran amigo de ellos; se casó con una griega, protegió a los griegos de Náucratis, ciudad que habían fundado en

la costa egipcia, consultaba al Oráculo de Delfos y llevó gran amistad con el famoso Polícrates, tirano de Samos. Por fin, tomó parte en la liga de que hemos hablado, contra Ciro, rey de Persia... El resultado fué que en tiempo de su hijo Psamtik, Cambises, hijo de Ciro, conquistó el Egipto. Bajo los persas, hubo algunas dinastías de rebeldes ineficaces. La última dinastía egipcia, la de los Tolomeos, fué extranjera.

CAPITULO VI

Alejandro Magno en Oriente

En el siglo IV antes de Jesucristo, se produce algo de gran importancia en la historia universal: las expediciones y conquistas de Alejandro Magno, Alejandro el Grande, rey de Macedonia, en la parte del Oriente de que hemos hablado hasta ahora.

La teoría de las Cuatro Grandes Monarquías, que hemos citado varias veces, por su importancia tradicional, cuenta la de Alejandro como la tercera de ellas, la de los Griegos, que sucedió a la de los Persas. En efecto, con Alejandro, son los griegos los que conquistan el Asia Occidental y el Egipto, y establecen allí reinos, unos más poderosos y duraderos, otros de menor potencia y más efímeros: los de los Tolomeos, de los Seléucidas, de Pérgamo, de Bactriana, etc. Con ellos se introduce en Oriente el espíritu de los griegos, sus ideas, sus gustos, su manera de ser, su idioma; pero no se imponen de un modo exclusivo, sino que las ideas y las costumbres orientales siguen viviendo, y aun con mayor vigor, y llegan a conquistar a los griegos mismos, que adoptan maneras y pensamientos orientales.

De esta mezcla de elementos griegos y elementos orientales, nace una nueva cultura, que los historiadores llaman *cultura helenística*, con estilos y formas especiales, pero por debajo, el Oriente sigue siendo Oriente.

Las conquistas de Alejandro y de sus sucesores se mantuvieron dentro del área geográfica del que aquí llamamos Oriente próximo, o también Asia Occidental. La India y el Asia amarilla quedaron fuera, casi enteramente libres de la influencia griega.

LAS GUERRAS DE ALEJANDRO

Los griegos querían tomar el desquite de las guerras médicas; como a pesar de sus triunfos, quedaron sus colonias de Asia dominadas por los persas, odiaban a los persas, y soñaban en vencerlos fuera de su país. Alejandro recogió esta aspiración de los griegos, cuando se hizo dueño de Grecia, y quiso dar la libertad a las ciudades griegas de Asia Menor y ensanchar sus dominios.

Tenía Alejandro un buen ejército con magnífica caballería e infantería de *hoplitas* cubiertos de hierro, con grandes escudos y lanzas muy largas, para contener a los caballos cuando cargase el enemigo, infantería que formaba la famosa *falange macedónica*, que, como ya hemos visto, era también invención oriental. Pero los persas disponían de una escuadra mejor, que era el mayor peligro para Alejandro, pues al desembarcar en Asia, la escuadra persa podía cortarle la retirada.

En el año 334, pasó al Asia y ganó a los persas la primera batalla en el Gránico, que era un pequeño río junto a la costa. Después tomó a Sardes, antigua capital de Lidia, donde reinó el famoso Creso.

El Asia Menor estaba ocupada por muchos pueblos diferentes: los *lidios*, los *carios*, los *paflagonios*, los *frigios*, etc., unos de raza caucásica, otros de raza indogermánica. La costa estaba sembrada de ciudades comerciales habitadas por griegos. Alejandro se hizo dueño de muchas de ellas, que se le entregaron: Efeso, Mitilene, y otras que se le resistieron, como Mileto y Halicarnaso. Alejandro las declaró ciudades libres e instauró en ellas un régimen democrático, estilo griego. Dominó después la Capadocia, donde había estado el reino de los hititas, pero entonces le salió al encuentro el ejército persa, mandado por el propio rey Darío Codomano.

Darío llevaba un ejército grande y complicado, con carros de guerra, gran número de arqueros, y muchas tropas mercenarias de la parte oriental del Irán. Llevaban el rey y los grandes magníficas tiendas con todo el servicio, y hasta vajilla de oro; Darío llevaba a toda su familia y su harén, su servidumbre, sus eunucos... Contaba con un triunfo muy fácil. Pero su médico, que era griego, le dijo:

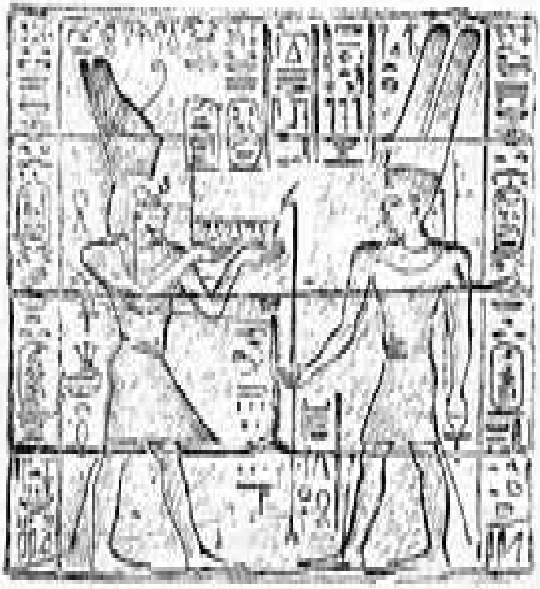
—No vencerás. Vosotros dormís en almohadones de plumas y coméis ricas viandas en platos de oro; aquellos con quienes vais a pelear, comen sopa negra y duermen en el suelo; saben soportar sin abrigo el frío, la nieve y el viento; son pobres y están acostumbrados a las privaciones; poseen tan poco, que vuestras riquezas espolearán su valor...

En efecto, los dos ejércitos se encontraron cuando menos lo pensaban, se acometieron, en Iso, cerca de la costa Sur, y Alejandro alcanzó una gran victoria. Darío perdió su carro, su tienda con los objetos preciosos, su harén y su familia, y gran parte de su gente. Alejandro dejó escapar a su enemigo, trató con gran respeto a su familia y se la devolvió. Darío le propuso repartirse el Asia, poniendo el Eufrates por frontera, y Alejandro no quiso.

Se dirigió hacia el Sur, por la costa de Siria. La ciudad fenicia de Sidón se le rindió. Tiro, en cambio, se defendió y tuvo que sitiarla, para lo cual se valió de la escuadra de los sidonios, y de ciento veinte naves que le envió el rey de Chipre. Tiro estaba emplazada en una isla a cierta distancia de la costa, y en esta situación, que siempre le había valido, confiaba ahora para defenderse. Alejandro instaló en los barcos sus máquinas de sitio, para poder acercarse a la isla, y construyó una calzada desde el litoral hasta el pie de las murallas, obra que aún existe. Los de Tiro trataron de incendiar las naves con barlotes y con ingenios de fuego arrojados desde las murallas, intentaron salidas, pero no consiguieron nada. Los griegos abrieron brecha en la muralla y tomaron la ciudad por asalto, después de siete meses. Después tomó a Gaza. Ambas ciudades fueron entradas a saco y sus habitantes ven-

didos como esclavos. Así cayó la famosa y opulenta Tiro, contra la cual habían fulminado sus amenazas los profetas de Israel.

Alejandro entró pacíficamente en Jerusalén, siendo recibido con honores por el Sumo Sacerdote Jaddo, que lo condujo al Templo; el macedonio se postró ante Jehová



Faraón (a la izquierda) con la doble corona, ofreciendo al dios Amón (a la derecha)

y le ofreció sacrificios y donativos... Alejandro estaba dispuesto a adorar a todos los dioses, pero acaso el verdadero Dios quiso recibir su acatamiento, para que se viese lo que eran ante El los grandes de la tierra.

Pasó Alejandro a Egipto. Sólo encontró resistencia en la guarnición persa de Menfis. Adoró a los dioses egipcios, como había adorado a Jehová, pero los sacerdotes le llenaron la cabeza de teorías que lo abrumaron de preocupación. Se dirigió al oasis de Amón, en cuyo templo había

un oráculo de enorme prestigio. Se dice que la que respondía era una estatua de Amon Ra, articulada y de movimiento, uno de tantos trucos que se atribuyen a los sacerdotes paganos. Parece que la estatua, avanzando desde el fondo del templo en tinieblas, declaró que Alejandro era su hijo.

Ya convertido en dios, el macedonio volvió a Tiro y y desde allí a Nínive, que estaba en ruinas. Por allí se dió la batalla de Arbela, último esfuerzo de Darío, que sufrió un tremendo desastre. Alejandro entró triunfante en Babilonia, donde ofreció restaurar el templo de Bel Marduk, que estaba en ruinas, en Susa y en Persépolis. En esta última ciudad, capital de los reyes de Persia, cometió un odioso atentado.

Alejandro tenía el vicio de la bebida. Se embriagaba de un modo tal, que la tradición asegura que los que iban junto a él a pedir justicia, y lo encontraban en aquel estado, si no quedaban satisfechos de sus sentencias, decían:

—¡Apelo!

Alejandro, indignado, preguntaba:

—¿A quién?...

Y el litigante decía:

—¡Apelo de Alejandro beodo, a Alejandro en su juicio!

Pues bien, en Persépolis, celebró Alejandro, con sus cortesanos, según se dice, una gran cena que degeneró en orgía. Asistía a ella una hermosísima cortesana llamada Laís o Thais, y se dice que esta cortesana tuvo el capricho de ver un incendio, y Alejandro, que estaba ebrio, por complacerla, mandó poner fuego a Persépolis.

Darío fué hecho prisionero por sus generales sublevados, y el malvado Bessos, sátrapa de Bactria, lo hizo matar a puñaladas. Los macedonios lo encontraron moribundo, abandonado en su carro. Alejandro persiguió a Bessos a través de las provincias remotas de Hircania, Aria, Bactria y Sogdiana, donde al fin lo prendió y lo hizo condenar a muerte. Después se casó con una hija de Darío.

Luego se dirigió a la India, pasó el Indo, venció al rey Poro, a pesar de sus elefantes de guerra, y recorrió el

país. El indo Chandragupta lo incitaba a avanzar hacia el Ganges, pero los soldados de Alejandro se negaron a continuar por aquellos países desconocidos, que creían llenos de cosas terroríficas.

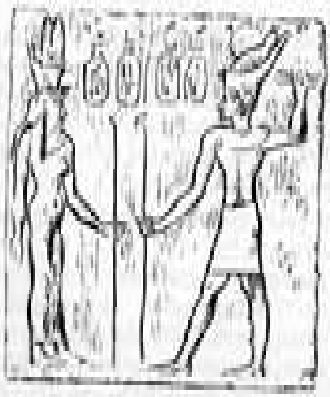
A su vuelta, estaba convertido en un déspota oriental alocado. Vestía el traje de los medos, se hacía rendir honores divinos. Habiendo muerto su general Efestion, le hizo unos funerales grandiosos y sangrientos, que llegaron a ser célebres: mandó crucificar al médico, esquilar todos los caballos, derribar las almenas de las ciudades, sacrificar una multitud de prisioneros y prohibió todo regocijo.

Murió en 323 antes de Jesucristo, a los treinta y tres años, de una enfermedad que cogió en una borrachera, lo cual dió origen a la leyenda de haber sido envenenado, con la complicidad de su maestro, Aristóteles.

Dejó fundadas muchas ciudades, en Asia, pero la que tuvo más renombre y más importancia fué *Alejandría*, en Egipto, gran centro cultural durante varios siglos.

LOS LAGIDAS Y LOS SELEUCIDAS

Los generales de Alejandro, después de una serie de luchas, intrigas y crímenes, en la que pereció toda la familia del gran conquistador, se repartieron el Imperio. El Egipto le tocó a Tolomeo Lago, fundador de la Dinastía XXXII, llamado de los *Lágidas* por su fundador, y de los *Tolomeos*, porque todos sus reyes llevaron este nombre.



El rey Tolomeo Filadelfo y su esposa Arsinoe, en traje egipcio

Tolomeo Lago, titulado *Soter*, que significa «salvador», fijó su corte en Alejandría. El y sus sucesores respetaron la cultura egipcia y hasta practicaron su reli-

gión. El más célebre fué Tolomeo Filadelfo, que fundó la famosa *Biblioteca de Alejandría*, en la que reunió libros en los que es fama que se resumía todo el saber de la Antigüedad. Para ello hizo traducir al griego los libros sagrados de los hebreos, o sea el *Antiguo Testamento*, labor llevada a cabo por setenta sabios judíos, por lo que se llama a esta traducción *Versión de los Setenta Intérpretes*. La dinastía duró hasta el tiempo de Octavio y de Marco Antonio, en que la última reina, la renombrada Cleopatra, aliada con Marco Antonio, habiendo perdido la batalla naval de Actio, se suicidó, según se dice, haciéndose picar por áspid, la serpiente venenosa de Egipto.

La Siria y el resto del Imperio persa le tocó a Seleuco, llamado *Nicator*, es decir, vencedor, de quien lleva nombre la dinastía. Seleuco fundó la ciudad de Antioquía del Orontes, que llegó a ser rival de Alejandría.

Sus sucesores guerrearon por la Siria con los Tolomeos, mientras se iban haciendo independientes los reinos de Bactriana, de los Partos, de Capadocia, de Bitinia...

Antíoco IV Epifanes, que pretendía helenizar el Asia, quiso sustituir el culto de Jehová por el de Zeus, en el propio templo de Jerusalén. Los judíos se sublevaron mandados por Judas Macabeo, que derrotó a los generales de Antíoco, mientras éste era vencido por los Partos, que habían invadido la Mesopotamia. Judas Macabeo sostuvo una guerra heroica, venciendo también a los sucesores de Antíoco, muriendo al fin en una batalla. Su hermano Jonatás obtuvo la autonomía del pueblo judío y la alianza con los romanos, que ya dominaban en Asia Menor.

Vinieron luego una serie de luchas por la corona, dentro de la familia de los Seléucidas. Por fin, intervino Tigranes el Grande, rey de Armenia, que había convertido su reino en una gran potencia y para combatirlo vino de Roma Pompeyo, que estableció el poderío romano en toda la Siria.

LOS ROMANOS EN ASIA

La dominación griega fué una buena avanzada para los romanos. Estos dominaron hasta el Tigris. Detrás es-

taban los Partos, que les daban constantes disgustos. Ya al principio, el triunviro Craso perdió la guerra y la cabeza en la batalla de Carras; después, y mientras duró su reino, la *flecha del parto* era el terror de los romanos.

Los partos fueron los continuadores del Imperio Persa. Su dinastía se llama de los *Arsácidas*, por haber sido fundada por Arsaces, y todos los reyes llevaron este nombre oficial, además del propio de cada uno.

Dentro de los dominios romanos, hubo reinos vasallos. El más conocido es el de Judea, donde reinaron los *Herodes*, dinastía fundada por un idumeo usurpador, protegido del emperador Octaviano Augusto, llamado Herodes el Grande. Era un déspota ostentoso y cruel, que ordenó la *matanza de los Inocentes*. Como había desposeído a los soberanos legítimos, los *Asmoneos*, para congraciarse con los judíos, reformó el Templo de Jerusalén, con gran riqueza y materiales preciosos. Sus sucesores, Arquelao, Herodes y Filipo, fueron insignificantes; apenas se hablaría de ellos si no los mencionasen los Evangelistas. Antipas mandó cortar la cabeza a San Juan Bautista por complacer a su esposa incestuosa, Herodías, e intervino en la Pasión del Señor. Siguieron Herodes Agripa I, hijo del Asmoneo Aristóbulo y nieto de Herodes el Grande, y su hermano Herodes Agripa II.

El Asia occidental había adquirido un barniz griego muy superficial, pero no se romanizó. Lo que hubo fué un renacimiento, unas veces subterráneo y otras veces patente, de los antiguos cultos y de las antiguas costumbres. Se propagó por todas partes el idioma arameo.

El Egipto y el Asia occidental eran un hervidero de religiones y asociaciones secretas de marcado carácter mágico: en los templos se celebraban *misterios* en los que los devotos iban a *iniciarse*, pasando por pruebas a veces terribles, acerca de todo lo cual tenían que guardar el mayor secreto.

En Egipto fueron los misterios de *Isis* y los de *Serapis*; en Asia, el culto de la «diosa de Siria», *Atargatis*; el de la *Piedra Negra* de Emesa, el de la *Gran Madre* de Pesinunto, el de *Adonis* en Biblos, el de *Mitra*, cuyos mis-

terios se celebraban en cavernas, y que se extendió enormemente en los ejércitos romanos, etc., etc.

Había, además, infinidad de astrólogos, magos, profetas, maestros de ciencias ocultas, taumaturgos e impostores de toda clase. Todo inclina a creer que reinaba una gran inquietud en las gentes, precursora de algún gran acontecimiento, y muchos, naturalmente, explotaban aquel estado de ánimo, o llegaban a creer en las alucinaciones que aquel estado de ánimo les producía.

El gran acontecimiento fué la aparición del Redentor del mundo.

CAPITULO VII

El Cristianismo

HISTORICAMENTE, la aparición del Cristianismo fué un acontecimiento oriental. La Redención del Mundo se cumplió en Oriente. Nuestro Señor Jesucristo, en cuanto hombre, era un oriental, de estirpe oriental; orientales eran los Apóstoles y los primeros cristianos. En Roma, el Cristianismo fué tenido al principio por una de tantas sectas orientales. Es preciso tener esto en cuenta, para no pasarse de la raya, cuando se establecen oposiciones y contrastes, y cuando se pretende despreciar lo oriental y lo asiático, como si de allí sólo viniera lo malo, como hacen muchos en nuestros días. Hemos de recordar que Jesucristo fué anunciado como *Luz del Oriente* y *Estrella de Jacob*, que en el Oriente se levanta.

Sin duda, la doctrina cristiana podía aparecer al principio, a los que sólo la conocían exteriormente, como la de una secta oriental; pero sin embargo, por su sencillez, por su claridad, por su acento de verdad inconfundible y por mostrarse para todos patente y accesible, se diferencia profundamente de todas aquellas pequeñas religiones que aparecían a cada momento en el Asia Occidental. Los Apóstoles no se presentaban como sabios que ocultasen su doctrina ni exigiesen pruebas que causasen pavor a sus adeptos, ni celebrasen ceremonias ininteligibles. Era una

enseñanza cuyo misterio estaba en la entraña, y no en exterioridades materiales y apariencias vanas.

El Cristianismo no es tan sólo, entre las demás, la única religión verdadera; es, además —y esta puede ser una de las pruebas más importantes de su verdad— un caso único en la historia de las religiones.

En los tiempos que precedieron y siguieron inmediatamente al advenimiento del Redentor, el Asia Occidental estaba conmovida por una febril inquietud espiritual, que ha sido calificada como síntoma de la *expectación del Salvador* que esperaba el mundo. Mientras el mundo clásico, a pesar de los intentos de restauración que se hicieron en tiempo de Augusto, caía en la incredulidad, en Oriente se levantaban profetas y taumaturgos y nacían todos los días cultos nuevos, o renacían los antiguos: *Isis y Osiris*, *Serapis*, *Harpócrates* y otros dioses de Egipto, cuya veneración contagió a pequeños grupos en el mundo romano; el antiguo *Mitra* persa, cuya religión se difundió en el ejército romano como una suerte de masonería; la *Cibeles* de los hittitas; *Attis*, *Adonis*, de Asia Menor y Siria; la *Piedra Negra* de Emesa; la *Vida Una*.

Hay una porción de fraternidades ascéticas y místicas: los *Esenios*, los *Terapeutas*, los *Nasoreos*...

Todas pretendían *ser doctrinas de salvación*, liturgias y reglas que ofrecían a los hombres la felicidad futura, el rescate del alma, la victoria sobre la muerte. Pero pretendían conseguirlo por medios supersticiosos y por la enseñanza de teorías abstrusas. Sin duda, indican la exacerbación de un ansia y de una esperanza digna del hombre, pero no la saben satisfacer con eficacia.

El Cristianismo nace en el seno de este mundo mágico y confuso, pero se diferencia radicalmente de todas aquellas pequeñas religiones, como de las del mundo clásico. Es algo enteramente nuevo y único, en que la espiritualidad se libera de la superstición y de los extravíos de confusas especulaciones.

Lo que se refiere de aquella gran voz que clamaba: «*Pan, el gran Pan, ha muerto*», significa el fin de las religiones naturalistas.

En cambio, Jesús anuncia el *Reino de Dios*. El Reino de Dios no es, como esperaban los judíos que fuera el del Mesías, un reino material, político y visible. Jesús es efectivamente el Mesías prometido, el Hijo de Dios, pero su reino no es de este mundo. Es un reino espiritual, que se realiza en las almas y en los corazones. Los fieles, unidos por el amor, unos con otros y con Jesucristo, a quien reciben en la Eucaristía, forman la Iglesia, llamada a extenderse por el mundo entero.

Los judíos, que esperaban un reino temporal, no aceptaron el Evangelio. El mundo romano preguntaba, por boca de Pilatos, «*¿Qué es la verdad?*» Todo esto nos indica que la doctrina de Cristo se oponía al mundo histórico en que nació, y lo comprueba el hecho de la Pasión y el de las persecuciones. Ninguna de aquellas sectas orientales, más o menos contemporáneas del Cristianismo, fué perseguida como éste lo fué.

Las persecuciones comienzan ya al principio de los tiempos apostólicos, primero, por parte de los judíos (San Esteban Protomártir, los dos Santiagos) en seguida, por parte de los Emperadores romanos (San Pedro y San Pablo). Sin embargo, los progresos del Cristianismo fueron rapidísimos. Nació en un grupo muy reducido de hombres rudos e ignorantes, pescadores y aldeanos de Galilea, y creció inmediatamente, cada vez en mayores proporciones. Fué verdaderamente, como el diminuto *grano de sésamo*, que se convierte en una gran planta.

San Pablo lo extendió por el Asia Menor, y en aquellas poblaciones se formaron comunidades dirigidas cada una por un Obispo. Las principales fueron las Siete Iglesias de Asia: Efeso, Smirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea, a las que el Evangelista San Juan dirigió el *Apocalipsis*.

El Cristianismo fué ganando conversiones, primero entre las gentes humildes e ignorantes, y después, cada vez más, entre las personas instruídas y poderosas. Se convirtieron ya en vida del Salvador, personajes como el rey Agbar de Edessa, y después, muchos señores orientales, patricios romanos y algunos emperadores, como Filipo el

Arabe y Galieno. El Cristianismo no halagaba las pasiones de unos ni de otros, no excitaba el resentimiento de los de abajo, ni la soberbia de los de arriba, sino que enseñaba a unos y a otros que todos eran hermanos, y les infundía ideas de justicia y de moderación, y les movía a cumplir cada uno los deberes de su estado.

Aun para los que permanecían en el paganismo, la doctrina y la vida cristiana obró como un poderoso fermento espiritual, que fué dulcificando y purificando las costumbres y cambiando el modo de pensar de las gentes. Fué preparando la transformación interior del hombre, el nacimiento del *hombre nuevo* de que hablaba San Pablo.

En cuanto a la honestidad exterior, se puede citar el hecho de que mientras en Occidente se exhibía corrientemente el desnudo, en Oriente, influído desde más antiguo por el Cristianismo, el desnudo se consideraba muy indecente. El uso, por ejemplo, de las mangas, desconocido en las provincias occidentales del Imperio Romano, era ya, por lo menos en el siglo II, general en las provincias de Asia.

Otro hecho revelador es que, cuando los paganos—por ejemplo los emperadores Maximino Daya y Juliano el Apóstata—trataron de restaurar la antigua religión del Imperio, lo hicieron imitando a la Iglesia cristiana, no sólo en la organización de la jerarquía sacerdotal, sino en las prácticas de caridad y de asistencia pública, en las normas de benevolencia y de justicia. El propio paganismo se había contagiado de los preceptos cristianos de amor al prójimo.

Plato pintado con escena de caza

LAS HEREJIAS

En seguida empezaron las herejías. En tiempo de los Apóstoles, el mago Simón de Samaria propuso a los discípulos del Señor que le ven-

diesen el don de hacer milagros. Por sus artes, realizaba algunos hechos sorprendentes en aquel tiempo.

Los gnósticos decían que Jesucristo había revelado dos doctrinas: una exotérica, que era la que los Apóstoles comunicaban al pueblo, y que era bastante para los simples fieles, que no podían comprender otra cosa; y otra esotérica, para los hombres espirituales, que pudieran comprenderla. Esta doctrina secreta, que los gnósticos decían que era la esencia del Cristianismo, personificaba los atributos de Dios, presentándolos como una suerte de ángeles o Inteligencias, que llamaban *Eones*, uno de los cuales era el Cristo, que se encarnó para salvar a los hombres. Condenaban el cuerpo y la materia, decían que el pecado del hombre viene de la unión del alma, emanada de Dios, con la materia, por lo cual, el matrimonio y la procreación son fuente de pecado, porque encierran las almas en cuerpos materiales. Simón de Samaria iba acompañado de una hermosa esclava, en la cual decía que se había encarnado un *Eón* llamado *Ennoia*, el pensamiento o la inteligencia divina.

Marción de Sinope, en el Asia Menor, rechazaba el Antiguo Testamento, diciendo que Jesucristo había venido a negarlo, que lo único que tenía valor eran los Evangelios, para interpretar los cuales, ciertos hombres reciben la inspiración del Espíritu Santo.

Montano, un profeta alucinado de la Misia, también en Asia Menor, recibía revelaciones personales del Espíritu Santo, anunciaba el fin del mundo y predicaba un ascetismo rigurosísimo, triste y lleno de terrores.

Los gnósticos se dividieron en muchas sectas, y al mismo tiempo aparecieron otras herejías; pero esto sirvió para que brillasen más los doctores de la verdadera Iglesia, llamados los *Santos Padres*, defensores de la verdadera doctrina, numerosísimos en Oriente: Hermas, San Ignacio de Antioquía, San Policarpo de Esmirna, Papías de Hierápolis, Melitón de Sardes, San Clemente de Alejandría, Orígenes, etc.

En los siglos siguientes aparecieron nuevas herejías. Una de las más fuertes y perniciosas, fué la de los *arria-*

nos, que seguían a Arrio, natural de Alejandría, que negaba la divinidad de Jesucristo, diciendo que era Hijo de Dios por haber sido creado por el Padre, contra cuya doctrina se reunió, también en Oriente, en Nicea de Bitinia, en el Asia Menor, el primer Concilio Ecuménico o universal de la Iglesia, presidido por el Obispo de Córdoba, Osio. El arrianismo, acogido por muchos emperadores y reyes, fué religión del Estado en el Imperio romano, e incluso en España, en tiempo de los reyes visigodos, hasta la conversión de Recaredo.

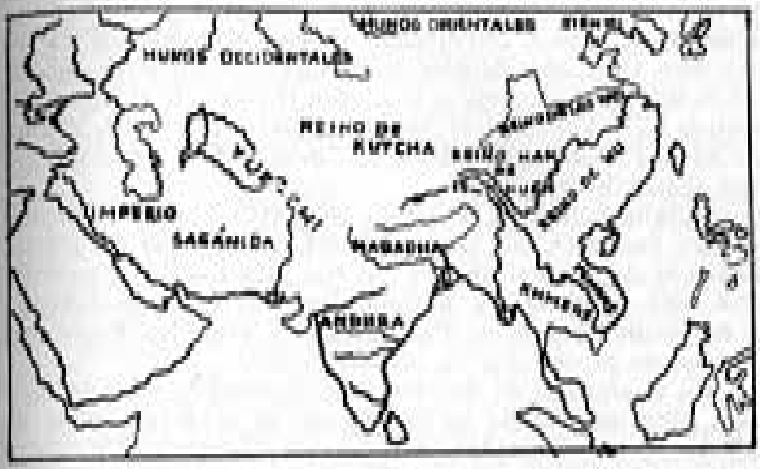
Otros enemigos del Cristianismo en Oriente, aparte del Estado romano en tiempo de las persecuciones, fueron algunos *filósofos neoplatónicos*, los *adoradores de Mitra* y los *maniqueos*.

En el siglo V se produjeron las disputas de los *nestorianos* y los *monofisitas*, sectas enemigas. Nestorio, Patriarca de Constantinopla, negó la maternidad divina de la Virgen María, diciendo que no era Madre de Dios, sino solamente de Jesús en cuanto Hombre; los monofisitas replicaban a los nestorianos que en Jesucristo no hay más que una sola naturaleza, que es la divina. Los nestorianos fueron condenados por el Concilio de Efeso, en 431, y los monofisitas por el de Calcedonia, en 451.

No obstante, los nestorianos hicieron bastante labor, llevando el Cristianismo al Asia Central, a la India, independientemente de la misión del Apóstol Santo Tomás, y a la China.

LOS EREMITAS Y LA IGLESIA DE EGIPTO

El Egipto cristiano fué el país de los eremitas. La Tebaida, Alto Egipto, se pobló de solitarios dedicados a la vida espiritual, con grandes penitencias, refugiados en cavernas y en las ruinas de los monumentos antiguos. Algunos se sometieron a una regla, bajo la dirección de algún santo a quien admiraban, como San Pacomio y San Antonio Abad. Por otra parte, la Iglesia de Egipto, llamada *Iglesia Copta*, tuvo un gran centro intelectual en Alejandría y un arte propio, que influyó mucho en Occidente.



Asia en el siglo III de la Era Cristiana

El gran arte cristiano es también oriental en su origen. De Siria y Asia Menor proceden los modelos de las iglesias cristianas que se construyeron después de la paz de Constantino: la *basílica* de tres naves separadas por dos filas de columnas y terminadas en tres ábsides redondos; las *bóvedas* de piedra de medio cañón y la *cúpula* hemisférica; elementos ornamentales y simbólicos, como la palmeta, el pavo real, el fénix, etc.

EL IMPERIO BIZANTINO Y LA PERSIA SASANIDA

El Imperio Romano de Oriente, fundado por Diocleciano, pero afirmado por Constantino, aunque comprendía parte de Europa, era, por su carácter, un Imperio Oriental; todo en él responde a las ideas y a los gustos orientales: el despotismo, el carácter religioso, el lujo y la pompa, el ceremonial, la organización sistemática y perfecta, hasta el refinamiento y los vicios.

Como otros soberanos del Asia y de Egipto, los emperadores bizantinos se atribuían carácter sagrado, recibían

el tratamiento de *Eternidad*, repartían la Sagrada Comunión en la iglesia, convocaban Concilios, nombraban Patriarcas, Obispos y Abades, pretendían ser los jefes únicos de la Iglesia. Era como si quisiesen reproducir el tipo primitivo de *rey-sacerdote*. Algunos fueron arrianos, y uno de ellos, Juliano el Apóstata, pretendió volver a sus súbditos al paganismo.

Juliano murió de la herida que recibió en una batalla contra Sapor II, rey de los persas. Parece que un jinete árabe le atravesó el hígado con una jabalina... Los enemigos más temibles del antiguo Imperio Romano fueron, como hemos visto, los Partos; ahora eran los Reyes de Persia, de la dinastía de los Sasánidas.

En el año 212 de nuestra Era, Ardeschir, hijo de Sasán, príncipe vasallo de los partos, se sublevó contra el último de los Arsácidas, Artabán IV, tomando el nombre antiguo de Artajerjes. Quería rehacer el Imperio de los Aqueménidas. Luchan persas y partos, y por fin, el hijo de Artajerjes, Sapor, se instala en el palacio de Ctesifon, capital de los partos. Se declara enemigo de los romanos y de los cristianos: estaba lleno del espíritu de raza de los persas y era devoto adepto de Zoroastro.

Sapor se apoderó de Armenia, que era cristiana, por la conversión del rey Tiridates: avanzó por Mesopotamia y Siria, hasta Antioquía, y la saqueó, y en Edessa, hizo prisionero al emperador de los romanos, Valeriano, que aparece representado en un monumento besando el estribo de Sapor.

Entre los reyes sasánidas destaca especialmente Cosroes Anochirvan, soberano fastuoso y culto, gran protector de la cultura.

EL ZEND AVESTA

Los historiadores modernos suponen que el *Zend Avesta*, el libro sagrado de la religión de Zoroastro, es una recopilación hecha en tiempo del rey Sapor I.

En su forma actual, el *Zend-Avesta* se considera dividido en seis partes: el *Yasna*, el *Vendidad*, el *Vispered*, *Siroze*, el *Yast* y el *Rundehesch*. Los historiadores occi-

dentales creen que estas partes fueron compuestas en épocas muy diferentes, y que la compilación se hizo en la época Sasánida. En él se encuentran conversaciones entre Ahuramazda y Zaratustra, mitos referentes al sagrado toro *Abudad*, del que salieron todas las cosas, del hombre primordial, *Kajumaroth*, a la pareja primitiva, *Machia y Machiana*, a su seducción por *Ahriman* y a su pecado, a la creación del mundo en seis tiempos, a los *Amchaspand*, que personifican los atributos divinos, a los *Izeds* o *Yazatas*, especie de ángeles, a los *Darvand y Devas*, especie de demonios (la demonología del Avesta tuvo, según parece, gran influencia en las ideas de los pueblos del Asia Occidental, especialmente en la demonología musulmana), y a los *Fravashis*, que acompañan a los hombres, siendo una especie de ángeles tutelares, o bien modelos divinos, o bien elementos que forman parte del hombre mismo, más o menos independientes de las almas. Es notable la idea del puente *Chinvad*, afilado como una navaja de afeitar, que los hombres han de atravesar después de la muerte: en el otro extremo está el cielo, en el abismo, debajo del puente, está el infierno: el peso de los pecados impide a los malos sostenerse sobre su agudo filo, y caen a lo profundo.

De los libros sagrados de los pueblos antiguos, acaso son el Zend-Avesta el peor conocido y el de más difícil interpretación. Sin embargo, por algunos detalles de los que acabamos de mencionar, y por otros semejantes, se ha dicho que es uno de los que más huellas conservan de la revelación primitiva.

EL MANIQUEÍSMO

De la doctrina del Zend-Avesta se deriva el maniqueísmo, religión fundada por Mani, que nació en Babilonia, de una buena familia procedente de Ecbatana, en la Media y se educó en Ctesifón, siguiendo, al parecer, las doctrinas de su padre. En el año 242, reinando Sapor, comenzó a predicar, manifestando que había recibido revelaciones que debía comunicar a los hombres. Decía ser el último de los Apóstoles de Cristo, el Mesías y Sal-

vador del mundo, y que en su palabra hablaba el Espíritu Santo.

Admitía como libros santos los Evangelios y las Epístolas de San Pablo, y al mismo tiempo explicaba la vida del mundo y la vida moral del hombre como una lucha entre Dios y Satanás, o entre Ormuzd y Ahrimán, que era cosa equivalente, o sea entre la luz y las tinieblas. En cuanto a Jesucristo y su misión salvadora, la explicaba según las doctrinas gnósticas. Escribió libros por su propia mano, ilustrados con hermosas miniaturas pintadas por él.

Los magos se escandalizaron de las predicaciones de Mani, le acusaron como hereje, y fué juzgado por un tribunal que lo condenó a ser desollado vivo.

Las doctrinas de Mani se propagaron de un modo extraordinario. Llegaron por un lado hasta el Turkestán, donde se constituyó la Iglesia maniquea, y después hasta la China; por otro, penetró en el Imperio romano, encontrando adeptos en todas las provincias, hasta Galicia. San Agustín fué algún tiempo maniqueo. La iglesia maniquea estaba dirigida por doce apóstoles y tenía presbíteros, diáconos y monjes.

EL COMUNISMO PERSA DE MASDAK

Nosotros solemos creer muchas veces, que las teorías comunistas son una cosa nueva, y muchos encuentran en ellas el atractivo de la novedad. En realidad, el comunismo es una cosa muy antigua, una doctrina que ha sido predicada en muchos países en diversas épocas de la historia.

En la Persia Sasánida predicó un comunismo revolucionario, igual en esencia al de ahora, un mago llamado Masdak. Preconizaba la comunidad de bienes y de mujeres, es decir, la abolición de la propiedad y el amor libre, la abolición de los privilegios y la igualdad de todos los hombres.

Convirtió al rey Kobad, el cual, enemigo de la nobleza, comenzó a tomar medidas revolucionarias para poner en práctica las doctrinas de Masdak; pero los grandes del

imperio se sublevaron y lo destronaron. Kobad huyó al país de los eftalitas y hunos blancos, cuyo rey le protegió, y con su ayuda, pudo Kobad recuperar el trono; pero ya no se le ocurrió volver a poner en práctica el comunismo de Masdak.

LA CULTURA PERSA EN ESTA EPOCA

La cultura de la Persia sasánida tiene una grandísima importancia, principalmente por lo mucho que influyó en la bizantina y en la árabe musulmana, y por medio de ellas, en la de la Europa medioeval.

Tenían una rica literatura escrita en lengua pelví, en letra aramea, sobre pergamino primero, y después sobre papel, que fueron los primeros en traer de China, mucho antes que los europeos. Sus libros estaban ilustrados con hermosas miniaturas, de un gusto finísimo y bellos colores. Traducían obras indias y babilónicas antiguas, de modo que la mayor parte de las historias, leyendas y cuentos orientales que se difundieron por Europa, o son persas, o se recibieron de los persas. Escribieron novelas y poesías.

Entre los reyes sasánidas, destaca especialmente Cosroes Anochirván, soberano culto y fastuoso, que reunió grandes riquezas, coleccionó obras de arte, hizo traducir varios libros de la India, y acogió en su corte a los filósofos neoplatónicos de la famosa Escuela de Atenas, cuando la cerró Justiniano, emperador de Bizancio.

Otro Cosroes, el segundo de su nombre, llamado Parvez, conquistó a Antioquía, Damasco, Jerusalén y Egipto, trayendo de allí riquísimo botín. De Jerusalén, trajo la Santa Cruz en que fué crucificado Jesucristo, la cual fué al fin recuperada por el emperador bizantino Heraclio, el cual la llevó a cuestas, revestido de todas las insignias imperiales y el manto de púrpura, desde las puertas de Jerusalén al Santo Sepulcro, y dice la tradición que, en el camino, cayó tres veces, como el Señor, bajo el peso de la cruz.

Los reyes sasánidas, a imitación de los Aqueménidas,

que eran el modelo que querían seguir, mandaban esculpir en las rocas de las montañas, relieves conmemorativos de sus victorias y acontecimientos gloriosos. Allí aparecen con su elegante vestimenta, sus cabellos y barbas rizados y las insignias de su dignidad. Sus magníficos palacios, con arcos y cúpulas contienen los precedentes de nuestra arquitectura románica. Se conservan ruinas de varios de ellos, y de numerosas obras públicas: puentes, calzadas, fortalezas. Quedan de ellos también vasijas de oro, joyas, etcétera. Los tejidos de seda sasánidas eran muy apreciados en Europa en la Edad Media, para ornamentos de iglesia y para otros usos. Estaban adornados con círculos en los que había pares simétricos de animales fantásticos, y estos animales fueron imitados entre nosotros en los capiteles románicos y en las viñetas de los códices iluminados.

CAPITULO VIII

La India hasta la invasión musulmana

El Oriente de que hemos hablado hasta ahora termina en el río Indo, donde poco más o menos, se detuvieron Ciro y Alejandro. Es la mayor parte del Asia que podemos llamar *Asia blanca*, por estar habitada por pueblos de raza blanca; es el Asia musulmana de hoy, y fué el Asia cristiana de los primeros siglos de nuestra Era. Al Norte, queda el *Asia amarilla*, habitada por pueblos de raza mogólica, de la que hablaremos más adelante.

Pero el Asia blanca no termina en el Indo. En el Indo empieza la gran península llamada la India, llena de maravillas para los antiguos y para los modernos, que empieza por el Norte en las montañas más elevadas del mundo, los Himalayas, y termina en punta, por el Sur, en el cabo Comorín. Allí encontramos pueblos de muy distintas razas, pero los que le dieron nombre son de raza blanca.

Hemos visto, que varios milenios antes de Jesucristo, había en la cuenca del Indo una cultura, debida a un pueblo desconocido, muy semejante a la cultura de los sumerios, de Mesopotamia, hasta el punto de que se puede considerar que pertenecen al mismo círculo cultural, al de la primera gran cultura primitiva.

Un sabio español, el Padre Heras, supone que aquel pueblo era el de los *drávidas*, o dravidianos, que aún perdura en la India, en gran proporción, y es el predominante en la mitad Sur de la gran península, que se llama el *Dekán*.

Sin embargo, la historia de la India, al menos la historia conocida, empieza con la llegada de los hijos de Jafet, los Aryos o indoeuropeos, a quienes hemos visto atravesar el Asia Occidental y el Irán o Persia, en dirección al Indo.

LOS ARYA-INDOS

Hoy llamamos a los habitantes de la India, en general, *hindúes*, porque así les llaman los ingleses y franceses. Antiguamente se les llamaban *indos* o *indios*. Las dos palabras se prestan al equívoco: la de *indios*, porque se pueden confundir con los aborígenes de América, a quienes se llamó *indios* por equivocación, y ahora se les sigue llamando por costumbre; la de *hindúes*, porque ahora esta palabra se emplea también, muy especialmente, para designar a los que profesan la religión brahmánica, para distinguirlos de los musulmanes que hay en la misma India. Nosotros preferimos la designación tradicional, aunque alguna vez acudamos a la moderna.

Los *Arpaindos* penetraron, según se dice, por el valle del Kabul, 1500 años antes de Jesucristo.

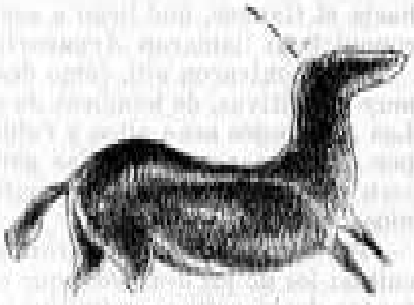
Eran un pueblo patriarcal y pastoril, que llevaban rebaños de vacas y bueyes de los que aprovechaban la leche y la manteca, para su alimentación, pues no comían su carne, por tener a la vaca como animal sagrado todavía hoy, y el estiércol, que, después de seco, emplean todavía como combustible. Era una raza heroica y noble, de gran acometividad y de gran sentido político, magnánimos, veraces y justos. Combatían a caballo y en carros de guerra y eran excelentes arqueros.

Tenían poetas muy inspirados, a quienes admiraban y respetaban muchísimo. Estos poetas se llamaban *Rischis;* componían himnos en honor de los dioses y de los héroes y conservaban las tradiciones históricas, los hechos y las genealogías de las grandes familias. Estos himnos se

aprendían de memoria, pues no tenían escritura; los padres los hacían aprender a sus hijos, y así se conservaban de generación en generación. Los hijos y los discípulos de los poetas componían nuevos poemas, pues la profesión era hereditaria.

Los dioses de los Arioindos eran semejantes a los de los griegos: eran los poderes espirituales que manejaban los elementos. *Indra*, protector de los reyes y de los guerreros, era el dios del rayo, como el Zeus de los griegos y el Júpiter de los latinos; *Varuna*, dios del cielo azul, era como el Urano de los clásicos; los *Asvin*, hermanos gemelos, como Cástor y Pólux; *Soma*, dios de la planta y el licor sagrado, se puede comparar a Baco; *Agni* era el dios del fuego del hogar; *Vayu* del viento, *Rudra* de la tempestad, *Yama* de la muerte... Por encima de todos los dioses, que eran 33, ó 3.300, ó 33.000, concebían un gran dios del cielo, creador y alma del mundo, al que llamaban *Dyaus* y otras veces *Prajapati*, que significa señor de las criaturas.

No tenían ídolos, ni templos, ni sacerdotes. El padre de familia ofrecía sacrificios en el fuego del hogar o al aire libre, mostrando manteca, arroz y el licor sagrado *soma*. Honraban también diariamente a los antepasados difuntos, a quienes llamaban *Pitris*, es decir, «padres». Veneraban y obedecían a sus padres y a los ancianos, respetaban a las mujeres y eran naturalmente humanos, bondadosos y compasivos.



Pintura rupestre india

La base de su organización era la familia, y luego el clan, pero tenían reyes a quienes consideraban representantes de los dioses, como si fueran verdaderos dioses en la tierra. Los Rishis conocían y explicaban las genealogías de las casas reales: los *Suryavansis*, o raza

solar, descendientes del héroe Iksvaku; los *Chandravansis* o raza lunar, a la que pertenecían los *Bharatas* con sus dos ramas, los *Pandavas* y los *Kuravas*, etc. De estos reyes y de los guerreros de sus séquitos, descendieron los *Chatrias*, la casta noble y militar de la India.

Del mismo modo, de las familias, tan consideradas como aquellas, de los Rischis descendieron los *Brahmanes*, conservadores de la tradición, que forman la casta más elevada.

En una serie de guerras, los Aryaindos conquistaron el país de los Siete Ríos en el alto Indo, y luego avanzaron

Sellos impresos indo-suméricos, de la cultura del Indo

hacia el Ganges, que llegó a ser su río sagrado, y al país conquistado llamaron *Aryavarta*, país de los Aryos.

Se encontraron allí, como después en el Sur, con tribus muy primitivas, de hombres de color oscuro y nariz chata. Los Aryaindos eran altos y rubios, con nariz larga y fina; por eso llamaron a aquellas gentes *anasika*, que significa «sin nariz». A otros les llamaron *daityas*, o sea «demonios», y a otros «monos».

Pero también encontraron reinos bien organizados y cultos: los de los *drávidas*, que conservaban restos importantes de la cultura primitiva del valle del Indo, y adoraban dioses oscuros, a la vez bondadosos y terribles, como *Siva* y sus esposas *Durga*, *Kali*, *Parvati*, que contrastaban con los suyos. Los dioses de los Aryaindos eran, en efecto, claros y luminosos, activos y alegres; los de los Drávidas eran tenebrosos y llenos de temible misterio... Sin embar-

go, el P. Heras dice que en las cortes de estos reyes drávidas fué donde los brahmanes aprendieron su elevado saber metafísico.

Los Aryaindos combatieron contra los drávidas, pero pelearon también entre sí en alianza un bando y el otro con el que tenían por común enemigo. A los pueblos que encontraron en la India les dieron en general, el nombre de *milchas*, que tiene el mismo sentido que «bárbaros», esto es, gente que no sabe hablar, gente cuya lengua no se entiende. También les llamaban *anarias*, que significa «no aryos». Los aryaindos hablaban el *sanscrito*, lengua emparentada con el latín y con el griego, muy sonora y muy poética, que llegó a alcanzar un gran primor literario.

EL MAHABHARATA

Los libros sagrados de la India se refieren a varias guerras sostenidas por los aryaindos entre sí, unos con otros. Pero la más célebre es la de los Bharatas, reyes Chandravansis de Hastinapura, sostenida por los cinco hermanos *Pandavas*, hijos de Pandu, el pálido, contra los cien hijos de su hermano Dritarastra, el ciego, llamados los *Kuravas*. Esta guerra es la que se refiere en la gran epopeya inda llamada el *Mahabharata*, que significa «los grandes Bharatas», magnífico poema en muchos miles de versos, atribuido al Rischi Veda Vyaso, el compilador de los *Vedas*. En él se exaltan las virtudes y los grandes hechos de la casta guerrera de los Chatrias.

El reino pertenecía en justicia a los Pandavas, pero el mayor de los Kuravas se lo ganó al juego al mayor de los cinco hermanos, en una partida de dados en la que, un jugador de oficio, que echaba los dados por el kurava Duryodana, hizo trampa en su favor. Después de varios episodios, sobrevino la guerra. Un bando y otro buscaron poderosos aliados y se aprestaron para la pelea.

Cuando los dos ejércitos se encontraban frente a frente, ofreciendo un hermosísimo espectáculo, con el centelleo de las armas, el ondear multicolor de los estandartes, el piafar de los briosos caballos de crines blancas y doradas, la presencia de tantos ilustres héroes y reyes en uno y otro

bando, Arjuna, el segundo de los hermanos Pandavas, rogó al rey de los Yadavas, Krisna, que condujia el carro del Pándava, que lo llevase a ver aquel maravilloso efecto.

Pero cuando lo hubo visto, Arjuna sintió oprimido de angustia su corazón ante el pensamiento de tan terrible lucha como se iba a entablar entre parientes y amigos, tantos héroes hermosos y valientes como iban allí a encontrar la muerte, y se negó a combatir. Se negó a derramar la sangre de sus primos y de tantos amigos como tenía en el bando contrario, el pensamiento de cuya muerte lo llenaba de horror.

Entonces el noble Krisna, rey de los Yadavas, que guiaba su carro, lo exhortó a cumplir el deber propio de su casta. En una serie de discursos, llenos de sabiduría, le habló de las ofensas recibidas de sus primos, de la justicia de la causa de sus hermanos, del perjuicio que sufriría su fama si abandonaba el combate. Le dijo que la muerte no es más que un accidente, pues el alma no muere; al morir, el alma se desprende del cuerpo del mismo modo que el cuerpo abandona un vestido para tomar otro: del mismo modo, el alma ha de mudar de cuerpo muchas veces, mientras dura su peregrinación por este mundo, hasta que, purificada de sus manchas, vuelva a su primitiva patria celeste, uniéndose con la divinidad... Para ello, ha de abandonar todo deseo terreno, tener como vanas todas las cosas de este mundo, y no unirse a ellas. Tal es el camino que le marca el sistema metafísico del *Yoga*. En este mundo, ha de cumplir, con entero desinterés, los deberes que le impone su condición, sin pensar en el provecho material, ni en el placer de la acción, sino con el pensamiento puesto en lo alto... Por lo tanto, Arjuna debía cumplir su deber de príncipe y de chatria.

Krisna termina cada una de las partes de su disertación con las palabras:

—¡Combate, hijo de Kunti!

Por último, se le manifestó como lo que era en realidad: una encarnación de Visnu, el dios bondadoso que conserva la vida del mundo y de todos los seres.

Este episodio del gran poema se llama el *Bhagavad*

Gita, que significa el «Canto del Bienaventurado», y es el breviario de la piedad inda.

El combate fué grandioso y terrible, lleno de bellísimos episodios en que encontraron la muerte de los grandes héroes muchos valerosos príncipes y renombrados guerreros. Citaremos la grandiosa descripción de la muerte de Karna, hijo del sol, que combatía del lado de los Kuravas; cayó, heroicamente, en el campo, con gran dolor de amigos y enemigos, moribundo; entonces se vió que el sol lanzaba un rayo extraordinariamente luminoso, que tocó en el cuerpo de Karna, y se retiró luego, hasta sumirse en el disco radiante: el dios del sol se había llevado a su hijo.

La descripción de la gran batalla, en el *Mahabharata*, se parece a nuestros libros de Caballería: nada de táctica, de estrategia ni de cálculo, sino combates singulares en que decide en cada caso el valor, la fuerza y la destreza de los contendientes, pero también intervienen las armas mágicas y los poderes divinos. El *Mahabharata* es mucho más profuso y más fantástico que nuestros Cantares de Gesta y que los poemas germánicos y anglonormandos, pero el espíritu es idéntico.

Al fin, el heroico y malvado Duryodana, primogénito y jefe de los Kuravas, y último superviviente de ellos, cayó en combate singular, con un muslo fracturado por la temible clava de Bhima, uno de los cinco Pandavas, y agonizó en el campo, a la puesta del sol, emocionadamente compadecido por ambos ejércitos.

En la gran batalla, quedaron vencedores los Pandavas y exterminados los Kuravas. Yudistira, el mayor de los primeros, pudo celebrar el *sacrificio del caballo*, que lo elevaba sobre todos los reyes.

Consistía este sacrificio en lo siguiente: se escogía un caballo blanco, sin mancha ni defecto; se convocaba a los reyes y a los brahmanes a una gran fiesta, y en ella se soltaba el caballo, el cual emprendía veloz carrera. Cuantos fueran los reinos que el caballo recorriese en su carrera, quedaban obligados a prestar homenaje al rey que celebraba el sacrificio... Vuelto el caballo a su punto de

partida, era inmolado solemnemente, con asistencia de los reyes vasallos.

Yudistira sube, al fin, con sus hermanos al monte Meru, en cuya cumbre está la morada de los dioses. En el fatigoso camino de la montaña, van cayendo los hermanos, uno tras otro: uno porque se creyó el más hermoso, otro porque se creyó el más sabio, otro porque se creyó el más fuerte, otro porque se creyó el más valiente... Sólo quedó Yudistira, el cual iba acompañado por un perrito que se le había unido, y que lo siguió hasta la entrada del paraíso. Allí, los guardianes le dijeron a Yudistira que entrase, pero que el perro no podía entrar. Yudistira respondió que no entraría, si no entraba también el perro, que no lo había abandonado. Entonces, el perro tomó su verdadera forma, pues era Yama, dios de la muerte, sin pasar por la cual nadie puede entrar en el paraíso.

EL RAMAYANA

La raza de los chatrias quedó gravemente quebrantada en la gran guerra.

También se habla de una contienda enconada entre los chatrias y los brahmanes, en la cual el brahmán Parasurama (Rama el del Hacha) exterminó a los chatrias, no salvándose sino el linaje de los Suryavansis.

A este linaje pertenecía Rama, el héroe del otro de los grandes poemas indos de fama universal.

Este poema canta la conquista del Sur de la península índica, el Dekán, y de la isla de Ceilán, por los Aryaindos.

Rama, hijo del rey Dasaratta de Ayodhia, adornado con todas las perfecciones físicas y morales, hermoso y de inmensa fuerza, valeroso y prudente, noble, humilde, generoso, justiciero, inteligente, instruído, sumiso a su padre, dadivoso con los brahmanes, protector del pueblo, amigo de los pobres, es el héroe del *Ramayana*, de Valmiki, gran epopeya rival del *Mahabharata*.

Según refiere Valmiki, Rama fué educado por el rischi Visvamitra, que siendo de casta chatria, obtuvo por medio de prácticas ascéticas la calidad de brahmán. Le enseñó el manejo de las armas y le regaló armas mági-

cas proporcionadas por los dioses, y además lo instruyó en todas las artes y ciencias. El rey Janaka tenía un arco que le había regalado el dios Siva, tan fuerte, que nadie lo podía doblar, y había ofrecido la mano de su hija, la hermosa y virtuosa Sita, a quien lo consiguiese. El arco era tan pesado, que tenían que arrastrarlo cinco mil hombres, en un carro de ocho ruedas. Rama, no sólo dobló el arco de Sita, sino que lo partió en dos. Así obtuvo, a los dieciséis años, la mano de aquella princesa. Parasurama, el que había exterminado a los chatrias, tenía un arco más fuerte que el del padre de Sita, y retó a Rama a que lo doblase; Rama lo hizo con gran facilidad.

El rey Dasarata quiso dar su reino a Rama, y preparó con gran pompa la ceremonia de su coronación. Pero la víspera de la fiesta, la madrastra de Rama, que tenía al rey ligado por un juramento, le exigió que en lugar de Rama, el reino fuera dado a su hijo Bharata, y que Rama fuese desterrado a la selva. Así sucedió y Rama tuvo que marchar a la selva vestido de penitente, con su esposa Sita y su hermano Laksamana, que no quisieron abandonarlo.

En la selva realizó Rama numerosas proezas, pero aun allí lo persiguió la desgracia: su esposa, la hermosa Sita, fué raptada por Ravana, rey de la isla de Ceilán, que era un demonio espantoso, a quien Brahma había concedido un enorme poder. Rama, grandemente afligido, decidió buscarla por donde fuese. Con este objeto, fué a visitar a Sugriva, rey de los monos, que había sido destronado por un hermano suyo; Rama lo repuso en el trono e hizo alianza con él, para que le ayudase a recuperar a Sita. Reunido un gran ejército de monos, uno de estos, el sabio Hanuman marchó de un salto hasta el palacio de Ravana, y vió que el demonio había dado a Sita un plazo de dos meses para decidirse a ser su esposa, o a morir. Entonces emprendió Rama la expedición. Hanuman construyó una calzada entre el continente y la isla de Ceilán para que pasase el ejército, y se trabó un tremendo combate, lleno de incidentes y de alternativas, hasta que por fin Rama luchó con Ravana, en el carro de

Indra y lo venció. Hanuman sacó a Sita del palacio de Ravana y la trajo sobre sus hombros, y Rama se coronó rey de Ceilán.

Después de haber pasado felices diez mil años, en una reunión de amigos oye Rama insidias que le hacen pensar que no debió haber recibido a Sita, después del rapto de Ravana y de haber permanecido en el palacio del demonio... Exige que su esposa pruebe su inocencia, y Sita atraviesa una inmensa hoguera, sin que las llamas la tocasen.

En cuanto a su hermano Bharata, no había querido reinar en Ayodhia. Gobernó el reino en la ausencia de Rama, pero colocó en el trono las sandalias de Rama, para indicar que Rama era el rey.

Según los sabios occidentales, esta historia representa la conquista de Ceilán, la cual se hizo con ayuda de los pueblos dravidianos del Dekán, representados por los monos.

Rama es considerado como una de las nueve encarnaciones del dios Visnu, y como tal recibe culto en la India. Sita es un hermoso ejemplo de amor y de fidelidad conyugal, y Laksamana un ejemplo admirable de devoción a su hermano.

EL BRAHMANISMO

«Brahmanismo» es un término occidental; es el nombre que los sabios occidentales dedicados al estudio de la historia, el arte y la literatura de los antiguos indos, dieron a la religión de estos tal como era en el período siguiente a la conquista total de la península. No hay inconveniente en que usemos este nombre, con tal de que entendamos por Brahmanismo, no simplemente una religión, sino toda una organización y un régimen social y político, un sistema de costumbres, una legislación, una literatura, un arte, una filosofía, una concepción total del mundo.

El pueblo, los nobles y los mismos brahmanes, seguían adorando a muchos dioses, pero concebían un ser supre-

mo, llamado *Brahma*, creador del mundo, creador de los cielos y de los mundos inferiores, creador de los dioses, de los hombres y de todos los seres. En realidad, Brahma lo había sacado todo de sí mismo, pues es el único ser existente; según la doctrina esotérica, todo lo demás no es más que *Maya*, es decir, ilusión. Brahma es el ser que existe por sí mismo, el progenitor de todas las criaturas, el señor de todo cuanto existe, el ser universal, el único, del cual todo ha salido y al cual todo ha de volver. Mientras Brahma está despierto, todo se manifiesta, existen los seres y los mundos, aunque sea en apariencia; durante el sueño de Brahma, todo se disuelve. Los mundos, pues, con todo lo que contienen, son creados y destruidos alternativamente. El fin de cada ser es la unión con la suma divinidad, el reposo en el seno de Brahma. Estas ideas eran propias de la gente instruida; la gente del pueblo seguía adorando sus ídolos y hasta sus fetiches, costumbre adoptada sin duda de los aborígenes. Tampoco les hacía falta más.

Brahma

En los Puranas, se dice que las cuatro castas puras proceden del cuerpo de Brahma, a saber: Los *Brahmanes* de la boca, los *Chatrias* de los brazos, los *Vaisyas* del vientre y los *Sudras* de los pies (representando respectivamente la palabra, la fuerza y el poder, las necesidades y el servicio).

Los Aryaindos se habían establecido sólidamente en la Aryavarta. Labraban la tierra, cultivaban el arroz y el algodón, domesticaron el elefante, abrieron caminos, explotaron las minas, trabajaron los metales, construyeron ciudades magníficas como Hastinapura, puertos y barcos para el comercio fluvial y marítimo. Esto trajo consigo la formación de una casta importante de agricultores, comerciantes e industriales, los Vaisyas, a los cuales obligaban muchos preceptos de los libros sagrados.

A los Sudras o siervos, no les hacen falta el culto ni el estudio; incluso se llegó a prohibirles la lectura de los libros sagrados; con servir fielmente, tienen bastante para alcanzar la salvación. Las otras tres castas pueden recibir la iniciación y así nacer *dos veces*, según la carne y según el espíritu. Tal es la *ley de castas*. El que no pertenece a una de ellas es un *paria*, que mancha cuanto toca; un sudra, por mísero que sea, se alejará del paria, aunque este sea rico y poderoso, para no contaminarse con su impureza. A los parias les llaman hoy en la India los *intocables*.

En cambio el brahman, que goza de todas las consideraciones y preeminencias sociales, está sujeto a numerosas obligaciones: de abstención de determinados alimentos, para ejercer determinadas profesiones y oficios, de conducta en general, para conservar su pureza. Debe observar la ley de las cuatro *asramas* o etapas de la vida, es decir, ha de ser estudiante en su juventud, padre de familia en la edad viril, ermitaño después de su madurez, asceta contemplativo en su ancianidad.

La costumbre de retirarse a la selva era común a todas las castas y todavía hoy se practica muchísimo en la India. Los ascetas, apartados del mundo y de todas sus seducciones, hacen allí vida contemplativa, viviendo de limosna, meditando sumergidos en su propio mundo interior, para conseguir la unión con Brahma, el alma universal, renunciando a su propio yo. Son respetados y venerados por todos. De los penitentes de la selva proceden los tratados metafísicos llamados *Upanisad*.

Tratan estos ascetas de liberarse de la reencarnación, o sea de volver a nacer en el mundo. Las almas de todos los seres, separadas de Brahma, han de perfeccionarse a través de la *rueda de nacimientos y muertes*, transmigrando de un cuerpo a otro, dejando cada cuerpo como el cuerpo deja un vestido para tomar otro, lo cual es considerado por los indos como una peregrinación penosa, sujeta a los engaños e ilusiones del mundo, donde todo es sufrimiento y miseria, hasta conseguir con esfuerzo la liberación, regresando al seno de Brahma.

Mientras tanto, los brahmanes pusieron por escrito sus himnos y sus elucubraciones, establecieron escuelas, cultivaron las ciencias y dieron reglas para los sacrificios.

LOS VEDAS

Veda Vyasa, el autor del *Mahabharata*, recogió los himnos de los antiguos Rischis y los ordenó en cuatro colecciones, que se llaman *Vedas; Veda* significa «ciencia». Los Vedas son las escrituras sagradas de los indos, que se consideran como reveladas por Brahma, de quien salieron, del mismo modo que las cuatro castas. Son el *Rig-Veda* o Veda de los himnos, que es el más santo y el más antiguo; el *Yajur-Veda* o Veda de los ritos; el *Sama-Veda* o Veda de los cantos, relacionado con la música, que tiene una gran importancia en la India; y el *Atharva-Veda* o Veda de los antiguos sacerdotes llamados Atharvan. Estos Vedas, que son la primera fuente del saber de los indos, llegaron a tener cada uno cuatro partes: himnos, comentarios a los himnos, llamados *Brahmanas*, tratados metafísicos llamados *Upanisad*, en los que se contiene la doctrina de los anacoretas de la selva, y resúmenes rituales y científicos llamados *Sutras*.

Estos libros estaban escritos en lengua *sanscrita*, que hoy es para los indos lo que para nosotros el latín, en letra *devanagari* (que significa residencia de los dioses) tomada, según se dice, de algún alfabeto traído del Asia Occidental. Los libros típicos indos se componen de hojas de palma cortadas y sueltas, ensartadas en cordones de seda y con tapas de madera esculpida. A veces tenían miniaturas en colores e iban escritos en letras de oro.

Los himnos se recitaban y se cantaban. La música inda tiene una gran complicación teórica. Se canta acompañada de numerosos instrumentos, de los cuales el más apreciado es la *vina*, instrumento de cuerda del que existen diferentes tipos. Los indos estudiaron con gran interés los efectos de la música sobre el alma, le atribuyen un poder mágico y la consideran como un don de los dioses.

LOS REINOS INDOS

La India de entonces, como la India moderna, estaba dividida en muchos reinos. Citaremos los de Gandhara y Cachemira en el valle o región del Indo, los de Kosala, Magada y Videha en la del Ganges, y los del Dekán. En ellos reinaban dinastías ilustres, que tenían por consejeros a brahmanes sabios, creadores de una ciencia política de la que se escribieron muchos tratados.

En la administración, tenían gran importancia los consejos de aldea *(Panchayat)*, formados por los padres de familia, las corporaciones de artesanos y las uniones de casta, que daban una base de democracia orgánica al gobierno, pues se tenía siempre en cuenta el parecer de aquellos organismos.

La historia de las grandes casas reales se conserva en los *Puranas*, tratados de sentido místico y metafísico, que siguen en importancia religiosa a los Vedas. Antes de ser escritos, esos Puranas, se conservaban por tradición oral, siendo aprendidos, como los Vedas de memoria, en las escuelas brahmánicas. Los indos habían conseguido un desarrollo de la memoria verdaderamente pasmoso.

De esta época y de la siguiente son los primeros monumentos arquitectónicos. Los sabios occidentales suponen que los indos construyeron sus primeros edificios en madera y ladrillo y que la arquitectura en piedra se hizo imitando las construcciones en madera.

El hecho es que los templos brahmánicos más antiguos que se conservan son los excavados en la roca viva y que van siempre acompañados de esculturas. De estos templos trogloditicos, los más famosos son los de Carli, Ellora y Amravati, de un estilo ornamental y escultórico muy semejante a nuestro barroco. Representan un inmenso esfuerzo espiritual y material para profundizar a pico los espacios y tallar la roca, cubriéndola de esculturas de gran expresión y de profusos motivos decorativos.

Los budistas y los jainas continuaron después y refinaron el estilo. En Ajanta y en otros lugares, hay también hermosas pinturas murales.

EL JAINISMO

En el siglo VI antes de Jesucristo ocurrieron hechos de enorme importancia: la aparición del *Jainismo* y del *Budismo*, doctrinas fundadas por personajes de casta chatria. Los historiadores occidentales atribuyen estos movimientos a la enemistad entre las dos castas que predominaban en la sociedad inda.

Eran muchos los chatrias que, como Visvamitra, el maestro de Rama, se entregaban al ascetismo con tremendas austeridades, ayunos y penitencias, abandonando el mundo para dedicarse a la vida contemplativa y a meditaciones metafísicas; de este modo podían alcanzar la suma sabiduría y la liberación de las miserias de la vida, uniéndose con Brahma igual que los brahmanes.

Uno de estos ascetas de casta guerrera fué el llamado Mahavira (el gran varón), que tomó el título de *Jina*, que significa el vencedor y fundó la orden mendicante de los *Jainas*. Se conoce algo de la literatura de estos monjes, pero muy poco de su historia, aunque a juzgar por los maravillosos templos que aún poseen en el Monte Abu, debió tener su orden tanta importancia por lo menos como el Budismo. Más adelante se dividieron en dos ramas: los de una de ellas llevaban manto blanco; los de la otra iban enteramente desnudos, y fueron los sabios indos a los que los griegos llamaron *gimnosofistas* o sabios desnudos, y por los cuales sintieron gran admiración. Unos y otros veneran a Mahavira y a sus predecesores los *Tirtankaras*. A esta secta pertenecía el famoso propagandista político Mahatma Gandhi.

EL BUDISMO

Mucho más conocido entre nosotros es el Budismo, fundado por el príncipe Sidharta, hijo del rey Sudhodana de Kapilavastu, del ilustre linaje de los Sakya, por cuya razón aquel príncipe fué llamado *Sakya Muni* (el sabio de los Sakya).

Según la leyenda, la esposa del rey Sudhodana, durmiendo en un jardín, vió bajar hacia ella un hermoso ele-

fante blanco que se introdujo en su cuerpo. Al poco tiempo dió a luz al príncipe Sidharta, que era de una gran belleza y de una inteligencia tan despierta, que asombraba y confundía a sus maestros.

Su padre el rey tenía noticia de una profecía según la cual, su hijo abandonaría el mundo para convertirse en un asceta. Para impedirlo, le crió entre regalos y diversiones, manteniéndolo alejado de todas las tristezas y miserias del mundo, entre músicas, perfumes, poesías, banquetes, amigos alegres y hermosas doncellas, y le dió una esposa bellísima que lo adoraba. Pero una vez, se le ocurrió al príncipe hacer una excursión de placer, y en el camino tropezó con un anciano débil y achacoso, cuya piel estaba macilenta y arrugada, sus pasos eran temblorosos y tenía que apoyarse en un bastón; preguntó qué le pasaba a aquel hombre y el que conducía su coche le respondió que nada, sino que había llegado a la edad en que los hombres se vuelven débiles y decadentes. Preguntó Sidharta si a él mismo llegaría a pasarle aquello, y le respondieron que, si no moría antes, no tendría más remedio que seguir la suerte de los demás hombres. Disgustado el joven príncipe, dispuso la vuelta a palacio. En otra excursión, encontró un enfermo que sus familiares llevaban al médico, en una camilla; a las preguntas del príncipe, su auriga respondió que a todos los hombres los acechaba la enfermedad, con todos sus dolores y molestias, incluso a los príncipes, y Sidharta regresó muy triste a su casa. Por tercera vez salió, y esta vez se cruzó con un entierro, y supo que él, como todos los hombres, estaba sujeto a la muerte... Por fin, la cuarta vez, pudo observar a un asceta de porte majestuoso, y cuando le dijeron que

Relieve greco-búdico. Cultura de Gandhara

aquel hombre había vencido a la vejez, a la enfermedad y a la muerte, decidió en su interior seguir su ejemplo.

En efecto, gracias a la ayuda eficaz de un fiel criado, burlando la vigilancia de los guardias del palacio, abandonó a sus padres, a su esposa, a su hijo, su palacio, sus riquezas, su poder, y cambiando sus magníficas vestiduras por las de un mendigo, se fué a la selva mendigando el sustento.

Estuvo con varios maestros que lo decepcionaron; ejercitó la ascesis en compañía de cinco penitentes; llegó en su ayuno a no comer más que un grano de arroz cada día; y viendo que no conseguía más que debilitar sus fuerzas sin alcanzar la sabiduría, dejó a sus compañeros y se fué hacia una aldea.

Una doncella, hija del Jefe de la aldea, le ofreció una escudilla de sabrosísimo arroz con leche. Sidharta, que no tenía más que piel y huesos, devoró todo aquel manjar entero, y satisfecho, se sentó a meditar debajo de un árbol. Allí sufrió las acometidas y las tentaciones del espíritu del mal, que lo atormentó con toda suerte de prestigios y apariciones, las más poderosas, las más seductoras, y habiéndolas vencido, después de una detenida meditación, alcanzó el conocimiento supremo, *la Bodhi* y quedó convertido en *Buddha*, el conocedor, el que sabe.

Dudó de si debía comunicar el conocimiento a los hombres, y después de pesar el pro y el contra, decidió piadosamente comunicárselo. Entonces fué a buscar a los cinco compañeros que había abandonado, los cuales, cuando lo vieron venir, decidieron no recibirle, pero conforme se fué acercando, se sintieron vencidos por la dulzura y majestad de Sidharta. Se sentó con ellos y les enseñó:

—Hay Cuatro Verdades Sublimes. La primera Verdad es el dolor: toda la vida es sufrimiento. La segunda Verdad es la causa del dolor, que es el deseo que no se sacia nunca. La tercera Verdad es el anonadamiento del dolor, que consiste en la supresión del deseo. La cuarta Verdad es la vía del anonadamiento del dolor, que es el ejercicio de las virtudes del pensamiento, de la palabra y de la ac-

ción, terminando por la meditación y la contemplación perfecta.

Es necesario, pues, aniquilar el deseo, que nos lleva de nacimiento en nacimiento, sin satisfacerse jamás. Así se consigue la felicidad suprema, el *Nirvana*, que es como la extinción de una lámpara que se apaga, y no se vuelve a nacer más.

Tal es en síntesis la Ley de Buda, el *Dharma*. Con aquellos cinco primeros discípulos, se constituyó la Santa Comunidad de los monjes budistas, y así quedaba completa la Triple Joya, a saber: El Buda, la Ley y la Orden. Los monjes debían llevar la cabeza y la barba enteramente rasuradas, un manto amarillo y una escudilla de madera para recoger las limosnas de que habían de vivir.

La Orden se extendió rápidamente, protegida por los Reyes y los Grandes, que le cedían terrenos y les construían Monasterios llamados *Viharas*. El primero fué Bimbisara, Rey de Magada, Soberano feudal del padre del Buda.

Se ha dicho, y parece atinado, que el budismo es una doctrina propia de un pueblo inmensamente cansado y decadente, agotado, desilusionado hasta el punto de poner su ideal en renunciar a la vida. Sin embargo, el budismo no quebrantó la actividad filosófica, literaria y artística de los indos, ni siquiera la actividad política y guerrera. Por el contrario, inició una época de magníficas creaciones en todos los órdenes. Fué sobre todo una época de polémica intensa.

El Buda prescindía de los Vedas y de las castas, del culto de los dioses y los antepasados y hasta del idioma sagrado, el sánscrito, empleando una lengua vulgar, el *pali*, en el que fueron redactadas sus escrituras. Todo esto levantó la oposición violenta de los brahmanes.

Sidharta murió ya viejo, de una indigestión de carne de cerdo con arroz. En un sínodo que celebraron sus discípulos se hizo una clasificación de las escrituras budistas, distribuyéndolas en tres cestos. En uno, los discursos del Buda: *Sutra;* en otro la disciplina: *Vinaya;* en otro la Metafísica: *Abhidhamma*.

Las disputas duraron siglos, y en ellas se distinguieron el monje budista Vasubandu, el monje jaina Mallsena y el brahman Sankara. Donde los brahmanes decían *sí*, los budistas decían *no* y los jainas decían *puede ser*. Los Reyes y el pueblo se interesaban apasionadamente por estas disputas; los Reyes convocaban a los representantes de las diversas doctrinas y los hacían discutir en presencia de toda la corte; otras veces se organizaban disputas en las plazas públicas.

Todo esto dió lugar a una inmensa literatura. Entre la literatura budista merecen mención los *jatakas*, que narran las vidas anteriores de Buda y las biografías de éste, una de las cuales, la que antes hemos referido, llegó a España en la Edad Media con el título de *Historia de Barlaan y Josafat*.

La famosa stupa de Sanchi

Los budistas tuvieron su arquitectura propia: los *viharas* o monasterios y las *stupas*, túmulos en los que guardan reliquias de su maestro. La más notable de éstas es la de Sanchi, rodeada de una magnífica valla de piedra con cuatro puertas cunjadas de hermosas esculturas.

EL IMPERIO INDO

El budismo nunca llegó a dominar en la India; sus protectores fueron siempre los Reyes y los Grandes. Los Reyes de la dinastía Saisunaga de Magada, que lo habían protegido, fueron sustituidos mediante una usurpación, por los Nanda, uno de los cuales, Kalasoka, fundó la celebérrima ciudad de Pataliputra (hoy Patna) y abrió una gran vía comercial hacia el Oeste y el Norte. En el siglo siguiente, estos caminos habían de abrir un gran porvenir al Budismo.

En el año 327 antes de Jesucristo, llegó Alejandro

Magno a la India. Venció en el Hidaspes a Puru, rey de Taxila, Jefe de una confederación de príncipes del valle del Indo. No avanzó el gran conquistador macedonio mucho más allá que otros invasores, pero su expedición tuvo consecuencias.

En primer lugar, un aventurero de casta sudra, llamado Chandragupta, que había servido en el ejército griego, aliado con los montañeses del Himalaya se apoderó de Pataliputra, destronó a los Nanda, se casó con una hija de Seleuco Nicator y fundó la famosa dinastía de los Mauriya. Chandragupta fué enemigo de los brahmanes y protegió a los budistas. Por este tiempo viajó y escribió sobre la India el griego Megasthenes, a quien se debió todo lo que, por mucho tiempo, se supo de la India en Occidente.

Asoka Piyadasi, uno de los sucesores de Chandragupta, adquirió gran celebridad como protector del Budismo. No se sabe, en realidad, si profesó la doctrina del Buda, o si fué una especie de moralista librepensador; fué el soberano más poderoso de la India; el de los Maurlya era como una suerte de Imperio. Dictó una serie de decretos que hizo grabar en columnas de piedra desde el Penjab hasta muy dentro del Dekan. Fué un Rey pacífico, que no sostuvo más que una guerra. Envió misioneros budistas al Himalaya, a los Tamiles, a Ceylán, a Siria, Egipto, Cirenaica, Macedonia y Epiro y parece que en su ancianidad hizo votos monásticos.

Por otra parte, los Seleucidas de Siria establecieron un gobierno provincial en Bactria, que era como un reino vasallo, en el que gobernaron Eutidemo, Demetrio y otros personajes griegos, hasta que acabó con aquello el parto Mitridates. Hubo otros reinos griegos como el de Apolodoto, en el Penjab, el de Menandro en Kabul y otros. Los monjes budistas fueron allí muy bien acogidos y encontraron allí el camino hacia el Asia central.

Allí floreció el arte llamado greco-búdico de Gandhara, que produjo obras de estilo helenístico, probablemente de mano griega y por lo tanto, muy admiradas por los sabios occidentales. Es probable que la figura tan conocida del Buda sentado proceda de allí.

Asia en el siglo V de nuestra Era

El Imperio Maurya era un modelo de organización. Era de un tipo medio federativo y medio feudal; tenía reyes vasallos y los gobiernos locales estaban confiados a los Jefes de tribus y a los consejos de aldea. El Estado se mantenía de las rentas del patrimonio real y de impuestos sobre los riegos y sobre los consumos. Se aseguraba el orden con penas severas y con una policía que vigilaba estrechamente la vida de los ciudadanos. Había guardias especiales para las fronteras y un poderoso ejército con cuatro armas: infantería, caballería, carros y elefantes. Había servicio de correos, grandes mercados, carreteras y canales de riego. La vida en general era próspera y el lujo en los templos y palacios, en los vestidos, carruajes y monturas, y en las ceremonias y fiestas era verdaderamente fastuoso, era el lujo oriental en su expresión superlativa. En joyas, piedras preciosas, riquísimas telas, bordados, armas y utensilios, se alcanzó gran perfección y belleza.

Pero al fin, la dinastía sucumbió por obra del General Pusyamitra Sunga y de los brahmanes. Durante el reinado de los últimos Mauryas, se habían hecho independientes los Andras en el Dekan y por el Noroeste hubo invasiones

de los Partos, de los Yutí y principalmente de los Escitas o Sacas, que fundaron un estado poderoso en el Katiavar.

EL CRISTIANISMO Y LA ESCUELA BUDISTA MAHAYANA

También los Partos tuvieron a comienzos de la Era Cristiana un reino en Gandhara. A la corte de su rey Gondofares, llegó en el año 34, Santo Tomás Apóstol, el cual, acogido y protegido por aquel rey, predicó el cristianismo en la India... Claro que los hipercríticos han negado este hecho, pero el caso es que aún hay en la India *cristianos de Santo Tomás* que se proclaman descendientes y continuadores de los bautizados por el Apóstol.

La horda mogola de los Yue-chi hizo mayores progresos que los demás invasores. Su rey Cadfises II conquistó todo el territorio del Indostán hasta Benares. Uno de sus sucesores «*Kanishka*» se convirtió al budismo y fué el protector de la escuela *Mahayana*. Los budistas se habían dividido en dos sectas: la *Hinayana* (pequeño vehículo), que tiene su centro en Ceylán y pretende atenerse a lo más estricto de la enseñanza de Buda, y la *Mahayana* (gran vehículo), que tuvo entre sus doctores al gran poeta Asvagosha, y veneraba a una serie de *Budas* (santos) manifestaciones de un supremo Buda celeste, llamado *Amitabha*. La Mahayana empleaba el sanscrito, mientras la Hinayana seguía adicta al pali.

Merced a la protección de Kanishka, el Budismo Mahayana penetró en el Tibet, llevado por el monje Padmasambhava, en la Mongolia y en la China.

LA REACCION BRAHMANICA

Por su parte, la ciencia brahmánica progresaba, perfeccionando las ciencias auxiliares de los Vedas, la Gramática, la Astronomía, la Matemática, la Medicina, la Jurisprudencia, la Música y los llamados seis sistemas de Filosofía, especialmente el *Yoga*, que enseña un método notabilísimo de perfeccionamiento psíquico, y el *Vedanta*, que ofrece una Metafísica muy profunda.

Explican la unidad del ser en un supremo Brahma oculto, que se manifiesta en tres maneras, la *Trimurti*, a saber: como creador, *Brahma*, como conservador *Visnu*, como destructor o transformador, *Siva*. El ser supremo se diversifica en infinitos seres mediante *Maya*, la ilusión. Mientras la ilusión dura, las almas se reencarnan y sufren la miseria de la existencia. Es preciso desprenderse de la ilusión para reintegrarse al ser supremo y unirse con él. Para esto sirven las prácticas del Yoga, especialmente la meditación, con la más profunda sumersión del hombre en sí mismo. También se puede acudir a la gracia de los dioses, adorando a Siva o a Visnu o a otro dios más próximo a nosotros. Por eso hay devotos *vimaitas* y devotos *sivaitas*.

Para salvar a los hombres, Visnu encarnó ocho veces: en un pez, para salvar a Manu del diluvio; en una tortuga para sostener la tierra; en un león semihumano, para matar a un demonio que amenazaba a los hombres; en un enano, para recuperar la tierra, que había sido usurpada por un terrible gigante; el enano le pidió que le cediese cuanto pudiera abarcar en tres pasos, y cuando lo hubo obtenido, creció tanto, que en los tres pasos, abarcó toda la extensión de la tierra; en Rama el del Hacha, para castigar a los chatrias; en el pastor Krisna, héroe de bellísimas leyendas y objeto de adoración para numerosísimos devotos; en el Buda, para extraviar a los enemigos de los brahmanes; y al cabo, cuando venga el fin del mundo, volverá a encarnar para salvar a los hombres.

La vida del mundo dura infinidad de miles de años: los indos son tan pródigos en unidades seguidas de ceros, en ceros a la derecha de la unidad, como nuestros astrónomos y nuestros geólogos; ni unos ni otros pueden echarse en cara sus respectivas exageraciones. Conciben una Edad de Oro, en que los hombres eran virtuosos, felices, perfectos; una Edad de Plata, en que comenzó la decadencia; una Edad de Bronce, en que comenzó la obcecación y surgieron la tiranía y las guerras; y una Edad de Hierro, llamada también Edad negra o de la oscuridad, en la que reinan la obcecación y el pecado. Esta es la Edad en que

nos hallamos, y por cierto no parece que los indos estén demasiado equivocados en esto. Terminada esta Edad Negra, lo cual por desgracia parece que aún tardará, vendrá la disolución final del mundo, volviendo todo al seno de Brahma, hasta una nueva creación. Hay desde luego, paraisos e infiernos para premiar las buenas acciones y castigar las malas. Acerca de todo esto se escribieron poemas bellísimos e historias de una imaginación prodigiosa.

UNA GRAN EPOCA LITERARIA

El budismo llegó a desaparecer de la India, perdurando tan sólo en la Isla de Ceylán. La sociedad inda siguió inspirada en la doctrina brahmánica, rigiéndose por el *Código de Manu*.

Otro Chandragupta fundó en el siglo IV de nuestra era el Imperio Gupta, tan brillante y más refinado que el de los Mauriya. Se impusieron los Gupta en todo el Indostán y entre ellos destacó Vikramaditya, que tuvo en su corte a los más admirados poetas de la India.

En realidad la literatura inda de esta época es una literatura de decadencia, extremadamente complicada, retórica y académica, pero de una gran belleza y muchas veces verdaderamente profunda y grandiosa. Durante mucho tiempo, especialmente en la época romántica, fué la más apreciada en Europa.

Entre aquellos poetas el más célebre es Kalidasa, autor del *Sakuntala*, drama de cierto tipo romántico, que fué admiradísimo en Occidente, y de muchas poesías líricas, místicas o amorosas, traducidas a todos los idiomas. Son de una sensibilidad exquisita y de una perfección refinadísima. Entre sus cantos de amor, el más notable es *La nube mensajera*, en el que un genio desterrado se dirige a una nube que pasa por el Cielo en dirección a su patria y le ruega que lleve un mensaje a su adorada esposa ausente.

El culto tributado al pastor Krisna dió origen a una serie de hermosísimas poesías místicas, amorosas y bucólicas. A Krisna se le representa tocando la flauta para enamorar a las pastoras de la selva que danzan a su al-

rededor en alegres coros, motivo de poesía pastoril que tuvo una gran influencia en muchos países.

En esta época es cuando alcanza mayor altura el teatro indo, que todavía conmueve y hace llorar a las multitudes. En él se representan las historias y los amores de los antiguos héroes. No tiene complicación escénica, ni decorados, ni casi mobiliario; el texto, el diálogo y el arte de los actores lo hace todo.

Fué derribado el Imperio Gupta por la invasión de los Eftalitas o *hunos blancos* que representaron en la India el mismo papel que los Hunos de Atila en Europa. La India entró a formar parte del gran Imperio de los Hunos, pero al fin, se levantaron los Jefes del país y consiguieron la libertad.

Por un momento, un rey indo llamado Jarcha, hombre sabio, budista de religión, levantó un nuevo Imperio, pero no tuvo continuadores.

En este siglo se constituyeron los reinos y feudos de los *Rajputs*, palabra que significa hijos de reyes. Escitas según unos, de procedencias diversas según otros, los Rajputs formaban clanes de nobles, de costumbres caballerescas, que se decían descendientes de los Chatrias: los Chohans, los Bundelas, los Rahtores, etc., cuyos linajes perduran todavía hoy. Profesaban el brahmanismo y fundaron reinos duraderos.

Fueron los que en su día, presentaron una resistencia heroica y épica contra los árabes musulmanes.

CAPITULO IX

El Islam

El Islam es la doctrina y la comunidad religiosa y política fundadas por Mahoma en el siglo VII de nuestra era y que perdura todavía como religión en el Occidente de Asia, en el Norte de Africa y en algunos países de Europa, de la Indo-China y de las Islas Indonésicas. Se le llama también *Mahometismo*, del nombre de su fundador, y a sus adeptos *islamitas*, *mahometanos* o *musulmanes* y entre nosotros también, muchas veces, *moros*, *árabes*, *sarracenos* y *agarenos*.

El origen y propagación del Islam, sus grandes y rápidas conquistas son uno de los hechos más asombrosos de la historia. El mahometismo conmovió a todo el mundo civilizado y fué para Europa un peligro permanente durante muchos siglos. Dominó todo o parte de España por espacio de 681 años, dominó en el Sur de Francia, en Sicilia, destruyó el Imperio Romano de Oriente, que solemos llamar Imperio Bizantino, como antes había destruído el gran Imperio Persa, y mantuvo en su poder los Santos Lugares de Palestina, objeto de veneración para todos los cristianos, sostuvo la piratería en el Mediterráneo, cuando ya se habían formado las grandes potencias europeas, penetró en Rusia, en la India y en la China, y hoy tiene grupos de adeptos en todas partes, y mezquitas en todas las grandes ciudades. Hoy mismo, los pueblos musulmanes, a los

cuales llamamos en los periódicos el *mundo árabe*, decadentes y europeizados, se agitan con incesante inquietud, que no sabemos de qué acontecimientos podrá ser precursora.

Nació el Islam al margen de la gran historia, en un país de no mucha importancia, de cuyo pasado anterior a Mahoma sabemos muy poco, y más leyendas que historia verdadera: la Arabia. Pero el desarrollo de la cultura musulmana o árabe, tan brillante y fascinadora, y a la que tanto debe el Occidente, se debió a la penetración del Islam en el solar de las antiguas culturas del Asia Occidental, donde se conservaban las huellas del pensamiento y de las artes babilónicas, judías, persas, helenísticas y cristianas primitivas.

LA ARABIA Y LOS ARABES

Los antiguos distinguían tres Arabias, en la península comprendida entre el Mar Rojo al Oeste y el Golfo Pérsico y el Océano Indico al Este y al Sur: La *Arabia Petrea*, en el Norte, la *Arabia Desierta* en el Centro, y la *Arabia Feliz* al Sur.

La primera se llamaba así por la ciudad de Petra. Había allí pequeños reinos que tomaron parte en la historia del Asia Occidental, participaron en la cultura helenística y romana, como Palmira y Baalbek, y conocieron el cristianismo y aun lo profesaron, como Hira.

La segunda era la tierra que recorrían los *beduinos*, tribus nómadas del desierto, dedicadas al pastoreo, al saqueo de caravanas y a la guerra, como mercenarias.

La tercera se llamó Feliz, por poseer valles bien regados, de clima tropical. Hoy le llamamos con el nombre que le dan los árabes: Yemen. Allí se cosechaban con abundancia los dátiles, trigo, cebada y otros frutos, se cogían el incienso y otras resinas olorosas: los famosos *perfumes de Arabia*, y de allí vino el café. Allí había un reino, el de la célebre *Reina de Saba*, que visitó a Salomón, llamada por el gran renombre de su sabiduría, para proponerle enigmas, que son una de las grandes pruebas del ingenio

y del saber en Oriente. Era un reino próspero y culto, emporio de suntuosidad y de lujo.

Los *sabeos* eran, según los antiguos, adoradores de los astros, por lo cual, a este culto de los cuerpos celestes se le llamó *sabeismo*, pero más tarde profesaron la religión de Moisés, como *prosélitos* y adoraron al verdadero Dios. Después estuvieron sometidos al Imperio cristiano de Etiopía, o Abisinia, cuyos soberanos se decían descendientes de Salomón y de la Reina de Saba. También hubo entre ellos sectarios de Zoroastro.

Los árabes se decían descendientes de Ismael hijo de Abraham y de Agar, por lo cual se les llamó *ismaelitas* y *agarenos*. Pero se tenían por más antiguos los hijos de Yectan y los de otros personajes más antiguos de la descendencia de Sem.

Los que conservaban las costumbres de los antepasados nómadas eran los beduinos del desierto, que se tenían por nobles y despreciaban a los mercaderes de las ciudades.

Los beduinos eran gente valerosa, frugal, endurecida en las privaciones y en la vida del desierto, delgados y correosos, grandes jinetes que criaban soberbios caballos, los famosos *caballos árabes*, de los que descienden los caballos andaluces y los caballos ingleses, de hábitos caballerescos; tendían una lanza al enemigo desarmado para que pudiera defenderse, quedando ambos contendientes en igualdad de condiciones; eran fieles mantenedores de la palabra dada; recibían obsequiosamente al viajero y el huésped adquiría para ellos carácter sagrado, quedando ligados a él por una relación que duraba toda la vida, que les impedía hacer nada contra él y les obligaba, mientras lo era, a protegerlo y salir en su defensa. Poseían, pues, las virtudes de los pueblos nómadas entregados a la guerra.

Tenían poetas que componían cantos heroicos y poemas amorosos y los estimaban muchísimo. De cuando en cuando celebraban certámenes para premiar a los mejores; se reunían los *Jeques* o Jefes de las tribus (la palabra Jeque se deriva de Cheiq, que significa anciano) presididos por un *Rey de los Poetas*, y formaban tribunal. Las poesías

premiadas adquirían gran celebridad y difusión y se cantaban en todas las tribus.

Los mercaderes de las ciudades tenían la misma afición a la poesía y a la guerra. El tráfico de caravanas y el propio peligro que representaban los beduinos, hacían que las expediciones mercantiles se organizasen muchas veces como expediciones de guerra y que los conductores de las largas filas de dromedarios cargados de valiosos géneros, tuviesen que ir armados de todas armas y dispuestos a rechazar cualquier ataque. Esto mismo acontecía en todo el mundo, pero mucho más en las zonas desérticas de Arabia, no habiendo allí además, un poder político fuerte que protegiese el comercio.

Una de las rutas principales era la que iba próxima y a lo largo de la costa del Mar Rojo, atravesando una serie de ciudades que servían de mercados y de depósitos, gobernadas por oligarquías mercantiles, escalonadas entre Petra y Saba, en el Yemen. Las principales eran las ciudades rivales de Yatreb y la Meca.

En estas ciudades había colonias judías importantes y algunas eran exclusivamente judías. Había también cristianos ortodoxos unos, otros nestorianos, gnósticos y de otras sectas, zoroastrianos y maniqueos; había también sectarios llamados *hanifes*, que adoraban un solo Dios. Pero los más de los árabes eran paganos: adoraban dioses de tribus y de ciudades, como *Manif*, dios de la Meca.

En la Meca había un santuario antiquísimo, que se dijo fundado por Abraham: *la Kaaba*, nombre que significa piedra negra, porque en ella, el objeto principal del culto es todavía hoy una piedra negra engastada en uno de los muros. Esta piedra es un aerolito caído del Cielo y su adoración es un resto de antiquísimos y misteriosos cultos semíticos. De esta piedra se cuentan multitud de leyendas: se dice que era blanca y que los pecados de los hombres fueron la causa de que se volviera negra; se dice que la trajo del Cielo el Ángel que Dios envió para consolar a Agar, la esclava despedida de Abraham, perdida en el desierto con su hijo Ismael, y que el ángel trajo la piedra

para que en ella Ismael, el padre de los árabes, apoyara su cabeza.

Cerca de la Kaaba está el pozo de *zem-zem*, que el mismo ángel hizo brotar de la tierra para apagar la sed de Ismael, el hijo de Abraham y Agar.

La tribu beduina de los *Koreichitas* se apoderó de la Meca, que era un centro comercial muy importante para el tráfico por el Mar Rojo con Egipto y otros países. Los Koreichitas se constituyeron en guardianes y administradores de la Kaaba, a la cual venían peregrinaciones numerosísimas todos los años. En la Kaaba se concentraron todos los ídolos de las tribus de Arabia.

Observaban estas tribus una institución muy antigua: la *tregua sagrada*, durante varios meses del año; no se podía, en tiempo de tregua, hacer la guerra, atacar al enemigo, ni derramar sangre; quebrantarla era pecado y delito grandísimo. Durante la tregua era cuando se hacían las peregrinaciones a la Meca para besar la piedra negra. La tregua y la peregrinación estaban garantizadas por un acuerdo y una confraternidad religiosa entre las tribus, con sus órganos directivos.

MAHOMA

Mahoma nació en la Meca hacia el año 570 de nuestra Era. Pertenecía a la tribu de los Koreichitas, pero era de familia pobre y huérfano desde muy niño, y no recibió sino una educación deficiente.

Adoptado por su tío Abu Thaleb, guardián o administrador de la Kaaba, fué zagal siete años, y después entró a servir a Kadija, viuda de un mercader muy rico, y al frente de sus caravanas, viajó hasta Siria y el Yemen. Se dice que en Siria se alojaba en un monasterio nestoriano, donde conoció a un monje llamado Boheira o Sergio, que le inició en el cristianismo y fué su maestro secreto.

A los veinticinco años, Mahoma se casó con Kadija, que tenía cuarenta, y le fué fiel hasta su muerte, no queriendo tomar otras esposas, a pesar de su afición a las mujeres. Mahoma y Kadija tuvieron varios hijos, que se les murieron.

La biografía tradicional de Mahoma dice que todos los años se retiraba al desierto durante el *mes de Ramadán*, que los árabes consagraban al ayuno. Cumplidos los cuarenta, comenzó a tener revelaciones que, según él, le hacía Dios por medio del ángel Gabriel. Habló de aquello a su mujer Kadija, que fué la primera que creyó en él, y luego a su primo Alí, hijo de Abu Thaleb, a quien había adoptado cuando quedó huérfano, como Abu Thaleb había hecho con él, a su amigo íntimo Abu Bekr y a su esclavo Zeid. Estos fueron los *primeros creyentes*.

Mahoma decía ser un Profeta enviado de Dios, un continuador de Abraham y de Jesús, que condenaba la idolatría y amenazaba con el infierno a los que no creyesen en él.

Entre los cristianos fué tenido durante siglos Mahoma por un impostor; más tarde los racionalistas lo tuvieron por alucinado. No se tuvo en cuenta, hasta muy recientemente, que pudo ser las dos cosas a la vez. En efecto, se le han pescado bastantes contradicciones, escamoteos, subterfugios y pequeñas pleardías; pero en general habla con un tono de convicción que no parece pueda ser fingida. Se muestra humano, compasivo y devoto, e incluso recto, aunque con idea exagerada de sí mismo.

La cosa fué cundiendo poco a poco. Mahoma escribía las revelaciones recibidas y comenzó a predicar públicamente. Al principio no le hicieron caso, pero luego comenzó la persecución. A algunos creyentes, sin duda faltos de prudencia, se les desterró y se les confiscaron los bienes. Mahoma se prevalía de que su vida no podía correr riesgo alguno, estando prohibido derramar sangre dentro de la ciudad sagrada de la Meca...

Sin embargo, se le atribuye una claudicación: en pleno patio de la Kaaba declaró públicamente que los dioses que allí se adoraban podían ser ángeles o santos dignos de ser venerados. En seguida se arrepintió, diciendo que fué Satanás quien movió su lengua, y continuó predicando, sin éxito, contra los ídolos.

A los diez años de predicación, viudo y entristecido, quiso dejar la Meca, pero en una ciudad vecina, lo echaron

a pedradas. En cambio los habitantes de Yatreb, ciudad rival de la Meca, lo mandaron buscar. Tardó mucho en ir; envió delante a sus adeptos, y cuando creyó que en Yatreb encontraría seguridad, preparó el viaje. Enterados los Koreichitas, decidieron su muerte; debían matarlo de noche, mientras dormía en su cama. Entraron en su casa y lo buscaron, pero no encontraron más que a Alí...

Era el 16 de julio del año 622 de la Era cristiana. Mahoma se había fugado secretamente, en compañía de Abu Bekr. Se había realizado la *Hegira*, el gran momento en la historia del Islam, punto de partida para contar los años musulmanes: la huida de Mahoma de la Meca a Medina.

Escaparon hacia el sur, dando un gran rodeo, para despistar a sus perseguidores, se dirigieron hacia el Norte, andando y ocultándose, de manera que hasta el 20 de septiembre no llegaron a Yatreb.

En Yatreb, Mahoma fué recibido como Profeta de Dios, y se le entregó el gobierno de la ciudad. Yatreb se llamó desde entonces: *Medina el Nabi*, «ciudad del Profeta»... Así se formó el Estado musulmán, a un tiempo fraternidad religiosa y comunidad política, bajo un jefe único («un solo rebaño y un solo pastor») con autoridad espiritual y temporal absoluta, venida de Dios, ejercida en nombre de Dios, y por lo tanto sin limitación, sin distinción entre leyes religiosas y leyes civiles, y de la que sólo forman parte los creyentes unidos por la fe y por el rito.

Esta idea era, sin duda, común a los Estados del Asia Occidental de aquel tiempo: al Imperio Bizantino y al Imperio Persa, pero en ninguna parte aparece tan palmaria, tan escueta, tan rígida, como entre los sectarios de Mahoma.

Mahoma hizo la guerra a la Meca, con tanto empeño, que llegó a cometer un hecho increíble: a *quebrantar la tregua sagrada*... Ganó la batalla de Beder a los mecanies; fué vencido y herido en la de Ohod; los mecanies reunieron un gran ejército para atacar a Medina, pero encontraron a los mahometanos atrincherados en un foso, se descon-

certaron y se volvieron sin atacar. A esto se llamó la *guerra del foso*. Por fin, la Meca acabó por entregarse al Profeta en 629.

Arrojó Mahoma de la Kaaba todos los ídolos, excepto la piedra negra, conservada como testimonio de Alá, y convirtió aquel santuario en templo del Dios Unico. Allí oró el Profeta.

La Kaaba es una construcción de piedra lisa, de forma cúbica perfecta y sin ornamentos. Es curioso el hecho de que toda la arquitectura árabe que tenemos como clásica, tienda a la forma cúbica: se ha dicho que las ciudades árabes, vistas desde lo alto, parecen acumulaciones de cubos puestos en el suelo. La Kaaba está hoy, y desde muy antiguo, enteramente cubierta por un inmenso velo de terciopelo negro. La rodea un gran patio con arcadas, en el que se encuentra el pozo zem-zem, a cuya cerca se añadieron siete altas torres, llamadas *almínares*, para llamar a la oración. El recinto interior de la Kaaba está lleno de valiosas lámparas.

El Profeta soñó mucho tiempo en atraerse a los judíos y a los cristianos; por eso había dispuesto que la oración se hiciese mirando hacia Jerusalén; pero después cambió la dirección (llamada *Kibla*) ordenando que se orase mirando a la Meca. Del mismo modo, así como los judíos llamaban a la oración con trompetas y los cristianos con campanas, dispuso que los musulmanes llamasen a voces, recitando la profesión de fe: «*La illah la Alah, Mohammed rasul Alah*: «No hay más Dios que Alá y Mahoma es el enviado de Alá.»

La *guerra santa* continuó, y cuando murió el Profeta, en 612, era dueño de toda Arabia.

Mahoma se había casado con varias mujeres después de la muerte de Kadija, y dejaba a su muerte, como personas de gran influencia entre los creyentes, a su viuda, Aicha, hija de Abu Bekr, y a su hija Fátima, esposa de Alí.

EL KORAN Y SU DOCTRINA

Korán suele traducirse por «lectura» o «libro», como si dijéramos el libro por excelencia. Los cristianos, los

judíos, los mazdeos o zoroastrianos, tenían sus libros revelados en los que se fundaban sus doctrinas: la *Tora*, los *Evangelios*, el *Avesta;* Mahoma quiso tener también el suyo. Sus discípulos recogían sus discursos por escrito, y con ellos se formó el *Korán*.

El Korán es un libro breve, escrito en prosa rimada, dividido en 114 *suras* o capítulos, que comienzan con las palabras: «En el nombre de Dios, el clemente, el misericordioso», y llevan títulos aparentemente arbitrarios.

Contiene doctrinas, preceptos religiosos, leyes civiles, discursos, polémicas, relación de episodios de la vida de Mahoma, imprecaciones, plegarias, relatos históricos y legendarios acerca del pasado de los árabes y de los hebreos, de Noé, de Abraham, de José, de Moisés, de David, de Salomón, de Alejandro Magno, de San Juan Bautista, de Jesucristo y la Virgen María, de los Siete Durmientes, etcétera. Habla del pecado, de la resurrección de la carne, del Juicio Final, del Paraíso y del Infierno.

Mahoma habla siempre en nombre de Dios: «Dios ha dicho...», pues asegura que sus palabras son la Palabra de Dios, transmitida por el ángel Gabriel.

Una leyenda posterior dice que Mahoma meditaba junto al pozo de Zem-Zem, acerca de sus dudas y de lo que deseaba saber, arrojaba una cuerda al fondo del pozo y cuando la retiraba, traía atada en la punta una hoja del Korán escrita por el ángel.

El Korán tiene su modelo celeste: es la versión arábiga de un libro existente en el cielo, enviado por Dios a su Profeta, por medio de Gabriel. Así el Korán es eterno, existía antes de Mahoma, antes que todos los profetas, antes que los hombres, antes que el mundo, desde la eternidad, y su verdad dura para siempre, el Korán no puede perecer.

Mahoma redujo su dogmática casi a lo que se llama «religión natural»: Dios, inmortalidad del alma, premios y castigos después de la muerte. La profesión de fe musulmana no puede ser más simple: «No hay más Dios que Dios y Mahoma es su Profeta.» Acepta, no obstante, algunas pocas ideas de las revelaciones judía y cristiana y de la tradición árabe.

Da a Dios el nombre de *Allah*, que se deriva en último término del primitivo nombre que daban a Dios los pueblos semíticos, acaso desde el tiempo de los Patriarcas: *El*, como hemos visto al tratar de las primitivas culturas mesopotámicas. Le aplica numerosos calificativos: Clemente, Misericordioso, Veedor, Dador, Ajustador de cuentas, Oyente, Perdonador, Guía, Guardador, Grande, Unico, Proveedor, Protector, Sutil, Patente, Oculto, etc., etcétera, de donde la piedad musulmana extrajo los *noventa y nueve nombres de Dios*, que se recitan pasando las cuentas de un rosario.

Aborrece la idolatría: «El Señor no perdona a los idólatras...» «No invoquéis más Dios que Alá; no hay más Dios que El. Todo perecerá salvo su Faz.» Para evitar la idolatría, condenó el culto de las imágenes y prohibió representar la figura de ningún ser viviente por medio de la escultura o la pintura. Una leyenda dice que a quien pintare o esculpiere figuras humanas, estas figuras se le presentarán a la hora de la muerte reclamando las almas que no pudo darles.

Dios creó todas las cosas: creó el mundo, creó los ángeles que sostienen su trono, y son sus mensajeros, vigilan a los hombres, reciben sus almas cuando mueren, guardan las puertas del Infierno; creó del fuego a los *djinn* o genios, entre los cuales hay creyentes e incrédulos; estos tienen por jefe a *Eblis* o *Satán*, descarrían a los hombres y les enseñan la hechicería, pero obedecen a Salomón, que los hizo trabajar en la construcción de sus palacios, por medio de su sello; creó a Adán del barro de la tierra, y obligó a los ángeles a adorarlo: Satán se negó a adorar a Adán, y Alá lo maldijo.

Alá envía sus Profetas para predicar a los hombres y a los genios. Los Profetas principales fueron Adán, Noé, Abraham, Moisés, Jesús y Mahoma, que es el mayor de todos. La doctrina de todos estos Profetas es la misma, sus diferencias son accidentales. Está contenida en *Libros* que han recibido de Dios: Moisés la *Tora*, David los *Salmos*, Jesús los *Evangelios*, Mahoma el *Korán*. Todos estos libros deben ser creídos, porque contienen la Verdad. Pero

la Verdad perfecta está en el último. En los anteriores se profetiza la venida de Mahoma y su misión.

El creyente debe hacer *oración* a Dios cinco veces al día: al amanecer, a medio día, a media tarde, a la puesta del sol y en la primera hora de la noche, en común, en la mezquita, bajo la dirección de un *Imam*, o solo, donde quiera que se encuentre.

Antes de orar, ha de hacer la *ablución*, lavándose con agua, para lo cual hay una fuente en el patio de toda mezquita, o con el polvo del desierto, si no tiene agua.

Debe *ayunar* durante el mes de Ramadán, desde la salida a la puesta del sol, sin tomar ningún alimento ni bebida.

Debe hacer, por lo menos una vez en la vida, la *peregrinación a la Meca*, con sus ceremonias: dar la vuelta a la Kaaba, besar la piedra negra, sacrificar ovejas y camellos, apedrear simbólicamente al diablo. La peregrinación cumplida da derecho al título de *Hach* o santo y al uso de un turbante verde.

Debe *dar limosna* a los pobres, lo cual se convirtió en un impuesto que administraba el Gobierno, para obras de beneficencia en favor de los necesitados.

Por último, eran también deberes la *guerra santa* contra los infieles y las *prohibiciones* de comer carne de cerdo, beber vino, llevar alhajas y adornos los varones, entregarse al juego y practicar la usura, la magia, etc.

Ahora bien: los judíos, al lado de la *Tora* tenían la *Mischna* y la *Gemara*, colección de enseñanzas tradicionales; los cristianos tenían, además de ambos *Testamentos*, la *tradición* de los Apóstoles y de los Santos Padres. Pues también los musulmanes tienen al lado del *Korán*, la *Sunna* o tradición, fundada en relatos y sentencias procedentes del Profeta y llamados *Haditha*, de los que se hicieron colecciones.

El *Korán* y la *Sunna* son las fuentes, tanto de la religión como del derecho musulmán, el fundamento de la filosofía y de toda la tradición musulmana.

EL CALIFATO

Muerto el Profeta en el año 11 de la *Hégira* (632 de nuestra era) fué sepultado en Medina, en una mezquita. Existió la creencia, difundida entre los cristianos, de que su sepulcro se sostenía en el aire, lo cual atribuían los cristianos a un truco de física recreativa: el féretro de hierro era sostenido en el aire por la fuerte atracción de cuatro poderosos imanes.

La sucesión de Mahoma fué ocasión de discusiones y de intrigas, en las que tomó parte activa su viuda Aicha, y que por poco desbaratan toda la obra del Profeta; reñían los primeros creyentes con los nuevamente convertidos. Al fin fué Aicha la que se impuso, e hizo elegir a su padre Abu Bekr.

Mahoma había enviado embajadores con mensajes para todos los reyes cuya existencia conocía, invitándolos a unirse al Islam.

Abu Bekr se dedicó a conquistar por otros medios el mundo para Alá. Envió a su gran general Khalid contra la Siria, que pertenecía al emperador de Constantinopla, Heraclio, el vencedor de Cosroes Parviz. A orillas del Yarmuk, afluente del Jordán, se encontraron el ejército árabe y el ejército bizantino. Fué la primera batalla importante de *moros y cristianos* (según la expresión popular). Se dice que los cristianos iban acompañados por monjes que llevaban reliquias, y los musulmanes por mujeres; los monjes alentaban a los cristianos con sus cantos, y las mujeres azuzaban a los mahometanos con sus gritos. Pero la caballería de Heraclio estaba formada por árabes súbditos del Emperador y estos árabes se pasaron inmediatamente a las filas musulmanas. Los cristianos fueron acorralados contra el río, derrotados y acuchillados en inmenso número.

Desde entonces la conquista de Siria fué fácil.

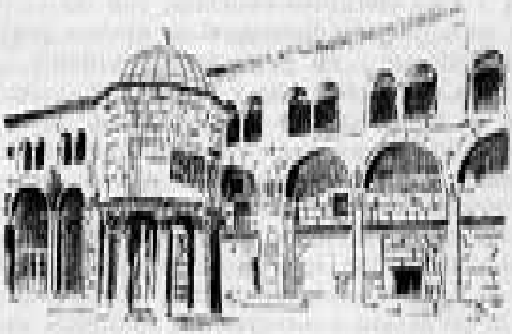
Abu Bekr murió en 634, a los sesenta y dos años y dos y tres meses de reinado.

Omar, yerno de Mahoma y piadoso creyente, le sucedió en el Califato. Era un musulmán austero y ejem-

piarismo, acerca de cuya vida y gobierno se cuentan infinitas anécdotas.

En tiempo de Omar se realizaron las grandes conquistas musulmanas. En 634 cayó Damasco en su poder; en 638 Antioquía, que fué recuperada por los cristianos y vuelta a tomar por Khalid.

Otro gran general, Amrú, conquistó con gran facilidad el Egipto. En Alejandría, se encontró con la famosa *Biblioteca* de los Tolomeos que, según la fama, contenía los tesoros del saber de Antigüedad... Se dice que, no sabiendo Amrú qué hacer con aquel botín, consultó, según unos, al Califa Omar, según otros, resolvió



Mezquita de los Omeyas en Damasco

él mismo, haciéndose el siguiente razonamiento: «O estos libros exponen la misma doctrina que el Korán, en cuyo caso son inútiles, o exponen doctrinas contrarias al Korán, en cuyo caso son perniciosos»... Por lo tanto, los condenó al fuego: fueron repartidos por las casas y casas de baño de la ciudad, para calentar el agua.

He aquí la versión corriente del suceso, que en todo caso indica el espíritu exclusivista, simplicista y nivelador del Islam primitivo, movimiento puritano que tendía a arrasarlo todo.

Hacia Persia, fué conquistada la ciudad árabe cristiana de Hira, pero los soberanos sasánidas ofrecieron

sería resistencia. En 637, se dió la batalla de Kadesia, muy importante por lo que representa.

En efecto, en Kadesia se pusieron frente a frente dos modos de hacer la guerra: el *ejército* persa, mandado por Rustem, que lo dirigía desde un trono de oro colocado en alto, era del tipo de los ejércitos de la Antigüedad. Estaba formado por tropas regulares y por mercenarios; tenía caballería ligera como la de los árabes y arqueros a caballo —«los menos que pelean huyendo», como dijo Cervantes—, pero su fuerza principal estaba en la caballería pesada de los *catrafactarios*, que llevaban armaduras completas de bronce tanto el caballero como el caballo, y a veces iban unidos unos a otros con cadenas, y en treinta y tres elefantes enormes, con las colmillos armados de espadas afiladísimas. Los árabes contaban con su gran movilidad y su gran acometividad.

La batalla duró tres días y acaso la hubieran ganado los persas, si no fuera que el último día, ya a la puesta del sol, cuando habían resistido bravamente los ataques de los musulmanes, un elefante resultó herido y se desmandó; empezó a correr, enloquecido, de un frente a otro, y los demás se contagiaron y buscaron sitio para escapar; hubieran podido buscar salida por el lado de los árabes y la batalla hubiera tenido otro resultado, pero tomaron la dirección contraria, se metieron en las filas de los persas, las desorganizaron, llenaron de pánico a los soldados del Rey de reyes, y los árabes se aprovecharon de ello para un ataque violento, persiguiendo al enemigo que huía y haciendo en él terrible matanza, en la que cayó también el gran Rustem. Tal fué la batalla de Kadesia.

LOS CRISTIANOS PIERDEN LOS SANTOS LUGARES

Entretanto, continuaba la campaña en Siria y Palestina. El anciano emperador Heraclio no podía ya entrar personalmente en campaña, pero envió a su heredero Constantino a Antioquía, con una escuadra, y por precaución, trajo consigo a Constantinopla la Santa Cruz del

Salvador, que poco antes había rescatado en Ctesifonte y entrado triunfalmente a hombros en Jerusalén. Los musulmanes ocuparon las ciudades de la costa y sitiaron la ciudad santa. En el año 638 de la Era cristiana, 17 de la Héjira, se rindió Jerusalén, mas poniendo como condición de que sólo se entregaría al Califa en persona.

Omar se dirigió allá, montado en un dromedario y acompañado de un solo servidor, llevando un saco de dátiles y otro de cebada para el camino. Cuando llegó y vió a sus Emires vestidos de seda y sus caballos con ricos jaeces, cuando vió que se corrompía de aquel modo la pureza del Islam, se enfureció tanto, que los arrojó de su presencia y les lanzó piedras y lodo, y continuó solo hasta la ciudad.

Salió a recibirlo el Patriarca Sofronio, con todo el clero revestido también con sus magníficas vestiduras litúrgicas. Todos quedaron asombrados al ver al poderoso Califa bajarse de un dromedario sucio, con los pelos empastados de barro y cargado con viejas alforjas, y al Califa mismo vestido con una pobre túnica de pelo de camello y un turbante de cuerdas.

Así entró Omar en Jerusalén, acompañado del clero cristiano. Recorrió los Santos Lugares, visitó el Santo Sepulcro, y al llegar a la explanada del Templo de Salomón en el monte Moria, se arrodilló en las losas desnudas, lloró y rezó. Cuando vió esto el Patriarca Sofronio, dijo: «Esta es, en verdad, la abominación de la desolación en la casa del Señor, profetizada por Daniel». Allí dispuso Omar se edificase una mezquita, la famosa *Mezquita de Omar*, que fué durante mucho tiempo el más suntuoso santuario del Islam.

No es necesario encarecer la importancia que tuvo la ocupación de Jerusalén, que puso en poder de los mahometanos los Santos Lugares, testigos de la Redención del género humano. Los cristianos no pudieron consolarse nunca de esto. El mismo año y como si fuese una señal del cielo, se vieron Palestina y Siria asoladas por una peste que causó 250.000 víctimas, entre ellas, tres de los principales caudillos musulmanes: Abu Obeida, Xorabil y Yezid.

Omar dejó en poder de los cristianos todas sus iglesias y reliquias que poseían en Jerusalén y prohibió que se molestase a los peregrinos que viniesen a visitar los Santos Lugares. Desde el comienzo, habían permitido los musulmanes a los cristianos y judíos, *gentes del Libro*, el ejercicio de sus cultos.

Muy pronto quedó toda la Siria en poder de los árabes.

CAIDA DEL IMPERIO SASANIDA

En Persia se encontraron los guerreros del desierto con la más extrema y auténtica representación del lujo oriental, principalmente en la magnífica ciudad de Ctesifon. Se apoderaron del tesoro de los reyes Sasánidas, en el que había objetos y obras de arte maravillosos y de una riqueza inconcebible para los árabes: había un camello de plata de tamaño natural con jinete de oro y un caballo de oro con dientes figurados con perlas y con ojos hechos de rubíes; había juguetes mecánicos, como un magnífico pavo real de metales y piedras preciosas que abría y cerraba la cola, y pájaros de oro que cantaban.

La túnica de Cosroes Anochirvan, de magnífica seda, estaba tan enteramente cubierta de bordados de oro y de perlas, que poniéndola en el suelo se tenía de pie.

La alfombra del gran salón de fiestas del palacio de Ctesifon, tenía 70 varas de largo y 60 de ancho. Era de tela de oro y representaba un jardín con arriates y árboles de esmeraldas, arroyos de perlas y flores de rubíes, zafiros y otras piedras preciosas. Omar la dividió en pedazos y la repartió entre sus emires y compañeros; el trozo que tocó al otro yerno del Profeta, Alí, fué vendido en 20.000 dirhems.

Encontraron también la vajilla de oro de los Sasánidas y una preciosa colección de armas de finísimo acero, con empuñaduras incrustadas de gemas, entre ellas la armadura y las espadas del gran Cosroes, y otras que eran trofeos de guerra y habían pertenecido a los emperadores de Bizancio, a los Kanes de los turcos y a los reyes árabes de Hira. Los árabes desconocían el valor de aquellas mag-

nificencias y muchos objetos fueron destruídos y vendidos a bajo precio.

Se encontraron también los árabes con gentes de un ingenio sutil y de una astucia que rivalizaba muchas veces victoriosamente con los suyos. El general persa Hormusán, que había combatido heroicamente en Kadesia, y después se había sometido y vuelto a sublevarse, fué cogido prisionero y llevado ante Omar. Iba magníficamente vestido: llevaba una soberbia pelliza de marta cibelina y los botones de sus botas eran de perlas. Omar le dijo:

—¿No ves adónde conduce el error y adónde seguir la causa de Dios?

—Mientras unos y otros éramos paganos—respondió el persa—, vencíamos nosotros; ahora que Dios interviene en nuestras cosas, nos habéis vencido.

—¿Qué razón tienes para sublevarte contra nosotros?

—Temo que me quieras matar antes de decírtelo. Dime: ¿me harás matar antes de beber esta agua?—pues había allí un cántaro.

—No morirás—aseguró Omar—hasta que la hayas bebido.

Hormusán derramó el agua en el suelo, y Omar, cogido por la palabra, tuvo que concederle la vida.

El último rey sasánida, Yesdegerdes, tuvo un final semejante al del último aqueménida, Darío Codomano, en tiempo de Alejandro: fué asesinado por un magnate traidor, cuando iba a refugiarse en las provincias orientales de su imperio.

De los persas y de los bizantinos aprendieron después los árabes la organización de su imperio. Pero mientras los cristianos fueron respetados por ellos, los persas fueron objeto, para ellos, de una inquina especial. La religión de Zoroastro fué especialmente odiada por los musulmanes, que persiguieron sañudamente a los adoradores del fuego y en muchos casos los obligaron por la fuerza a convertirse al Islam. Los que no quisieron hacerlo huyeron a la India, donde aún existe la comunidad de los *Parsis*, muy importante principalmente en Bombay, donde se dedican con gran éxito al comercio.

OMAR Y SUS SUCESORES

En la tradición musulmana, el Califa Omar pasa por un verdadero santo, un creyente celosísimo y un gobernante ejemplar. Se ensalza su caridad, su modestia, su llaneza, y sobre ello se refieren numerosas anécdotas.

Cuentan que una noche, yendo con un servidor suyo, vió una mujer acurrucada junto al fuego, rodeada de sus hijos que lloraban. El Califa le preguntó qué les pasaba y la mujer le respondió que lloraban de hambre, y le dijo:

—Sea Dios juez entre Omar y yo.

—Pero mujer—exclamó el Califa—, ¿cómo puede Omar saber lo que os pasa?

—Mandó a mi esposo a la guerra—dijo la mujer—y en ella murió y ahora no tenemos qué comer y Omar no se acuerda de nosotros.

El Califa se fué con su servidor al almacén de víveres de la ciudad, y cargó sobre sus hombros un gran saco de harina y una pella de manteca, sin consentir que su sirviente le ayudara a llevarlo, diciéndole:

—¡Tonto! ¿Llevarás tú mis pecados el día de la resurrección?

Y fueron junto a la mujer y le dió la harina, y él mismo le preparó la cena para ella y sus hijos, y le dijo:

—No desees mal a Omar, pues si vas a verlo me encontrarás a mí.

Acerca de su misma muerte, hay una anécdota que luego referiremos.

Era hombre rígido y de gran energía, un verdadero puritano, rectilíneo y sin imaginación. Despreciaba a los hombres de otras religiones, especialmente a los judíos. Los no musulmanes sometidos al poder del Islam eran considerados como *protegidos*, inferiores a los creyentes. Omar dispuso que se les permitiese conservar sus templos y sus libros y practicar su culto, siempre que no ultrajasen al Profeta ni a su fe; pero los sujetó a un impuesto de capitación y a otro territorial, mandó que vistiesen de modo distinto que los creyentes y les privó del derecho a montar en caballos y a llevar armas. En lo sucesivo, en cuanto al vestido, en la mayor parte de los países ocu-

pados por los musulmanes, los cristianos se diferenciaban principalmente de ellos por llevar el cabello largo, pues los musulmanes se afeitaban la cabeza.

En cuanto a los creyentes, eran considerados como iguales entre sí, *emblecidos por el Islam*. Tenían derecho a participar de los fondos públicos, patrimonio común de los discípulos del Profeta; pero Omar les prohibió poseer tierras en los países conquistados, y en cambio, prohibió a los infieles establecerse en Arabia.

No había en los países conquistados más autoridades musulmanas que los *Emires* que mandaban los ejércitos de ocupación. El Emir era un representante del Califa y era a la vez jefe religioso y militar, recaudador de impuestos y juez que juzgaba a los creyentes según el Corán. Los *protegidos* eran gobernados según sus leyes propias, por sus autoridades antiguas: señores, jefes de tribu, obispos y ancianos.

Mientras duró el *Califato perfecto*—o sea el de los cuatro primeros Califas: Abu Beker, Omar, Otman y Alí—el Islam no era lo que se llama un Estado; no ya un Estado moderno, sino tampoco un Estado como el de los Emperadores bizantinos o el de los Sasanidas. Era una comunidad religiosa y militar, una especie de orden, cuya cabeza era una especie de Papa. Menos aun se puede hablar tratando de los árabes musulmanes, de espíritu nacional, sino de espíritu religioso, aunque, como en todos los pueblos, obraso en ellos el instinto de raza. La característica del Islam es ser una religión armada, una religión de guerra.

En el año 644, un persa cristiano llamado Firuz, esclavo de El-Mogira, emir de Kufa, se acercó a Omar y le dijo:

—Comendador de los creyentes, ayúdame contra El-Mogira, pues es muy grande el impuesto que me hace pagar.

—¿Cuánto pagas y qué oficio tienes?—preguntó Omar.

—Pago dos dirhems diarios, y soy carpintero, cantero y herrero.

—No me parece mucho lo que pagas. Además, he oído

que sabrías hacer un molino movido por el viento: hazme, pues, uno.

—Si tengo salud, te haré uno del que se hablará en Oriente y en Occidente.

Omar dijo a sus acompañantes:

—¡Parece que este esclavo ha querido amenazarme!

Efectivamente, al otro día, en la mezquita, Firuz lo apuñaló con un puñal de dos puntas, causando tanto asombro en la gente, que desapareció sin que nadie lo detuviese.

Alrededor del lecho de muerte de Omar, se reprodujeron las intrigas, como cuando murió Mahoma. El Califa, vicario del Profeta, llevaba también los títulos de *Imám*, como director de la oración, y de *Emir-al-mumenín*, que se solía traducir por «Comendador de los creyentes», y era lo que en la España cristiana se decía: *Miramamolín*. Si a la muerte de Mahoma era cargo codiciado, más tenía que serlo ahora, cuando el Imperio musulmán ocupaba los dominios de los Sasánidas y gran parte de los del Emperador de Constantinopla.

Un partido poderoso pretendía que el Califato correspondía a la familia del Profeta y por lo tanto, en este momento a su primo, yerno e hijo adoptivo Alí ben Abú Thaleb, esposo de Fátima, la hija predilecta de Mahoma, cuya memoria goza aún de gran prestigio entre los musulmanes. Uno de los amuletos más estimados entre ellos es una especie de tenedor de cinco puntas que se llama *la mano de Fátima*.

Pero Aicha, la viuda de Mahoma, aborrecía a Fátima, rival suya en influencia política, y como Aicha tenía gran poder en Medina, consiguió la elección de Othman, representante de los nuevos creyentes, aunque había sido secretario de Mahoma y tenía cerca de ochenta años. Pero con ello se encendió la guerra civil.

Othman vió triunfar a los árabes, que durante su reinado conquistaron las islas de Chipre y Rodas. En Rodas fué destruída otra de las grandes obras de la Antigüedad, el famoso Coloso de Rodas, inmensa estatua de Apolo hecha con planchas de bronce, colocada en la entrada del puerto; la leyenda aseguraba que el Coloso era tan grande

que apoyaba los pies en una y otro lado de la entrada y los buques entraban en el puerto pasando por entre sus piernas. También acabaron de subyugar la Persia.

Pero la guerra civil continuó. Othman protegía desconsideradamente a sus parientes y a sus amigos. El pueblo se alzó contra él y el anciano Califa fué apedreado en las calles de Medina y obligado a refugiarse en su casa; allí le fué a buscar Mohamed ben Abu Bekr y le dió muerte.

Ocurrió esto en el año 656, o sea el 35 de la Hégira. Se había extendido la doctrina de que no había más jefe que el Profeta Mahoma, el cual volverá al fin de los tiempos, pero mientras tanto, debe gobernar el compañero del Profeta: todo Profeta tuvo el suyo, Moisés tuvo a Aarón, Jeremías tuvo a Baruch, Mahoma tuvo a Alí: éste fué por lo tanto, elevado al Califato. Entonces se produjo el *gran cisma del Islam*.

Contra Alí se levantaron el conquistador de Rodas, Mohavia, hijo de Abu Sofian y biznieto de Omniah, pariente de Othman y lejano del Profeta, y el conquistador de Egipto, Amru. En las luchas que sobrevinieron, ardió la Kaaba y Alí, vencido por la astucia de Amru, fué asesinado en 661, cuando oraba en la Mezquita de Kufa, y poco después lo fueron también sus dos hijos Hassan y Huseín, los tres venerados como mártires por sus partidarios.

En la Mezquita de Kerbela, en el Eufrates, están sus reliquias y allí se celebra una fiesta anual en la que sus sectarios se imponen sangrientos martirios en nombre suyo: van en procesión, vestidos de blanco y se van hiriendo en la frente con un sable, tiñendo con su sangre las blancas túnicas hasta el momento en que un heraldo tremola sobre la multitud el estandarte verde del profeta, en cuyo momento cesan los sacrificios. En los pueblos de Persia se representan en tablados al aire libre, la muerte de Alí, Hassán y Huseín, arrancando lágrimas, gritos y lamentos a las multitudes.

EL CISMA

Así se dividieron las dos grandes sectas del Islam, que, con más o menos razón, fueron llamadas por los historiadores occidentales: *secta de Omar* y *secta de Alí*.

Los enemigos de la casa de Alí pretendían fundarse en la *Sunna*, por lo cual se llamaron *sunnitas*, y los partidarios de Alí fueron llamados *schiitas*, que significa «partidarios». Estos, naturalmente, rechazaron la Sunna y se atuvieron al Korán exclusivamente, el cual algunos consideraban eterno o increado; pero del Korán podían hacerse dos clases de interpretación: una exotérica y otra esotérica. La interpretación esotérica, que contiene el «*sentido oculto*» del Korán, procede del propio Profeta, que la comunicó a Alí solamente, y éste a sus herederos, que son los *Imanes*, cabezas espirituales de la comunidad del Islam.

Hubo, pues, desde el principio un schiismo *legitimista y político* y un schiismo esotérico. En éste, el derecho de interpretar el Korán corresponde a la línea ininterrumpida de los Imanes que se van sucediendo en la descendencia de Alí y que son directamente inspiradas por Dios. En ellos se manifiesta la Luz Divina que iluminó a Mahoma y que éste les transmitió por medio de Fátima.

Naturalmente hubo diversas sectas schiitas. Las principales son:

Yezidies del Irak que consideran al Califa omeya Yezid como una suerte de encarnación divina y, como los *Drusos* del Líbano, que derivan del Califa Fatimita Jácan Biamrihi, a quien adoran, y sus enemigos los *Nusairíyes*, niegan muchos dogmas fundamentales del Islam, con cierta pretensión de profesar la verdadera religión de Abrahám y de Noé.

Los Zaidíes del Yemen, que admiten una serie ininterrumpida de Imanes, pero sin facultades sobrehumanas.

Los *Imamíes*, de Persia, India, Irak y Siria, que reconocen doce Imanes, el último de los cuales, *Mohamed el Esperado*, desapareció en 873, pero volverá (como el emperador Federico Barbarroja, o como don Sebastián de Portugal).

Los *Ismaílies*, separados de los Imamies con motivo de la sucesión del sexto Imán, Jlafar el Sadik, que para ellos era su hijo fallecido, Ismael, en cuya muerte se negaban a creer.

Hoy existe esta secta en la India, pero su jefe es un personaje en extremo bondadoso e inofensivo: el elegante y jovial Aga Khan, de tanto prestigio en el gran mundo europeo.

Los *Kármatas*, que profesan un comunismo absoluto.

Los *Fatimitas*, que establecieron el Califato del Cairo, en 969.

Los *Asesinos* (llamados así de *haschisin*, que significa «tomadores de haschich»; (pero que dieron su nombre, en las lenguas occidentales, a los homicidas), secta fundada hacia 1090 por Hassan Sabah, que formó una terrible sociedad secreta, muy temida en tiempo de las Cruzadas, con un jefe secreto llamado el *Viejo de la Montaña*. Hacía éste que sus adeptos se embriagasen con haschich, para hacerles ver las delicias del Paraíso. Después les aseguraba que la manera de alcanzarlo era la obediencia absoluta a su jefe. De este modo se aseguraba servidores fanáticos ,que luego enviaba para que asesinasen a los príncipes enemigos.

LOS OMEYAS

Los musulmanes llaman *Califato Perfecto* al de los cuatro primeros sucesores del Profeta. Con Mohavia comenzó el *Califato Imperfecto*. Mohavia fundó una dinastía, la de los *Omíadas* (descendientes de Omniah, compañero de Mahoma), llamados también *Omeyas*.

Fueron soberanos muy distintos de los primeros Califas. La austeridad y modestia de la vida del Califa Omar no volvió a encontrarse en ellos. Fueron como aquellos Emires vestidos de seda, a quienes Omar reprendió delante de Jerusalén. Trasladaron la corte a Damasco, la antigua ciudad siria o aramea, renombrada por su riqueza, por sus industrias artísticas y por sus deliciosos jardines. Se acostumbraron a los vestidos de seda, a los perfumes y a la buena vida de los soberanos orientales.

Entre ellos hubo buenos gobernantes, grandes místicos musulmanes, y también políticos intrigantes, rencorosos y mal avenidos.

Bajo los Omeyas, prosiguieron las grandes conquistas y la expansión incontenible del Islam. En tiempo de Mohavia y de sus sucesores, los árabes llegaron por el Este hasta Bukara y Samarcanda, en el Turquestán; por el Norte, hasta Constantinopla, que no llegaron a atacar; por el Oeste, avanzaron por el Norte de Africa, tomaron la antigua y famosa Cartago, conquistaron la Mauritania, que hoy son Argelia y Marruecos, conquistaron España y el Sur de Francia y llegaron hasta Poitiers, donde se detuvieron vencidos por los francos, mandados por Carlos Martel.

Pero las disputas acerca de la legitimidad de su sucesión en el califato continuaban encendiéndose cada vez más, y los partidarios de la casa de Alí conspiraban por todas partes contra los Califas de Damasco.

Abul Abbas, que se decía representante de la línea legítima, fué proclamado Califa en Kufa, antigua capital de Alí, y, como suelen decir los historiadores, levantó el estandarte blanco contra el negro de los Omeyas, destronó al último de estos, Meruán II, y se dice que hizo degollar a todos los miembros de la familia Omníada, reunidos, y que hizo cubrir los cadáveres con una alfombra para bailar encima.

Un joven omeya, llamado Abderrahmán, pudo salvarse de la matanza y huir, y se presentó en España, donde su familia tenía muchos partidarios. Estos lo proclamaron Emir y se declaró independiente de los Califas de Damasco, suprimiendo la oración que por ellos se hacía en las mezquitas. Sus sucesores se titularon *Califas de Córdoba*, y este Califato duró hasta cerca de la mitad del siglo XI.

LOS ABBASIDAS

Fué la del Califato Abbasida, una de las épocas más brillantes para el Islám en el orden de la cultura.

Abul Abbas trasladó su residencia a Bagdad, ciudad

nueva en la Mesopotamia, que los árabes llamaban Irak, ciudad que llegó a ser enormemente grande, rica, populosa, llena de vida, como una sucesora de Babilonia, como ella cosmopolita y monumental. El recuerdo de Bagdad es el de una urbe fabulosa y fantástica, de califas fastuosos y magnánimos, de sablos visires, de harenes llenos de maravillosas mujeres y esclavas, de eunucos celosos, de esclavos negros, de bazares rumorosos y de brillante colorido, de inmensas mezquitas, de maravillosos palacios y bellísimos jardines, de mercaderes opulentos, narradores de aventuras increíbles ocurridas en sus navegaciones de un extremo a otro del mundo conocido, de poetas ingeniosos cantando amores y heroísmos, de sablos profundos, conocedores de todos los secretos de la naturaleza, de astrólogos, hechiceros, derviches, bailarines callejeros, caravanas interminables, conduciendo los más preciosos géneros del Asia, del Africa, de las islas lejanas y de los países desconocidos; en fin, todas las brillantes imágenes y todas las locas fantasías del Oriente.

En realidad comienza entonces la gran civilización islámica. Los árabes restauran los canales de riego de los antiguos babilonios y construyen otros nuevos; cultivan el arroz, la caña de azúcar, los albaricoques, la naranja y otra porción de riquísimas frutas e importan géneros preciosos como el azafrán, el café y el haschisch, y los famosos perfumes y gomas de Arabia. Tomaron de los persas la porcelana, fabricaron en Damasco y en Toledo magníficas espadas y trabajos en metal con incrustaciones y damasquinados, preciosos tapices y tejidos de seda, como los que aún llevan el nombre de damascos y los tisúes, y muy especialmente el terciopelo.

De los chinos tomaron la brújula, el papel, que gracias a ellos sustituyó rápidamente al pergamino, y la pólvora, que fueron los primeros en emplear en la guerra.

Con elementos arquitectónicos tomados de Siria, de Persia y de Bizancio, crearon un arte decadente pero delicado y bellísimo, combinando diferentes formas de arcos y de cúpulas, descansando en columnas muy finas, lo que le comunica una gran esbeltez. Usaron el arco de medio

punto, el angular, el ojival tumido, el lobulado y el de herradura y cúpulas hemisféricas, ovoides y bulbosas.

Pero lo más característico del arte árabe es la ornamentación que se llama *arabesca*, en la que emplearon motivos geométricos y estilizaciones vegetales y también las letras árabes con sus caprichosas formas, siendo lo más típico las líneas entrelazadas llamadas *lacerías*. Del arte árabe, quedan magníficos ejemplos en el Irak, en Persia, en la India, en Egipto y norte de Africa, en Córdoba y en Granada.

Sobresalieron en las matemáticas, que aprendieron de los griegos y de los hindos, pero fueron los creadores del *Algebra*, ciencia que lleva un nombre árabe que se ha hecho derivar del nombre del sabio Geber, y con ellas cultivaron la astronomía, creando varias formas de astrolabio. En medicina superaron a los antiguos y fueron los maestros del occidente. Se distinguió el filósofo y médico Avicena, cuyos libros fueron estudiados y traducidos en Europa. En química, descubrieron el alcohol, el aguarrás y otros productos y fueron los que sistematizaron la alquimia.

En filosofía siguieron a Aristóteles, cuyos comentadores principales fueron Avicena y el cordobés Averroes, que tuvo una dilatada escuela en Italia. Contra los aristotélicos se levantó el místico Algazel.

Por un libro salido de aquel mundo novelesco, el *Libro de las mil noches y una noche*, traducido en extracto o íntegramente a todos los idiomas, conocemos las aventuras del más célebre de los Califas de Bagdad: Harun al Raschid.

Contemporáneo de Carlomagno, «el Califa del Frankistán», trató de hacer alianza con él; le envió regalos y los recibió del gran emperador franco, pero no llegaron a concluir nada.

Tuvo por Visir a Jafar el Barmecida, de una ilustre familia de sectarios de Zoroastro, adoradores del fuego. Con él y con su porta-alfanje, Mesrur, nos lo presenta aquel libro saliendo de noche disfrazados a escuchar lo que se hablaba en las casas de la ciudad. Después, sabiendo que Jafar, a quien amaba mucho, practicaba secreta-

mente los preceptos de Zoroastro y sospechando alguna traición, le mandó cortar la cabeza y confiscó los bienes de toda la rica familia de los Barmecidas.

Harun al Raschid y su hijo Almamún fueron príncipes muy cultos y eruditos, protectores de sabios poetas y artistas, siendo su época en este sentido la mejor del califato.

En el año 908, un pretendido descendiente de Alí, llamado Obeidalah, apoyado por la secta Ismaelita, se apoderó del Egipto y se proclamó Mahdi, o sea el futuro profeta prometido, y Califa. Con él comienza el califato *Fatimita*, esto es, de los descendientes de Fátima, hija de Mahoma. Comienza lo que los historiadores llaman la desmembración del Califato: ya había tres Califatos, el de Bagdad, el de Córdoba y el del Cairo. La ciudad del Cairo, cerca de la antigua Menfis, y actual capital del Egipto, fué fundada por Obeidalah.

Los Abbasidas tenían en su ejército contingentes muy numerosos de mercenarios turcos, mandados por Emires propios. Bajo los últimos Abbasidas, estos emires se hicieron los amos del Imperio. El principal, el Emir el Omra, generalísimo de los ejércitos Abbasidas gobernó de hecho en nombre del Califa.

LOS SELYUCIDAS

Un jefe turco famoso, Togrul Bek, descendiente de un esclavo llamado Selyuk, tomó el título de *Sultán*, a principios del siglo XII y se declaró protector del Califa, al que dejó solamente la autoridad espiritual y el título nominal de *Comendador de los creyentes*, que era lo que en España se llamaba *Miramamolin*.

Togrul Bek gobernó, pues, en Bagdad y fué el primero de los *Sultanes Selyucidas*.

El más renombrado de ellos fué su hijo Alp Aralam (nombre que significa *león bravo*), que cogió prisionero al emperador de Bizancio, Romano Diógenes, conquistó la Armenia, la Georgia y el Irán hasta el río Oxo, invadió la India y dió gran esplendor a Bagdad.

Los turcos se habían hecho mahometanos con gran en-

Aparte de su desaprensión, Saladino era un gran capitán, un gran político y un gran gobernante. Los mismos cristianos admiraban su valor, su talento y sus virtudes. Era un celoso musulmán sunnita. Predicó la *guerra santa* contra los cristianos: una verdadera contracruzada. Fué ocupando todas las ciudades de la costa de Siria, con lo cual aisló a los cruzados del mar. A esto se atribuye la caída del reino de Jerusalén.

Ricardo Corazón de León.

El rey de Jerusalén, Guido de Lusignan, se defendió valientemente, pero fué vencido en la batalla de Tiberíades. Saladino puso sitio a la Ciudad Santa. La defensa de los cruzados fué heroica, pero reducidos al último extremo, tuvieron que capitular, cayendo nuevamente Jerusalén en manos de los infieles, en aquel año aciago de 1187. Saladino mandó quitar todas las cruces y romper todas las campanas de la ciudad.

Vino entonces la *tercera Cruzada*. Se agitó toda Europa, para la cual Saladino se convirtió en el máximo enemigo de la Cristiandad. Se estableció una contribución para la Cruzada, que recibió el nombre de *diezmo de Saladino*. Se unieron el emperador Federico Barbarroja, el rey de Francia, Felipe Augusto y el de Inglaterra, Ricardo Corazón de León.

Los cruzados tomaron a Tolemaida, Cesárea y Jaffa, con lo cual recuperaron parte de la costa de Siria. Ricardo Corazón de León realizó grandes hazañas, pero no se logró más. En 1192, Ricardo pactó una tregua con Saladino. Este murió al año siguiente y sus hijos se repartieron sus Estados.

LAS ULTIMAS CRUZADAS

La *cuarta Cruzada* no hizo nada en Tierra Santa. Los *francos* conquistaron Constantinopla en justa venganza

de las traiciones bizantinas, y establecieron allí un Imperio latino.

El rey Andrés de Hungría, jefe de la *quinta Cruzada*, invadió Palestina, pero fué derrotado en el monte Tabor.

La *sexta Cruzada* fué conducida por un príncipe incrédulo y excomulgado, Federico II. No puede decirse que combatiese, pero encontró a los sultanes turcos de Siria y Egipto enredados en una guerra y gracias a esto consiguió, en el tratado de Jaffa de 1229, que le entregasen Jerusalén, Belén y Nazaret.

Veinte años después, emprendió San Luis, rey de Francia, la *séptima Cruzada*. Los turcos habían vuelto a apoderarse de Jerusalén. San Luis tomó a Damieta, pero la victoria de Mansurah sobre los turcos le costó la mitad de su ejército y el rey cayó prisionero, con toda su gente, en poder del sultán Turón Schah, último de los sultanes *ayubitas* descendientes de Saladino. En esto, se sublevaron los *mamelucos*, tropas mercenarias que habían acudido a defender a Egipto contra los cristianos, y uno de sus jefes, Bibars, asesinó a Turón y se hizo dueño del Egipto, que quedó en poder de los mamelucos. Los emires mamelucos impusieron al rey cristiano prisionero un tratado en que se obligaba a pagar un millón de monedas de oro por el rescate y a abandonar a Damieta. El intento de comenzar la Cruzada por Egipto había fracasado.

Vuelto a Francia, le aseguraron que el Sultán de Túnez quería convertirse al cristianismo y organizó San Luis *la octava Cruzada*. Se dirigió al Africa, se convenció de que la noticia era falsa, puso sitio a Túnez y allí murió de la peste. Su hermano Carlos de Anjou, consiguió el homenaje del Sultán de Túnez, pero la Cruzada acabó en aquello.

Cruzados en marcha, según un códice medieval

Las Cruzadas, como dicen los historiadores, pusieron en comunicación al Occidente con el Oriente, y fueron en este sentido provechosas, pues los europeos conocieron otras culturas diferentes, nuevas ideas y modos de vivir, y aprendieron cosas que contribuyeron a su mejoramiento.

CAPITULO X

El Asia amarilla

Hay el *Asia blanca* y hay el *Asia amarilla*. Esta es la de los pueblos de raza amarilla o mongólica. Hasta ahora hemos tratado de los pueblos de raza blanca que habitan en el oeste y en el sur de Asia.

En los antiguos libros de Geografía, en los que se habla de las razas humanas en relación con las cinco partes del mundo, cuando se las quiere representar gráficamente, el Asia aparece representada por un chino vestido de mandarín, es decir, que existe la idea de que el hombre propiamente asiático es el de raza amarilla.

Sin embargo, hemos encontrado en el Asia pueblos blancos completamente orientales, por su carácter, por su cultura y por su modo de ver el mundo y la vida. También encontramos en Europa pueblos amarillos, o por lo menos de origen mongólico, como los samoyedos, los húngaros y los turcos. Estos pueblos se suponen procedentes del Asia.

El Asia amarilla comienza al este del mar Caspio, al norte del Himalaya y más allá del golfo de Bengala. Entre los pueblos amarillos destacan notablemente por su elevada civilización, que comienza en tiempos muy antiguos, los *chinos* y los *japoneses*. De ellos hablaremos en primer lugar.

CHINA: EL MITO DE LOS ORIGENES

También los chinos comienzan hablándonos del origen del mundo, que se describe popularmente del siguiente modo:

La primera creación es el *Tai-ki*, el gran límite. El *Tai-ki* se diferencia en dos principios: el principio activo *Yang*, y el principio pasivo *Yin*. Todas las cosas están compuestas de Yang y Yin. De la unión de las particulas *yang* y las particulas yin, proceden los cinco elementos: fuego, agua, tierra, madera y metal, a los que se agregan el sol y la luna, y así componen los siete gobiernos del mundo.

Cada elemento produce una dinastía de reyes, y terminadas éstas, vuelve la serie a empezar, y así sucederá hasta el fin. Durante una dinastía, el mundo es dominado por el elemento que la produjo: con la madera, el dragón verde, con el fuego la serpiente roja, con la tierra el dragón amarillo, con el metal los animales tienen color de plata, con el agua dominan las grandes lluvias.

Pan-Ku, el hombre primordial, el prototipo de la humanidad, fué quien dió forma a la tierra (no fué un creador, sino un ordenador, un *demiurgo*) y fué el primer soberano. Le acompañan cuatro animales: el dragón, el *ki-lin*, el *fen-hoang* (el fénix chino) y la tortuga.

Luego, las tres potencias productoras: cielo, tierra y hombre, continúan la evolución del mundo en doce períodos que corresponden a los doce signos zodiacales, y terminado este gran ciclo, todo volverá al caos.

El cielo *(Tien)* produjo una dinastía de trece soberanos: los *Emperadores celestes*. La tierra *(Ti)* produjo otra de once hermanos: los *Emperadores terrestres*. El hombre *(Gen)* produjo otra de nueve: los *Emperadores humanos*. Después vinieron los *Cinco Dragones*, los *Constructores de Nidos y Sui-Yen*, el Prometeo chino, a quien se atribuye la invención del fuego.

Otro héroe civilizador es *Fo-hi*, engendrado por el arco iris en la «flor deseada». Fo-hi fué el inventor de las ciencias y de las artes, el que enseñó a los hombres

a cazar, a pescar y a cuidar el ganado, y el que halló los ocho *Kua* o trigramas del *I-King* (libro de las mutaciones).

Hoang-ti, el Emperador amarillo, inventó la rueda y su esposa fué la primera que hiló la seda. Por este tiempo apareció en la tierra el Fénix; pero reinando Fo-hi, se había sublevado en el cielo un poderoso espíritu llamado Kong-Kuei, y vencido por la madre del Emperador, juró vengarse. En efecto, promovió el Gran Diluvio, que sobrevino en tiempo de Yao.

Yao salvó a los hombres del Diluvio construyendo grandes canales y formidables obras hidráulicas para dar salida a las aguas. Se dice que empleó conchas de tortugas para los cañas. Luego ensanchó considerablemente el Imperio.

Tal es la historia mítica de la China, de la cual se pueden sacar cosas importantes.

Los chinos han sido siempre excelentes investigadores del pasado: es una raza con verdadero *sentido histórico*, amante de los recuerdos antiguos y de reconocer las huellas de los antepasados. Desde muy antiguo practicaron la crítica y sacaron conclusiones semejantes a las de los occidentales: hablaron de una *edad de piedra* mucho antes que en Occidente, y supieron ver en los míticos «constructores de nidos», el recuerdo de una época en que los chinos construían viviendas en los árboles.

COMO SON LOS CHINOS

En realidad, se sabe muy poco acerca de los orígenes de la China. Su cultura y los Estados chinos comenzaron entre los dos grandes ríos: el Hoangho y el Yan tse Kiang. Hay quien supone la existencia de una pronunciada diversidad espiritual entre el Norte y el Sur: la China del Norte sería, por decirlo así, «clásica»; la China del Sur sería «romántica»; la primera fría y práctica, y la segunda soñadora y apasionada.

De todos modos la cultura china parece enteramente original, como si no debiera nada a ningún otro pueblo.

Tiene formas propias para todo, estas formas son ya, desde los primeros tiempos, elegantes y refinadas.

Se conservan de las primeras dinastías, grandes vasos litúrgicos de bronce, con tres pies, decorados con grecas, meandros y otros motivos en relieve, característicos de lo que en Europa llamamos «gusto chino». Los motivos tienden a una forma cuadrangular, pero sin esquinas evitando la punta del ángulo. Hay incluso vasijas cuadrangulares con las esquinas matadas. Se ve en esto la afición a la línea sinuosa y blanda, como de cuerpo vivo o de sendero que se pierde en la montaña. En efecto, el prototipo ideal de la concepción del mundo de los chinos es el camino (*tao*); el alma china prefiere lo blando a lo duro, lo curvo a lo esquinado, lo viviente a lo rígido.

El pensamiento chino es menos profundo que el pensamiento indio, pero posee una sutileza y una finura características.

El ingenio chino ha llegado a realizar descubrimientos técnicos de gran importancia: la brújula, la pólvora, el papel, la imprenta, los buques de hierro, los puentes colgantes, las bombas contra incendios, los naipes, el papel moneda, etc., mientras el genio indo se ha movido con notable eficacia en el reino del espíritu. Sin embargo, la filosofía china, de apariencia ligera, suelta y aforística, alcanzó gran espiritualidad.

Así como el arte indo nos parece monumental, pero muchos occidentales lo encuentran pesado, el arte chino nos ofrece una encantadora ligereza, una facilidad y una gracia que consiguen un máximo de expresión con un mínimo de elementos, por lo cual ha seducido a los hombres de Europa y América, cuando llegaron a conocerlo.

Los chinos poseen un gran sentido de la vida agradable y refinada, de los goces del cuerpo y del espíritu, de los bienes de la convivencia humana y de la cultura sin ser excesivos; pero también saben soportar imposibles las privaciones y los trabajos, y muestran una gran indiferencia ante la muerte.

Acaso de aquí provenga su crueldad, aunque ésta se ha exagerado mucho. Se ha hablado mucho de los «suplicios chinos» que indudablemente son, muchas veces de un

refinamiento terrible; pero hay que tener en cuenta que a hombres a quienes no le importa morir, cuando delinquen gravemente, debe ser necesario afligirles con el dolor físico.

LOS ORIGENES HISTORICOS

Los chinos son un pueblo de raza mongólica. Según una tradición, de la que quedan huellas en la literatura, llegaron a los valles del Hoang ho y del Yang tse, viniendo del Oeste, o sea, del Asia Central. Su cultura, y sus ideas fundamentales, parecen derivarse muy claramente de aquella concepción primordial del mundo de que hemos hablado, y cuyo lugar de origen colocan algunos en el Turkestán.

Hay quien ha visto en el Emperador Yao el guía mítico del pueblo chino en su emigración hasta el Extremo Oriente.

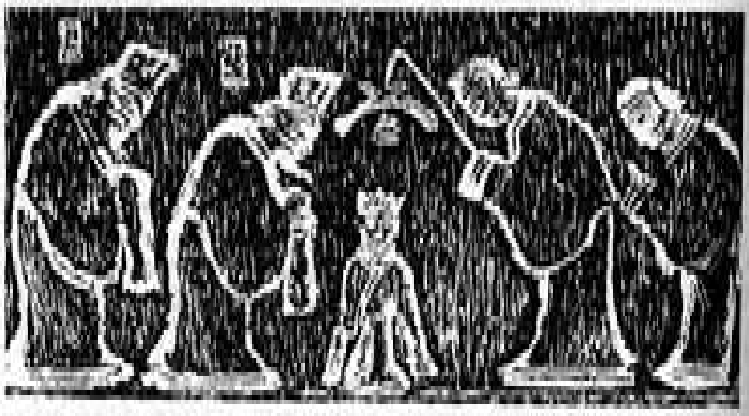
De todos modos, después de Yao, viene una serie de doce dinastías que dura desde el 2200, aproximadamente antes de Jesucristo, hasta el 1911 de nuestra Era. Estas dinastías son otros tantos períodos de la historia china; los chinos cuentan sus tiempos históricos por dinastías.

La primera fué la dinastía *Hsia*, que se dice haber durado cuatrocientos años. La segunda, *Shang*, duró seiscientos. Se dice que en estos dos períodos la China era un estado feudal, con multitud de reyes vasallos que apenas obedecían al Emperador. Estos reyes parecen haber sido reyes-sacerdotes, como los reyes de las ciudades del Eufrates y del Tigris. El emperador, «hijo del cielo», era una especie de Sumo sacerdote que ofrecía sacrificios por todos los chinos.

Se creía en un dios supremo, *Chang-ti*, dios único, soberano supremo del universo que tiene a sus órdenes una infinidad de espíritus: los señores de los elementos, de los astros, de la tierra, los malos espíritus, las almas de los hombres. El hombre tiene dos almas: el *hoen*, que piensa y conoce, y el *pe*, que siente; al morir el hombre, *hoen* va al cielo y se convierte en un espíritu, y Chang-ti

puede conferirle el gobierno de una región celeste, de los astros, de los vientos; el *pe*, vuelve a la tierra y se convierte en *kuei* o demonio, bueno o malo, según fuera en vida. Así, muchos de los dioses populares de los chinos, han sido en esta vida personajes ilustres: sabios, ministros, generales, inventores, poetas.

El último de los emperadores Shang era un tirano, necio, vicioso y perverso, llamado Chu Hsin. El territorio chino estaba rodeado de tribus bárbaras que lo amenazaban; los más terribles eran los *Hunos*, en el norte.



El joven Rey Ch'eng Wang

En este reinado, un héroe, llamado Wen Wang, defendió contra ellos el Imperio, en brillantes campañas, por lo cual era más popular que el emperador.

Wen Wang hizo todavía una cosa más importante: fué el redactor del más antiguo de los cuatro grandes libros clásicos de la China: el *I-King*. El *I-King* es el comentario y explicación de los *Kua* o trigramas de Fo-hi, en el que se funda toda la sabiduría china. Los Kua son ocho signos compuestos cada uno de tres líneas horizontales rectas: uno con tres líneas enteras, representa el principio Yang y el cielo; otro con las tres líneas partidas,

representa el principio Yin y la tierra, y los demás con las líneas enteras y partidas combinadas, representan lo ligero, lo cálido, lo vaporoso, lo flexible, lo frío y lo grave. De la unión de cada dos, se origina un tercero, y así en los Kua están representadas todas las cosas. De este modo, en el *I-King* está resumido todo el saber, figuradas todas las cosas y predichos todos los acontecimientos. Se le llama en Occidente «libro de las mutaciones». Todos los pensadores chinos se han fundado en él.

Wen Wang fué llamado el «rey civil». Su hijo, Wu-Wang, llamado el «rey marcial», destronó al emperador Chu Hsin, el cual, avergonzado de su derrota, puso fuego a su palacio y se dejó quemar en él, según una costumbre frecuente en el Asia.

Wu Wang fundó la dinastía Chou, que duró ochocientos años: presidía una confederación de Estados feudales, que llegaron a ser nada menos que seis mil, aunque había once más poderosos que los dominaban. Los Emperadores Chou eran más bien sumos sacerdotes, guardianes de la tradición.

Los Estados más importantes, Tsin y Chu, eran enemigos. Había individuos que hacían de la política una profesión y vendían sus servicios y sus consejos a aquellos, pretendiendo hacer una política científica. Es la que se llama *«época de los Estados en lucha»*. El Estado Tsin, representaba la idea imperial que no podía realizarse sin guerras. Otros preconizaban una «unión de Estados» (especie de O. N. U. actual). Se celebró entonces un «Congreso de Príncipes» (semejante a nuestra Santa Alianza del siglo pasado) y se formó una Liga que acordó un desarme general y mantuvo la paz por cien años.

EL FILOSOFO LAOTSE

En el período Chou vivieron los dos sabios más célebres de la China: Laotsé y Confucio.

Se los presenta como enemigos, y se dice que representan, el primero, el espíritu de la China del Sur, y el segundo el de la China del Norte; que el primero des-

precia la cultura y el segundo la sobreestima; que uno y otro representan una posición racionalista y laica, como nuestros enciclopedistas; que Laotsé es un soñador y Confucio un filisteo; se les compara también, en este sentido, con Platón y Aristóteles...

Hay quien cree, en cambio, que igual que Platón y Aristóteles, Laotsé y Confucio se complementan, que significan, el primero, el aspecto esotérico, y el segundo el aspecto exotérico del pensamiento chino.

De Laotsé se dice que nació con cabello y barba blancos, con el aspecto de un anciano, pues el anciano representa la sabiduría; el anciano es objeto de la mayor consideración en la China, donde se llama «ancianos» a los superiores en calidad de título honorífico... Como nuestro sabio Merlín, Laotsé nació hablando... Nació de setenta y dos años, pues estuvo todo ese tiempo en el vientre de su madre; una virgen fecundada por una estrella. Se dice que su espíritu había reencarnado ya muchas veces en este mundo, pues era más antiguo que el cielo y que la tierra.

Fué algún tiempo bibliotecario de la corte de los Chou, pero al fin, cansado, dimitió y abandonó la corte y se fué. Al llegar a la frontera, el guardián de la puerta de Hanku, en la frontera del oeste, le pidió un resumen de su doctrina; para complacerlo, Laotsé escribió un librito muy breve, en verso: el *Tao-te-King*, y se lo entregó. Después marchó solitario, montado en un búfalo, hasta las montañas sagradas del Oeste, y no se volvió a saber de él. Se supone que subió al cielo, montado en su búfalo negro.

LA DOCTRINA DEL TAO

Laotsé enseñó la doctrina del *Tao*.

Tao significa «camino», y es el origen de todas las cosas, es el camino que lleva del no-ser al ser. Se le mira y no se le vé, se le escucha y no se le oye, se le prende y no se le coge, es incorpóreo, indeterminado, sin cualidades, tranquilo, subsiste y no cambia, insignificante y es la

madre del universo, inexplicable y todo lo envuelve, no se sabe su nombre y se le llama *Tao*.

Toda cosa se origina de su contrario. La actualidad de las cosas viene de su existencia, pero su uso viene de su vacío:

Treinta radios—dice el *Tao-te-King*—se unen alrededor de un cubo para formar la rueda; de su vacío depende el uso del carro; se amasa la tierra para hacer cacharros; de su vacío depende el uso del vaso; se abren puertas y ventanas en una casa; de su vacío depende el uso de la casa». Así el ser proviene del no-ser, por el camino, por el *Tao*.

Del Tao vienen todas las cosas; Tao produjo uno, uno produjo dos, los tres produjeron cuanto existe.

Por eso el sabio practica el no obrar, pues donde nada se hace, todo se hace por sí mismo; en cambio, el que obra, fracasa; el que se aficiona a una cosa, la pierde; el sabio no se aficiona a nada y no pierde nada, su deseo es la ausencia de todo deseo, su estudio la ausencia de todo estudio. «Todos tienen capacidad—dice de sí mismo Lao-tsé—sólo yo soy estúpido». Y también: «Si yo gobernase un pueblo, acaso lo volviese al uso de los cordoncitos con nudos (primitiva escritura de los chinos), y si allí hubiera otro pueblo, y de uno a otro pueblo se oyese el canto de los gallos y el ladrido de los perros, acaso los hombres de mi pueblo llegasen a la vejez sin haber visitado el pueblo vecino». El sabio imita al Tao, pues el que no lo imita, es desgraciado en la vida y aniquilado en la muerte.

El Tao es el ideal de la vida. El Tao no piensa ni obra. El Tao es inactivo, ininteligente, blando, débil, flexible. Por eso lo blando vence a lo duro, lo débil a lo fuerte. Cuando el hombre nace, es flexible y débil; la muerte lo vuelve rígido y duro. Los árboles nacen blandos y flexibles, cuando se secan se ponen duros y rígidos. Nada tan blando y tan débil como el agua, nada la aventaja en destruir lo que es duro y fuerte.

Todo viene de su contrario: cuando todos reconocen la belleza, aparece lo feo; cuando los hombres han visto el bien ,aparece el mal; cuando todos elogian la virtud, se muestra el vicio; cuando se dictan muchas leyes, es cuando

se cometen más crímenes. Por eso el mejor gobierno es el que menos órdenes da, aquel cuya acción apenas se deja sentir.

En la época de los Estados en lucha, había en la China multitud de escritores políticos, moralistas, pacifistas, teóricos de la «unión de los pueblos» y «ciudadanos del mundo», había verdaderos «socialistas», como Mo Ti y otros, igual que sucede hoy, tanto en Oriente como en Occidente, pero ninguno alcanzó la espiritualidad de Lao tsé, ni su amplia visión metafísica. En medio de su idealismo, que algunos consideran como excepcional en el mundo chino, Lao tsé realiza el tipo del *sabio*, tal como los chinos lo han concebido siempre; el *sabio* no lo es sólo por su saber, sino por su conducta; ha de vivir como sabio, es decir, desprendido de las cosas de la tierra, aunque sea rico y poderoso, e inclinado a las cosas del cielo.

Se habla mucho en los escritos, de aquel tiempo, de los *sabios ocultos*, es decir, que no manifestaban a todos su sabiduría, sino que la ocultaban modestamente. Un príncipe, un comerciante, un aldeano, un leñador, un mendigo, podía ser un sabio oculto que, a lo mejor, dejaba asombrado con sus enseñanzas a cualquier erudito ilustre que lo encontraba por casualidad.

Antes de Lao tsé, había ya seguidores del Tao, que hacían vida eremítica y trataban de purificarse haciendo el vacío en su corazón y en su entendimiento, se comunicaban con los espíritus superiores y obtenían visiones maravillosas de jardines encantados, con árboles de delicioso aroma y pájaros de dulcísimo canto, y por fin, conseguían la inmortalidad.

Lao tsé estaba lleno de todo este mundo de ideas, pero con su genio superior les dió un sentido especial, de una gran claridad.

Tuvo muchos discípulos llamados los *Tao-tsé*. Los principales fueron el notable poeta Tchuang tsé, que enseñaba prácticas semejantes a las del Yoga indo; Huai-nantsé, que aplicó la doctrina del Tao a la magia; sus adeptos pretendían haber descubierto el elixir de larga vida, y los hubo que murieron envenenados al hacer expe-

rimentos para prepararlo. Otros aplicaron el taoismo a la política.

Se fundó una secta religiosa llamada *Tao Kiao*, con una especie de Papa, el *Tien ochi* (Maestro del cielo) descendiente de Lao tsé, del cual dicen que es obedecido por todos los buenos espíritus y por todos los demonios.

CONFUCIO EL MORALISTA

Kong-fu-tsé, a quien los jesuítas, que admiraban mucho sus doctrinas, dieron el nombre latinizado de Confucio, fué un filósofo racionalista, cuya genialidad resulta menos que la de Lao tsé, pero con ideas de apariencia más sólida, y principalmente, fué un moralista extraordinario y un profundo tratadista político. En todo, un espíritu realista y práctico, por cuya causa nos parece un filisteo. Es el suyo un pensamiento humano y benévolo, lleno de moderación, de ecuanimidad y de distinción aristocrática.

Confucio

Se parece a los pensadores europeos del siglo XVIII, sólo que éstos eran reformistas, cuando no revolucionarios, y Confucio era tradicionalista y conservador. No fué, como suele creerse, el fundador de una religión.

Nació en el año 551 antes de Jesucristo, en una localidad del Estado Lu, donde su familia gozaba de una posición distinguida. Muy precoz y estudioso, se dedicó a estudiar los libros clásicos: los *King* a saber: el *I-King*, que ya conocemos, el *Chu-King*, que contiene las reglas para el gobierno, el *Chi-King*, colección de tres mil poemas antiguos y el *Li-King*, en que están los ritos oficiales del Imperio meditando las combinaciones de los signos del I-King. También estudió con gran ahinco la historia de la música. Así se pasó los tres años de luto por su madre encerrado en su casa con sus libros. Visitó a Lao tsé en Honanfu, que era la capital del Imperio, y a otros sabios, con el deseo de aprender de cualquiera que pudiese enseñarle algo.

Quería remediar la decadencia del pueblo chino en aquella época agitada y peligrosa en que le tocó vivir, y de sus estudios y de sus meditaciones, sacó en consecuencia que había que volver a las costumbres antiguas, sobre todo a las de la época Tang, que fué de virtud y de respeto a los mayores y de fiel observancia de los ritos.

Llamado por el príncipe del Estado Lu, fué su ministro consejero, e hizo prosperar aquel país; pero a los cincuenta y cuatro años, cayó en desgracia por intrigas de Estados rivales, y volvió a emprender, como en su juventud, viajes de estudio. Tuvo varios discípulos, y murió a los setenta y tres años.

La obra de Confucio fué una obra de restauración de la cultura china en todos sus aspectos. Para ello, restauró o hizo una edición cuidadosa de los cuatro *King* y escribió obras originales, como el *Tchong-Iong* (el Medio invariable).

Los «Anales de Primavera y Otoño» *(Tchun-Tsiu)*, obra histórica incluída entre los cuatro *Kings*, son al parecer, obra menos exclusiva suya.

Las obras de Confucio son, en gran parte, sentencias sueltas, anécdotas y conversaciones con sus discípulos.

No habla de metafísica ni de religión: consagra los ritos tradicionales y los sacrificios, sin discutirlos. Su intento es restablecer las cosas en su verdadero estado, según la razón: «Sea padre el padre, sea hijo el hijo, sea amo el amo, sea criado el criado.»

De la piedad filial vienen todas las virtudes, la familia es el modelo de la sociedad. El hijo ha de obedecer a sus padres, la esposa a su marido y a los padres de su marido, el hermano menor al hermano mayor; de la misma manera, el súbdito al señor y el criado al amo. Confucio exalta la amistad y dice que todas las relaciones humanas se han de fundar en la cortesía y en la benevolencia:

«Entre los cuatro mares, todos los hombres son hermanos... Devolved bien por bien y justicia por injusticia... No hagáis a los demás lo que no quisiérais para vosotros mismos.»

El ideal del *hombre verdadero* es estar en el *Medio Invariable*, que no cambia ni se inclina a un lado ni a otro. (En la tradición china, el *Medio Invariable* es el eje del mundo, que se dirige al Polo Norte.) Esto implica bondad y generosidad en la conducta, conocimiento de sí mismo, modestia, desdén por el lucro, serenidad en la desgracia, moderación en la buena fortuna, sumisión de las pasiones a la razón, un disfrute sin exceso de los bienes de la vida.

Consagra Confucio el culto de los Antepasados y el culto oficial del Estado. Desea un Estado justo y pacífico, protector de los súbditos y de la cultura, con unidad de mando, obediente a la tradición.

Pocos pensadores en el mundo han obtenido un éxito tan rotundo como el gran sabio chino. Su doctrina llegó a imponerse y orientó, podemos decir que felizmente, la vida de un gran país durante cerca de dos mil quinientos años, es decir, hasta 1911.

Tuvo muchos discípulos, entre los que se cuentan su hijo, Seng tsé, y otros, pero el más importante vivió cien años después: el famoso Meng Ko, merecedor también de que los jesuítas latinizasen su nombre, llamándole *Mencius*.

Más tarde, otro discípulo llamado Tchufu-tsé, fué el que dió al confucianismo una forma religiosa: el *Ju Kiao*,

que proveyó de una doctrina al culto imperial y fué la religión de los letrados, de los mandarines y de la corte.

En efecto, la doctrina de Confucio contribuyó, con gran eficacia, a la constitución de lo que se suele llamar el *Mandarinato*.

LOS LETRADOS CHINOS

El nombre de *Mandarín* no es chino, sino portugués. En el siglo XVI, en tiempo de los grandes viajes, los portugueses, verdaderos descubridores del Oriente, encontraron en los puertos de la China, gobernadores y funcionarios que eran, naturalmente, los que mandaban, y les llamaron *mandarines*. De aquí vino el que en Europa llamasen Mandarines a los gobernantes, a los jefes de oficinas y, en general, a los funcionarios y empleados chinos.

Como el antiguo Egipto, la China fué, por lo menos desde que los occidentales comenzaron a tener noticia de él, un Estado burocrático, un país en que predominaban los oficinistas, los empleados del Estado.

Estos empleados, funcionarios y gobernantes, los *mandarines*, pertenecían a una clase social superior, la más distinguida y la más considerada y respetada: los *letrados*.

No es que en la China no haya una nobleza de sangre, como en todas partes. Sin duda esta clase fué la predominante en otro tiempo, en la época feudal que termina con los emperadores Chau. Pero desde entonces, apenas tiene importancia. Se habla de los *Cien Nombres*, es decir, cien familias o clanes, que se dice que fueron los que formaron primitivamente el pueblo chino.

LOS ESTUDIOS

Pero los letrados y mandarines no lo son porque desciendan de una clase de señores, no lo son por su familia, sino por su cultura, por los estudios que han realizado y por los exámenes que han sufrido. Se trata de una clase intelectual, en la cual puede entrar cualquiera, noble o plebeyo, rico o pobre, con tal que siga los estudios necesarios.

Asia en tiempo de la dinastía Tsin

En la China se estimó siempre, por encima de todos los méritos, el saber, el cultivo del espíritu, las dotes intelectuales.

El ideal humano de los chinos es el *sabio*. Ahora bien, el sabio es, como hemos dicho antes, el que vive como tal sabio, desprendido de las cosas terrenas, tratando de realizar en sí mismo el *Medio Invariable*, que no cambia ni se inclina a un lado ni al otro.

Como puede suponerse, la inmensa mayoría de los letrados y mandarines, no eran tales *sabios*, sino simplemente *eruditos* y sobre todo en épocas de decadencia, engreídos y pedantes. Pero gracias a ellos, conservó la China su tradición hasta el año 1911.

La cultura de los letrados era principalmente literaria y moral. A ello se debe, en gran parte, el refinamiento, la delicadeza y la elegancia de las costumbres chinas. En la época de su mayor desarrollo, el plan de estudios venía a ser el siguiente: el *Tratado de Educación* de Chu fu; el *Libro de los deberes filiales* extraído de Confucio, una *Enciclopedia* escrita en verso por Pih-Hu; los *Cuatro Libros* de Confucio; los *Cinco Clásicos* (o sea los cuatro *King* y los

Anales de Primavera y Otoño); las *Diez mil palabras del emperador* Yong. Tching el *Precioso espejo* y el *Tao-te King*; los *Grandes Anales*.

Los exámenes consistían principalmente en pruebas escritas: contestación a preguntas, dispuestas muchas veces por números; los tres grandes poderes, los cuatro emperadores, los cinco elementos, los cuatro grados de parentesco; y sobre todo, ejercicios de composición literaria en prosa y en verso.

De todos modos, los estudios son difíciles, incluso por la diferencia entre la lengua literaria, que el estudiante debía dominar, y la lengua hablada y también por las dificultades de la escritura que, constando de 214 caracteres *madre*, llegan a tener cien mil, por la combinación de aquellas, aunque no todos se empleen, pues un libro corriente suele tener dos o tres mil signos diferentes, que ya es bastante. Los estudiantes, además, procuraban ser consumados calígrafos, trazando los caracteres con un finísimo pincel, llevando la mano en el aire, sin apoyarla.

Muchos de los caracteres chinos son a la vez ideográficos y silábicos, de manera que uno que no sepa el idioma chino, puede, a veces, interpretar un escrito conociendo los caracteres.

Los estudiantes aprendían también la música, las reglas de la cortesía y disciplinas de adorno.

LA QUEMA DE LOS LIBROS

Los letrados encontraron obstáculos para imponerse. Hubo gran reacción contra ellos bajo los emperadores Tsin.

La confederación que se había formado bajo los primeros Chou acabó por deshacerse, iniciándose la *época de los Estados en lucha* (en la que vivieron Lao-tsé, Confucio y Mencio) que terminó a mediados del siglo III antes de Jesucristo, en que el Estado Tsin (de cuyo nombre dicen que viene el de *China*) se impuso a los demás.

El segundo emperador de la dinastía Tsin, Hoang-ti, se proclamó «*Emperador Universal*» y tomó el título de

Chi, equivalente al de «Augusto». Quiso borrar el pasado, para que todo comenzase de nuevo bajo su mando, para que la historia comenzase con él, y ordenó la *Quema de los Libros*. Sus agentes se lanzaron a buscar todos los libros que se encontrasen por todas partes, y todos los que no fueran *útiles*, es decir, los que no tratasen de *astronomía*, *agricultura*, *medicina* o *adivinación* del porvenir, fueron despiadadamente entregados al fuego.

Naturalmente, todos los que pudieron, ocultaron los libros que tenían, escondiéndolos bajo tierra, en huecos

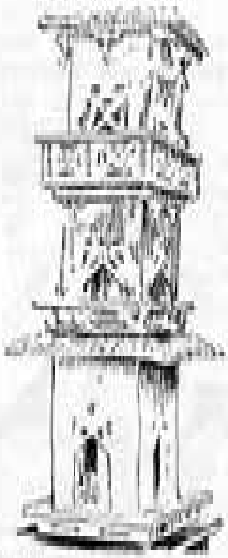
La Gran Muralla de la China

practicados en las paredes y disimulados luego con cal, en cavernas, etc. Sólo así pudo salvarse la antigua cultura China.

La quema de los libros fué, en el fondo, una medida contra la clase de los letrados; Chi Hoang-ti los consideraba como un estorbo para sus reformas sociales, y creía perniciosas sus doctrinas.

Fué, con todo, un gobernante emprendedor y eficaz. Pacificó sus Estados, contuvo a los Hunos, y para impedir sus incursiones, comenzó a construir la famosísima

Gran Muralla de la China, con puestos avanzados y fuertes guarniciones que vigilasen a los enemigos y defendiesen el Imperio, y un sistema de grandes vías militares que, desde la capital, se dirigían a los castillos y fortificaciones de la frontera. Fué una organización defensiva muy semejante a la que dos siglos después adoptaron los emperadores romanos contra los ataques de los bárbaros.



Modelo de torre militar, época Han

Chi Hoang-ti, además, conquistó parte de la Mongolia, y sometió a los pueblos de más allá del Yangtse, China llegó con él casi a sus límites modernos.

LA EPOCA DE LOS HAN

La época de los emperadores Han, desde el año 202 antes de Jesucristo hasta el 220 después de Jesucristo, pasa por ser la más brillante de la historia de la China, cuando el Imperio alcanzó la mayor extensión y poderío, cuando el arte llegó a mayor altura, cuando se fijaron las formas distinguidas de la vida de la sociedad y de las costumbres chinas.

Son, en realidad, dos épocas: los Han *occidentales*, que tuvieron su corte en Singan, y los *Han orientales*, que la tuvieron en Lo Yang.

La dinastía de los occidentales la fundó un jefe rebelde y afortunado, que se proclamó emperador, pero la gran figura histórica de ellos fué el sexto emperador, Wu-ti.

Frente a la China, había dos grandes potencias bárbaras: los Hunos, al Norte y los Yue-chi, al Sudoeste. Wu-ti mandó un explorador que se enterase de cómo andaban las cosas entre aquellas gentes. Este explorador se llamaba Chang Kien, y debía recorrer las tierras ene-

Asia en tiempo de la dinastía Han

migas hasta el lago Baikal por un lado, y hasta el río Ural por otro, lo cual era atravesar toda el Asia.

Fué un viaje penoso y arriesgadísimo, entre gentes enemigas que tendrían por fuerza que sospechar de él. En efecto, Chang Kien cayó en manos de los Hunos, que lo tuvieron preso diez años. Al fin, se escapó, y continuó su viaje. Chang Kien no figura entre los grandes viajeros que andan por nuestros libros, y sin embargo lo merece. Para los chinos, viajar es un placer; también lo es para los occidentales, pero éstos exigen comodidades, y los chinos, aunque sean maestros en la vida regalada, saben prescindir de ella. En la doctrina china, el verdadero modo de viajar, es a pie.

Chang Kien llegó al reino de los Yue-chi, y concertó una alianza con ellos para la conquista del reino de Bactria, y regresó a la China pasando por el Tibet.

Gracias a las noticias que trajo, pudo el emperador Wu-ti organizar grandes expediciones. Un general chino exploró el Turkestán; otro el desierto de Gobi, y venció a los hunos; otro llegó a la Bactriana; otros a la Man-

churia y a Corea; otros conquistaron el Annam y el Tonkin.

Se fortificaron las fronteras y se abrieron dos grandes vías comerciales: una por tierra, para las caravanas, *lo de la seda*, que iba por el Turkestán, el Pamir, la Bactriana y el Afganistan, a la India; otra, por mar, contorneando las costas del Océano Indico.

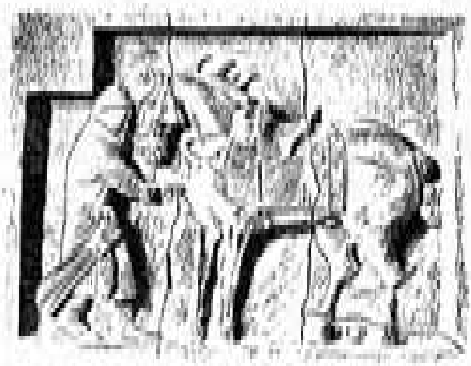
Wu-ti organizó el país según un sistema unitarista, suprimiendo los privilegios de la nobleza y elevando la categoría de los letrados y funcionarios del Estado.

Pero a principios de la Era Cristiana, estalló una gran revolución: cayó la dinastía de los Han occidentales y se entronizó la de los Han orientales.

Uno de los nuevos Han, Ming-ti, fué el introductor del Budismo en la China. Su general Pan Chao reprodujo las victorias y las conquistas de la época de Wu-ti, en mucho mayor escala. La China fué entonces la primera potencia del Asia.

EL BUDISMO EN LA CHINA

Se dice que el emperador Ming-ti tuvo un sueño en el que se le presentó el Buda. Entonces mandó buscar a la India quien le instruyera en aquella doctrina. Sus emisarios trajeron al monje Kasyapa, que, bajo la protección del Emperador, se dedicó a traducir los libros budicos.



Caballero Huno, de un relieve chino

Como toda el Asia Central era budista, en seguida aparecieron misioneros, y se estable-

ció un monasterio en Loyang. El budismo fué muy pronto una de las religiones importantes de la China.

Los chinos llaman a Buda, *Fo*, y lo respetan, por lo general aun los que no son budistas. Los budistas de la China siguen la doctrina Mahayana, veneran una porción de Budas, Bodisatvas y Santos, y esta religión contribuyó poderosamente al desarrollo y a la perfección del arte chino, especialmente de la escultura en piedra, en madera policromada y en bronce, que creó figuras de una viveza y de una expresión extraordinarias.

La dinastía Han cayó a consecuencia de una gran revolución social, un levantamiento de campesinos hambrientos, como los que hubo en Europa en la Edad Media. Se les llama los *turbantes amarillos* y se dice que fueron atizados por la iglesia taoista de Tchang Lu, sin duda, una de las sociedades secretas, a las que son tan aficionados los chinos, y en cuya técnica son tan hábiles.

La China volvió a escindirse y a unificarse alternativamente (período de *los tres reinos*, período de la *división del Norte y del Sur*, período de las *cinco dinastías*), estuvo dominada por los Hunos, uno de cuyos jefes obligó a un emperador a servirles el vino en los banquetes y a otro a pedirle perdón de rodillas, y por los tártaros, que fueron los soberanos de muchas de aquellas dinastías, especialmente los Tobas, grandes protectores del Budismo, tanto, que algunos de sus reyes se hicieron monjes.

Todos estos transtornos ocurrieron en una sociedad civilizadísima, de formas ultrarefinadas, delicadas y elegantes, con soberanos eruditos que fomentaban la cultura y se rodeaban de poetas y de sabios, y en cuyas cortes se usaban maneras exquisitas y se gozaba de la vida con largueza. La fuerza espiritual de la civilización china era tal, que los bárbaros de la estepa se dejaban conquistar por ella, se educaban y adoptaban en seguida aquellas costumbres cultas y aquellas ideas superiores, la organización tradicional del Estado y de la sociedad, y aprendían a gustar de las artes y de las ciencias.

El de la China del Sur, que tenía como centro la ciudad

de Nankín, se conservó más tranquilo y más estable, y fué el punto de donde partían las influencias culturales.

El Budismo hizo grandes progresos, llegando a establecer monasterios, que algún tiempo estuvieron prohibidos. En el año 628, llegó a Cantón un tío de Mahoma, con regalos para el Emperador, y el Emperador le permitió fundar dos mezquitas que aún subsisten. En 635, llegó a la China un misionero nestoriano llamado Olopán, que predicó el Cristianismo; en el siglo siguiente, los Emperadores Suan-tsung y Ti-tsung protegieron a los cristianos, los cuales, a pesar de la prohibición del Budismo y del Cristianismo por otro Emperador, siguieron practicando su culto.

COREA

La historia de Corea es muy poco conocida. Se sabe que los coreanos han sido los maestros de los japoneses, a quienes transmitieron la cultura china. La actualidad la ha traído estos años al primer plano de la atención del mundo.

En el segundo milenario antes de Jesucristo, fué colonizada por los chinos, estando entonces habitada, según las crónicas chinas, por un pueblo «salvaje» que vivía en las cavernas. En efecto, los coreanos son diferentes de los chinos, más altos, sin pliegue mogol en los párpados y con barba más espesa y negra.

Monumento conmemorativo en Kyong-Pu, Corea

Una expedición china mandada por Ki-tsi, consejero del último emperador Yin, se apoderó de Corea, venciendo la resistencia de los coreanos, y Ki-tsi fué proclamado rey de Corea, comenzando con él una dinastía que duró hasta el siglo VI antes de Jesucristo. La historia de esta dinastía fué una serie de guerras civiles. Los chinos la

invadieron varias veces, y los japoneses se apoderaron de ella en el año 200 de nuestra Era, y la dominaron algún tiempo.

Entonces, y sobre todo desde el año 384, en que se propagó en Corea el Budismo, comenzaron a pasar al Japón literatos y artistas coreanos, corriente que continuó muchos años.

Estuvo dividida en varios reinos hasta el siglo X, en que el soberano Ko-rai unificó el país y le dió nombre, aunque después se llamó Cho-sen. Desde entonces gobernaron dinastías indígenas. El emperador tenía carácter sagrado y estaba prohibido pronunciar su nombre y tocar a su cuerpo ni a sus ropas. Tenían una gran influencia los sacerdotes taoístas y budistas.

En el siglo XV, el general Yi Ta-yo se levantó en armas y acabó con el dominio teocrático. Inauguró una gran era literaria, pues los monasterios budistas y taoístas se convirtieron en centros de enseñanza, a los que concurría la juventud con gran entusiasmo. Se asegura que en el mismo siglo inventaron los coreanos los tipos metálicos de imprenta, que eran movibles, y con ellos se podían tirar en un día mil quinientos ejemplares.

En 1592 y 1597, los japoneses invadieron de nuevo Corea, y entonces fué cuando el coreano Yi-Sun-sin inventó el primer barco acorazado, llamado por su forma *barco tortuga*, con un mascarón que funcionaba como arlete, con el cual echó a pique muchas embarcaciones y dispersó una escuadra de 600 juncos.

Sepulcro coreano

En la misma ocasión, se dice que los coreanos inventaron la primera bomba explosiva y el primer mortero para dispararla, secreto que se perdió después. En cambio, el empleo y manejo de las armas de fuego, lo aprendieron de los japoneses; pero la leyenda asegura

que los aventajaron y crearon un proyectil que podía atravesar las murallas más gruesas, y que estallaba cuando se acercaban los enemigos, desprendiendo vapores sulforosos que los sofocaban. También se dice que en esta misma época inventaron los coreanos los puentes colgantes; pero éstos se usaban ya en la India mucho antes.

A pesar de esto, los japoneses recorrieron el país y se llevaron una gran cantidad de obras de arte, cuando al fin tuvieron que retirarse.

Corea siguió gobernada, con mayor o menor independencia, hasta la Era *Meiji* del Japón, en que la influencia japonesa comenzó nuevamente a pesar en el país. Después de la guerra ruso-japonesa de 1905, quedó bajo el protectorado japonés.

CAPITULO XI

El Gran Imperio de Gengis Kan

MOGOLES, TARTAROS Y TURCOS

Hemos dado un repaso a las grandes civilizaciones antiguas de Oriente y a sus creadores, los pueblos sedentarios y agrícolas asentados en las orillas de los grandes ríos: el Nilo, el Eufrates, el Tigris, el Indo, el Ganges, el Hoang-ho y el Yang-tsé Kiang. Por eso se ha dicho que la civilización florece a orillas de los grandes ríos. Parece una planta fluvial.

Ahora vamos a visitar un momento a los pueblos nómadas y pastores de las grandes mesetas, de las estepas, de los cuales hemos visto ya surgir a los invasores y conquistadores de los pueblos fluviales, a los forjadores de los grandes imperios.

Inmensas llanuras y mesetas de una altitud superior a los mil metros sobre el nivel del mar, ocupan los territorios del Irán, el Turkestán, el Tibet, la Mongolia, la Manchuria y la Siberia. En muchas de ellas, la vegetación es pobrísima, pues no se dan más que gramíneas y plantas espinosas. En las mesetas y en las llanuras del Norte, reina un invierno muy largo, durante el cual está todo cubierto de nieve, con lo que la humedad penetra en la tierra; cuando viene el deshielo, con los primeros calores, la hierba crece rápidamente, hasta

tapar a un hombre a caballo. Pero el verano es tan caluroso, que la hierba se seca en seguida. Hay que aprovechar a toda prisa, por lo tanto, aquellos abundantes pastos. Lo que vale es que, en las estepas más bajas o más al sur, viene la hierba más temprana, y en las que son más altas, o están más al norte, viene más tarde.

De este modo, los pastores nómadas, cuando se agotan los pastos en su país, se trasladan con sus rebaños a otros, en donde, por venir más tarde el verano, pueden encontrar pastos más tarde.

La vida de los pastores obliga a un perenne cambio de lugar. Por eso fué las estepas donde los hombres comenzaron a domesticar y utilizar el caballo. Gracias al caballo, los nómadas pueden trasladarse llevándolo todo consigo: rebaños, mujeres, niños, utensilios y menaje, y hasta su habitación, que es una tienda que se arma y se desarma: la *yurta* mogola.

Los caballos de los nómadas del Asia Central, son pequeños, peludos y muy corredores. Se parecen a los caballos gallegos, que aún se crían en libertad, y a los *ponys* de la India.

El caballo no le sirve tan sólo para montar—el pastor asiático se pasa la vida a caballo, está montado días enteros, come y duerme a caballo, y es siempre un magnífico jinete—, no sólo conduce a lomo o tirando de un carro su complicado equipaje, sino que les proporciona alimentos: la leche de yegua, que los nómadas asiáticos beben fresca o cuajada; el *kefir* y el *yoghourt*, que hoy se vende—imitado, naturalmente—en todas las ciudades europeas, como alimento refrescante y propio para determinados regímenes higiénicos.

Los nómadas del Asia Central tejen el pelo y la lana de sus reses, para hacer cuerdas, telas y preciosos tapices y alfombras. Trabajan sus huesos, cuando se les mueren, para fabricar utensilios y adornos, a veces muy artísticos; con las pieles fabrican *yurtas*, vestidos, odres, mochilas y cofres; se alumbran con su grasa y cocinan y se calientan con su estiércol.

Apenas tienen muebles; para dormir y para sentarse, lo hacen sobre cojines. La costumbre de sentarse en

el suelo, con las piernas cruzadas, como se representa a Buda, posición que nosotros llamamos a *lo moro*, procede indudablemente de los pastores nómadas del Asia Central.

Estos pueblos del Asia Central eran principalmente *mogoles*, cuyo nombre sirve unas veces como designación general para todos aquellos pueblos, otras veces para designar un pueblo particular. Eran una infinidad de tribus y grupos de tribus, entre los cuales mencionaremos a los más importantes de los que aparecen en la historia. Son éstos: los *Hunos*, que suelen dividirse en orientales, que son aquellos a quienes hemos visto hostilizar a los chinos durante muchos siglos, y occidentales, que fueron los que, al mando de Atila, cayeron sobre Europa en el siglo V. Entre ellos hemos mencionado también a los *Eftalitas*, o Hunos blancos, que invadieron la India. Los *Yue-chi*, que fundaron en la India un imperio. Los *Tártaros*, de los que vamos a ocuparnos ahora, y los *Turcos*, a quienes ya hemos encontrado en el mundo islámico. Del Asia Central procedían también los *Avaros*, los *Alanos* y los *Húngaros*, que figuran en la historia de Europa.

Entre estos pueblos, algunos llegaron a establecer en el Asia Central algunos reinos de cultura elevada. Parece que en otros tiempos no era el Asia Central tan seca como después, sino que había regiones fértiles y bien regadas que permitían el cultivo agrícola. El mismo desierto de Gobi se dice que no fué siempre todo él un desierto. La altísima meseta tibetana conserva todavía hoy una alta cultura antigua.

Uno de los reinos cultos de los mogoles fué el de los *Uigures*, en la cuenca del río Tarim. Se han descubierto restos de su arte y de su literatura que dan una gran idea de aquella gente. Profesaban el Maniqueísmo, pero los cristianos y los budistas gozaban allí de toda libertad.

Lo mismo ocurría en el reino de los *Tocarios*, en el Turkestán. Pero los tocarios eran un pueblo de raza indogermánica, blancos, rubios y de ojos azules, que no hace mucho que empezaron a ser conocidos. Tuvieron relaciones con los chinos y desempeñaron un gran papel en la difusión del Budismo por el Asia amarilla, y entre ellos

florecieron el cristianismo nestoriano y el maniqueismo.

Hablaban una lengua indoeuropea del grupo occidental.

EL TIBET

Es ahora buena ocasión para que hablemos del Tibet. Es una meseta de gran altitud, situada al norte del Himalaya, habitada por gentes de raza mogola: los *tibetanos*. Apenas se sabe de su historia antigua. La primitiva religión de los mogoles de toda el Asia Central y de los pueblos de la Siberia, se conserva allí, como en la Mongolia y la Siberia, y aún ha llegado a adquirir formas más desarrolladas, pero hoy día está desfigurada y casi englobada en el Budismo Mahayana.

Esta religión, de la que no hemos hablado antes, es una verdadera religión de nómadas, que los sabios occidentales llaman *Chamanismo*. Se llama así, porque en lugar de sacerdotes, tiene una especie de brujos llamados chamanes. Estos chamanes llevan un vestido especial y un instrumental muy diverso; lo que es constante en ellos es el uso de un gran pandero. Con este pandero y con sus cantos, a veces ininteligibles, evocan a los espíritus de una manera que no deja de tener semejanza con las prácticas del espiritismo occidental moderno. Se dice que obtienen fenómenos mediumnímicos notables. El chaman danza y canta, tocando el pandero, hasta caer en un estado extático, en algo como lo que los espiritistas llaman *trance*, y a veces se siente como poseído por el espíritu, y habla en su nombre.

Jinete mogol, según pintura china

Estas prácticas entraron en el Budismo tibetano, hasta el punto en que no es fácil distinguir lo que en ciertas manifestaciones hay de budista o de chamanista.

En el año 640, el rey de los tibetanos, Srong-Tsang-Gampo, se convirtió al Budismo con sus súbditos y fundó la ciudad de Lhasa, de la que hizo su capital. Un siglo después llegó de la India el *patriarca* budista Padma Sambhava, que fué el organizador de la llamada Iglesia tibetana.

Los monjes tibetanos se llaman *Lamas*, tienen numerosos monasterios y una jerarquía complicada. Hay grandes lamas que son considerados como encarnaciones de Budas y de Bodisatvas. Se dividen en diversas ramas, las principales son las de los *gorros encarnados* y de los *gorros amarillos*, a veces enemigas entre sí. La última fué fundada en el siglo XIV por el famoso Tsong Kapa, gran doctor budista. A mediados del XVII, los gorros amarillos se hicieron dueños del poder y establecieron un gobierno teocrático, poniendo a su jefe el *Dalai Lama* al frente del Tibet, con autoridad espiritual y temporal. El Dalai Lama es llamado el *Buda viviente*, porque en él dicen que se encarna permanentemente el Buda. Cuando muere un Dalai Lama, los lamas buscan un niño, el cual haya descendido el Buda, lo cual se reconoce mediante ciertas pruebas a que lo someten, y en cuanto es reconocido, lo declaran Dalai Lama y lo llevan al gran monasterio de Lhasa.

Otra encarnación famosa del principio búdico es el *Tashi o Pashen Lama*, que reside en el monasterio de Tashi Lumpo, en Shigatsé, pero a éste no se le reconoce más que poder espiritual.

El Tibet es todavía hoy—aunque ahora se encuentre a merced de los comunistas chinos—un Estado de monjes. Muchos de ellos son ignorantes, pero otros muchos poseen una gran cultura budista. La literatura tibetana es de gran valor; los monasterios poseen inmensas bibliotecas con tratados metafísicos y científicos que comentan el cánon budista, y obras literarias y poéticas, entre las que deben citarse los escritos del gran poeta Milarepa. Es también notable el teatro tibetano, del que hay obras tra-

ducidas a todos los idiomas modernos. Una forma de teatro muy característica son también las danzas sagradas, divulgadas hoy también por la fotografía.

El arte tibetano, inspirado en parte en el indo y el chino, se diferencia así y todo bastante de ellos. Tiene fisonomía propia, y sobresale sobre todo en la pintura, de brillante colorido armónicamente dispuesto. En la pintura y en la escultura ofrece obras de gran expresión y de gran riqueza imaginativa. Es en gran parte obra de monjes.

Las joyas y las vestiduras son ricas y bellas, aunque algunos occidentales los encuentran de gusto pesado.

El Tibet sigue siendo fundamentalmente un pueblo de pastores. Cuidan grandes rebaños de carneros y ovejas, cuya lana utilizan y venden; pero el animal característico es el *yak*, especie de gran cabra de lana muy buena. Los tibetanos no sólo utilizan los productos del yak, sino que lo emplean como bestia de carga. Toman té con manteca, que es el obsequio que primero se ofrece a los huéspedes y que les sirve también para combatir el frío terrible de sus largos inviernos. Es gente, por lo general, dulce, alegre y hospitalaria; pero también hay muchos dedicados al bandidaje, lo cual puede explicarse por la pobreza del país. Los bandidos y los perros son las cosas más temibles del Tibet, y una cosa hace necesaria la otra.

Sin embargo, el Tibet posee minas de oro, que con los rebaños y su lana constituyen su principal riqueza. Los mismos lamas se dedican frecuentemente al comercio, como particulares.

GENGIS KAN

El Kan de la Horda de Oro, al regresar de una expedición victoriosa a su campamento, se encontró con que su esposa había dado a luz un hijo. El Kan le puso el nombre de su enemigo vencido: Temuchin. Esto ocurrió en 1155.

Como los otros tártaros, Temuchin se educó en la guerra. Era nieto de Kanes, y sucedió a su padre. Se impuso por la fuerza a los demás Kanes y los unió para

la conquista. El emperador de la China, lo nombró general en jefe contra los rebeldes. Sujetó a los turcos naimanes de los confines de Siberia. Uno de éstos, muy sabio, fué su Canciller. Como los tártaros no conocían la escritura, Temuchin mandó a su hijo Ogdai a estudiar en Karakorum, capital de los uigures.

Venció e hizo morir a todos sus enemigos. Era de corazón duro. El que se revelaba contra él, era condenado a muerte con todos los que le siguiesen, y conquistada una ciudad, debían ser exterminados sus habitantes. Empleaba los prisioneros en los trabajos de sus ejércitos, y no tenía duelo de los que morían en el combate.

Era de gran estatura y larga barba. Era prudente y sentencioso. Decía:

«El que sabe gobernar su casa, puede gobernar su Estado; el que hace obedecer a diez hombres, puede mandar en mil o diez mil... El rey que se aficione al vino, no podrá hacer cumplir sus mandatos... El que pretenda grandes cosas, que no hable sin que se le pregunte... Doy el mando a los sabios y valientes, a los astutos les confío los bagajes, a los ignorantes los carneros». Quería hacer felices a sus súbditos, a sus mujeres, a sus hijos, y su mayor goce era vencer y despojar al enemigo y hacer llorar a los suyos. Tenía una alta idea de sí mismo, se consideraba instrumento divino para premiar y castigar a los hombres. De su religión no se sabe nada fijamente: se le supone budista, chamanista, mahometano... Azuzaba a sus gentes a la matanza y al saqueo, que eran para él como segar la hierba y como apacentar los caballos.

Retrato de Gengis Kan

Reunió en una asamblea a los grandes de su reino, y en ella, un chaman lo proclamó *Gengis Kan*, que significa «rey muy poderoso», y así se le llamó desde enton-

ces. Se trasladó a Karakorum, y en 1211, como el emperador de la China del Norte le exigió que le prestase homenaje de rodillas, Gengis Kan escupió hacia la China y dijo:

—El emperador de la China se llama Hijo del Cielo, y no es siquiera un hombre.

Atravesó la Gran Muralla y asoló el país por dos veces, y ocupó todo el territorio al Norte del *Hoangho*. Al fin hizo la paz, pero mató a todos los prisioneros. El territorio recorrido por los tártaros quedó arrasado y despoblado. Después volvió a la guerra, y toda la China del Norte fué conquistada.

Después conquistó el Imperio Kara Kitai, en el río Tarim, conquista de gran precio para el aumento de sus tropas.

En seguida la emprendió con el Gurkán Mohamed de Kuarism, lo derrotó en una batalla, y lo mandó perseguir y prender «aunque subiese al cielo»... Los horrores cometidos por los mogoles en aquellas ciudades: Bukara, Samarcanda, Nischapur, fueron espeluznantes. La última fué demolida sistemáticamente en quince días; en otra, mataron 700.000 prisioneros. El terror era tan grande, que la gente se entregaba a la muerte temblando, sin la menor resistencia ni protesta.

Más tarde, el alud cayó sobre Rusia, donde los mogoles vencieron y prendieron a los príncipes de Kiev.

En 1224, murió Gengis Kan. Antes llamó a sus hijos y les contó un cuento:

«Había dos serpientes: una tenía muchas cabezas y una cola nada más; la otra tenía una sola cabeza y muchas colas. Vivieron felices durante el verano. Cuando vino el invierno, trataron de esconderse; la que tenía una sola cabeza en seguida encontró el agujero y se metió en la tierra: la que tenía muchas cabezas, como cada cabeza quería meterse en un agujero distinto, no pudo encontrar refugio y se murió de frío.»

Les dijo, pues, que estuviesen unidos y con una sola cabeza. Les puso el ejemplo de un haz de flechas; el que lo coge puede romperlas todas muy fácilmente una a una, pero si trata de romperlas todas juntas le será imposible.

Dejó de soberano a Ogdai, y a los demás hijos les dejó territorios importantes.

Con todo, el imperio de los mogoles era todavía un imperio de nómadas. Su capital, *Karakorum* (nombre que significa «Arenas negras»), que lo había sido de los uigures, era una gran aglomeración circular de casas de barro seco, con corrales cerrados del mismo modo y agrupadas sin formar calles. En medio había mercados y graneros, porque era ciudad muy comercial, frecuentada por gentes de toda el Asia y donde se practicaban todos los cultos sin inconveniente alguno. La rodeaba un amplio cinturón de yurtas de fieltro negro; era una inmensa aldea rodeada de un vasto campamento. Fuera estaba el desierto, contra cuyos vientos y contra cuyas arenas estaba desamparada.

Los pueblos mogoles tienden a dar a sus ciudades, como a sus campamentos, una forma circular, disponiendo así las casas y las yurtas. Es la forma conocida de los *ring* de los Avaros, con murallas circulares concéntricas. El plano de Moscú está concebido en esta forma.

«*A FURORE TARTARORUM*»

Ogdai continuó las conquistas de su padre. Ayudado por generales experimentados en una consumada estrategia, lanzó sus enormes fuerzas contra el reino Kin de la China del Norte, en connivencia con los soberanos de la dinastía Sung, y lo sometió enteramente en 1234. Luego, los mogoles emprendieron una marcha imposible casi hoy para un ejército, atravesando toda el Asia, llegando a Rusia en menos de un año. En 1240 destruyeron a Kiev, invadieron Polonia y la devastaron y derrotaron a los polacos y a los alemanes en Liegnitz.

Toda Europa se llenó de terror. Los tártaros eran la gran plaga enviada por Dios para castigar al mundo; los cristianos llegaron a creer de los tártaros lo que Gengis Kan creía de sí mismo. Se dispusieron preces públicas en todas las iglesias y se realizaron peregrinaciones y procesiones de penitencia, cantando las letanías, a las que se había añadido esta petición: «*A furore tartarorum, liberanos Domine*».

Los mogoles invadieron Hungría, pasando a cuchillo a gran parte de la población. Pero Ogdai murió de repente en 1242 y entonces los mogoles retrocedieron hacia Oriente.

Le sucedió Mangu Kan, el cual invadió y devastó el Tibet, la Persia y la Siria. Su hermano Hulagu tomó a Bagdad y se convirtió en un enemigo terrible de los musulmanes. Tomó la fortaleza de Alamuts, tenida como inexpugnable, en la cual residía el Viejo de la Montaña, jefe de los Ismaelitas asesinos, que tenían aterrorizados a todos los Estados turcos, no por su fuerza militar, sino por ser un poder misterioso que enviaba la muerte inopinadamente a quien le parecía. Los discípulos del Viejo de la Montaña, fanatizados por las visiones fantásticas del haschis, obedecían ciegamente a su jefe, y no importándoles morir en su servicio, llegaban hasta los personajes más encumbrados para asesinarlos.

Mangu Kan murió en 1259 y su sucesión tardó mucho en resolverse, igual que la de sus predecesores; tenían que reunirse para ello, en asamblea general, todos los caudillos y jefes de tribu de todo aquel inmenso imperio; al fin, fué elegido su hermano Kublai Kan.

Kublai era un hombre bondadoso, prudente, que había adoptado las costumbres y la cultura china. Trasladó su corte a Pekín y fué el *Gran Kan de Catay* de los cristianos europeos. La dinastía fundada por los mogoles en la China y que arranca de Kublai Kan, se llama dinastía *Yuan*.

Kublai Kan gobernó sabiamente, conservando las costumbres chinas y rodeado de consejeros educados al modo chino. Protegió todas las religiones del imperio, incluso el cristianismo nestoriano; se dice que todos los años los obispos nestorianos le presentaban el libro de los Evangelios, y el Gran Kan lo besaba y lo incensaba. Pero Kublai, desde cierta época, profesó el Budismo.

MARCO POLO

El nombre del ilustre viajero veneciano Marco Polo, puede servir de tipo simbólico para todos los viajeros

europeos que en el siglo XIII y en los siguientes visitaron los países del Extremo Oriente y dieron a Europa las primeras noticias acerca de ellos.

Pero Marco Polo tuvo precursores. Los mogoles infundieron, como hemos dicho, gran terror en Europa, cuando después de haber conquistado Rusia llegaron a Polonia y Hungría. Pero al mismo tiempo, como eran enemigos de los musulmanes, los príncipes de la Cristiandad trataron de buscar su alianza enviándoles embajadas.

En 1245, el Papa Inocencio IV envió como embajador cerca del Gran Kan de los tártaros al franciscano Juan de Plano Carpini, en compañía de Esteban de Bohemia. Provistos, además, de una carta del rey de Bohemia, los embajadores se dirigieron a Rusia, ocupada por los tártaros y después de haber estado en Kiev, fueron recibidos en su corte por el príncipe mogol Bathy, el cual los encaminó, mediante los relevos de caballos que los mogoles habían establecido y que admiraron mucho a Plano Carpini, a la corte del Emperador, que estaba en un lugar llamado Sira-Orda. Allí llegaron, después de haber atravesado muchos países, y se encontraron con que el Gran Kan Ogdai había muerto y debían esperar la consagración de su sucesor. Los recibió la Emperatriz viuda, en medio de una gran asamblea de príncipes, que estaban el primer día vestidos de blanco, el segundo de rojo, el tercero de violeta y el cuarto de escarlata muy fina, reunidos en un campamento.

Plano Carpini habla de los tártaros: «Tienen, dice, muy separados los ojos de las mejillas, cuyos pómulos son muy salientes; su nariz es achatada y chica; sus ojos muy pequeños y sus párpados se elevan hasta las cejas. Son muy delgados, de cintura estrecha, de estatura generalmente mediana, y escasa barba; pero muchos tienen algunos pelos en el labio superior y en la barbilla, que dejan crecer sin cortarlos nunca. En la cabeza llevan coronas como las de nuestros sacerdotes. Es muy difícil distinguir los hombres de las mujeres, porque sus trajes no se diferencian en nada; van vestidos con túnicas forradas de pieles, abiertas de arriba a abajo, y gorras de bucarán o de púrpura que se ensanchan por la parte su-

perior. Viven en casas en forma de tiendas, hechas con ramas y palos que pueden desmontarse y transportarse sobre acémilas. Otras hay más grandes que no se desmontan y las transportan en carros, siguiendo a sus dueños a través del país.

«Los tártaros creen en un Dios creador de todas las cosas, así visibles como invisibles, que premia o castiga, según los méritos; pero adoran también el sol, la luna, el fuego, la tierra y el agua, y se postran ante ídolos rellenos de barro hechos a semejanza del hombre. Creen en los encantamientos y hechicerías y admiten que el fuego lo purifica todo. Cuando muere uno de sus señores se le entierra con una mesa, un plato de carne, una taza de leche, una yegua con su potro y un caballo ensillado y embridado.

«Comen toda clase de carne, como la de perro, lobo, zorra, caballo y hasta la humana si así lo exige la necesidad. Su bebida consiste en leche de yegua, de cabra, de vaca, y de camella; no conocen el vino, ni la cerveza, ni el hidromel, sino únicamente licores embriagadores. Por otra parte, son muy sucios, y a falta de otros comestibles se alimentan de ratones y sabandijas; no lavan jamás los platos en que comen, y a lo sumo lo hacen con los guisos mismos; ni se limpian sus vestidos, ni permiten a los demás que lo hagan, «sobre todo cuando truena». Los hombres no se sujetan a ningún trabajo; cazar, tirar el arco, cuidar de los ganados y montar a caballo son todas sus ocupaciones. Las jóvenes y las mujeres no desdeñan estos ejercicios, en los cuales son muy diestras y muy audaces.»

Asistieron a la consagración del heredero de Ogdai, a quien llaman *Cuyuk*, el cual les pagó los gastos del viaje y les entregó una carta para el Papa en la que decía: «Adoramos a Dios, y con la ayuda de Dios, destruiremos toda la tierra, de Oriente a Occidente». Con ella dieron la vuelta, llegando a Italia en 1247.

Seis años después, empeñado el rey San Luis en la Cruzada, se supo que el mogol Erkaltai hostilizaba a los turcos desde Persia, y se supuso que era porque se había convertido al cristianismo. Entonces el rey de Francia

le envió a otro franciscano flamenco, llamado Guillermo de Rubruquis, el cual partió de Constantinopla hasta el Don, cuyo gobernador, Zagatai, lo envió al príncipe Sartach, en el Volga, éste a su padre Batu Kan, y éste a Mangu Kan, que estaba en Karakorum. Esta ciudad tenía murallas de tierra, dos mezquitas y una iglesia cristiana y en ella vió Rubruquis los primeros yaks y supo de un pueblo que se comía los cadáveres de sus padres para darles sepultura honrosa. Como Mangu Kan no estaba en Karakorum, tuvieron que dirigirse a su corte; era «un hombre de nariz aguileña, de mediana estatura, tendido en un diván y vestido con una brillante piel manchada como la de una vaca marina». Rubruquis y sus compañeros fueron obsequiados con licores, que no se atrevieron a beber, pues el Kan se emborrachó inmediatamente. Después de otras entrevistas con él, emprendieron el regreso, deteniéndose en Karakorum, donde recogieron noticias acerca de la China, y donde les dieron una escolta que los acompañó por la Armenia y el Asia Menor, donde embarcaron.

Marco Polo era hijo de un noble veneciano dedicado al comercio, llamado Nicolás, el cual se había enriquecido en el tráfico con Oriente. En 1260, Nicolás Polo y su hermano Mateo, emprendieron un viaje a Bukhara, desde donde los tártaros los indujeron a marchar a la corte de Kublai Kan, ya emperador de la China, que se encontraba en su residencia de verano en la frontera occidental. Fueron muy bien recibidos y se hicieron grandes amigos de Kublai Kan, el cual les pidió que le mandasen, a su regreso, aceite de la lámpara que arde en el Santo Sepulcro, y les dió una carta para el Pontífice, en la que pedía cien misioneros cristianos para su país. Cuando llegaron a San Juan de Acre, había muerto Clemente IV, pero su sucesor, Gregorio X, los envió nuevamente con cartas para Kublai Kan.

Salieron en 1271, llevando consigo al joven Marco, hijo de Nicolás y dos frailes predicadores. Estos, al llegar a Armenia, no siguieron viaje, por temor al terrible sultán turco Bibars, que tenía atemorizados a todos aquellos países. Los Polo continuaron viaje a través de la Per-

sia y Norte del Afganistán, el Pamir y la Kachgaria, pasando por el lago Lobnor, todo ello haciendo bastantes rodeos y zigzag y aun volviendo atrás, lo que les dió ocasión de visitar Yezd, Kirman, Ormuz y otras ciudades ricas y comerciales, y de ver talleres en que se trabajaban las turquesas, se fabricaban bordados y arneses, se amaestraban halcones, rebaños de grandes carneros, bosques de palmeras y naranjos, minas, enormes mercados, desiertos y montañas. Estuvieron en Samarcanda, y por fin tomaron el *camino de la seda*. Oyeron hablar de las guerras de Gengis Kan con el *Preste Juan de las Indias*, poderoso príncipe cristiano del interior del Asia y del descendiente de éste, llamado el *príncipe Jorge*, que protegía a los cristianos. Al fin llegaron a Chang-tu, donde residía Kublai Kan, a quien entregaron la carta de Gregorio X. Fueron muy afablemente recibidos.

Marco Polo marchó luego con el Gran Kan a Pekín, ciudad a la que da el nombre de Cambaluc. Kublai le dió un cargo en Yang-tcheu, cerca de la desembocadura del Yang-tsé-kiang.

Marco Polo llama a la China *Catay* y la describe con bastante minuciosidad y gran admiración. Habla de las minas de carbón (*piedras negras*), único combustible que se emplea en el Catay; del tráfico comercial por el río Yang-tsé por el cual «van y vienen más buques y ricas mercaderías que las que van por todos los ríos y mares de la cristiandad»; del Canal Imperial, por el cual la capital se surte de arroz; de las compañías y gremios mercantiles; de los mercaderes que viven como reyes; del empleo general del papel moneda; de los preciosos tejidos que se venden en la India; de las colonias de comerciantes extranjeros. Describe el palacio imperial de Pekín, rodeado de un muro cuadrangular, cada uno de cuyos lados tiene una milla y en cada ángulo hay un palacio muy rico en que se conservan los arneses y pertrechos de guerra, y en medio de cada lienzo otro palacio; en este muro hay cinco puertas por el lado del mediodía, la central destinada exclusivamente al emperador. Dentro de este muro hay otro, con otros ocho palacios y cinco puertas, como el anterior. En el centro está el palacio

que habita el Gran Kan; las paredes de los salones están cubiertas de oro y de plata, representando dragones, fieras, aves, caballos y otros animales; el comedor es tan grande, que pueden sentarse a la mesa más de seis mil personas, y el palacio tiene tantas habitaciones que causa maravilla. La parte superior del techo está pintada de todos colores y tan bien barnizada que brilla como el cristal y se divisa desde muy lejos. Entre los muros, hay praderas y jardines con toda clase de árboles, ciervos blancos, cabras, gamos y otra infinidad de animales raros, y corre por allí un gran río lleno de peces... El Gran Kan poseía numerosos elefantes y una raza de caballos blancos como la nieve, entre ellos diez mil yeguas, cuya leche estaba reservada para la familia imperial».

En 1292, los Polo regresaron por mar a Ormuz, haciendo escala en Sumatra, y llegaron a Venecia en 1295. Más adelante, hallándose preso Marco Polo, dictó a un compañero de prisión la relación de su viaje.

Los franciscanos no abandonaron ya la China. En 1289, el Papa Nicolás IV recibió al obispo nestoriano Rabban Sauma, que le notificó la existencia de las numerosas cristiandades de Oriente; el Pontífice envió al franciscano Juan de Montecorvino, el cual estuvo en Persia y en la India, y en 1294 llegó a la China, donde el nieto y sucesor de Kubilai, llamado Timur, le acogió y protegió, y el comerciante italiano Pedro de Lecolonga, edificó dos iglesias en Pekín; se tradujeron al chino el Evangelio y los Salmos y se convirtieron varios príncipes. Montecorvino fué nombrado arzobispo de Cambaluc en 1307, y en 1313 llegaron otros frailes menores y se constituyeron otros obispados; el Gran Kan pagaba a los obispos una pensión de cien florines de oro.

En 1324 desembarcó en Cantón Odorico de Pordenone, franciscano de Venecia, que recorrió gran parte de la China y la describió con gran admiración. Residió tres años en Pekín, en el convento que allí tenía su Orden. Describe cómo cada vez que el Gran Kan emprendía un viaje el arzobispo de Pekín salía con los frailes en procesión al encuentro del soberano, llevando cruz alzada y cantando el *Veni creator spiritus;* el Gran Kan se des-

cubría y besaba la cruz y el arzobispo lo bendecía y lo inconsaba. Odorico de Pordenone, que había ido a la China por mar, regresó por tierra, atravesando el Asia Central, por una ruta de caravanas muy frecuentada.

Otra embajada fué la de Juan de Marignolli, también franciscano, enviado en 1340 por el Papa Benedicto XII. En 1370, todavía nombró Urbano V un arzobispo de Pekín, pero las iglesias católicas de China, que duraron lo que duró la dinastía mogola, desaparecieron al entronizarse la dinastía Ming.

EL GRAN TAMERLAN

A fines del siglo XIV se levantó en el Turquestán un terrible conquistador: Timur Lenk, o sea Timur el cojo, llamado en Occidente *Tamerlan*.

Era de origen turcomano, musulmán ortodoxo y celosísimo, pero de una crueldad que superó a la de los mogoles. Se levantó contra los últimos descendientes de Gengis Kan y fundó un reino cuya capital era Samarcanda. Desde allí conquistó la Persia y cometió terribles atrocidades: rodeó las murallas de Ispahan de una serie de pirámides formadas con más de 70.000 cabezas humanas cortadas a los enemigos. Hacía esto para infundir el terror y para manifestar su poder, era costumbre suya y signo de su paso.

En 1396 subyugó a los mogoles de Rusia. Después atravesó la India a sangre y fuego hasta Delhi, de la que se apoderó en 1398 y se volvió dejando un rastro de ruinas; como Atila, podía decir que donde pisaba su caballo no volvía a nacer la hierba.

Sus movimientos eran rapidísimos; atravesaba su campo de acción de un extremo a otro con una facilidad extraordinaria. Dominó parte de la India y del Pamir, el Afganistán, la Persia, el Irak, la Armenia y más de la mitad del Asia menor. Arrojó a los mamelucos de Siria y redujo a ruinas a Bagdad, y erigió allí 120 pirámides con 90.000 cabezas cortadas.

Llamado en su auxilio por el emperador de Constantinopla, atacó al terrible Bayaceto, Sultán de los turcos

otomanos; en la batalla de Angora, dada en 1402, quedó Bayaceto completamente derrotado y preso. Cuando se lo presentaron a Tamerlán cargado de cadenas, Tamerlán se echó a reir, y Bayaceto le dijo:

—Parece mentira que de este modo insultes tu victoria haciendo mofa del vencido.

Tamerlán le respondió:

—No me río de ti; me río del poco aprecio que hace

Miniatura árabe

Dios de las cosas de este mundo, cuando permite que los gobiernen un tuerto como tú y un cojo como yo.

Tamerlán era sanguinario, pero era un humorista. Se dice que encerró a Bayaceto en una jaula de hierro y que lo exhibió por toda el Asia menor. Llegó con sus armas hasta el Bósforo y recibió el homenaje del emperador bizantino.

Tamerlán gozó de gran renombre en todos los países

de la Cristiandad. El rey de Castilla, Enrique III, le envió una embajada presidida por Gómez de Sotomayor y Ruí González Clavijo, de cuyo viaje surgió la *Vida del Gran Tamerlán*.

En 1404, cuando preparaba una expedición contra la China, murió Tamerlán, y su imperio se desvaneció enteramente en poco tiempo. Fué un imperio de los más efímeros.

EL IMPERIO DEL GRAN MOGOL

En 1505, Baber, jefe turcomano descendiente de Gengis Kan y de Tamerlán, se refugió con su banda en el Afganistán, después de haber sido señor de Samarcanda. De Kabul se dirigió a la India, con un ejército provisto de poderosa artillería, con objeto de ocupar los países allí conquistados por Tamerlán, de quien se consideraba heredero. El sultán de Delhi le salió al encuentro en Panipat, con cien mil hombres y mil elefantes, pero Baber llevaba cañones y esto decidió su victoria. Entonces tomó el título de Emperador del Indostán. Recuperó, en efecto, el territorio conquistado por Tamerlán y murió en 1530, sucediéndole su hijo Humayun.

El más ilustre soberano de la dinastía fundada por Baber, conocida en occidente por la de los Grandes Mogoles, fué su nieto Akbar. Era hombre de un talento extraordinario y universal, político, pensador y poeta. La organización que dió a sus Estados de la India fué la que aprovecharon después los ingleses.

Los indos, especialmente los rajputs, se habían defendido heroicamente de los mogoles. En tiempo de Baber, se distinguió Rana Sanka, anciano de un valor temerario, que perdió en la guerra un ojo, un brazo y una pierna y tenía más de ochenta heridas en el cuerpo; Rana Sanka llegó a movilizar contra los invasores 120.000 hombres, e infundió tanto miedo a Baber, que éste, que aun siendo buen musulmán, tenía una enorme afición al vino y al aguardiente de arroz, atemorizado, renunció a la bebida, para obtener la ayuda de Alá... Sólo la artillería le valió a los mogoles.

También Akbar tuvo que luchar con los rajputa, pero en general, trató de atraerse a los príncipes y al pueblo hindú, permitiéndoles el culto brahamánico, dando cargos a personajes de esta religión, logrando que muchos chatrias se alistasen en sus ejércitos y suprimiendo los privilegios de los musulmanes. Todo su sistema de gobierno y administración estaba calcado en los del tiempo de los Mauriya y de los Guptas, y fué el modelo que imitaron después los ingleses.

Quiso también fundar una nueva religión con elementos tomados de todas las religiones de la India, pero que en el fondo era un deismo puro, como el de los *filósofos* europeos del siglo XVIII. Como los antiguos soberanos indos, Akbar gustaba de las disputas teológicas; reunía en su palacio a los doctores musulmanes, llamados en la India *mollahs*, a los brahmanes, a los *parsis* zoroastrianos y a los jesuítas de Goa, a quienes estimaba mucho, y los hacía discutir. Su religión tenía un dogma fundamental: *Allah Akbar*, que en árabe significa «Dios es grande»; pero sus aduladores cortesanos lo interpretaban: «Dios es Akbar», es decir, que el emperador era Dios... Entonces Akbar renunció a aquella religión gubernativa.

Jehangir, su sucesor, guerreó con los rajputa con varia suerte. Sah Jehan, que reinó después, dejó uno de los monumentos más hermosos de la India: el famoso Taj Mahal, sepultura de su esposa favorita, obra maravillosa que un virrey inglés quiso derribar y vender por el valor de los materiales... La arquitectura musulmana de la India llegó en tiempo de los mogoles a la mayor altura. Los palacios, monumentos y tumbas de Grandes Mogoles en Agra, Lahore, Sikri, Secundra y otras ciudades (el Dovani Kas, la tumba de Akbar, etc.), causan admiración a todos los viajeros. También fué cultivado con gran primor el arte de la miniatura, a pesar de la prohibición coránica (como también lo había sido en Persia, de cuyas obras son imitación las miniaturas mogoles), logrando trabajos de encantadora delicadeza. En general, la cultura de la India musulmana, especialmente en esta época de los mogoles, es derivación de la cultura persa.

Aureng Zeb destronó a su padre Schah Jehan y lo encerró en un calabozo. Era un musulmán fanático y cruel, de una devoción siniestra y sombría, un auténtico malvado. Revocó las medidas de tolerancia de Akbar, se hizo dueño por traición de los reinos musulmanes del Sur e hizo una feroz guerra santa contra los hindúes, sin poder sujetar a los rajputa, ni a los mahratas, y concluyó un tratado vergonzoso con el comandante inglés de Madrás. Su hermano Dara, príncipe bondadoso e ilustre, amigo de los brahmanes, hizo traducir al persa, que era la lengua de la corte, los *Upanisad* indos (por cuya traducción, vertida al latín, fueron conocidos por primera vez en Europa). Aureng Zeb le mandó cortar la cabeza.

EL IMPERIO PORTUGUES EN ASIA

Los primeros europeos modernos que fundaron un imperio colonial en Asia fueron los portugueses. La creación de este imperio fué empresa de una audacia que sólo admite comparación con la de los españoles de la misma época en el otro continente. En ambos hay que reconocer una misión providencial. Humanamente, se debió al espíritu aventurero de los pueblos de la Península Ibérica (elemento que no hay que desechar), al espíritu proselitista cristiano, unido a un pugilato secular con los musulmanes, y al ansia de enriquecerse propio de los pueblos europeos en la Edad Moderna.

Tras de las fronteras del Islam, había extensísimos territorios habitados por gentes no cristianas, que eran poseedoras de sus inmensas riquezas. Su existencia había sido revelada por los escritos de Plano Carpini, de Rubruquis, de Marco Polo, de Pordenone. De allá era de donde procedían aquellos géneros preciosos: sedas, piedras preciosas, marfil, y principalmente las especias: la canela, el clavo, la pimienta, la nuez moscada, el gengibre, que los grandes señores consumían en sus mesas, pagándolas a precios altísimos, pues para llegar a Europa, habían de pasar por manos de numerosos intermediarios: indos, chinos, musulmanes o italianos, que sacaban con ello enormes beneficios. Había que ir allá, para tomarlas directa-

mento en su país de origen... Aquellas gentes no conocían a Jesucristo: era preciso enseñarles el Evangelio... Entre ellos podrían acaso encontrarse aliados para librar a Europa de la constante amenaza de los turcos principalmente, y de los demás musulmanes, enemigos de nuestra fe.

Las navegaciones portuguesas tuvieron, al principio, por objetivo inmediato el Africa. El Infante don Enrique, que las impulsaba y dirigía científicamente, tenía, al parecer, como intención primordial, buscar la manera de atacar a los moros por retaguardia. Lanzándose al Atlántico, muy temido por los navegantes antiguos, fueron realizando los portugueses la *circunnavegación de Africa*. Llegados a la costa oriental, encontraban el camino expedito para las Indias. El rey Juan II envió exploradores por tierra, para adquirir noticias de aquellas tierras remotas. Fueron Pedro de Covilham y Alfonso de Paiva, que en 1487, se dirigieron a Rodas, Alejandría y El Cairo, donde se separaron: Paiva se dirigió a la Etiopía, en demanda del *Preste Juan de las Indias*, cuya alianza deseaba la Cristiandad; Covilham se dirigió a Aden, donde embarcó para la India, a la costa de Malabar, donde visitó Cananor, Calicut y Goa, fué bien recibido y recogió copiosa información acerca de aquellos países, y a la vuelta estuvo en Sofala, en la costa de Africa, y de allí volvió a Aden y al Cairo, pero Paiva no apareció, porque había muerto.

Después de recogidas estas y otras informaciones, el rey don Manuel envió a la India una expedición compuesta por tres buques de cien toneladas, que llevaban los nombres de los tres Arcángeles, *San Gabriel, San Miguel y San Rafael;* iba mandada por Vasco de Gama y guiada por el piloto de Bartolomé Dias y salió de Portugal en marzo de 1497. Fueron costeando el Africa hasta llegar a Mozambique, Mombaza y Melinda. En los dos primeros puntos, los moros pretendieron apoderarse de los portugueses por traición, o echar a pique sus barcos, pero en Melinda fueron bien recibidos y obtuvieron pilotos que los encaminaron, ya no costeando, sino atravesando el mar

libre hasta la costa de Malabar, donde fondearon cerca de Calicut, en mayo de 1498. El Zamorín, príncipe de Calicut, era un hombre versátil, que al principio recibió a Vasco de Gama, pero después le puso dificultades; todo se debió a las intrigas de los comerciantes árabes, que trataban de defenderse de la competencia de los portugueses; se les tendieron asechanzas, se les embargaron las mercancías y fueron atacadas sus naves, y Vasco de Gama, no encontrándose con fuerzas suficientes, ordenó el regreso a Portugal.

En 1500 envió don Manuel una nueva expedición al mando de Pedro Alvarez Cabral, que en su ruta tocó en el Brasil y llegó a Calicut, pero el Zamorín era ya un enemigo jurado de los portugueses y Cabral tuvo que bombardear la ciudad y volverse a Europa. En 1501 partió la tercera expedición, mandada por el gallego Juan de Nova, que tuvo que ganar una batalla a una escuadra de cien buques, que contra él lanzó el Zamorín. Al año siguiente, volvió Vasco de Gama, esta vez con una poderosa escuadra. Bombardeó varias veces a Calicut y trató duramente a los indios; visitó y entabló relaciones con los rajás de Cananor y Cochín, en el último de los cuales encontró un fiel y generoso aliado.

Alfonso de Albuquerque

En vista de que había que emprender una acción militar, pues el Zamorín había tomado por asalto la capital del rajá de Cochín, el rey de Portugal nombró un virrey para la India, Francisco de Almeida, con quien iba Alfonso de Albuquerque, caballero de la primera nobleza portuguesa y hombre de excepcionales condiciones. Llevaban una escuadra de veinte buques con tropas de desembarco. Era necesario ocupar las escalas del tráfico musulmán, que

era de donde venía el peligro. Conquistaron Quilon y Cannanor, en donde construyeron fortalezas y establecieron guarniciones. Pero Almeida y Alburquerque disentían: el primero, estimando que Portugal no contaba con población suficiente para colonizar territorios, opinaba que había que reducirse a los puertos, estableciendo una cadena de factorías protegidas militarmente, reduciéndose a la costa de la India. Alburquerque proponía la conquista de territorios en el interior y de puntos estratégicos en las principales vías comerciales.

Siguiendo este plan, Alburquerque ocupó, en 1507, la isla de Socotora, en la entrada del golfo de Aden y la de Ormuz, en la entrada del Golfo Pérsico, pero pasó tres años en constante disputa con el virrey, que desaprobaba sus expediciones. Almeida había destrozado, en 1502, una poderosa escuadra enviada contra los portugueses por el Soldán de Egipto. Victoria que causó asombro en aquellos países; pero terminado su mandato, tuvo que ceder el cargo a Alburquerque, el cual tomó a Goa, en dos intentonas, y en 1511 tomó a Malaca, que era la llave del comercio con la China y envió una expedición a las Molucas.

Alburquerque es la figura más gloriosa de la acción portuguesa en la India. Era de una audacia sin límites, de un valor indomable, de una honradez, justicia y rectitud que le atrajeron las simpatías de los indios, jamás se afanó por las riquezas, era duro en la guerra pero clemente con el vencido; por todo ello era temido, querido y respetado. En trece años creó un gran imperio portugués y dio prestigio en Oriente al nombre de su patria. En realidad, este imperio no era más que una cadena de factorías y plazas fortificadas, pero colocadas en los lugares más estratégicos. Sin embargo, la envidia de algunos compatriotas intrigó contra él en la corte y el rey envió a Lopes Soares para relevarlo en el virreinato. Alburquerque murió del disgusto, en una embarcación, a la vista de Goa, en diciembre de 1515.

LAS MODERNAS MISIONES CATOLICAS

Los expedicionarios portugueses llevaban consigo a la India sacerdotes seculares y regulares, no sólo para su servicio religioso, sino para la evangelización de aquellos países. Lograron conversiones y organizaron la Iglesia en sus posesiones, fundando obispados en Cochín, Cranganor y Goa.

Pero el gran *Apóstol de las Indias* fué el navarro San Francisco Xavier, de la Compañía de Jesús, hombre extraordinario, animado de un celo ardentísimo y de una abnegación insuperable, de una santidad que le comunicaba una influencia personal y un enorme atrevimiento. Desprecíaba trabajos, incomodidades y dolencias de toda clase, para servir la causa de Cristo y salvar las almas.

San Francisco Xavier salió de Lisboa en 1541, y arribó a Goa, después de un viaje penoso, durante el cual estuvo enfermo, en mayo de 1542. Se puso a disposición del Obispo de Goa, Fray Juan de Alburquerque, y le comunicó la misión que llevaba. Fué enviado a predicar a los *parauas*, pescadores de la costa comprendida entre el cabo Comorín, en el extremo meridional de la península índica, y el golfo de Manar. Allí perdura su recuerdo y viven aún como cristianos, los descendientes de los convertidos por él. Realizó allí varios milagros, que pasmaron a las gentes.

Estuvo después en Travancor, realizando la misma misión, y entre 1546 y 1547, hizo un viaje a las islas Molucas y llegó a las Filipinas. En todas partes predicó y excitó el celo de los católicos, a quienes edificaba con el ejemplo de su vida. De regreso en la India, pasó allí hasta el año 1549, en que se le presentó la ocasión que jamás desaprovechaba, de embarcarse para el Japón, donde consiguió algunos de sus mayores éxitos.

Pero su salud se quebrantó por exceso de fatiga, y en 1552, cuando se dirigía a la China, murió de fiebres, en la isla de Sancian.

Establecidos los Jesuítas en la India, emprendieron una predicación activísima. Los católicos se pusieron en contacto con los antiguos cristianos de Santo Tomás.

Aislados durante muchos siglos de la verdadera Iglesia, aquellos cristianos, que habían llegado a constituir una importante casta militar, sólo tuvieron relación con los nestorianos del Asia Central. Por lo tanto los misioneros católicos del siglo XVI encontraron en su fe numerosos errores que era necesario corregir. Para ello, se reunió en 1599, un sínodo, que los hizo aceptar la verdadera doctrina y mandó expurgar sus libros.

Los Jesuitas obtuvieron, en los siglos XVI y XVII, grandes progresos y una posición sumamente prestigiosa en la India. El Gran Mogol Akbar los consultaba y los llamaba para que sostuviesen polémicas públicas con los *Moluhs* o ulemas mahometanos y con los brahmanes.

En el siglo XVII fué notabilísima la campaña del Padre Roberto del Nobili, italiano, sobrino del célebre Cardenal Belarmino. Roberto del Nobili fué el primer indianista europeo; se hizo amigo de los brahmanes y estudió con ellos, llegando a ser un gran sanscritista y gran conocedor de los Vedas. Se dice que algunos trozos de las escrituras indas, que se conservaban por tradición, no fueron puestos por escrito hasta que los escribió Roberto del Nobili, dictándoselos los brahmanes. Se le atribuye un libro sánscrito muy notable: el *Ezur-Veda*, que finge una antigua escritura hindú.

Para lograr la conversión de los brahmanes, Del Nobili permitió a sus fieles la conservación de sus prácticas tradicionales en lo referente a las castas, alimentación, vestido y trato de gentes. El éxito conseguido al bautizar, en 1607, a diez brahmanes, llamó poderosamente la atención; pero el Obispo de Cochin, los franciscanos y el clero secular indígena se pusieron en contra, diciendo que los cristianos de Madurá, misión que regentaba Del Nobili, vivían como paganos. Se promovió entonces la famosa cuestión de los *ritos malabares*, como se llamaba a aquellas costumbres que los jesuitas respetaban. Los obispos de Cranganor y Goa, apoyaron a los jesuítas en esta disputa; pero los clamores llegaron a la Santa Sede.

Roberto del Nobili acudió a la Inquisición de Lisboa y al general de la Compañía de Jesús, P. Acquaviva, los

cuales aprobaron su manera de proceder, opinión que confirmó Gregorio XV, en bula de 31 de enero de 1623.

Más tarde, fallecido ya Del Nobili, en 1703, los capuchinos de Pondichery, reprodujeron la acusación contra los jesuitas, por la práctica de los *ritos malabares*. Hay quien asegura que, en efecto, los jesuitas se habían excedido en la tolerancia con las costumbres hindúes. El caso es que se promovió un gran escándalo, los dominicos se pusieron al lado de los acusadores y al fin se consiguió que Benedicto XIV prohibiese los *ritos malabares*, por bula de 12 de septiembre de 1744.

En este siglo, ya expulsados de la India —excepto las colonias de Goa y Diu—, los portugueses, que eran quienes apoyaban a las misiones católicas, comenzaron su propaganda las protestantes, protegidos por los holandeses y luego por los ingleses, aunque con resultados mucho menores.

Los jesuitas conservan en la India: misiones, colegios y universidades, y establecimientos de beneficencia importantes. Goa sigue siendo el centro del catolicismo en la India.

Las demás Misiones de Asia fueron también iniciadas por los portugueses.

En la China, se habían establecido en 1557, en Macao, en la entrada de la ría de Cantón, autorizados por el Gobierno chino. Con ellos penetró de nuevo el Cristianismo, expulsado desde la caída de los mogoles. En 1582, llegó a Macao el jesuita italiano Mateo Ricci, que tomó el nombre de Li-Ma-teu y el hábito de los monjes budistas, y después el de los letrados confucianos, y predicó el Cristianismo en Cantón y después en Nankin, donde adquirió grandes simpatías y amistades distinguidas y gozó de entera libertad. En 1601 fué autorizado para pasar a Pekín, y se ofreció al emperador Wan-li como astrónomo y matemático. Wan-li lo nombró preceptor de sus hijos y le concedió una pensión. De su labor como misionero dejó al morir trescientas iglesias católicas en la China.

El último emperador Ming, llamó a trabajar en la reforma del calendario a otro sabio jesuita, el alemán Adam

Schall, que llevaba el nombre chino de Tang Jo-wang, que obtuvo una gran protección y dirigió cerca del palacio imperial una fundición de cañones. El P. Schall siguió sirviendo bajo la dinastía Manchu. El último príncipe de la familia Ming, proclamado emperador en Cantón, estaba casado con una cristiana y su hijo fué también bautizado con el nombre de Constantino; su consejero era el Padre Koffler y su mejor general, Kiu Che-seu, era también católico. Los jesuítas trataron de recabar en favor de los Ming la ayuda de los príncipes cristianos, pero el emperador Yong Li, asustado ante el avance de grandes contingentes manchúes, huyó abandonando a los suyos; no obstante, Kiu Che-seu se defendió hasta el último extremo; la ciudad fué tomada por asalto y Kiu Che-seu cogido prisionero. Los manchúes le ofrecieron el empleo de virrey, pero el general católico se negó a hacer traición a sus soberanos, por lo cual fué decapitado en 1650. Se perdió con esto la ocasión de establecer una monarquía cristiana en la China.

CAPITULO XII

La decadencia del Oriente

Se habla—y es un hecho de una evidencia que en vano intentamos olvidar—de la *decadencia de Occidente*. Hoy es preciso hablar también de una *decadencia del Oriente*, cuyo proceso se está desarrollando ante nuestros ojos, más tardío en su comienzo, pero más rápido que el nuestro.

Puede ser que esta decadencia del Oriente responda, en último término, a las mismas causas generales a que obedece la decadencia de todos los pueblos y de todas las civilizaciones. Pero en sus causas ocasionales, ambas decadencias difieren: de la nuestra, somos nosotros los culpables; de la de los orientales, no son ellos los culpables en primer término, sino nosotros. Ocasionalmente al menos, la decadencia *les ha sido llevada, les ha sido contagiada y muchas veces, impuesta por los europeos*. La decadencia se manifiesta primeramente en los pueblos de Asia, en la forma de una *desorientalización del Oriente*.

Las sociedades orientales tienen como característica la *estabilidad*: es decir, la han tenido hasta ahora. Desde el siglo XVI estamos luchando los europeos por imbuirles nuestra inquietud, nuestra versatilidad, nuestro perpetuo descontento. Los pueblos de Oriente han vivido hasta ahora de la *tradición*; nosotros, no sólo hemos destruído la nuestra, sino que nos hemos afanado en derrocar las tra-

tidamente a Kara Mustafá; éste fué mandado decapitar por el sultán en castigo de sus derrotas.

En los reinados siguientes, Turquía siguió siendo una gran potencia. En el lenguaje diplomático, se llamaba a su gobierno la *Sublime Puerta* y al sultán, el *Gran Señor*. En el siglo XIX, los países cristianos sometidos a su dominio: Grecia, Servia, Bulgaria y Rumania, se sublevaron, y la Sublime Puerta tuvo que reconocer su independencia por el tratado de Berlín de 1878. A consecuencia de la gran guerra de 1914-1918, Turquía perdió sus últimas posesiones europeas, excepto Constantinopla. Después, el partido de los *Jóvenes turcos* derribó al sultán y proclamó la república, y el dictador Mustafá Kemal separó la Iglesia y el Estado. Los turcos dejaron de usar el *fez*, que todavía los caracterizaba; las mujeres dejaron el velo y salieron a la calle con traje europeo. Puede decirse que Turquía había dejado de ser. En efecto, Turquía era algo, porque representaba el Oriente en Europa, porque era la cabeza y la potencia más fuerte del Islám; separada del Islám y del Oriente, ya no representa nada en el mundo.

EL EGIPTO MODERNO

El Egipto, conquistado por los otomanos, estuvo realmente en poder de los *mamelucos*, soldados mercenarios de variada procedencia, pero de gran tradición militar. Tuvo el honor histórico de ser visitado por Napoleón Bonaparte, a quien los mamelucos proporcionaron una de sus sonadas victorias: la batalla de las Pirámides. En 1800, un oficial albanés llamado Mahomed Alí, llegó a Egipto, y al poco tiempo se hizo por su propia voluntad *bajá* del país. En 1807 arrojó a los ingleses que habían ocupado Alejandría y Damieta, y luego hizo asesinar a los jefes mamelucos. Organizó un ejército con oficiales europeos, introdujo nuevos cultivos y construyó canales, todo lo que los historiadores alaban en los gobernantes. Murió en 1849, y sus descendientes gobernaron de un modo autónomo. Bajo el mando de Mohamed Said Bajá, se construyó el *Canal de Suez*. El sucesor de éste, Ismail, ya había estudiado en

Francia, que era el procedimiento que empleaban los orientales para europeizarse; en 1867, recibió del Sultán el título de *Jetif* o *Khedive* (que son dos maneras de escribir la misma palabra), título que llevaron todos sus sucesores. En 1876, Francia e Inglaterra le impusieron dos Interventores generales de la Hacienda egipcia, y después dos ministros, uno inglés y otro francés. Por fin, en 1882, se presentaron en Alejandría las escuadras de los dos países, con una porción de exigencias. De ello resultó la ocupación de Egipto por los ingleses, que lo gobernaron bajo la autoridad nominal del Jedive hasta hace pocos años.

LA PERSIA DESDE TAMERLÁN

Hasta mediados del siglo XV gobernaron en Persia los sucesores de Tamerlán.

En Persia tenía numerosos adeptos la secta de los *Sufis*. Los sufis son los ascetas del Islám, llamados así por usar un manto de lana sin teñir, que era su distintivo, como el manto de los antiguos filósofos griegos. El sufismo es también la doctrina esotérica de los musulmanes. Los sufis formaron numerosas órdenes de *derviches*, *fakires* y *calendos*. Entre los doctores venerados por estos místicos mahometanos, se encuentran el español Ben Arabi, de Murcia, y el gran poeta persa Jelaledin Rumi. Profesaban doctrinas místicas sobre el amor divino y la unión con Dios, que han sido calificadas de panteístas. En su desarrollo espiritual, el hombre reproduce la evolución cósmica, ascendiendo por grados hasta llegar al éxtasis supremo. Empleaban para ello, a veces, procedimientos materiales: el sonido hipnótico de un tambor o de un pandero como el de los chamanes mogoles; la danza cada vez más agitada y rápida; el girar dando vueltas sobre los pies, hasta experimentar el vértigo; el tomar haschis y opio, o también té, en grandes cantidades; el ayuno prolongado; la inmovilidad durante horas y días, y otras prácticas tomadas de los yogis de la India. Muchos de ellos, sobre todo en Persia, eran partidarios del xiismo esotérico y reconocían a sus profetas ocultos.

En 1499, el jefe de una de estas Órdenes, algunas de

las cuales formaban sociedades secretas, había formado un ejército. Se llamaba Ismail. Vencedor de sus enemigos, se proclamó *Schah*—título antiguo de los reyes de Persia—y fundó la dinastía de los *Safis*, que duró hasta mediados del siglo XVIII.

En 1722, se sentó en el trono de Persia un general victorioso llamado Nadir Schah, que invadió la India, cometiendo tantas atrocidades como Tamerlán. Trató también de inventar una religión para unir a los musulmanes. Fué asesinado por un oficial de su guardia.

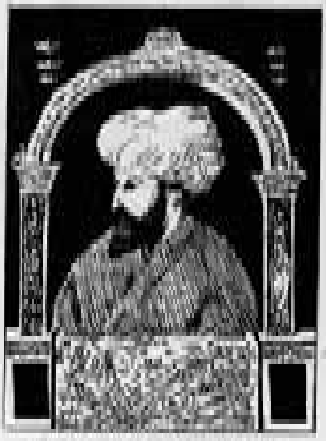
Después de algunos desórdenes, a fines del siglo se entronizó la familia de los *Kadjars*. Desde mediados del siglo XIX, comenzaron los Schahs de Persia a visitar Europa, y a sentirse, en consecuencia, reformistas, a admitir oficiales y funcionarios europeos, a otorgar concesiones para establecimiento de Bancos, a abrir los puertos y los ríos a la navegación extranjera. Persia era disputada por la influencia rusa y por la influencia inglesa. Las familias aristocráticas enviaban sus hijos a estudiar a Europa; los comerciantes ricos comenzaron a hacer lo mismo... Esto veremos cómo se repite en toda el Asia. Los estudiantes que regresaban, venían convencidos del *atraso* de su patria, e imbuídos de ideas europeas, naturalmente, pocas veces las mejores, porque, aunque pudiesen aprenderlas, era difícil que, con una mentalidad distinta, pudiesen contrastarlas y someterlas a una crítica rigurosa. Además, en el siglo pasado, Europa se hallaba en una época de prosperidad, al menos aparente, y de poder político efectivo, que parecía ser estable. No podían aquellos estudiantes orientales prever fácilmente lo que vino después.

En 1902 se formó un partido liberal que exigía reformas democráticas, y al mismo tiempo, nacionalista, en sentido europeo, ajeno completamente al espíritu oriental y muy especialmente al pensamiento islámico. El Islám es esencialmente democrático, pero lo es en otro sentido muy diferente de aquel en que nosotros entendemos la democracia.

Por este camino se llegó a los últimos acontecimientos de todos conocidos.

LOS PAISES ARABES

En el mundo árabe, propiamente dicho, han ocurrido acontecimientos importantes desde la caída del Imperio turco. Son la formación de los nuevos reinos del Irak, de la Arabia Saudita y del Yemen, y del Estado de Israel en Palestina.



Mahomet II, por Gentile Bellini

La Arabia Saudita es una creación de Ibn Saud, de la secta de los *Wahabitas*, uno de los personajes más notables de nuestros tiempos. Los Wahabitas son una secta puritana que nació en el siglo XVIII, que pretende la vuelta al Islám primitivo, condenando el culto de los profetas, de los santos y de sus tumbas, y ateniéndose a la letra exclusiva del Korán. Se dice que ni beben ni fuman, ni ríen. Tuvieron entonces un Estado poderoso, que duró hasta el siglo XIX. Ibn Saud, natural del Nedjed, en Arabia, se desembarazó del rey de aquel país en 1901, expulsó a los turcos y gobernó aquel país.

Cuando la gran guerra de 1914, los ingleses se pusieron de acuerdo con el Cherif Hussein, descendiente del Profeta, para hacer la guerra a los turcos, le sostuvieron como rey del Hedjad, hicieron a su hijo Abdullah Emir de Transjordania, y a su otro hijo, Faisal, rey del Irak. Así convenía a los ingleses,

Ibn Saud, rey de Arabia

para tener un rey hechura suya en aquel país, de donde sacan el petróleo, que traen por una cañería subterránea, el famoso *oleoducto*, al puerto de Haifa, en Palestina.

Ibn Saud derribó a Hussein y unió el Hedjaz con el Nedjed, formando la Arabia Saudita.

En el Yemen reinó el Imam Yahia, otro descendiente de Mahoma, jefe de la secta de los *Zaidies*.

La Siria actual, el Líbano y el Estado de Israel son creaciones de las potencias europeas.

En los periódicos, en los discursos, en los libros de actualidad, es voz constante que el mundo musulmán se agita, removido por una inquietud, por un desasosiego que se propaga desde el Pakistán hasta Marruecos. Nada más arriesgado que las profecías y las conjeturas sobre el porvenir de los pueblos; no podemos decir que de esa agitación, que derriba los antiguos poderes y se lanza a buscar cosas nuevas, no vaya a surgir algo que posea una alta categoría histórico-cultural. En cuanto a las causas, sí, podemos decir que esa agitación responde, por un lado, a que esos pueblos musulmanes están sufriendo una intoxicación de occidentalismo, y, por otro, casi todas son más o menos directamente provocadas por los europeos, no debiendo ser olvidado que el Irán, el Irak y otros países musulmanes del Asia occidental, poseen ricos yacimientos de petróleo.

El rey Faisal del Irak

Y si queremos aplicar a los hechos alguna ley histórica, ninguna más indicada al caso presente, que aquella que dice que ningún pueblo puede crear nada valioso si no es siguiendo su propia tradición.

CAPITULO XIII

La India moderna

LLAMAREMOS aquí *India moderna* a la de la época que empieza con el Imperio del Gran Mogol, del cual ya hemos hablado. El Imperio del Gran Mogol pertenece al mundo musulmán, como los reinos de los invasores anteriores: Mahmud de Gazna, Mohamed Ghori, los sultanes de Delhi, los *reyes esclavos*, Tamerlán, los Lodis y después, Nadir Schah.

Ahora queremos hablar de la India de los indos verdaderos, o como hoy se dice de los *hindúes*, que a pesar de tantos ataques y devastaciones, continuó viviendo, y continúa todavía hoy, a pesar de los ingleses y de algunos de los hindúes que los expulsaron. Nos referimos a la India tradicional, hinduista, brahmánica, de los grandes poemas, de la honda metafísica y de los templos cuajados de estatuas, de la India que ha sido llamada *la Grecia de Asia*, y también, *una Grecia excesiva*.

LA INDIA BRAHMANICA

Los hindúes—ahora los llamaremos así, siguiendo el uso que se ha hecho corriente—se mantuvieron en muchos lugares independientes, en otros, estuvieron sometidos a los Estados musulmanes: Imperio del Gran Mogol, reinos de Hayderabad y de Maisur, en el Dekán, etc., conservando su cultura propia, su religión y sus costumbres, y

hablando sus idiomas propios: el *hindi*, el *bengali*, el *mahrati*, etc., más o menos derivados del sánscrito, en el Norte, o sea el *Indostán*, así llamado por los musulmanes, y que quiere decir: «país de los indos»; y las lenguas drávidas: *tamil*, *carnatic*, *telinga*, etc., en el Dekán.

Los rajputa (palabra que significa «hijos de reyes», divididos en muchos pequeños reinos, y en feudos cuyos señores se llaman *Takurs* y que viven, como los de nuestra Edad Media, en sus castillos, llegaron a formar una confederación, a cuyo frente estaba el *Maha Rana* (gran rey) de Udeypur, descendiente de los *Sasánidas* de Persia y de los *Comnenos* de Constantinopla. Es muy común que los rajás y otros señores indos agreguen a su nombre la palabra *Sing*, que significa «león», calificativo militar que muchos de ellos merecieron.

Bajo los Grandes Mogoles se formaron los principados de los *Mahratas*, de que hablaremos aparte.

Las ideas musulmanas, especialmente las de los sufis, influyeron algo entre los hindúes, originando la formación de nuevas sectas religiosas que mezclaban los dogmas islámicos con la metafísica brahmánica. Las principales son la de Kabir, y la de los *Sikes*, fundada por Baba Nanak, en el siglo XVI, que poseen un templo hermosísimo, de mármol, con cúpulas de bronce dorado, en el medio de un gran estanque, en Amritsir.

El arte musulmán influyó también algo en el arte de los hindúes, que adoptaron la cúpula, el arco y algunos elementos decorativos, como también el arte de la miniatura. La pintura mogola, o más bien persa, influyó en la pintura inda. Por lo demás, la arquitectura hindú, que produjo entonces algunas de sus obras más notables, principalmente en el Sur, como los templos de Madura, Sriringam, Tanjore, etc., con sus sorprendentes *gopuras*, puertas surmontadas de torres piramidales cuajadas de estatuas, siguió sus caminos tradicionales.

LOS MAHRATAS

Los *Mahratas* eran un pueblo de casta sudra, la inferior de las cuatro castas puras, que vivían al Sur de los montes Vindyas, que separan el Norte del Sur de la India,

el Indostán del Dekán. No formaban Estado, sino que estaban gobernados por *Patels*, o jefes de aldea, especie de alcaldes. Eran y son todavía, excelentes jinetes, valientes, belicosos y emprendedores. Estaban sometidos nominalmente al Gran Mogol, pero siempre tenían un pretexto para hostilizarlo.

En tiempo de Aureng Zeb, su intolerancia levantó el espíritu de los hindúes. El jefe de una partida de jinetes mahrattas, llamado Siraji Balsa, venció con su caballería ligera a la caballería pesada de los mogoles. Conquistaron algunos territorios y formaron una confederación a cuyo frente estaba un ministro de los mogoles, llamado el *Peichva*, que tenía su corte en Puna.

Un labriego sudra llamado Sindia, a quien el Peichva había nombrado portador de sus zapatillas, en 1725, llegó a ser un jefe militar importante, y sus descendientes, defendiéndose de la feroz Compañía inglesa de Indias, ayudados al principio por aventureros franceses, fundaron la dinastía de los *Sindias de Gualior*.

Por otro lado, se independizaron las familias, también sudras, de los *Holkar de Indur* y de los *Guicowar de Baroda*, formándose así los tres Estados mahrattas, que subsistieron bajo la dominación inglesa. Estos soberanos no usaban, por lo menos al principio, más título que el de *Patel* (alcalde), y la constitución de estos Estados era libre y naturalmente democrática, sin acudir a imitar a los europeos.

LA PENETRACION EUROPEA

Antes que los mogoles, aparecieron en la India los portugueses. En 1498, arribó a Calicut el gran Vasco de Gama. Los portugueses entablaron relaciones no siempre cordiales, con el Zamorín de Calicut. No se alejaron de la costa; establecieron factorías comerciales protegidas por puestas fortificados. En 1510, Alfonso de Alburquerque conquistó la ciudad de Goa, que aún poseen los portugueses, y tuvo que defender, por cierto con éxito, sus posiciones contra los mogoles y los persas. Su principal apoyo en la India era el reino de Vijayanagar, y mediante

estas circunstancias, Portugal monopolizó el comercio de Europa con la India hasta fines del siglo XVI.

Incorporado Portugal a la corona de los soberanos españoles de la Casa de Austria, los portugueses se encontraron con la enemiga de los holandeses, que trataron de suplantarlos en la India. Su apoyo, el de Vijayanagar, cayó en 1563, con lo que Portugal recibió un golpe importante, decisivo para su Imperio colonial.

Otros enemigos de importancia eran los ingleses, en guerra con Felipe II. Formaron una empresa comercial, la *Compañía de comerciantes de las Indias Orientales*, que obtuvo un privilegio de la reina Isabel, en 1600, y se dedicó a arruinar el comercio portugués y asentar el suyo. En 1658, la Compañía desalojó a los portugueses. Los ingleses se establecieron en Madrás y en Calcuta, dirigidos por un Gobernador General, y establecieron fuertes. La Compañía era una verdadera potencia militar, con ejército propio, compuesto de aventureros europeos y de mercenarios del país: los *cipayos*. En 1658, comenzó a hacer la guerra a los mogoles y a los afganes, y a intervenir en las disensiones de los príncipes de la India. Se fueron así apoderando de extensos territorios.

En el siglo XVIII, las guerras de Inglaterra con Francia trajeron la intervención francesa en la India. En 1740, el francés Dupleix tomó a Madrás y luchó contra los ingleses hasta 1754. Era un buen político, que obtuvo la ayuda de los hindúes y puso en peligro el poderío inglés, consiguiendo el predominio en el Dekán. Pero en 1760, el general francés Lally ocasionó con sus erróneas disposiciones la pérdida de una batalla decisiva, que aniquiló el poderío francés en la India, donde sólo conserva Francia las ciudades de Pondichery y Chandernagor.

Otro enemigo ilustre que tuvieron los ingleses fué Haidar Alí, oficial de Maisur, que se levantó en 1761 y se sostuvo hasta 1780. A fines del siglo XVIII, se defendió bravamente Tippo Sahib, en Serigapatan, mientras el Nizam de Haiderabad se aliaba traidoramente con los ingleses, y éstos tuvieron que luchar con los mahratas.

Después surgió un nuevo poder hindú: los *Sikes*, sectarios de Nanak, que habían constituído una Orden mili-

tar poderosa. El jefe de uno de sus clanes, Ranjit Sing, llamado el *León del Penjab* y el *Napoleón de la India*, constituyó a principios del siglo XIX, un Estado poderoso con capital en Lahore, que duró unos cincuenta años.

Pero la más grande de las rebeliones contra los ingleses fué la de los *Cipayos*, en 1857. Eran tropas hindúes al servicio de los ingleses. Todos los cipayos del ejército del Norte se sublevaron en Delhi, residencia del último Gran Mogol, Bahadur Schah, y en Lucknu. Tuvieron tres jefes heroicos e indomables: la reina de Jansi, Tantia Topi y Nana Sahib. Todos ellos tenían amargos agravios que vengar contra los dominadores extranjeros, que se vieron seriamente comprometidos. Si no fuera por los soberanos del país que se pusieron a su favor, como el Nizam de Hayderabad, los Sikes y algunos rajás, acaso entonces fueran arrojados los ingleses de la India. Pero allí quedó perdida su independencia hasta nuestros días.

En 1877, fué proclamada la reina Victoria de Inglaterra, Emperatriz de la India.

LA DOMINACION INGLESA

Los ingleses habían dividido sus dominios de la India en tres grandes provincias: las *presidencias* de Calcutta, Madrás y Bombay. Sobre los gobiernos de estas presidencias estaba un *Virrey*, representante de la Corona. En los territorios autónomos (reinos del Rajputana, reinos mahratas, reinos de Hayderabad y Maisur, etc.), los ingleses limitaron los contingentes militares de los príncipes, acantonaron en ellos tropas del ejército inglés, y pusieron al lado de cada soberano un residente, encargado de vigilarlo. Cruzaron el país de ferrocarriles y carreteras, establecieron Universidades y Colegios de tipo europeo, respetaron todas las

Richard Wellesley, Gobernador de la India

religiones, pero prohibieron muchas costumbres hindúes. Alistaron en sus ejércitos a mucha gente del país, especialmente Sikes, Gurkas y Bengalíes del Norte.

Se formó una clase de europeizados, los *Babus*, que tenían un verdadero lío en la cabeza. De los indos educados a la europea salieron los forjadores del *nacionalismo* indo, idea completamente extraña a la mentalidad hindú, inaplicable en un país dilatadísimo y poblad[illegible] por gentes de las razas y las creencias más distintas. Así surgieron el famoso Mahatma Gandhi, Chandra Bose y otros propagandistas, que al fin lograron su propósito, gracias a la última guerra, consiguiendo la independencia de la India, no sin hacer tabla rasa de muchas venerables tradiciones, quedando las demás bastante comprometidas.

El Mahatma Gandhi

Hubo luchas sangrientas; la India se dividió en dos Estados: uno musulmán, el *Pakistán*, con su capital en Karachi, y otro hindú, el *Indostán*, con la capital en Delhi; se emprendió en muchas partes una verdadera revolución agraria; hay partidos comunistas; en fin, la India tiene ya todo lo que tiene Europa.

CAPITULO XIV

La China hasta su derrumbamiento

Nuestro siglo ha visto pasar a la China milenaria, ejemplo de *estancamiento*, en opinión de los escritores europeos, del Imperio al comunismo. No sabemos de qué manera podrán entender los chinos la doctrina marxista, tan opuesta a su modo de ser; si lo entienden como nosotros, habrá que convenir en que han dejado de ser chinos. Sus dirigentes parecen profesar la más rígida ortodoxia bolchevique; parecen *ser colonos espirituales* del Occidente, como sus predecesores del *Kuomintang*, como muchos dirigentes políticos de la India actual, y como casi todos los de los países musulmanes.

La China de Confucio y de Lao tsé parece haber desaparecido, o hallarse refugiada en no sabemos qué catacumbas. La cultura universal habrá perdido con ello una vasta provincia. Por eso hablamos del derrumbamiento de la China.

LOS MING

La dinastía mogola Yuan, que Kublai Kan había fundado, cayó en el siglo XIV, derribada por un antiguo monje budista, que en 1368, se proclamó Emperador y tomó el apelativo dinástico de *Ming*. Se considera esto como una reacción política de los chinos contra los mogoles.

El primer Emperador, Tai tsu, ordenó que todos sus

súbditos usasen el traje chino, restableció el ceremonial en las costumbres, reparó las tumbas de los antiguos emperadores, restableció todo lo que pudo restablecer de la antigua China, y dió impulso a la literatura y a las artes.

Así se inició un largo período de renacimiento cultural. Se reparó la Gran Muralla, los canales y los caminos y se organizó la defensa de las fronteras. La pintura y la escultura recobraron su antiguo esplendor; igualmente el arte de la porcelana: Las porcelanas Ming fueron durante

Soldados de las naciones participantes en las guerras de los boxers

mucho tiempo las más apreciadas en Europa. La China volvió a ser, en gran parte, la China anterior a los mogoles.

En esta época, estuvo en el Japón San Francisco Xavier, que se proponía visitar la China y murió en el camino, en la Isla de Sanchan, en 1552. En 1579 llegaron el padre Mateo Ricci y su hermano, que fundaron misiones en varios puntos, especialmente en Nankin. El Padre Ricci obtuvo en Pekín grandes distinciones, títulos y cargos, se convirtió en un verdadero sabio chino y vivió rodeado de la simpatía y del respeto de todos. Murió en 1610 y en-

tonces los éxitos de las misiones católicas despertaron el recelo de los letrados y funcionarios y el Emperador tuvo que mandar prender a todos los misioneros, orden que sólo se cumplió en las dos ciudades de Pekín y Nankín.

Sobrevino al fin la invasión de los tártaros manchúes, que se apoderaron de Pekín en 1644, acabando con la dinastía de los Ming. En tiempo de ésta también se establecieron por primera vez los comerciantes ingleses en Cantón, pero la penetración europea no fué tan fácil en la China como en la India.

LA DINASTIA MANCHU

Los manchúes fundaron la última dinastía china, la de los *Ta Ching*. Su primer Emperador fué el vencedor de los Ming, Shi-Tsu, que nombró al Jesuita Adán Schall Jefe de la oficina astronómica y le concedió grandes honores.

Los piratas chinos que tenían una organización poderosa, arrojaron, en 1662, a los holandeses, que se habían establecido en la Isla de Formosa. Sin embargo, los intentos de penetración europea no cejaban; en 1656 llegó a Pekín una embajada rusa y en 1679 se concluyó un tratado con aquella potencia.

Los manchúes adoptaron en todo las costumbres de los chinos e hicieron todo lo posible por conservar la cultura tradicional. Pero impusieron su autoridad duramente, todos los funcionarios eran manchúes, y obligaron a los chinos a usar el peinado manchú; toda la cabeza afeitada dejando en el occipucio un mechón largo, formando una trenza, la famosa *coleta* de los chinos.

En 1807 llegó a la China el primer misionero protestante. Ante la penetración europea los chinos se organizaron, según costumbre antigua, en sociedades secretas. El emperador Tao Kuang prohibió la importación del opio, que, aparte de ser su uso considerado inmoral por los chinos, como vicio embrutecedor, era ruinoso para la economía china. Quien importaba el opio en China era la Compañía de Indias Inglesa, por su establecimiento de Cantón. Esto trajo, en 1840, una guerra con Inglaterra, llamada la

guerra del opio; a consecuencia de ella, el Gobierno chino tuvo que ceder a los ingleses la ciudad de Hong Kong, y abrir otros cinco puertos al comercio.

En el reinado siguiente ocurrió la terrible rebelión de los *Tai Ping*, que eran cristianos enemigos de la dinastía manchú. Otra guerra con los ingleses impidió al Emperador sofocar esta rebelión y en el reinado del siguiente emperador, que era menor de edad, ejerciendo la regencia las Emperatrices Tsi An y Tsi Hsi, las regentes tuvieron que acudir a los ingleses para dominar a los rebeldes. Todo esto hería la dignidad de los chinos y trajo consigo un violento movimiento anticuropeo.

Una nueva regencia, ejercida por Tsi Hsi, llamada la Emperatriz Viuda, mujer de un talento extraordinario y gran enemiga de los extranjeros y afecta a la tradición china, vino con el reinado del emperador, también menor, Kuang Su.

En 1894 hubo una guerra con el Japón, que mostró su enorme superioridad militar y se apoderó de la isla de Formosa. En 1900 se produjo la sublevación anticuropea de los *Boxers*, dirigidos, según se dice, desde la Manchuria por el príncipe Kuang y que contaba con la secreta simpatía de la Emperatriz Viuda. En Pekín fueron atacadas e incendiadas las Legaciones europeas, teniendo que refugiarse los diplomáticos en la Embajada de España. También tuvieron que sufrir las misiones católicas por culpas que no habían cometido. Los Boxers formaban una sociedad secreta que practicaba ritos misteriosos de carácter semi-mágico. Las potencias enviaron a Tien Tsin sus escuadras y un ejército internacional de desembarco, que venció a los chinos y les impuso una nueva humillación.

Entonces los chinos consideraron que tenían que prepararse y ponerse a la altura de los europeos, en el orden militar y en el orden económico. Comenzaron a enviar a los jóvenes a estudiar a Europa y a los Estados Unidos de América. Y sucedió lo que en todas partes; aquellos estudiantes regresaban convertidos en progresistas y dechinizados.

En 1908 murieron la Emperatriz Viuda y el Emperador Kuang Su y le sucedió Hsuan Tung, bajo la tutela del gran político Yuan Shi Kai. En el sur de la China se había formado un partido o asociación de carácter republicano socialista y nacionalista, cuya principal figura era Sun Yat Sen, educado en los EE. UU. y socialista avanzado. Fué el famoso *Kuonmitang*, que provocó la revolución china de 1911. El Emperador fué destronado y Yuan Shi Kai presidió la República. Después el Kuonmitang, en estrecha relación con el gobierno comunista de Moscú, derribó a Yuan Shi Kai y comenzó una guerra civil de Norte contra Sur, en la que se levantaron unos contra otros, una de serie de generales, muchos de ellos verdaderos capitanes de bandidos, que sumieron a China en la anarquía.

Sun-Yat-Sen

Por último, con ocasión de la segunda guerra mundial, los japoneses invadieron la China y conquistaron gran parte del territorio, mientras el Gobierno del Kuonmitang huía, e impusieron el orden por algún tiempo. Al Emperador destronado lo hicieron los japoneses Emperador de la Manchuria, con el nombre de I-pu-yi. Perdida la guerra por los japoneses, todo

Yuan-Shi-Kai

aquello se vino abajo. El Gobierno del Kuonmitang, presidido por el general Chang Kai Shek, volvió a la China, para ser al poco tiempo expulsado por los comunistas.

Así terminó, probablemente, una de las civilizaciones más ilustres de la Historia.

CAPITULO XV

El Japón

El Japón pertenece realmente al mundo chino, pero posee una personalidad acusadísima y un espíritu orgulloso y tenaz, de gran iniciativa y capacidad política y de asimilación y transformación cultural y también una acometividad que ha llamado la atención en los últimos tiempos.

Se dice que el pueblo japonés es un pueblo mestizo; pero hoy se dice lo mismo de casi todos los pueblos, en parte, por aversión al racismo, y en parte por la dificultad que siempre se encuentra para explicar su origen, por lo cual resulta más cómodo echar mano del mestizaje. Se habla de un pueblo primitivo, que habitaba en las cavernas, el cual habría sido dominado y absorbido por los *Ainos*, pueblo que se supone de origen siberiano, y que perdura en las islas de Yeso, Sakalien y Kurilas; son de color blanco moreno, muy peludos, con cabello ondulado y sin pliegue mogol en los ojos, se dedican a la caza y a la pesca, son excelentes tallistas en madera, tienen gran afición a las joyas y son muy sucios y muy borrachos. Invasiones de gentes de raza *china* y de raza *malaya*, fueron ocupando el archipiélago japonés y reduciendo a los ainos a los lugares que hoy ocupan. Se discute todavía si el fondo principal de la población japonesa es mogol o malayo.

EL ORIGEN MITICO DE LOS JAPONESES

La historia mitica del Japón está ligada, naturalmente, con su religión más antigua: el *Sinto*.

El Sinto considera el mundo dividido en tres partes: cielo, tierra e infierno; entre la tierra y el cielo, hay un puente; entre la tierra y el infierno, hay un túnel. Una pareja divina primitiva, *Izanagi* e *Izanami*, hermanos, hijos de una divinidad indeterminada, habiendo mirado hacia abajo, desde el puente celeste y no viendo más que el mar crearon primero una isla y luego otra, y así fueron apareciendo las cuatro grandes islas del Japón: *Yeso*, *Nimpon*, *Sikoku* y *Kiusiu*, y las pequeñas islas que las rodean, y uniéndose como marido y mujer, dieron origen a los dioses, llamados *Kamis*, y a los hombres, por lo menos a los japoneses. Pero al dar a luz a Hachiman, dios del fuego, Izanami murió abrasada; Izanagi, desesperado, se arrojó al mar, y allí de sus lágrimas nació *Amaterasu*, la diosa del sol, que era de una belleza luminosa y extraordinaria. Amaterasu, por temor al dios de la tempestad, que la persiguia, se ocultó en una caverna y dejó el mundo en tinieblas. Los dioses, para imitar su forma, construyeron un espejo de forma circular, en el cual se ve la imagen de Amaterasu, y según otra versión, la de Izanami. Gracias al espejo consiguieron que Amaterasu saliese de la caverna y devolviese la luz al mundo.

Izanami fué enterrada en Arima, y su espíritu descendió al reino subterráneo. Allá la fué a buscar Izanagi, el cual tuvo que arrojar sus prendas a la diosa del Abismo, para entretenerla—hemos visto cómo, en Babilonia, le ocurrió algo semejante a la diosa Istar, cuando bajó a los infiernos a buscar a Dumuzi,—; vió Izanagi cómo del cuerpo de su esposa se formaban los ocho dioses del trueno, que lo persiguieron, pero logró librarse de ellos. Para subir a lo alto, tuvo que purificarse por el agua. Los descendientes de Izanagi e Izanami reinaron en el Japón, y reinan en el día de hoy.

En el Sinto, no hay diferencia clara entre hombres y dioses. Se ha querido distinguir entre dioses de la natu-

raleza y héroes divinizados, pero se encuentra que muchas veces, los dioses que gobiernan los agentes naturales son antepasados u hombres ilustres a quienes se tiene por dioses después de su muerte. De los siete dioses de la Buena Fortuna, *Ebisu*, pertenece a la familia de los antepasados del emperador; *Hachiman*, dios de la guerra, es el hijo de la emperatriz Jingo, que lo llevó tres años en el vientre durante las guerras de Corea; *Fukuroku y Jurojin*, son los dioses de la longevidad, cuyo símbolo, que los acompaña, es una cigüeña; *Daikoku*, es el dios de las riquezas y de la abundancia y el protector de los soldados; *Hotei* es muy amigo de los niños, y la diosa *Benten*, diosa de la fertilidad, vino al Japón en el *día de las serpientes*, por lo cual se la representa montada en una culebra. Hay una infinidad de pequeños dioses y de demonios que luchan entre sí y con el hombre: hay un demonio cuya cabeza se escapa de noche para ir a causar daño a los hombres, dejando su cuerpo en tierra; cualquier hombre que quiera matar a este demonio no tiene más que cambiar de sitio el cuerpo descabezado y la cabeza ya no podrá encontrarlo. Cuando el puchero está hirviendo en el fuego, a veces empieza a hablar o a cantar: es un demonio especial que se ha metido en él. Muchos de estos demonios son semejantes a los de la China.

El culto Sinto se tributa a estos espíritus, que muchas veces son antepasados y a los antepasados mismos. En toda casa suele haber un altar doméstico; los templos son pequeños y en ellos no suele haber imágenes, sino tan sólo una mesa en la que están un espejo redondo de plata, una especie de plumero de papel y una bola de cristal.

EL IMPERIO

El primer emperador histórico, descendiente de Amaterasu o Amatsu-Koyane, fué *Jimmu Tenno*, que se suele colocar en el año 660 antes de Jesucristo. El país era llamado *Yamato*, y Jimmu Tenno fué el primero de los *Mikados* (emperadores, aunque los japoneses llaman al emperador, *Tenno*) y su dinastía dura en el día de hoy.

El emperador del Japón es todavía hoy un rey sacer-

dote, como los reyes primitivos que hemos conocido en Mesopotamia, y como el emperador de la China. Es el sumo sacerdote del Sinto, el que ofrece los sacrificios supremos en nombre del pueblo. Los japoneses dicen hoy que el Sintoismo no es una religión, sino un sistema de ritos tradicionales que aseguran la conservación del espíritu japonés.

El Mikado o Tenno fué el soberano único del Yamato, según se dice, hasta el siglo X.

Los emperadores que sucedieron a Jimmu Tenno fueron extendiendo su dominio desde donde hoy está Tokio hacia el Norte, en sucesivas campañas, distinguiéndose entre todos, el príncipe *Yamatodaki*, gran héroe nacional, cuyas románticas aventuras se refieren con admiración, y cuya vida se localiza hacia fines del siglo I de nuestra Era.

Dueños los japoneses de todas las islas, comenzaron a buscar la expansión hacia el continente. Hacia el año 200, la ilustre emperatriz *Jingo* conquistó gran parte de la Corea, dirigiendo ella misma la guerra. Los coreanos fueron los que introdujeron en el Japón la escritura y la cultura china, incluso el idioma, que fué al principio la lengua literaria de los japoneses. Las corrientes culturales venidas de China no se interrumpen ya: vienen de allí literatos, artesanos, pintores, y los japoneses se aplican al estudio del pensamiento chino, de los escritos confucianos y taoistas.

EL BUDISMO

En 539, reinando el emperador Kimmei, los coreanos le enviaron una estátua de Buda y un ejemplar de los *Sutras* traducido. Muchos colonos chinos y coreanos eran budistas. El culto budista comenzó a practicarse en la Corte.

Pero en 552, sobrevino una peste que causó bastantes víctimas. El pueblo la atribuyó a un castigo de los antiguos dioses, irritados por la introducción de divinidades extranjeras, y se elevaron protestas insistentes. La peste continuaba, y entonces se dispuso que la estátua de Buda

fuese arrojada a un río. Entonces se produjo un milagro: con el cielo enteramente limpio y despejado, cayó un rayo y puso fuego al palacio imperial, que ardió enteramente, y mató a los ministros que habían aconsejado se arrojase al río la imagen.

El emperador, que consideraba la doctrina del Buda como la mejor que pudiera concebirse, ordenó que sacaran del río la imagen de Sakya Muni, y así se hizo, mas he aquí que volvió la peste, y el clamor público logró que volvieran a tirarla. Pero esta vez, la peste no desapareció; el mismo emperador murió de aquella enfermedad, y la gente estaba desorientada, sin saber qué partido tomar. Al fin, Buda fué sacado del río y volvió al palacio definitivamente.

En tiempo de la emperatriz *Suiko*, en 593, su sobrino y consejero Mumayado, gran erudito y político y entusiasta budista, implantó esta doctrina como religión del Japón, que entonces empezó a ser llamado *Nipón;* hizo construir templos y fabricar imágenes y estimuló la predicación. El imperio se organizó a la china y los estudios clásicos chinos fueron implantados en el país, que ya se llamaba «Imperio del sol naciente» (*Dai Nippon*), designación de origen chino.

A su muerte, Mumayado fué venerado como santo budista, con el nombre de *Sotoku Taisi* (Apóstol de la verdadera ley).

A esta época se llama *período Nara*, por ser entonces Nara la residencia imperial, y fué el primero del arte japonés. Tiene éste marcadas influencias chinas en la arquitectura, e indias, a través de la China, en la escultura, pero revela una muy temprana perfección.

PERIODO FUJIWARA O HEIANJO

Se llama así por el predominio político de una familia cuyos miembros gobiernan de hecho en nombre del emperador: los *Fujiwara*, descendientes de Amaterasu, colaterales de la familia imperial.

El primero fué Kamatari, gran sacerdote del imperio,

que fué primer ministro y luego obtuvo el cargo de *Kuambáku*, creado para él, y hereditario en su familia. Este cargo hacía que todos los asuntos públicos pasasen necesariamente por sus manos y que él fuese el único por cuyo conducto se pudiese llegar al Mikado. El Kuambaku asumía también la regencia durante la minoría del soberano. Kamatarí fué un gobernante hábil, pero protegía escandalosamente a sus parientes y amigos. Otro señor de la alta nobleza, Michizán Sugawara, ilustre letrado, trató de suplantarlo... Michizán murió en el destierro y su espíritu comenzó a manifestarse con fenómenos preternaturales en tal forma, que inquietó grandemente a las gentes, hasta que al fin se le concedieron honores divinos, y al entrar en la categoría de los dioses, se apaciguó.

Los Fujiwara gobernaron el Japón durante tres siglos, teniendo el emperador su capital en Kioto.

En esta época se dieron leyes sobre el vestido y las insignias, se compilaron los libros clásicos japoneses: el *Kojiki* (de cosas antiguas), el *Ni-hongi* (crónicas históricas) y el *Manyochu* (mil hojas de versos); Kobo Daisi inventó la escritura silábica llamada *Hiragana*, rival de la *Katagana*, y se hicieron algunas obras artísticas notables.

LA EPOCA FEUDAL

Desde antiguo, el Japón era un país feudal, como lo fué la China. Durante los períodos Nara y Hei, se fué organizando más perfectamente la sociedad feudal y adquiriendo preponderancia la casta militar.

Tori o puerta ornamental de un templo japonés

Suelen distinguirse dos clases de nobleza en el Japón: la nobleza de corte, *Kuge*, que rodeaba al emperador y ejer-

cia los altos cargos del imperio, y la nobleza militar, que residía en sus tierras. Esta estaba constituida por príncipes de la familia imperial, o emparentados con ella, por señores feudales llamados *daimios* y por hombres de armas o hidalgos, al servicio de los daimios, llamados *samurais*, que tenían el privilegio de llevar dos espadas.

La espada japonesa, ligeramente corva, de puño largo y con una guarda discoidal, era muchas veces una verdadera obra de arte. Hubo espaderos famosos, como Masamune y su discípulo Muramazu, cuyas espadas cortaban las hojas que un río arrastraba en su corriente; Motada, Miojin y otros, que tenían por patrón al dios Kanoyamahiko. La forja y el temple de una espada se hacían con grandes ceremonias y ritos especiales, no pudiendo entrar ninguna mujer en el local en que se estaba haciendo. Los samurais practicaban un verdadero culto de la espada: cada espada tenía su nombre y era objeto de una consagración ritual, era incluso una falta empañar su acero con el aliento. Un samurai no toleraba ningún menosprecio hecho a su espada, se cuenta de uno que, habiéndole dicho un compañero:

—Mi espada vale tanto como la vuestra.

Respondió:

—Os haré ver la diferencia.

Y para probarlo, se abrió el vientre. El otro, ofendido, hizo también lo mismo, y allí murieron ambos en defensa del honor de sus espadas.

Esto ya indica cuál es el espíritu de los samurais. Los samurais observaban estrictamente las reglas de la caballería, que estaban codificadas bajo el nombre de *Bushido*. El *Bushido* regula toda la vida del hombre de raza noble, obligándolo a un culto riguroso del honor, a un valor impávido hasta el heroísmo, a una lealtad completa a su señor, a sus compañeros, a sus iguales, a la observancia celosa de sus deberes en las relaciones de señor y súbdito, amo y sirviente, padre e hijo, esposo y esposa, hermano y hermano, con una perfecta y absoluta abnegación de sí mismo y una perfecta cortesía y benevolencia para todos. Hay en ello una influencia muy sensible de la ascética budista. El samurai es indiferente ante la vida y la muer-

to; no se trata, para él, de vivir o morir, sino de vivir y morir con honor; lo que importa es la dignidad y el mérito está en el sacrificio. Cumple sus deberes de hombre de guerra, según su clase, como el chatria de la India, según hemos visto que Kriana aconsejaba a Arjuna. De un modo que puede parecer paradógico, el Budismo no apagó este espíritu, sino que lo exaltó. El Bushido obliga incluso al samurai, para salvaguardar su honor ante sus iguales, a suicidarse, para lo cual está establecida una forma solemne, el *hara-kiri*, por cierto muy cruel pues consiste en abrirse el vientre con un puñal especial, o con la espada. En la famosa novela de Tamenaga Shunsui, *Los cuarenta y siete ronins*, se refiere un episodio histórico en que cuarenta y siete samurais, deshonrados por haber sido su señor injustamente condenado a muerte, no paran hasta vengarlo, matando al inicuo acusador y llevando su cabeza a la tumba del que murió inocente, y se suicidan después.

La defensa de la frontera de los Ainos obligaba a tener allí tropas, cuyos grandes jefes, principalmente los de las ilustres y poderosas familias Taira y Minamoto, ejercían el cargo de generales en nombre del emperador, y al mismo tiempo que defendían el imperio, trabajaban por derrocar a los Fujiwara. En el siglo X, el Taira Masakado fracasó en esta empresa.

GUERRAS DE LOS TAIRA Y MINAMOTO

Estos dos clanes guerrearon uno con otro durante cinco siglos, y sus luchas fueron célebres en la historia japonesa y modelo de las guerras caballerescas.

En Yosima, los Minamoto estaban acampados en la orilla del mar, y los Taira venían en sus naves. Destacaron hacia sus enemigos un esquife que enarbolaba, en lo alto de un palo, un abanico con el símbolo de los Taira, que era un sol, y desafiaron a sus enemigos a disparar una flecha al abanico. Un samurai de los Minamoto, llamado Munetaka, tensó su arco y apuntó; hacía viento, pero en un momento que calmó algo, Munetaka disparó.

La flecha pasó por el nudo que lo sujetaba, y el abanico cayó dando vueltas. Era un funesto presagio para los Taira... Los Minamoto aplaudieron entusiasmados. Los Taira, admirando la belleza del tiro, aplaudieron con igual fuerza.

Escenas corteses y caballerescas como ésta abundan en la historia del Japón.

El jefe de los Taira, Kiyomori, vencedor de los Minamoto, y aun ayudado en algún momento por su jefe, Yositomo, se apoderó del poder y se proclamó *deijin*, gobernando a su capricho y aun llegando a nombrar emperadores, dentro siempre de la familia imperial. El Mikado o Tenno, encerrado en su palacio, estaba reducido a una vida ociosa, que entretenía con juegos y placeres, estudios literarios, especulaciones místicas y formando colecciones de obras de arte.

En 1159, Kiyomori hizo asesinar a su rival Yoritomo Minamoto. Dejaba éste dos hijos: Yoritomo y Iesitzoné. El segundo fué acaso el más notable de los héroes legendarios del Japón. Los Minamoto se levantaron y volvieron a encender la guerra. Muerto Kiyomori, hubo disensiones entre los dos hermanos Minamoto. Yoritomo envidiaba a Iesitzoné, a quien el pueblo aclamaba y adoraba, y trató de deshacerse de él. Después de realizar notables proezas, como la de vencer, sin más arma que su abanico de guerra, a un guerrero gigantesco e invencible, que lo esperaba con su sable y enteramente cubierto con su armadura, mientras Iesitzoné iba desarmado, el héroe tuvo que huir, y un vasallo suyo le dió muerte.

EL SOGUNADO Y EL PERIODO KAMAKURA

Yoritomo, que había hecho prisionero y mandado decapitar a Munemori, hijo de Kiyomori, después de la famosa batalla de Da-no-ura, en Simonoseki, en la que quedó exterminado el clan de los Taira, obtuvo el nombramiento de *Sogun*, que le confirió el emperador.

Este título no era, en realidad, más que de general «vencedor de los bárbaros» pero de hecho, llevaba con-

sigo la autoridad suprema, ejercida en nombre del Mikado, pero absoluta y libre, y además, hereditaria en la familia.

Se estableció así una suerte de doble monarquía: el Tenno, o Mikado, con autoridad religiosa, como descendiente de los dioses y sumo sacerdote, y con el poder supremo nominal, de carácter puramente simbólico, que residía en Kioto, rodeado de una corte fastuosa de nobles Kuge que ejercían cargos palatinos, y el Sogún, que residía en Kamakura y era, como vemos, el verdadero emperador de hecho. De él dependía la aristocracia militar.

Yoritomo

Pero los sucesores de Yoritomo vinieron a ser a su vez soberanos nominales, abandonando el ejercicio del poder en manos de un primer ministro, cargo que ejercieron hereditariamente individuos de la familia *Hojo*, no sin desórdenes en el país. El mérito principal de los Hojo fué haber rechazado dos intentos de invasión de Kublai Kan, desde la China, expediciones que los samuráis japoneses deshicieron por completo.

Marco Polo dió noticia del Japón, al que llamó *Zipango* o *Zipangu*, y tan elogiosas, que Xipango se convirtió en la mente occidental, en uno de los países de maravilla que atraían, por una parte, el afán misionero de la Iglesia, por otro los sueños de aventuras, y, lo que ya no es tan digno de alabanza, la codicia y rapacidad de las gentes de Europa.

EL BUDISMO JAPONES

El Budismo había encontrado gran favor en la casta militar. Los monjes budistas —que en Europa se llamaron *Bonzos*— se entendían muy bien con los samurais; había samurais que se hacían bonzos y bonzos que, en ocasiones, ceñían la espada. Los bonzos eran partidarios del aislamiento y lo apoyaron eficazmente en su restauración.

El Budismo japonés era de la escuela Mahayana. Buda se llama, en Japonés, *Butsu*, y en general, se reconoce un Buda supremo, llamado *Amida Butsu* (Amitabha) y sus emanaciones o formas: *Kwanon* (Avalokitesvara), los *patriarcas* y misioneros búdicos, y otros; los dioses Sinto son venerados por los budistas como Bodhisatvas o como discípulos de Sakya Muni.

El conocimiento de estas formas búdicas es indispensable para una acertada inteligencia del arte japonés, como del arte chino, tibetano y turquestano.

En general, el Budismo japonés, aun profesando, a veces, en el fondo, un nihilismo absoluto, no desliga al hombre de los demás, sino que recomienda cumplir los deberes que impone la condición de cada uno, como hemos visto que sucedía con los samurais. El deber tiene cuatro objetos: los padres, los hombres, el soberano y el Buda. A los padres se les debe respeto y obediencia; a los hombres, desinterés, palabras amables, ayuda y justicia; al soberano, sumisión y servicio; al Buda, veneración. El destino del hombre es llegar al Nirvana, que se identifica con la obtención del estado de Buda, que está abierto para todos y que se alcanza desprendiéndose de los seis mundos, que son: el mundo infernal, el de la naturaleza animal, el de las pasiones, el de la fuerza bruta, el de los hombres y el de los seres celestes.

Hay numerosas sectas o escuelas budistas, que en realidad son diversos métodos para alcanzar el mismo fin. Se dividen en dos clases: las del *Camino Santo*, que pretende que el hombre ha de salvarse por su propio esfuerzo, y comprende las sectas *Hosso*, *Kegon*, *Shingon*, *Ni-*

chiren, Tendai y Zen; y las de la *Tierra Pura*, que considera preciso confiar en la ayuda de Amida-Butsu, y son las sectas *Jodo y Shin*. Estas doctrinas proceden unas de la India y otras de la China, pero las Nichiren, Jodo y Shin son nacidas en el Japón.

La doctrina Zen, o *Zen-chu*, procedente de la China y fundada por Daruma, recluta sus numerosos adeptos

Paisaje japonés, con el Fusi Yama (volcán famoso) al fondo.

entre lo más selecto de la intelectualidad japonesa y su método se funda en la meditación. Ha despertado modernamente bastante interés en Europa.

Cuando los Kuge pretendieron derribar el Sogunado, bajo los Hojo, la insurrección que se produjo en favor del Sogun auténtico fué alentada por las tres citadas sectas japonesas, lo cual trajo una cruel persecución contra ellas. Pero esto no dañó entonces a la doctrina budista.

LA EPOCA ACHIKAGA

En 1333, se levantaron contra el poder de los Hojo tres nobles de categoría: Kusonoki Masahigo, Nitta Yoshisada y Achikaga Takauji. Kamakura fué tomada y entregada a las llamas, y la familia Hojo fué exterminada. Siguió un período de confusión: Nitta Yoshisada, jefe del partido imperial, quería restablecer el poder del Mikado, pero Achikaga se proclamó Sogun hereditario, por su propia autoridad y sin nombramiento imperial, instalándose en Kioto, donde sus descendientes gobernaron y vivieron con gran esplendor por espacio de doscientos cuarenta años, mientras los Mikados o Tennos vivían pobremente.

Esta fué la edad de oro del arte japonés, según algunos: al lado del arte budista, que produce pinturas y esculturas de gran expresión mística, semejantes a las del período Nara, nace un arte profano, en el que destacan los famosos rollos, tan usados ya en períodos anteriores, que representan escenas de corte y de historia, y el paisaje, de una gran delicadeza.

Pero los daimios obraron en todas partes como soberanos independientes, sin conceder al Sogun más que una preeminencia casi tan sólo honorífica.

SAN FRANCISCO JAVIER Y EL CRISTIANISMO EN EL JAPON

Había llegado la época de los grandes viajes de los portugueses. Los nombres de Portugal y de España empezaban a sonar en Oriente como los de reinos poderosísimos, muy lejanos, emprendedores y temibles por sus armas. En 1543, un junco chino trajo a unos mercaderes portugueses a una pequeña isla cerca de las costas de Kiusiu. Regalaron armas al daimio, y éste los protegió. Europa había llegado a conocer el fabuloso Xipango.

El día 15 de agosto, día de la Asunción de la Virgen María, del año 1547, llegó a Kogoshima San Francisco Javier, el Apóstol de las Indias, con dos compañeros y tres cristianos indos, y comenzó con ardor y con éxito la predicación del Cristianismo, realizando milagros que asom-

braron a las gentes. El gran santo español se mostró a su vez admirado de la cultura, la inteligencia y la habilidad de los japoneses y del profundo saber de los bonzos, que, naturalmente, lo combatieron y con los cuales sostuvo discusiones. Permaneció allí dos años, y después continuaron su apostolado los Padres Cosme de Torres y Juan Fernández de Córdoba, que lograron muchas conversiones y la protección de algunos daimios.

San Francisco Javier

En 1567, el Tenno Ogimachi encargó de ponerse al frente del gobierno a un descendiente de los Taira, llamado Ota Nobunaga, el cual destituyó, en 1573, al último Sogun Achikaga y restableció el orden, imponiéndose a los daimios, y a los monjes budistas, que se habían acostumbrado a dirigir la política. Nobunaga destruyó los monasterios de las sectas Tendai y Shin y protegió a los cristianos, los cuales hicieron grandes progresos bajo su mando.

En 1582, Nobunaga fué muerto por uno de sus generales, a quien había inferido una ofensa. A su muerte, el cristianismo contaba en el Japón 200.000 fieles.

En 1484 llegó al Japón el primer buque español, cuya tripulación fué cordialmente recibida por el daimio Maturu Hoin, que entabló relaciones con el capitán general de Filipinas. Los daimios de Otomo Arima y Omura, que eran cristianos, enviaron a Europa una embajada compuesta de varios jóvenes de la nobleza, que visitaron a Felipe II en Madrid, donde recibieron grandes agasajos, y asistieron en Roma, a la coronación del Papa Sixto V.

EL GRAN SOGUN TAIKOSAMA

Nobunaga tenía un palafrenero, Hideyoshi, de origen humildísimo, que había andado vendiendo leña por las calles de Kioto, y a quien llamaban el *beto Faxiba*. Era hombre inteligente y de gran energía; por sus notables servicios, fué ascendido en el ejército hasta obtener un alto puesto, y a la muerte de Nobunaga fué indicado para ocupar su puesto y para continuar su obra de pacificación, ocupando el Sogunado con el nombre de Toyotomi Hideyoshi. Se atrajo a varios poderosos daimios y acabó por completo con el partido de los Hojo. Fué uno de los más prestigiosos gobernantes del Japón, mereciendo ser llamado *Taikosama*, o sea gran Taikun, que equivale a Sogun.

Fujiwara Mitsuyoshi

En 1587, Hideyoshi prohibió el culto cristiano y ordenó la expulsión de todos los sacerdotes extranjeros. Así empezó la persecución del cristianismo japonés, no propiamente por causas religiosas, sino por razones políticas, para evitar la intervención de gentes extrañas al país en los asuntos públicos.

Surgió luego una guerra con Corea, en la que intervino la China, y durante ella murió Taikosama, en 1598.

LA EPOCA DE LOS TOKUGAWA

La muerte de Taikosama trajo una nueva guerra civil entre los daimios, que terminó en el año 1600, en que Tokugawa Iyeyasu venció al partido de los príncipes del Sur en la batalla de Sekigahara y fué nombrado canciller del imperio y Sogun, durando su dinastía hasta 1868.

Iyeyasu había sido el principal colaborador de Hideyoshi, de quien había obtenido feudos importantes arrebatados a sus enemigos. Fijó su corte en Yedo, mientras el Tenno permanecía en Kioto, rodeado de una gran veneración y de honores divinos. En esta época se perfecciona el sistema de la doble monarquía japonesa, respetando en las provincias el régimen feudal e inaugurando una era de paz que duró más de doscientos cincuenta años. La agricultura, la industria, la organización militar, la literatura y las artes, realizaron grandes progresos. Los Tokugawa procuraron mantener el país cerrado a toda influencia extranjera, sólo fué admitida una factoría holandesa en la pequeña isla de Deshima, cerca de Nagasaki, y se pusieron trabas al comercio exterior.

Esta política, desde cierto punto de vista acertada, trajo consigo una persecución del cristianismo, que llegó a ser sangrienta. Ya en 1597 fueron crucificados en Nagasaki 26 religiosos, que murieron predicando a sus fieles hasta el último momento. En 1616, Hidetada, sucesor de Iyeyasu, prohibió en absoluto el culto y la predicación del cristianismo.

En 1622, la persecución llegó a revestir caracteres espantosos: sólo en un día fueron martirizados cincuenta y dos cristianos en Nagasaki, y después hubo millares de víctimas, ofreciendo los católicos japoneses un ejemplo verdaderamente heroico. En la historia del Japón se llama a esto *el gran martirio*. En 1637, 37.000 cristianos refugiados en una fortaleza fueron degollados sin salvarse uno solo y más tarde se notificó a las autoridades portuguesas de Macao que no se permitiría la entrada en el Japón a ningún cristiano, aunque fueran el rey de España, Jesucristo o el gran Buda.

Los católicos japoneses no por eso abandonaron su fe. No tenían sacerdotes, pero practicaban sus devociones a su manera y persistieron en esta forma durante más de 200 años. Cuando, en 1865, llegaron al Japón misioneros franceses, se encontraron con que todavía había allí 50.000 católicos, los cuales, desconfiando de los nuevos predicadores, los examinaron acerca de tres puntos, preguntándoles si obedecían al Papa, si veneraban a la Virgen y si

observaban el celibato y sólo los aceptaron cuando les ofrecieron pruebas fehacientes.

LA REACCION SINTOISTA

En el siglo XVII se inicia un movimiento de restauración patriótica, que se dirige principalmente contra la cultura china e incluso contra el Budismo. Los eruditos, arqueólogos y literatos japoneses se dedican al estudio de los libros antiguos: el *Kojiki*, el *Nihonjiki* y el *Manyoshu*; critican y hasta ridiculizan la filosofía de los chinos y la moral de Confucio, diciendo que los japoneses, naturalmente honrados y bondadosos, no necesitaban de aquellos preceptos y que las sutilezas de la metafísica taoísta y budista no podían guiarles al descubrimiento de la verdad. En contra de ellas, preconizan el *Koku-gaku*, o sea la «doctrina del país» y quieren volver al Sinto primitivo puro, al culto y a la imitación de los primitivos dioses del Japón. Todos los japoneses forman una gran familia, cuya cabeza es el emperador, el Tenno, el Mikado, descendiente de la diosa Amaterasu y por lo tanto dueño y único señor del Japón y de los japoneses y supremo gobernante y sacerdote, en cuya persona deben unirse la religión y el gobierno y al cual todos los japoneses deben amar y obedecer, como deben obedecer y amar a sus padres. Culpaban de los desórdenes y de las guerras civiles a las doctrinas de Buda y de Confucio y trataban de purificar al Japón de toda influencia que perturbase sus tradiciones antiguas.

Los occidentales consideran paradójicas las actitudes y las maneras de pensar de los japoneses. En efecto, resulta desconcertante que esta tendencia restauradora y ultratradicionalista haya sido la que en último término produjo la revolución de 1868 y la adopción por los japoneses de la civilización occidental. Y sin embargo, a este movimiento se atribuye la tan comentada transformación del Japón.

LAS AGRESIONES EUROPEAS

El Japón se había salvado hasta entonces de la ingerencia de las potencias occidentales, y esta situación de aislamiento duró hasta mediados el siglo XIX. Hasta entonces pudieron los japoneses resolver sus asuntos según su criterio y según su deseo.

El Emperador Kuhlay, muerto en 1867

Pero en 1853, se presentó en la bahía de Yedo una escuadrilla norteamericana mandada por el comodoro Perry, exigiendo, con una carta del presidente de los Estados Unidos, la apertura del Japón al comercio con su país y el Sogun no tuvo más remedio que firmar un tratado comercial. A este hecho le dan los occidentales tanta importancia que lo consideran como punto de partida de la transformación del Japón. Indudablemente fué la primera humillación que recibieron los japoneses por parte de las potencias de occidente.

En los años siguientes se reprodujeron las mismas exigencias por parte de Inglaterra y de Rusia y más tarde de Holanda, Francia, Prusia y Austria, y tuvieron que abrirse a los extranjeros los puertos de Yokohama, Nagasaki, Hakodaté y más tarde los de Yedo, Osaka y otros. Los patriotas japoneses cometieron algunos atentados contra comerciantes europeos, y en consecuencia, en 1863 los ingleses bombardearon a Kagoshima y desmontaron las baterías de Simonoseki y el año siguiente repitieron el ataque las escuadras holandesa, francesa y norteamericana.

La dignidad del pueblo japonés se resintió vivamente de estas repetidas humillaciones. El resultado fué, por una parte, la impopularidad del régimen de Sogunado entre los tradicionalistas, que de este modo desearon con

más ahinco la restauración del régimen primitivo, bajo la única autoridad del Tenno; por otra, que el elemento militar aspirase a poner el ejército y la armada japonesas en condiciones de hacer frente a cualquier agresión extranjera. Mas para ello era preciso aumentar la riqueza del país, montar nuevas industrias y aprender nuevas técnicas.

Entonces comenzaron los japoneses a ir a cursar estudios en Europa, principalmente estudios militares. Los estudiantes educados en Europa volvían con ideas reformistas, pero al mismo tiempo, de un patriotismo exaltado. Se trataba de hacer al Japón tan poderoso y tan temible como aquellas potencias que le habían dado lecciones tan crueles. La europeización del Japón no fué como la de otros pueblos, efecto de un mimetismo, en gran parte, inconsciente; fué consecuencia de un propósito deliberado y perfectamente razonado. Se trataba de obtener todas las ventajas de la civilización moderna, sin perder ninguna de las de la tradición, de adoptar una exterioridad europea conservando su interioridad japonesa... Este deseo tenía bastante de utópico, pero se cumplió hasta cierto punto, sin que se pueda predecir lo que sucederá en el futuro.

LA REVOLUCION DE 1868

En 1868, los reformistas hicieron su revolución. La revolución japonesa fué una revolución también paradógica, para el modo de ver occidental; fué una revolución que los japoneses llaman *restauración*, pero que en más de un sentido resultó ser una revolución.

En 1867, murió el emperador Komei y le sucedió Mutsuhito, que tenía catorce años, y el último Sogun Tokugawa dimitió. Entonces el partido reformista se apoderó del poder por medio de un golpe de Estado, restauraron al Mikado, devolviéndole toda la autoridad como único soberano del Japón. Tokugawa lanzó sus tropas sobre Kioto, pero fueron completamente derrotadas. El Mikado pasó a residir en Yedo, que recibió el nombre de *Tokio*, nombre

que se interpreta como «ciudad del Este» o como «residencia excelente», donde recibió solemnemente a los embajadores extranjeros. Se le nombró un Canciller y nueve ministros. Se abolió el feudalismo, obligando a los daimios a renunciar a sus derechos, y se creó una nueva nobleza, con títulos a la europea: príncipe, marqués, conde y barón, cuyos titulares fueron los reformistas: los Ito, los Okuma, etcétera, y el Estado se organizó como una burocracia.

En cuanto a la religión, el Sinto, declarada religión del Estado desde 1862, fue objeto de una activa propaganda desde 1869, y en 1870 el emperador ordenó la publicación de un catecismo de la *Gran Doctrina*.

El partido tradicional de los samurais organizó varios levantamientos, que fueron dominados. El principal fué el de Satsuma, en 1877, en el que los sublevados reprodujeron las manifestaciones de heroísmo de las antiguas gestas del Japón. Pero tampoco lograron ninguna ventaja, aunque sus mismos enemigos reconocieron su mérito.

Por último, en el mismo año se estableció el régimen parlamentario.

No sólo se reformó el gobierno y el ejército, adoptando armamento y uniformes modernos y se introdujeron industrias mecánicas, sino que se introdujo la arquitectura europea en las ciudades, se adoptó la indumentaria europea, aunque se siga usando también el traje japonés, se organizó la enseñanza a la moderna y sin desaparecer muchas costumbres propias del país, comenzaron a practicarse las occidentales. De todo esto resultó una mezcla extraña, que desconcierta a muchos europeos.

LA SORPRESA DE EUROPA

El Japón llegó a asombrar a los países de Occidente, cuando se observó la facilidad con que aquellos orientales manejaban no sólo nuestras técnicas y nuestros procedimientos de gobierno y de guerra, sino también incluso nuestras ideas, conservando al mismo tiempo un fondo psicológico y una concepción de la vida que encontramos difícilmente comprensible.

La primera sorpresa fué con motivo de la guerra con los chinos, en 1894; la mayor fué la gran victoria sobre Rusia, en 1904 y 1905, que nadie consideraba posible.

El Japón aparecía de repente como una formidable potencia militar de gran estilo. Comenzó a despertar en Europa una gran admiración: el asalto de la fortísima plaza de Port-Arthur, la conquista de Mukden, en la Manchuria, la batalla naval de Tsushima, eran hechos de armas que enorgullecerían a cualquier nación; los nombres de los generales japoneses: Nogi, Oku, Kuroki, Oyama, Kamimura, se hicieron populares en todo el mundo.

Se despertó el interés por la literatura, las artes y las costumbres de los japoneses, se admiró su delicadeza y su cortesía, su culto de la naturaleza, su heroísmo, su agudeza, la rapidez con que se habían adueñado de los progresos occidentales. Se decía que los japoneses no permitían que los ingleses los llamasen *jap*, sin llamarlos ellos *brit*...

El mariscal japonés Oyama

El Japón, dueño de Corea y de Formosa, se convirtió en la potencia principal del Asia y pieza fundamental de la política en Oriente. Las potencias europeas procuraron su alianza, y así tomó parte en las dos guerras mundiales de 1914 y 1939.

Entre los grandes hechos de su historia reciente hay que contar el haber sido, hasta el final de la segunda gran guerra, la amenaza más poderosa que podía oponerse al avance del comunismo en Asia; la restauración del último emperador de la China, Pu Yi, como emperador del Manchukuo (Man-

churia) y la ocupación de gran parte del territorio chino, donde es posible que hubiera impedido la formación de una potencia comunista. Muy maltratado por los vencedores, logró conservar su régimen imperial, y parece que sus relaciones con ellos mejoran bastante.

CAPITULO XVI

Indochina e Insulinda

La Indochina y la Insulinda, en otro tiempo llamada Malasia, han sido el área principal de expansión de la cultura o civilización de la India.

La Insulinda y parte de la Indochina forman lo que pudiéramos llamar el *Asia malaya*. En el siglo pasado, en los libros escolares, cuando se trataba de la división de las razas humanas, se hablaba de una *raza aceitunada o malaya*, propia de Oceanía, en cuya quinta parte del mundo se consideraban incluídas las islas de la Malasia. Hoy creen muchos que los *malayos* son un grupo de pueblos de raza amarilla, que se han desprendido del tronco común mogólico, y del cual forman parte los habitantes de la península de Malaca, los *batak*, y otros pueblos de Sumatra, los *javaneses*, los *dayak* de Borneo, los *makasar* de Célebes, los *tagalos* de Filipinas y muchos otros. Son gentes de corta estatura, de color pardo verdoso, cabello negro ondeado, poco pelo en la cara y en el cuerpo, ojos oblicuos sin pliegue mogol, nariz ancha. Se dice que pueden usar los dedos de los pies casi como los de las manos. Son inteligentes y de gran capacidad cultural y artística.

Hay quien supone que predominaron en otro tiempo en Indochina, siendo luego dominados, desalojados y absorvidos por pueblos de procedencia china.

Toda esta parte de la tierra es de gran riqueza y de una facilidad para la vida, a veces excesiva.

La Indochina es uno de los mejores países del mundo. Recibe su nombre de su posición geográfica al Este de la India y del golfo de Bengala y al Sur de la China. Tiene grandes ríos, en parte navegables: el Irauadi, el Saluen, el Meinan y el Meikong; tiene montañas, selvas y tierras de labor, que se cultivan con búfalos y carabaos; produce arroz, algodón, laca, concha y las famosas especias que atrajeron a los europeos al Asia. Sus comarcas son descritas muchas veces como verdaderos paraísos.

Las islas de la Malasia se distinguen por la extraordinaria exuberancia de su vegetación tropical y por su clima de calor húmedo y asfixiante.

En la Edad Media era la Indonesia, principalmente las Molucas, las que surtían a Europa de las famosas especias: canela, clavo, jengibre, azafrán, pimienta, etcétera, como que fueron llamadas en Portugal las islas de la pimienta; y producen también todavía una porción de productos preciosos usados en farmacia y en perfumería, y además café, té, tabaco, cocos y caña de azúcar. Hoy se cultivan en gran escala el caucho y el árbol de la quina.

La Indochina merece también su nombre en sentido histórico, si se la considera, siguiendo el parecer de muchos historiadores, como un país de población china y cultura india, o como un intermedio entre el mundo indo y el mundo chino. La civilización indochina, de origen indo, ha sido calificada de sorprendente, principalmente, su arquitectura y escultura ornamental.

Se supone que ha habido allí una primitiva población de *negritos*, como los de las islas de Andamán y Nicobar, y luego fueron absorbidos por los *malayos;* las razas más modernas vinieron del Norte, y fueron los *tibeto-birmanos*, los *thai* siameses, los *annamitas* y los *mon*, especialmente los *monkmer*.

LOS REINOS DE BIRMANIA

Los birmanos, de origen tibetano, poseen crónicas antiguas que se remontan a tiempos muy remotos. Los

arakan aseguran que desde el año 2666 antes de Jesucristo reinaron allí soberanos procedentes de la India. Como siempre los europeos no dan crédito a estas historias, sino que lo aplican la más tajante hipercrítica. Admiten una cronología supuesta desde el 850 antes de nuestra Era y una cronología segura, desde el establecimiento de la *Era birmana*, en el año 638 después de Jesucristo, por el rey Thenga Yaza Singaraja.

En 850, había allí pequeños reinos malayos de los Cham y entonces parece comenzar la colonización india, que funda reinos en el valle del Irauadi y en Arakan, e introduce el brahmanismo, que persistió hasta el día de hoy, en larga contienda con el Budismo, que apareció después. Se citan numerosos reyes de nombre sanscrito: *Abhiraja, Kamaraja, Singaraja, Mahasambhava*...

Los pueblos del Norte practicaban cultos primitivos (*Nat, Nagu*), sin duda semejantes a los de los *Bons* del Tibet y de los primitivos bengaleses, que no parece que fueran absorbidos por el Brahmanismo, y que se conservan en gran parte. Creen, como muchos pueblos primitivos, en un Dios Supremo, pero adoran a los espíritus y a unos demonios llamados *hanta*.

En 382, antes de Jesucristo, fué introducido desde la India el Budismo de la escuela Mahayana, y en el año 146 de nuestra Era, se convirtió a esta doctrina el rey Chandraraja de Arakan.

La colonización hindú debió ser mucho más importante de lo que juzgan los historiadores modernos, porque se extendió por toda la Indochina, hasta Annan y Tonkin; muchos de los grandes templos y monumentos indochinos, como los tan famosos de Angkor Thom y Angkor Wat, fueron templos brahmánicos antes de ser templos budistas.

En Birmania se edificaron ciudades magníficas, donde se vivía una vida refinada, como Pagan y Pegu. Los hindúes introdujeron en Indochina el arado, el carro, el torno de alfarero y el telar; llevaron caballos y enseñaron a los indochinos a domesticar y usar el elefante.

En 442, el misionero budista Buddhaghosha predicó la

doctrina hinayana, procedente de Ceilán, que llegó a dominar con el tiempo en Indochina. La propaganda se hizo principalmente en Pegú y en el Sur de Siam, pero su triunfo fué muy difícil, pues tuvo que luchar con los cultos y doctrinas de los *Nat* y los *Nagas*, con el brahmanismo, llamado *Ari*, y con el mahayana.

En 1010, Anawrata, rey de Pugán, venció a los Chams y más adelante destruyó a Pegú y cogió prisionero al rey de los talaings, inaugurando un imperio birmano que duró hasta 1298, en que fué derribado por Kublai Kan. Desde entonces predominan los Chams, que fundaron diversas dinastías en Martaban, Pinya, Ava, Sagaing y otros puntos, reinos cuyos soberanos llevan un nombre real sánscrito. Muchos de ellos protegen al budismo hinayana y acaban por imponerlo. Pero estaban unos con otros en continua guerra, situación que duró hasta 1530.

Entre todos estos reinos y dinastías locales, predominan de un modo eminente, el de Ava al Norte, ciudad fundada en 1364 por el rey Thadominbya, y el de Pegú al Sur, que fué el que primero conocieron los europeos, gracias a los viajes de los portugueses.

Estos llegaron a Martaban, donde se establecieron, a los órdenes de Antonio Correa, en 1519. El gran Alfonso de Alburquerque se había establecido en 1510 en Malaca. Los portugueses desempeñaron en Indochina un papel importantísimo: en 1530, Tabin Schwedi, rey de Taungú, y su general Bayin Naung, se pusieron en campaña contra Pegú y Martabán, defendidos por el jefe portugués Fernando de Moraes, con tropas musulmanas de la India, pero ambas plazas cayeron en poder del rey Cham en 1540 y la artillería portuguesa, mandada por Diego Soares, ayudó a Tabin en la conquista de Prome. A Tabin le sucedió Bayin Naung, que se hizo dueño de toda la Birmania y de casi todo Siam, a cuyo rey hizo prisionero con toda su familia. Bayin Naung fué un gran gobernante, que reformó la administración, creó una marina y, en 1576, hizo traer de Colombo un diente de Buda y convirtió a Pegú en una ciudad cuya magnificencia causó asombro a los europeos que la conocieron. En el espléndido templo de Shwohmawdaw, que tiene 88 metros

de alto y 410 de circunferencia, se conservan cabellos de Buda; cerca hay una inmensa estatua yacente de Sakya Muni, que tiene 55 metros de largo y trece de hombro a hombro, construida por Migadelkpa Minnge, en 1994 (esta estatua, que había quedado oculta enteramente por la maleza, fué descubierta por los portugueses en 1881); en el templo de Kyaikpun hay cuatro Budas sedentes de 27 metros de alto.

A fines del siglo XVI aparecen en el reino de Pegú varios viajeros venecianos e ingleses y al mismo tiempo se desmorona el reino de los Chams. En 1602, el portugués Felipe de Brito se alienta en el trono de Pegú y reinó hasta 1613, en guerra con los reyes de Ava; por fin, el rey Mahadhammaraja de Ava lo venció y lo cogió prisionero y lo hizo empalar. Pegú y Birmania sufren las incursiones de los chinos y de los piratas portugueses mandados por Sebastián Gonsalves. Al mismo tiempo, las Compañías de Indias inglesa y holandesa acosan a los reyes con sus pretensiones. Los ingleses lograron establecerse en Negrais y Bassein y los franceses en Siriam. Dupleix, el gran general francés de la India, envió comisionados para agitar a las gentes en Birmania y la confusión siguió bajo el predominio de los talaing de Pegú hasta 1754, en que aparece el gran guerrero Alompra.

La carrera de Alompra fué una serie continuada de triunfos. En 1753 se apoderó de Ava, en 1755 tomó a Prome y fundó la ciudad de Rangún, actual capital de la Birmania inglesa. En 1757 tomó a Pegú y destruyó el poderío de los talaing, liberando a Birmania; destruyó también el puerto de Siriam e invadió Siam. Hubo un verdadero levantamiento de los pueblos birmanos, con matanza de europeos en Negrais y en otros puntos. Pero en 1760 murió Alompra.

Sus sucesores continuaron en guerra con Siam, fundaron la ciudad de Amarapura, que fué la capital desde 1783 hasta 1819. Sin embargo, la dinastía de Alompra, a pesar de sus innegables méritos, no pudo sostenerse contra la ambición británica. En 1824 y 1826, el rey Bagyidaw fué vencido por los ingleses, que se hicieron dueños de Arakan y Tenasserim. La segunda guerra de

Birmania, en tiempo de su sucesor, valió a los ingleses la anexión del reino de Pegú. El siguiente rey, Mindon Min, fundador de Mandalay, pudo reinar en paz de 1853 a 1878, aunque bajo la molesta vigilancia de un residente inglés. Los ingleses realizaron varias exploraciones científicas por el país, para organizar su futura conquista y explotación.

Lo consiguieron en la tercera guerra, cuyas causas atribuyen los ingleses a la imprudente intervención en la política de la esposa del último rey de Birmania, Thibaw, el cual, vencido y capturado en 1885, fué enviado preso a Madrás.

Sin embargo, los invasores tardaron en lograr la pacificación del país. Un partido patriótico birmano, los *dakoit*, sostuvo contra los ingleses una heroica guerra de guerrillas, pero los dakoits tuvieron que sucumbir ante el empuje de un enemigo que los atacaba con fuerzas desproporcionadas.

Birmania nos ofrece ya notables ejemplos del arte indochino, no sólo en lo que se conserva de la ciudad antigua de Pegú, sino en la moderna Mandalay. En arquitectura, predomina en muchos casos el tipo antiguo de la *stupa* india, propia de las edificaciones donde se conservan reliquias budistas. A este tipo pertenecen, en Birmania, el templo de Swedagon, de 25 metros de elevación y cubierto enteramente de oro puro, y el Buda colosal en el mismo punto. El gran templo de Ananda, en Pagán, es también de estilo hindú.

En cambio, los magníficos edificios de Mandalay, menos grandiosos, pero muy ricos: el monasterio de oro, el palacio real y las tumbas de los reyes, presentan los caprichosos tejados superpuestos con las esquinas vueltas hacia arriba de estilo chino, y son renombrados también por sus esculturas.

A pesar de estas dos influencias que confluyen en el arte indochino, este arte tiene personalidad inconfundible, tiene una inconfundible expresión malaya que en vano se querría negar, y que, incluso parece corresponder a la expresión fisonómica de la raza, como refiriéndose a los chinos y a su arte, se ha pretendido alguna vez.

SIAM Y CAMBODGE

Así como en el valle del Irauadi, en Birmania, encontramos dos reinos rivales: Ava y Pegú, en el valle del Meikong encontramos otros dos: Siam o Suyam y Cambodge o Camboya.

Dice la leyenda que *Pren-En* o *Phra Indra*, rey de los genios o espíritus, se apareció a los reyes de Cambodge, Siam y Annam, llevando en la mano una espada resplandeciente como un incendio de diamantes, y les pidió que expusiese cada uno cuál era su más vehemente deseo.

El rey de Cambodge respondió que lo que más deseaba era observar la justicia en toda ocasión, con la más estricta exactitud. Entonces Pren-En le regaló la espada resplandeciente.

El rey de Siam dijo que su mayor deseo era tan sólo conservar su reino. Pren-En le regaló la empuñadura de oro y marfil de la espada.

El rey de Annam dijo que su anhelo era el máximo poder. Pren-En le regaló la vaina de oro de la espada.

Aquella espada maravillosa se guarda bajo la custodia de los *Baku*, que son brahmanes venidos de *Cambaye*, en el Noroeste de la India, donde más pura se conserva la raza brahmánica. Estos brahmanes tienen siete jefes, el primero de los cuales lleva un título de honor complicadísimo. Fueron ellos los que dieron el nombre de su país de origen, al país al cual los franceses dan el nombre corrompido de Cambodge.

Este nombre puede derivarse también del nombre del jefe de los inmigrantes hindúes *Kambu*, del cual aquellos inmigrantes recibieron el de *Kambuja*, que significa «hijos de Kambu».

Como los colonos hindúes de Birmania, estos colonos del valle del Meikong eran brahmanistas, y olvidaron siéndolo después de la introducción del Budismo.

Se dice que en tiempos antiguos, el Cambodge perteneció a la provincia china de *Funan*, que venía a ser el Tonkín, y que después sacudió el yugo de los chinos, y llegó a poseer Siam, Annam, Tonkín y Champa.

El Budismo mahayana se introduce en 350, antes de

Jesucristo; el Hinayana en 422 de nuestra Era, por Buddhagosha, a quien ya conocemos.

Reinaron dos dinastías de Kambujas: la primera iniciada en el siglo VI por Kaundinya, que tomó el nombre de Srutavarman. Estos reyes dejaron inscripciones en sánscrito y comenzaron las grandes construcciones. Isanavarman I fundó a Angkor Baurai.

Después se dividió el reino, pero en 802, Jayavarman II lo reunce y comienza la segunda dinastía Kambuja, llamada de los *Grandes Kambujas*, notables por sus colosales construcciones. A ellos se deben las más maravillosas edificaciones de la Indochina, hechas en estilo hindú, pero influído por el espíritu malayo, en una forma que pudiéramos comparar a lo que es, en Europa, el rococó en relación con el barroco.

Yasovarman terminó el hermosísimo templo de Angkor Thom, y a Suryavarman II se debe el celebérrimo de Angkor Wat.

En Angkor Thom, debemos mencionar la torre de Bayon, con fantásticos dragones en relieve, uno en cada fachada, componiendo un conjunto sorprendente.

Angkor Wat es una obra grandiosa, de varios recintos y varios pisos, con cuatro torres menores en los ángulos y cinco de forma cupular en el cuerpo central, de estilo indo, con hermosas galerías y profusión de bajorelieves con asuntos míticos, de una notable finura y expresión, en que se representan las luchas de los devas y los asuras, y con composiciones decorativas que recuerdan nuestro pluteresco.

A fines del siglo XIII, después de haber sufrido los ataques de Kublai Kan, la dinastía de los Grandes Kambujas se debilita y se extingue.

Entonces empieza el predominio de los siameses. Su rey Pra Ramatibadi, fundó su capital, Ayuthia; conquista el Sur de Pegú, toma Angkor, capital de Cambodge y penetra en la isla de Java. Los siameses viven desde entonces en guerra continua con Pegú y con Cambodge.

Los portugueses, desde su colonia de Malaca, fuertemente establecida por Albuquerque, entraron en relación con Siam y Cambodge. Pra Naret, gran guerrero,

convirtió a Siam, en la segunda mitad del siglo XVI, en fuerte potencia, y Cambodge lo está prácticamente sometido. En el siglo XVII se estableció en Siam una misión portuguesa. Un aventurero griego, Constantino Falcón, convenció al rey Pra Narayu de que debía abrir el país al comercio europeo; el rey envió una embajada a Luis XIV, y vino una embajada francesa, que estableció una nueva misión católica. Pero muerto el rey, Falcón fué asesinado, perseguidos los cristianos, Siam invadido por los birmanos, y se sucedieron los desórdenes, hasta que *Chaopaya Shakri* se apoderó del poder, en 1782, e inauguró la dinastía contemporánea.

Desde entonces, la historia de Siam es la de todos los países que los europeos llaman *coloniales:* tratados de comercio, ingerencias occidentales en la política y en la vida del país, explotación económica, destrucción paulatina de las tradiciones, para terminar con la ocupación, o con la forma atenuada que se llama *protectorado*.

En Siam se prestaron a esta política los reyes Mahn Monghut (1851–1868), Chulalongkorn (1868–1910) y Pra Mongkut Klao (1910).

En Cambodge siguieron el mismo camino, después de haberse hecho, en el siglo VXIII, independiente de Siam, Anduong (1847 – 1860), Norodon (1860 – 1904) y Sisowat (1904–1927).

TONKIN, ANNAM, COCHINCHINA

El territorio, hoy francés, comprendido entre el río Meikong y el mar de la China, aparece poblado por los Chamos y los Annamitas, de raza mogólica y muy influídos por los chinos.

La parte Norte, llamada Tonkin, fué provincia china; formó parte del imperio del gran Chi Hoangti, y en la época china de los Tres Reinos, perteneció al reino Wu de Nankin.

Hacia 150 antes de Jesucristo, el príncipe indo Paramesvara fundó el reino brahmánico de Champa, que estuvo en guerra casi permanente con los chinos. Sus sucesores fundaron la ciudad de Panduranga y el hermoso

templo de Po Nagar. Su cultura era brahmánica y su lengua oficial el sánscrito. En cambio el Budismo de la escuela mahayana fué introducido desde la China y muy influido por las doctrinas tibetanas.

Mientras el Tonkín quedaba en poder de los chinos, Annam se divide en dos reinos: el reino indo de Champa, cuyos súbditos eran chames, y el reino de los annamitas. La cronología y las listas de reyes son muy confusas, de manera que existen grandes disparidades entre los autores que tratan de este asunto. Entre las dinastías indias, se cuentan, desde 150 antes de Jesucristo hasta 1470, tres dinastías: *Varman*, *Sri* y *Srijaya*; y entre las annamitas, desde 968 hasta 1801, las dinastías *Dinh*, *Le*, *Ly*, *Tran*, *Ho* y segunda *Le*.

También sufrió Annam las acometidas de Kublai Kan, en 1286, pero en 1290 sus tropas habían sido rechazadas. En 1306 los annamitas dominaron el reino de Champa, el cual se emancipó cuarenta años después. En el siglo XV el héroe nacional annamita Le Loi se defendió eficazmente contra los emperadores chinos Ming y a mediados del siglo el reino de Annam se anexionó al de Champa.

El 1540, la familia Nguyen comenzó a gobernar en nombre de la dinastía Le de Annam, comenzando un estado crónico de rivalidad y las luchas con la familia Trinh del Tonkín. En 1787, el Nguyen Gialong se alió con los franceses, y con su auxilio se hizo soberano de todo el país, desde el Tonkín hasta la Cochinchina; pero en 1825, los gobernantes Nguyen emprendieron una persecución contra los cristianos que produjo un gran número de mártires; la persecución duró hasta 1858, y dió pretexto para la intervención francesa: los franceses se anexionaron con Cochinchina en 1867. Vino después la guerra del Tonkín, de 1873 a 1885, en que Annam y Tonkín quedaron bajo el protectorado francés. Desde entonces comenzaron las guerrillas de bandidos y los ataques de los piratas llamados de la *bandera negra*.

MALACA Y MALASIA

La península de Malaca, donde la población era y es más puramente malaya, tuvo varios principados pequeños, en relación más o menos estrecha con los reinos de Pegú, Siam y Sumatra. La ciudad de Malaca, fundada por un príncipe malayo en 1252, fué ocupada en 1511 por Alfonso de Alburquerque, que estableció en ella el principal punto de apoyo de los portugueses para dominar la ruta de las especias y el comercio con las islas de la Malasia, especialmente con las Molucas. En 1641 se la arrebataron los holandeses, que la detentaron hasta 1825, en que pasó a poder de los ingleses.

Las islas de Sumatra y Java recibieron desde principios de la Era cristiana una numerosa emigración hindú, que introdujo allí la cultura de la India, la cual se desarrolló principalmente en Java, en los siglos VII y VIII, y en Sumatra bajo el dominio de los Sailendra, de 732 a 860. En Java se mencionan además las dinastías Udayana, de 950 a 1286, y las Singasari y Mahapajit, de 1280 a 1478.

En Java es donde se encuentran los más hermosos ejemplos de arte indo, principalmente el maravilloso templo de Borobudur. El Borobudur es un inmenso templo budista, dispuesto en terrazas superpuestas con corredores, cuajados de *stupas*, de nichos con imágenes de Buda y de minuciosos bajorrelieves con escenas de sus numerosas vidas y de su predicación. Desde lejos, parece una gran montaña esculpida, dominada por una altísima stupa.

El budismo dominó en aquellas islas hasta el siglo XIV en que emigrantes musulmanes de la India introdujeron la doctrina de Mahoma y convirtieron a mucha gente. En muchas comarcas, los musulmanes se convirtieron en el elemento dominante y fundaron una serie de pequeños sultanatos.

En el siglo XVI, los portugueses se hicieron dueños del comercio de la Indonesia; en 1509 Alburquerque concertó un tratado con el sultán de Atjeh, y luego otros con varios magnates del país. En 1523, los portugueses

conquistaron el puerto de Djapara en Java, y en pocos años se hicieron los verdaderos dueños del país.

Pero, en tiempo de Felipe II, la rebelión de los protestantes de los Países Bajos, empujó a éstos a la empresa de destruir el comercio portugués. En 1602 una escuadra hispano-portuguesa, al mando de Hurtado de Mendoza, fué deshecha por los holandeses en el estrecho de la Sonda, y en 1606, los holandeses se apoderaron de Malaca. La Tregua de los Doce Años, concertada en 1607, significó un verdadero abandono de sus intereses en Oriente por parte de los españoles y portugueses, y esto facilitó grandemente la labor de sus enemigos. Vander Brock se estableció en Java y fundó la ciudad de Batavia (antiguo nombre latino de Holanda); después se apoderaron de las Molucas, y entre 1858 y 1873, de Sumatra. Los holandeses explotaron hasta el máximum aquellos países y a sus habitantes, imponiéndoles el cultivo forzoso de determinados productos agrícolas, principalmente el café, sistema de cultivos forzosos que duró hasta 1916.

En sus empresas orientales, los holandeses se encontraron pronto con la competencia de los ingleses, que los desalojaron de la India e Indochina, pero conservaron su imperio colonial en la Insulinda, excepto en Borneo, dominada por los ingleses, y en Timor, donde aún conservan los portugueses media isla.

LAS FILIPINAS

Las islas Filipinas pertenecen propiamente a la Malasia o Insulinda, por su situación geográfica, por las razas que las pueblan y por su primitiva cultura; pero han sido tan influídas por España, tan asimilada durante siglos gran parte de la población al mundo hispánico, que parece incluso un poco sorprendente incluirlas entre los pueblos del Asia.

Parecen haber estado habitadas primitivamente por una raza de *negritos*, más o menos semejantes a los de las islas Andamán y de algunos puntos de la Indochina y la Insulinda, pero luego los dominaron y suplantaron en su mayor parte los *malayos*. Se mencionan en las Fili-

pinas una porción de tribus y pueblos: *Igorrotes, Hongotes, Ifugaos, Ibilaos, Apayaos, Buriks*, etc., etc., pero los principales y superiores son los *Tagalos*, de tipo malayo bastante marcado, los cuales se han asimilado la civilización europea hace siglos, por influencia española, a la que deben su educación.

En el siglo XV sufrieron las islas una invasión musul-

Casas típicas de indios filipinos

mana, y muchos naturales se convirtieron al Islam, especialmente en Mindanao (los famosos *moros* de Mindanao). En 1521, visitó aquellas islas Fernando de Magallanes, en su famoso viaje; fué el descubridor, y les dió el nombre de *Archipiélago de Lázaro*. En 1543, Ruy López de Villalobos le cambió el nombre por el de *Islas Filipinas* en honor del rey Felipe II. En 1564, realizó la conquista del archipiélago y su incorporación a la monarquía española, Miguel López de Legazpi, el cual emprendió también la conversión de los indígenas al Cristianismo, la cual llegó

a tener gran éxito e hizo progresar grandemente la educación y la asimilación de los tagalos. La fundación de la ciudad de Manila, en 1571, y el establecimiento allí de la Universidad de Santo Tomás, en 1605, contribuyeron en gran escala a la españolización. Las guerras de aquellos siglos no dejaron de afectar a las Filipinas: la acción holandesa contra las colonias de los portugueses y españoles no consiguió los efectos que en otras partes del Asia. En 1762, tomaron Manila los ingleses, pero la restituyeron al hacerse la paz. Los españoles tuvieron que sostener guerras con los sultanes *moros* de Mindanao y Jolo, que a su vez guerreaban con los *indios* paganos y cristianos todavía en el siglo XIX, poco antes y aun durante la insurrección de los tagalos. De todos modos, la cultura española se impuso del mismo modo que en las tierras americanas.

El gobierno se estableció, como en América, a la española. Estaba al frente un Capitán General, que residía en Manila, y las islas fueron divididas en provincias, con sus respectivos Gobernadores civiles. Se establecieron Audiencias y Juzgados, como en España, e igualmente los servicios de los restantes Ministerios. La Iglesia se organizó del mismo modo que en América, y en ella tuvieron una especial preponderancia las Ordenes religiosas, particularmente los dominicos. Ya hemos mencionado la Universidad de Manila.

A mediados del siglo XIX, se inicia, también a imitación de lo que habían hecho los colonos de América, el movimiento nacionalista filipino, entre cuyos principales propugnadores, se cita a José Cuesta.

Al fin, movidos por el ejemplo de Cuba, los Filipinos se levantan en armas. Se había constituído una sociedad secreta llamada el *Katipunan*, que preparó la rebelión. El poeta José Rizal fué uno de los principales directores del movimiento. Una vez levantados en la isla de Luzón, tuvieron un jefe militar muy hábil: el tagalo Emilio Aguinaldo, que condujo la guerra, con ayuda extranjera, desde 1896 hasta fines de 1897, en que reducido al extremo, tuvo que firmar el pacto de Biacnabató, en que se obligaba a abandonar la lucha y obtenía una indemnización y liber-

tad para marchar al extranjero. Se retiró, pues, a Hong-Kong, donde se puso de acuerdo con los norteamericanos.

Al año siguiente sobrevino la guerra de España con los Estados Unidos. Las Filipinas estaban desguarnecidas y desarmadas. El comodoro Dewey salió de Hong-Kong y deshizo la pequeña y vieja escuadra española en la batalla de Cavite. Luego llamó a Aguinaldo, la insurrección se reprodujo en mayores proporciones, Manila fué cercada y, falta de auxilio, capituló.

Los filipinos no consiguieron la independencia que anhelaban. Quedaron sometidos a los Estados Unidos, que hicieron cuanto pudieron por imponer allí sus modos propios de civilización. En 1926, les concedieron cierta autonomía, que fué ampliada en 1934.

En 1941, los japoneses ocuparon las Filipinas, y cometieron allí, según se dice, excesos y crueldades que los hicieron odiosos a los naturales. Con la paz, obtuvieron las islas la independencia.

LAS MODAS ORIENTALES EN EUROPA Y LA INFLUENCIA JAPONESA

La influencia filosófica y literaria de los países de Oriente en Europa, fué bastante intensa en la Edad Media, y una de sus vías más importantes fué España (Escuela de Traductores de Toledo, grupo de colaboradores de Don Alfonso el Sabio, más tarde los misioneros portugueses y españoles). Hubo traducciones latinas, españolas y en los demás idiomas occidentales de libros indos y persas importantes: el *Lalita Vistara*, convertido en historia de Barlaam y Josaphat; el *Pancha Tantra*, con el título de «Libro de Calila e Dimna», el «Libro de los Doce Sabios», la «Historia de la Doncella Teodora», que confundía a los doctores con su saber, el Corán, el Talmud, la Cábala, etc. Aristóteles fué conocido principalmente por sus comentadores árabes Avicena y Averroes...

En gran parte, el entusiasmo clasicista del Renacimiento hizo desentender el pensamiento y el arte orientales. Los portugueses no se conmovieron ante los maravillosos edificios y la ciencia de la India; el gran poeta Luis

de Camoens, que cantó en *Os Lusiadas* las hazañas de sus compatriotas en aquellos países, vuelve la espalda a aquella gran cultura, que parece que debiera llamarle la atención, para hacer intervenir en su soberbio poema a los dioses de Grecia y de Roma. Fueron los Jesuítas los que, desde el siglo XVII, comenzaron a estudiar las civilizaciones de la India y de la China, y descubrieron aquellos nuevos mundos espirituales.

En el siglo XVIII comenzaron a ser admiradas y buscadas en Europa las *chinerías*, casi exclusivamente objetos de arte industrial y decorativo: las lacas, los muebles y maderas, los bronces, las porcelanas Ming. Muchos de estos objetos preciosos comenzaron a ser imitados y falsificados, y tuvieron una influencia que se nota mucho en el arte rococó, que llegó, en ocasiones, a fabricar chinerías occidentales, interpretando los objetos chinos con más o menos gracia.

Merece también mencionarse la traducción francesa, en extracto, del libro de *Las Mil y Una Noches*, hecha por Antonio Galland, que tuvo un gran éxito. Al mismo tiempo, comenzaron los estudios sobre los idiomas y literaturas sánscrita y china (el del árabe era mucho más antiguo), y los literatos comenzaron a interesarse por aquellas cosas, y a escribir novelas y cuentos de asunto oriental. Un hombre de espíritu tan estrecho y tan clasicista como Voltaire, empezó a cultivar en sus novelas breves un orientalismo concebido a su manera, y hasta trató de confrontar, con intención satírica, el Oriente con el Occidente, presentando personajes orientales que encontrasen absurdos nuestra *superstición* y nuestro *fanatismo*. Algo semejante hizo Montesquieu en sus *Cartas Persas*.

Los románticos alemanes se entusiasmaron con los poemas y con la filosofía de la India, pero no llegaron a penetrar en el verdadero sentido de las artes plásticas de aquel mundo. En general, en la literatura de ficción de los románticos europeos, predominaron los temas del mundo árabe musulmán. En gran parte influyeron en ello los viajes a Tierra Santa de Chateaubriand y de Lamartine. En filosofía, la influencia inda se nota en los grandes

sistemas del idealismo alemán, y es plenamente consciente y confesada en Schopenhauer.

El conocimiento del Budismo despertó en muchos gran admiración, y hacia el fin de siglo, llegó el Buda a tener adeptos en Europa. La propaganda se hizo según las doctrinas de la escuela Hinayana. Los mayores éxitos parece haberlos tenido en Inglaterra y en Suiza, donde se fundó un monasterio y se publicaba una revista en Lugano.

Aparte de esto, en una mezcla de Brahmanismo y de Budismo Mahayana, con ideas tomadas de la Cábala hebraica y del Hermetismo alquímico, pretendía fundarse la Teosofía inventada por la dama rusa Helena Petrovna Blavatsky, que consiguió numerosos adeptos en Europa y América.

La arquitectura china fué imitada, a veces, en pequeñas construcciones caprichosas, llamadas generalmente *kioskos*, y hacia el fin del siglo, en la época del *bric-a-brac*, los estilos orientales se imitaron también algo en los interiores.

El gran arte chino y japonés—escultura y pintura—comenzó a ser verdaderamente conocido a fines del siglo pasado. Puede decirse que los dos pintores japoneses que comenzaron a ser estimados en Occidente fueron dos de no demasiado valor en su país: Utamaro y Hokusai. El primero es un costumbrista, autor de escenas de familia y de apuntes numerosísimos de la vida del pueblo japonés, de dibujo fino, nervioso y rápido y de gran interés etnográfico. Hokusai tiene paisajes, marinas y otros cuadros, uno de los más renombrados, *La onda*, de una rigidez contraria a la soltura natural de los artistas japoneses.

Más tarde, se fueron conociendo las obras de las grandes épocas, se expusieron en Londres, París y Berlín grandes colecciones y los museos de Europa adquirieron lo que pudieron. Parecen ser los museos de los Estados Unidos los que poseen mejores colecciones orientales.

La pintura japonesa, y gracias a ella la china, tuvieron marcada influencia en nuestro arte moderno, principalmente desde el tiempo del impresionismo. Con no demasiado acierto, se interpretaba como impresionista el sentimiento fundamental del arte japonés; sin embargo,

eran los dibujantes de la época y no los pintores, los que imitaban a los japoneses. Entre los pintores impresionistas, el que se puede dar como japonizante es Whistler.

La *línea japonesa*, la refinada simplicidad, delicadeza y fuerza expresiva, una belleza que para el gran público de Occidente resultaba nueva, influyen de un modo decidido en los postimpresionistas y en los *fauves*, y este influjo entra en nuestro siglo con Matisse y Van Gogh, por ejemplo. Entre los pintores llamados «de vanguardia», se cuenta a un japonés occidentalizado, que conserva algunos rasgos de la tradición propia de su raza: Fujita, que hace poco expuso en Madrid.

En el deporte, los orientales rivalizan con los europeos, por lo menos, en pie de igualdad; pero además, se han introducido entre nosotros algunos deportes asiáticos: el *polo*, de origen hindú, o por lo menos traído de la India, se jugó mucho en las altas clases; era ejercicio de príncipes y de reyes. Este juego de pelota a caballo, en el que se emplean los pequeños *ponys* de la India, nació posiblemente en la Persia Sasánida y se le menciona en fuentes muy antiguas.

De los japoneses se importó en Europa el *jiu-jitsu*, sistema de lucha y de defensa muy notable, que se funda en golpes dirigidos a determinados puntos del cuerpo, que dejan rápidamente fuera de combate al que los recibe, produciendo ya un vivo dolor, ya la parálisis momentánea de un miembro o de todo el cuerpo, ya, incluso pérdida del conocimiento, sin causar con ello daño grave.

Entre algunos pensadores y escritores europeos modernos, especialmente en la época llamada *de entreguerras* (1918–1939), se comenzó a propugnar una comprensión mutua y un entendimiento espiritual entre el Oriente y el Occidente. Sentían más agudamente esta necesidad aquellos que, acaso con razón, presentían y aun deseaban el advenimiento de una *era mundial*, es decir, la imposición en el mundo entero de una civilización única, uniforme y niveladora, civilización que muchos temían que tuviese un carácter exclusivamente industrial y económico, técnico y materialista, por lo cual buscaban la manera de salvaguardar los valores del espíritu, a lo cual creían

podrían ayudar en gran medida las contribuciones del pensamiento oriental. En la idea de una síntesis semejante estaban inspirados los trabajos del Conde Hermann Kayserling, filósofo lituano que, después de la primera guerra mundial, fundó en Darmstadt, en Alemania, una *Escuela de Sabiduría*, a la que llamó a exponer sus ideas a personas de todos los credos y países, entre ellos a varios orientales. El filósofo alemán Max Scheler propuso la celebración de Congresos y la creación de Academias en donde se reuniesen personalidades representativas de Oriente y Occidente, para exponer sus puntos de vista sobre las cuestiones vitales de nuestros tiempos. El mismo deseo guía las elucubraciones del escritor francés René Guenon, en busca de la restauración de las tradiciones antiguas.

Rabindranath Tagore

Debemos señalar también el gran éxito obtenido por el gran poeta hindú Rabindranath Tagore, galardonado con el premio Nobel, y representante de una secta (o por lo menos del pensamiento de una secta) nacida en la India en el siglo pasado, que se proponía, en el fondo, la misma síntesis que aquellos pensadores occidentales. Tagore, que recorrió triunfalmente el mundo occidental dando lecturas y conferencias, mostraba una ética acomodada al filantropismo de Occidente.

CAPITULO XVII

Las dos guerras mundiales y el despertar de Asia

Es bastante común, en la literatura occidental de nuestros días, la idea del *despertar de Asia*. En realidad, no se trata de una idea única, sino que esa expresión tiene diversas significaciones; unos autores la consignan en sus escritos con un tono optimista, esperanzado, como el anuncio de una nueva *era oriental* en la historia del mundo, y hasta considerándola como un glorioso triunfo del Occidente, el cual, enseñando y educando a aquellos pueblos del Oriente, tan ilustres por su historia, ha logrado despertarlos del sueño profundo en que los hablan sumido sus civilizaciones milenarias, impropias ya de los tiempos actuales.

Otros, en cambio, consideran este despertar del Oriente como un tremendo peligro para los pueblos occidentales, llamados, con ello, a perder su predominio en el mundo, y a sufrir acaso la futura dominación de aquellos a quienes hasta ayer han dominado económica y culturalmente, cuando no también políticamente. Este resultado probable del despetar del Asia, sería acaso una revancha justa de los pueblos de Oriente—que fueron nuestros maestros, antes de ser nosotros los suyos—pero una revancha demasiado dolorosa para los occidentales. Y aquel hecho por las

mismas causas tiene lugar en los pueblos *coloniales*, en los pueblos de *color*, se produce también en el Africa negra y, aun en parte en la misma América—en México, por ejemplo—anunciando así el *ocaso de las naciones blancas*... Hasta ahora, la profecía de Noé, que hemos citado en otro lugar de este libro: «Dilate Dios a Jafet, y habite en las tiendas de Sem, y sea Canaán siervo de él», se había cumplido puntualmente; mas, al parecer, ha llegado el momento en que, cumplido el designio providencial a que respondían, acaso no haya razón para la conservación de aquel privilegio. O quizá al contrario: incumplida por los hijos de Jafet la misión para la cual les fuera conferido el dominio del mundo, sean otras razas las llamadas a continuar la historia.

La expresión *«despertar del Asia»* alude principalmente a la europeización, alude también a las agitaciones revolucionarias que, a consecuencia de la europeización, conmueven a los pueblos del Asia y del Norte de Africa, y alude, en algunos casos, al renacimiento y expansión —que en algunos casos ha llegado a Europa y a América—de ciertas doctrinas e ideas orientales.

En todo caso, se notan dos hechos evidentes: primero, que los pueblos del Asia *se emancipan* del dominio y de la tutela occidental y miran a sus antiguos amos con creciente *desconfianza y hostilidad;* segundo, que en Oriente se ha iniciado una etapa, de gran *actividad histórica*.

Que, en gran parte, esto ha sido provocado por los occidentales, no puede dudarse.

De la civilización occidental, se han asimilado los orientales la economía y la guerra, la técnica industrial y la técnica militar, con las ciencias que están a su servicio. Con ello, se encuentran en condiciones de hacer a sus maestros una competencia comercial ruinosa, porque, siendo gentes de pocas necesidades, pueden producir a precios reducidísimos, y pueden llegar a armarse en forma igual o superior a la nuestra.

La intervención de contingentes militares orientales en las dos guerras de 1914–1918 y de 1939–1945, no sólo les ha enseñado a hacer la guerra a la moderna, sino que,

llevados por los europeos al corazón de Europa, para combatir contra otros europeos, pudieron hacerse cargo de la debilidad interna de nuestra civilización, que tanto los asombraba, y la idea de la superioridad de los europeos fué puesta en duda. Los europeos eran los *magos de la industria y de la medicina*—como todavía no hace muchos años eran considerados en el Tibet—, pero ya había muchos asiáticos capaces de manejar esta nueva magia.

Los orientales más inteligentes se dieron perfecta cuenta de que los europeos y los americanos no constituían una raza sobrehumana, ni siquiera en materia de técnica y de guerra. Vieron que los europeos estaban profundamente divididos por luchas políticas intestinas, luchas entre naciones, entre clases sociales y entre partidos, competencias comerciales, antipatías de razas, agitados por el descontento, por el ansia de novedades—*rerum novarum cupiditas*—y estos les hizo pensar en la posibilidad de sacudir su yugo, y aun en la de atacarlos y vencerlos... Ya habían visto, en 1905, cómo Rusia, la mayor potencia que conocían del Occidente, había doblado la rodilla ante el Japón, demostrándose así que Europa no era invencible.

Los menos inteligentes, en cambio, se dejaban muchas veces arrastrar, miméticamente, por las ideologías revolucionarias de los occidentales. Pero esta demagogia oriental, bajo un disfraz, de nacionalismo o de comunismo, había de tener el mismo sentido antieuropeo que las ideas de aquellos que, por ser más inteligentes, eran tradicionalistas y conservadores.

En el orden espiritual, el Oriente no recibió de nosotros, en realidad, más beneficio que la predicación del Catolicismo, que obtuvo, como hemos visto, notables éxitos en el Japón, en la China y aun en la India. Mas, para ejercer una influencia eficaz, fuera de lo estrictamente religioso, era un obstáculo que los misioneros fuesen europeos, y a veces bien mirados por los dominadores, y por otra parte, los mismos europeos difundían en los países orientales doctrinas contrarias a la doctrina y al espíritu del Catolicismo, como la propaganda de las diversas sectas protestantes y la idea de

una sociedad laica en que la religión fuese asunto estrictamente privado, independiente del resto de la vida, idea que, por otra parte, tampoco puede admitir la mente oriental.

Las Universidades fundadas por los europeos en Asia, o por los asiáticos según modelo europeo, difundían ideas contrarias a las tradiciones orientales y a la propia tradición europea—en la India se enseñaron durante mucho tiempo el positivismo de Spencer y el evolucionismo darwiniano—que tuvieron efectos destructores sobre el pensamiento de los orientales educados a la europea, víctimas la mayor parte de una confusión mental tremenda.

Exceptuando la predicación y enseñanza católica, la europeización del Oriente, sin duda útil en el orden económico y en el orden práctico, fué, en el orden espiritual, más bien perturbadora.

DE 1914 A 1939

El despertar de Asia es, en realidad, un hecho anterior a la guerra mundial de 1914–1918, pero fué después de esta guerra cuando empezó a manifestarse de un modo más patente y con mayor fuerza.

La primera impresión violenta que recibió Europa de ello, tras la que se empezó a hablar con insistencia del asunto, fué el triunfo del Japón sobre Rusia en 1905. No obstante, ya se hablaba mucho antes del *peligro amarillo*.

En 1917, se realizan dos hechos de considerable importancia para el Asia y para el mundo: el comienzo de la desmembración del Imperio turco, que se consuma en 1919, y la revolución rusa, que trajo al poder a los bolcheviques.

La caída de Turquía trajo consigo la liberación del mundo árabe, pero quebró la unidad islámica, que conservaba en la persona del Sultán o Gran Señor, considerado como sucesor de los Califas, una cabeza visible.

El Sultán Mohamed VI fué destronado en 1922 por el partido de los *Jóvenes turcos*, de tendencia liberal y reformista en sentido europeizante. Su jefe, Mustafá Kemal, que profesaba un nacionalismo de vanguardia, con-

siguió en 1922, que el Parlamento turco declarase al Estado independiente del Islám, Turquía, que casi no tenía otra razón de ser que la de formar el principal baluarte del Mahometismo, y que no desempeñó otro papel en la historia, quedó convertida en un Estado laico que desertaba de su misión.

Habiendo tomado parte en la guerra al lado de los llamados *Imperios Centrales* (Alemania y Austria), perdió sus territorios de Europa, excepto la ciudad de Constantinopla, y quedó reducida a la *Anatolia* o Asia Menor. La capital fué trasladada de Constantinopla a Angora o *Ankara*.

Proclamada la República, en 1923, Kemal gobernó como dictador. Se dedicó febrilmente a perseguir con saña toda huella del pasado. Condenó los trajes antiguos y el uso del *fez*, el velo y la reclusión de las mujeres. Cambió su nombre musulmán de *Mustafá*, para llamarse *Kemal Ataturk*, y en lugar de la bandera del Islám, levantó, como razón de ser de Turquía, la de la *raza turania*. Fué un gobernante de tipo genial, pero poco simpático.

En 1918 triunfó, gracias sobre todo al Presidente Wilson, de los Estados Unidos, un nacionalismo más liberal que tradicional. Se formó la *Sociedad de Naciones*, que admitió en su seno a las naciones asiáticas y africanas, antiguas y recientes, y la formación de naciones nuevas se confió a un sistema de plebiscitos, controlados por aquel organismo internacional.

Mustafá Kemal

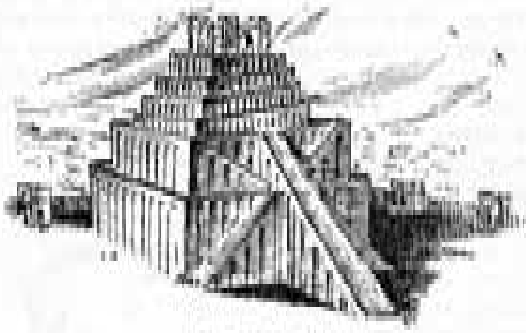
Así se formaron las nuevas *naciones árabes*, las principales, las siguientes:

El *Irak*, con capital en Bagdad, la antigua e ilustre ciudad de los Califas Abbasidas, donde fué proclamado

rey el Emir Faisal, hijo de Hussein, rey de Hedjaz, en Arabia, en 1921. Pero la Gran Bretaña, a la que interesaba grandemente el petróleo de Mosul, de donde parte un *oleoducto*, o canal subterráneo, que lleva el petróleo, atravesando el desierto de Siria, hasta los puertos de Beirut y Haiffa, obtuvo de la Sociedad de Naciones un *mandato* sobre el Irak, que duró hasta 1932.

El Irak se formó como una monarquía constitucional hereditaria, con un Senado y una Cámara de diputados.

La *Siria* formó, con la Transjordania, en 1918 y 1920, el reino del Emir Faisal. En 1922 fué puesta bajo el



La Torre de Babel

mandato francés (el *mandato* es como el antiguo *protectorado*, sólo que se ejercía en nombre y por delegación de la Sociedad de Naciones).

La Transjordania, al Este del Jordán, que la separa de la Palestina, se formó por iniciativa de Inglaterra, que la recibió bajo su mandato en 1923. En 1921, había concluido en su capital, Amman, un tratado en que se formaba una Confederación Arabe con Irak y Hedjaz, que fracasó por haber conquistado el Hedjaz los Wahabitas.

El *Líbano*, habitado por católicos maronitas, cristianos ortodoxos (cismáticos) y drusos, quedó segregado de Siria y puesto bajo mandato francés.

La Palestina, que durante la guerra había sido ocupada por los ingleses, que por ello se titulaban los *Cruzados del siglo XX*, fué gobernada por un Alto Comisario y dividida en siete distritos: Galilea, Acre, Haiffa, Samaria, Lydda, Gaza y Jerusalén.

Los judíos sionistas solicitaron entonces establecer un Estado judío en Palestina y obtuvieron una declaración favorable de Lord Balfour, en nombre del Gobierno británico. La Sociedad de Naciones, al conferir el mandato, había encargado a Inglaterra de establecer un Hogar Nacional Judío en Palestina. Comenzó una enorme emigración israelita, que se agrupó en colonias agrícolas en el territorio de Jaffa, donde fundó la ciudad de Tel-Aviv, y en la llanura de Jezrael. El desenvolvimiento económico e industrial que comunicaron al país los judíos fué grande, pero los árabes, perjudicados por la ocupación de tierras, se pusieron en contra, y comenzó una serie de luchas violentas, una verdadera guerra civil. En 1931, se celebró un Congreso Panislámico en Jerusalén, y todo el mundo musulmán se puso al lado de los árabes de Palestina, lo cual obligó a los ingleses a dar largas al asunto.

En Arabia se mantenían en estado semi-independiente los Sultanatos de *Nedjez*, *Hadjaz*, *Hadramaut*, *Oman*, *El Katar*, *El Kuweit*, el Emirato de *Bahrein*, el Estado del *Imam de Mascate*, en Oman, independiente desde 1913, y otros pequeños principados.

Pero los elementos más activos allí fueron los Wahabitas, secta puritana de la que ya hemos hablado, y a la cual debió su elevación el Emir Ibn Saud, fundador del reino de la que, de su nombre, se llama Arabia Saudita.

De los otros Estados musulmanes, Persia quedó al margen de la guerra, pero sometida a las presiones y amenazas de Inglaterra y Rusia, que en 1907 se repartieron las zonas de influencia. También allí juega un gran papel el petróleo, que se trae del monte Zagro, por un gran oleoducto, hasta el puerto de Abadán, en el golfo Pérsico.

En 1925, reinando el Sha Amed, de la dinastía Kadjar, Riza Khan, jefe del partido de los *Jóvenes persas*, de las

mismas tendencias que los *Jóvenes turcos*, a quienes imitaban, se proclamó rey, por medio de un golpe de Estado, e implantó la misma política ultraeuropeísta que Kemal en Turquía; del mismo modo que éste, con una inspiración arqueológica, también muy occidental, se proclamó *turanio*, Riza Khan se llamó *iranio*, en lugar de persa, y lo mismo hizo con su país, al que mandó llamar *Irán*, por decreto de 22 de marzo de 1935.

El *Afganistán*, bajo el protectorado inglés desde 1907, se hizo independiente en 1919. El rey Amanullah emprendió la misma política que Riza Khan en Persia y Kemal Atatürk en Turquía. Apasionado por la arquitectura cubista y por el urbanismo moderno, como sus dos modelos, emprendió grandes reformas en Kabul, su capital. Pero el partido tradicionalista se levantó en armas, y Amanullah tuvo que abdicar en su hermano Mayntullah.

Éste fué destronado por un hombre del pueblo, a quien llamaban «el hijo del aguador», y subió al trono un general llamado Nadir Khan.

Por la parte de Occidente, el *Egipto*, bajo el protectorado inglés oficialmente desde 1914, obtuvo en 1922 el reconocimiento de su independencia, gracias al movimiento nacionalista organizado bajo el mando de Zoglul Pachá, y el Kedive fué proclamado rey, con el nombre de Fuad I. Por un tratado firmado en 1936, Inglaterra se reservó la vigilancia del Canal de Suez y el condominio del Sudán anglo-egipcio; pero éste disgustó a los nacionalistas, que no cejaron en exigir la retirada de Inglaterra.

Tales fueron los efectos de la primera guerra mundial en los países musulmanes, gracias a la caída del Imperio turco.

El establecimiento del régimen comunista en Rusia tuvo más largas consecuencias.

Rusia, que ya era una gran potencia asiática, aumentó considerablemente su poder en aquella parte del mundo, al mismo tiempo que menguaba el poder y el prestigio de Inglaterra. Hábilmente, los bolcheviques alentaron los movimientos nacionalistas, y anti-europeos de los países orientales, combatiendo los imperialismos ajenos, para

asentar en su lugar el suyo. Dieron a éste una forma aparentemente federal, como *Unión de Repúblicas Socialistas*, en las cuales el lazo de unión es, más que el gobierno, el partido, movido por un misticismo revolucionario fanático, verdadera religión atea. Se le ha comparado, con acierto, con el primitivo Islám: tiene su Profeta, Carlos Marx; su Corán, *El Capital;* su guerra santa; su comunidad de los creyentes: el partido comunista, etc. Su política es verdaderamente sabia y astuta.

Bajo la acción bolchevique, el Turkestán se convirtió en una serie de repúblicas soviéticas: *Kazakistán*, con su capital en Alma Ata; *Tayikistán*, en Stalinabad; *Kirguisistán*, en Frunze; *Turkmenistán*, en Askabad, y *Uzbekistán*, en Tachkend.

En Mongolia, tuvo la Rusia soviética que sostener una guerra contra los mogoles, organizados militarmente por el general alemán Unger, que al fin sucumbió falto de auxilio. Rusia conservó la *Mongolia exterior*, constituída en 1924 en República Popular Soviética, dirigida por dos Asambleas: el *Gran Kuraltán* y el *Pequeño Kuraltán*, que nombra el presidente y los ministros.

Pero lo que da grandeza a Rusia en Asia es la Siberia, que además de su inmenso territorio, la aproxima a América por el Este y le da salida al Océano Pacífico.

En el mundo indo, el nacionalismo tenía raíces bastante antiguas, aunque adoptando formas difusas. En 1885, le dió forma, en sentido liberal moderno, el Congreso Nacional reunido en Bombay, por iniciativa inglesa. Pero en su formación se citan los nombres del parsi Dadabhai y el hindú Gokal. Pedían el *Swaraj* o autonomía de la India, reconociendo la soberanía inglesa; pero las tendencias eran diversas, pues muchos querían arrojar de la India a los europeos. La victoria del Japón sobre Rusia los animó enormemente; entonces, los moderados, tomaban por modelo al Canadá, los otros al Japón. Hacia 1914, comenzó a hacerse notar el famoso *Mahatma Gandhi*.

Inglaterra, para obtener la cooperación de la India en la guerra—985.000 hombres—había hecho promesas. Pero pasado el peligro, suprimió las libertades existentes.

En 1920, murió el sabio matemático hindú Tilak, jefe del partido nacionalista. Entonces se puso Gandhi al frente del movimiento. Sus doctrinas y sus métodos causaron sensación en Europa, donde tuvo un sin fin de admiradores.

Pertenecía a la secta jaina, que profesa la abstención de toda violencia, y estaba influído por el Vishuismo y por las doctrinas de León Tolstoy. Era, más que un político, un santo indo, un *Mahatma* (grande alma). Por lo tanto, predicaba la no violencia, la resistencia pasiva, la desobediencia civil. Rechazaba la civilización moderna y justificaba el Hinduismo. Sus procedimientos de lucha eran: la no cooperación con los ingleses; no producir para ellos; no comprar ni consumir sus productos. Sus discípulos, que lo rodeaban en multitudes inmensas, quemaron sus ropas de fabricación inglesa, y se dedicaron a hilar, tejer y confeccionar sus vestidos con los instrumentos tradicionales. Esta revolución pacífica les dió una inmensa fuerza, pero sus resultados llegaron ya después de la segunda guerra. Una Constitución otorgada, que entró en vigor en abril de 1937, no pudo detener el movimiento liberador.

Cuando estalló la primera guerra mundial, en 1914, la China se hallaba en plena anarquía. Yuan Chi-Kai, el virrey traidor que había derribado la dinastía, se hizo proclamar emperador en 1915, pero ante la agitación promovida por el Kuonmintang, tuvo que suicidarse. Entonces, la China se vió entregada a la ambición de los generales revolucionarios: Tchang Tso-Lin, que era un capitán de bandidos, dominó la Manchuria; Pekín cayó en poder del mariscal Tuan Ki-jueí, hasta 1920, en que se la arrebataron su jefe de Estado Mayor, Wu Pei-fu, y otro advenedizo llamado Tsao Kuen, que se hizo proclamar presidente de la República; en 1924, los echó de allí Tchang Tso-Lin, con ayuda del llamado «*general cristiano*» Feng Yuslang, que estaba vendido a los soviets.

Mientras tanto, en Cantón, el Parlamento del Kuonmintang eligió, en 1921, presidente a Sun Yat Sen, pero sus generales no le obedecieron. Se había vuelto tan ilu-

so, que se fué a Tokio,a gestionar la federación de China y Japón, y murió al volver en 1925.

Le sucedió Chang Kai Shek. El Kuonmintang buscó la ayuda de los Soviets, que enviaron al técnico militar Galentz y al comisario Borodine, que fueron los verdaderos directores de la política. Chang Kai Shek estaba casado con una cuñada de Sun Yat Sen, una de las hermanas Sung, a las cuales se atribuye la dirección secreta de la política china, por lo que eran llamadas la *dinastía Sung*. Eran tres: una casada con Sun Yat Sen, otra con Chang Kai Shek, otra con el ministro de Hacienda, y un hermano, director del Banco Nacional.

Chang-Kai-Shek

Con cuadros de mando y municionamientos rusos, los del Kuonmintang conquistaron los centros industriales de Hopei, Hankeu y Hanyang, ocuparon las concesiones inglesas y expulsaron a los residentes y tomaron Nankin, donde hubo matanzas de europeos, todo ello en 1927. El mismo año rompió Chang Kai Shek con los comunistas, formó un gobierno moderado y expulsó al gobierno comunista que se había formado en Hankeu. Los agentes rusos organizaron en Cantón un movimiento que decretó el degüello de los propietarios y expropiación de sus bienes, pero las tropas de Chang Kai Shek pasaron a cuchillo a los sublevados y ejecutaron al jefe de la escuela comunista militar. En 1934 tuvieron que acabar con una república comunista formada en Kiangsi.

Mao Tse Tung

En el Norte, expulsaron a

Tchang Tso-lin, que murió en el tren, de un atentado. Otros generales del Norte, como el «general cristiano», se pasaron al Kuonmintang.

China perdió el Tibet, que se declaró independiente; la Mongolia Exterior, que ya lo era desde 1911 y se convirtió en república soviética en 1921, y la Manchuria, que los japoneses convirtieron en Imperio del Manchukuo, para el último emperador de la China, Pu-yi.

Por fin, en 1937, intervinieron los japoneses, que ocuparon sucesivamente Pekín, Chang-tong, Shanghai, Nankín y Cantón.

El gobierno de Chang Kai Shek se mantuvo en Tchang-Kin, apoyado por ingleses, americanos y rusos.

La India pudo todavía mostrar, frente a la europeización y las nuevas circunstancias creadas por ella, una reacción propia, más o menos pura, pero que respondía a sus tradiciones. La China, por extraño que parezca, no fué capaz de una cosa semejante. Su revolución fué movida desde el exterior, por los emigrantes chinos de América, y no deja de parecer una revolución de vendedores de collares.

Los japoneses trataron de proporcionarle una doctrina defensiva y restauradora, que revivificase la tradición china. Según esta tradición, la doctrina se llamaba *Hsin-min-Hui*, que viene a significar «Sociedad nueva».

Los periódicos, las radios de la Agencia Domei, comenzaron a propagarla: «Todo desea vivir—decían—, lo bueno es fuerte y lo débil malo. El cielo permite que lo bueno se dilate y que lo malo perezca. El camino real exige que los hijos obedezcan a los padres y los súbditos a sus soberanos. El camino real exige que la mujer obedezca a su esposo. El camino real exige que el Estado respete la religión, que se venere a los antepasados, que el hombre se sirva de las máquinas sin ser esclavo de las máquinas, y que los preceptos de Confucio gobiernen la vida de su pueblo. El camino real exige la honradez en los contratos, la cohesión de la familia, el patriotismo, el desinterés, el sacrificio, la piedad y la disciplina. El camino real se opone al capitalismo internacional y al marxismo, a la igualdad y a la relajación de las

costumbres, a las luchas de partidos y al triunfo de los usurpadores»... En el *Lun-yu* se dice: «El noble cuida de la raíz; si la raíz está segura, el camino crece... Respeto filial y obediencia: he aquí las raíces de lo humano».

Estas ideas parecen inducir a la restauración de la vieja tradición china; pero los hombres del Kuomintang iban empujados, aunque no lo quisieran, al derrocamiento total de aquella tradición.

1945

La segunda guerra mundial afectó profundamente a Asia. Fué el epílogo catastrófico de la dominación europea en Oriente.

Los japoneses en una acción tremendamente vigorosa y rapidísima, ocuparon, como hemos visto, la Manchuria, donde constituyeron el Imperio del Manchukuo, gran parte de la China, Formosa, las Filipinas, la Indochina y la Indonesia. Los occidentales ocuparon la mayor parte de los países árabes. Se trataba de proteger el Mediterráneo y sus salidas contra los alemanes e italianos, y luego, siendo posible, apoderarse de las posesiones de éstos en Africa; pero los ingleses y franceses se presentaban como protectores del mundo islámico, al que habían hecho promesas. Los principios que defendían los obligaban también a respetar y garantizar el derecho de autodeterminación de aquellos pueblos, es decir, su derecho a la independencia y a darse los gobiernos que mejores les parecieran.

Los movimientos reivindicadores de la libertad de los pueblos musulmanes respondían a dos tendencias opuestas: por una parte, el *panislamismo*, que predicaba la unión de todos los pueblos mahometanos de todas las razas y países, en defensa de su religión y de su cultura común; por otra parte el *nacionalismo* de tipo occidental, que pretendía la independencia de cada grupo o país, que tenía derecho a formar un Estado. De hecho había ya Estados musulmanes laicos, independientes de toda comunión religiosa, como la Turquía de Kemal Attaturk, que separó totalmente lo civil de lo religioso. Incluso muchos países del mundo musulmán que aspiraban a ser

Estados libres, incluían fuertes minorías cristianas o de otras confesiones, causas todas éstas que los inclinaban al laicismo. La denominación de *nacionalismo musulmán*, empleada muchas veces en Europa, ha hecho que se confundiesen estas dos tendencias, en realidad, difíciles de compaginar.

Sin coincidir con ellas, se manifestaban en el mundo musulmán otras dos: la de los mahometanos devotos, o por otras causas partidarios de la tradición, llamados muchas veces los *viejos turbantes*, y la de los reformistas, partidarios de la europeización y de las costumbres y principios modernos. Estas tendencias, que se manifiestan hoy en todo el mundo, y que constituyen el fondo de la crisis espiritual y política de nuestro siglo, agitan hoy profundamente al mundo musulmán, desde Marruecos a Mindanao.

Al nacionalismo europeizante, le fué fácil el triunfo después de la guerra, llegada la paz, que fué, en este sentido, una capitulación de Europa ante el Oriente.

El *Irak*, el *Yemen*, la *Transjordania* y la *Arabia Saudita*, fueron reconocidos como Estados soberanos, y la última quedó en posesión de casi toda la península arábiga, con la ciudad Santa de la Meca, excepto el Yemen y los pequeños Estados, también independientes, de la costa del Golfo Pérsico.

El *Líbano* fué declarado independiente en 1941, y evacuado por las tropas francesas en 1946, y formó un Estado democrático, con su capital en Beirut.

En 1946, se emancipó la *Siria*, que se constituye en república, con Damasco por capital.

No fueron las cosas tan fáciles en Palestina, puesta bajo el mandato inglés y comprometida Inglaterra con los judíos por la *declaración Balfour*, de que hablamos antes. La lucha sangrienta entre árabes y judíos hizo que se dividiese la Palestina en un *Estado árabe* y un Estado judío; éste, comprendiendo la Galilea oriental, la llanura de Esdrelon y casi toda la zona marítima, recibió el nombre de Estado de *Israel*, con la capitalidad en Tel-Aviv. En 1948, Inglaterra renunció al mandato, e Israel se pro-

clamó Estado libre. Los asuntos religiosos siguen confiados a un Consejo de Rabinos.

Los árabes de Palestina, dirigidos por el Gran Mufti de Jerusalén y un Consejo Supremo Arabe, estaban divididos en dos partidos, que se distinguían por sus cubrecabezas: unos llevaban *tarbús*, y otros llevaban *kefiya*. En 1950, el rey Abdullah de Transjordania se anexionó la zona árabe de Palestina, para constituir el reino de *Jordania*, pero en 1951 fué asesinado en Jerusalén.

La Ciudad Santa fué dividida también entre árabes y judíos, en 1952, quedando los Santos Lugares de la Redención a merced de no cristianos.

Pero las luchas, más o menos violentas, de árabes y judíos, continúan todavía hoy.

Sha Riza Pahlavi

Ocupado Teherán, capital de la que vuelve a llamarse *Persia* en 1941, por tropas anglorusas, el Shah Riza Kan fué obligado a abdicar en su hijo Mohamed Riza Pahlavi, también partidario de las reformas. Pero las dos ambiciones opuestas de rusos e ingleses siguieron obrando, más o menos, en la sombra. En 1952, subió al poder el astuto e intrigante Musadeeq, de quien se ha dicho que se entendía con Moscú; dió un golpe de Estado, declarando destronado al Shah, que tuvo que huir en avión a Europa, mas en seguida, una rencción popular derribó a Musadeeq, que fué encarcelado, y los persas llamaron de nuevo al Shah, que fué recibido en triunfo en Teherán.

También el *Egipto* ha sido fuertemente conmovido por movimientos políticos. En 1951, el partido nacionalista egipcio, llamado *wafd*, obligó al Gobierno a denunciar el

tratado concluido con Inglaterra en 1936. Pedían la retirada de las tropas inglesas del Canal de Suez, y la unificación política con el Sudán, antes llamado anglo-egipcio.

El político para Mussolini

En julio de 1952, el general Mohamed Naguib, al frente del ejército, dió un golpe de Estado y exigió la abdicación del rey Faruk, contra quien se difundieron en la prensa mundial enormes acusaciones, y proclamó al hijo de Faruk, de pocos meses, Fuad II, rey de Egipto y del Sudán, con un Consejo de Regencia.

En seguida emprendió Naguib una serie de grandes reformas modernizantes.

En 1941, la O. N. U. erigió el reino de *Libia*, con las posesiones italianas del Norte de Africa, haciendo rey a Seyed Idris el Senusi, de linaje muy ilustre. En *Túnez* encuentran hoy fuertes dificultades los franceses. En *Marruecos* lograron destituir al Sultán recientemente. Sin embargo, en Africa como en Asia, los europeos sólo conservan ya su preponderancia a fuerza de concesiones.

Mohamed Naguib

A una concesión, y no pequeña, se debe el nacimiento de un nuevo Estado musulmán en Asia: el Pakistán, que se tiene por la mayor de las naciones islámicas.

El Mahatma Gandhi hizo cuanto pudo por conseguir la unión de hindúes y musulmanes en la India, pero, naturalmente, no lo pudo lograr. El había soñado una India unida, pero aquello era soñar un imposible: la India, menos que ningún país de Asia, no es una nación, es un continente, es un mundo vario y abigarrado, un conglomerado de razas y religiones, que no puede formar una unidad. El de *nación* es un concepto eminentemente occidental, que los orientales no pueden comprender y menos sentir, aunque hablen de ello figurándose que lo entienden. Como nosotros no comprendemos otra porción de conceptos que a ellos les son familiares, como por ejemplo, refiriéndose a la India, las *castas*.

La situación de la India se agudizó en los momentos de la guerra y más aún después. En los años del triunfo japonés, apareció otro jefe muy diferente de Gandhi: Chandra Bose, inspirado en parte en el nacionalsocialismo alemán. También empezó a sonar entonces mucho el nombre de Pandit Nehru, bastante inclinado al socialismo.

Al ver cerca ya la plena independencia de la India, los musulmanes se negaron a formar parte de un Estado hindú, pues pretendían que, siendo 90 millones, no podían ser considerados como una simple *minoría nacional*. Comenzaron los conflictos entre hindúes y musulmanes: los hindúes metían cerdos en las mezquitas; los musulmanes asesinaban a las vacas y cometían atentados contra las pagodas. En muchos sitios, como en el Penjab, llegaron a las manos, se acometieron grupos armados y corrió la sangre. Al mismo tiempo, entre los jefes de unos y otros, se celebraban consejos y se entablaban laboriosas negociaciones. La división de la India en un Estado musulmán y un Estado hindú ofrecía enormes dificultades, pues las poblaciones de una y otra religión viven mezcladas en muchas provincias y en la mayor parte de las ciudades; hay soberanos de religión islámica, como el Nizam de Hayderabad, la mayoría de cuyos súbditos son hindúes, y viceversa, soberanos hindúes cuyos súbditos son musulmanes. Al fin se fué llegando a un acuerdo, sin que cesaron los disturbios.

En julio de 1947, el rey de Inglaterra, ante el Parla-

mento reunido en Londres, declaró solemnemente que renunciaba al título de Emperador de las Indias Orientales, el título glorioso que Disraeli había creado para la reina Victoria, considerada por muchos indos como continuadora de los Grandes Mogoles. Fué una capitulación moral, que se adornó con la aureola del amor a la paz y a la libertad de los pueblos.

El 15 de agosto del mismo año se proclamaron los dos Estados en que hoy está dividida la India: la *Unión India*, *Hindustán* o *Bharat*, que es el Estado hindú, y el *Pakistán*, que es el Estado musulmán. Comprende éste el Penjab occidental, el Sind, los países de la frontera Noroeste, el Beluchistán, Bahawalpur, Jaipur, Junagadh y la Bengala oriental, con su capital en Karachi, puerto en el mar de Omán, y comprendiendo ciudades tan importantes e ilustres como Lahore, Peshavar, Kelat y Jaipur, constituyendo el mayor de los Estados musulmanes, con 75.690.000 habitantes. El Hindustán comprende las provincias de las antiguas Presidencias de Madrás y Bombay, el Penjab oriental, la Bengala occidental, y los Estados de Kashmir, del Nizam de Hayderabad y de los Maharajás de Maisur, Travancor, Patiala, del Rajputana, del Sindia de Gwalior y otros, y el protectorado sobre Sikkim y sobre las islas de Andaman y Nicobar. La capital es Nueva Delhi y le pertenecen las ciudades de Calcuta, Bombay, Madrás, Patna, Lucknu, Ajmer, Cochín y otras de las más famosas.

En pleno triunfo el Mahatma Gandhi fué asesinado, según se dice, por un adepto de la *Maha Sabha*, asociación brahmánica ultratradicionalista. El duelo fué general y la incineración de su cuerpo constituyó una solemnidad notable.

Al frente del gobierno se encuentra el Pandit Nehru, que tiene que transigir con los partidarios de la tradición hindú. Un discípulo de Gandhi, llamado Vinoba Bhava, emprendió una gran campaña de reforma agraria, logrando por la persuasión (aunque también infundiéndoles el miedo al comunismo), que numerosos terratenientes, incluso el Nizam de Hayderabad, le cedieran numerosas tierras para distribuir entre los aldeanos, y parece que esto

resultado apaciguó los desórdenes en gran parte de la India: el Pandit Nehru y el Presidente de la India se inclinan a las reformas de Vinoba Bhava.

Desde 1950 el Hindustán es un Estado federal con dos cámaras: el Consejo de los Estados y la Cámara popular, y un Presidente elegido por cinco años. Las disputas con el Pakistán por Cachemira y las luchas de partidos continúan.

El 2 de septiembre de 1945, el Japón, acosado por todas partes por sus enemigos e impresionado por la espantosa explosión de Hiroshima, se rindió sin condiciones a los occidentales.

Los japoneses habían ideado una federación de los países asiáticos, o por lo menos, por el momento, en una *Gran Asia Oriental*, que indudablemente hubiera sido un baluarte eficacísimo contra el comunismo, pues estaba inspirada en la idea de restauración de la vida familiar y social, de jerarquía, de unidad y de paz, según los principios tradicionales, y podía contar con una fuerza formidable, dirigida por un pueblo de ejemplar disciplina y de enérgica acometividad. Pero los occidentales, atentos a salvaguardar sus intereses en Oriente, y aliados en aquella ocasión de los rusos, no podían apreciar aquello debidamente. Por otra parte, los excesos cometidos por los japoneses en varios escenarios, especialmente en Filipinas, los enajenaron las simpatías de los pueblos que pretendían tutelar.

Por todo ello y siendo el objeto del odio más sañudo por parte de los Soviets, que debiéndolo todo en la guerra a los occidentales, se volvían cada día más exigentes, el Japón fué de los más maltratados y, por el momento, reducido a la impotencia. Tuvo que ceder a Rusia la isla de Sakallen y las Kuriles, las de Riukiu a los Estados Unidos, Formosa, Kuantung y Manchuria a la China y abandonar Corea, quedando reducido su territorio a las cuatro islas japonesas. Tuvo que dar un sentido democrático a sus instituciones políticas, pero conservó al Emperador, aunque con carácter meramente simbólico y disminuido su carácter sagrado.

Cuando los japoneses evacuaron la China, el gobierno que habían formado, en Nankín, presidido por Wang Chi Wei, antiguo colaborador de Sun Yat Sen, desapareció inmediatamente; pero en seguida, el de Chang Kai Shek se encontró con la ambición de los generales. Uno de ellos, Mao Tse Tung, sabio confuciano, según dicen, y fundador del partido comunista chino, había hecho la guerra al frente de un contingente de mendigos y de bandidos reclutados en las montañas; parece ser un gran jefe militar, y sus partidarios le llaman el *Dragón Rojo*. En 1948, con fuerzas escasas, emprendió la guerra contra el Gobierno del Kuonmintang, que se había vuelto conservador. Fué avanzando, triunfo tras triunfo, aumentando sus efectivos con la defección de los nacionalistas, pero escogiéndolos sabiamente y desprendiéndose de los que no le convenían, ganando a los jefes con cargos honoríficos y remuneradores y obligando a permanecer quietos a los guerrilleros irregulares. Instituyó, según el ejemplo ruso, cursos de adoctrinamiento político, y obró como dictador inflexible.

El emperador japonés Hiro Hito

El Gobierno nacionalista tuvo, al fin, que huir a Formosa, donde se sostiene gracias a la ayuda americana, mientras Mao Tse Tung gobierna una China *popular* según los principios marxistas. Tales fueron los efectos de la última guerra en el corazón de Asia. Un escritor francés que conoce la China actual, dice lo siguiente:

«Si el vencedor de Chang Kai Shek llega a administrar su victoria, a reformar su hacienda y a equipar su industria pesada, poseerá tarde o temprano el más poderoso

ejército del universo, capaz no sólo de cambiar los destinos de la antigua China arrastrándola por las vías de la modernización económica y social, sino de transtornar la estructura política de la Eurasia».

Si relacionamos esto con la situación de otros países de Asia, habrá que convenir en que la dictadura comunista en China constituye uno de los mayores peligros, no sólo para Europa y para el mundo, sino, muy especialmente para la tradición oriental.

En Indochina, la situación es la siguiente: en 1948, Birmania obtuvo la independencia, formando la *Unión federal birmana;* Siam, con el nombre de *Thailandia*, desde 1949, continúa siendo una monarquía, hoy de cierto tipo democrático; la Indochina francesa es hoy la *Federación de Indochina*, integrada por el *Vietnam* (Tonkin, Annam y Cochinchina), *Cambodia* y *Laos*, todos en la Unión Francesa, pero el comunista Ho Chi Minh formó el Estado rival llamado *Vietminh*, hoy en guerra con el Vietnam, sostenido éste por tropas francesas, y expuesto, si los cambios políticos hacen que aquellas se retiren, a caer en poder de los comunistas, que siempre pueden contar con ayuda por parte de China.

En Corea, la guerra entre el gobierno comunista de la Corea del Norte con el de la Corea del Sur, no acaba de resolverse.

En Indonesia, después de la caída del Japón, se formó la *República de Indonesia*, integrada por Sumatra, Java, parte de Borneo, Célebes, las Molucas y el Oeste de Timor, con capital en Batavia, que recibió el nombre indígena de *Djakarta*. De su estabilidad política puede dar fe el hecho de que fué unitaria en 1945, federal en 1949 y otra vez unitaria en 1950.

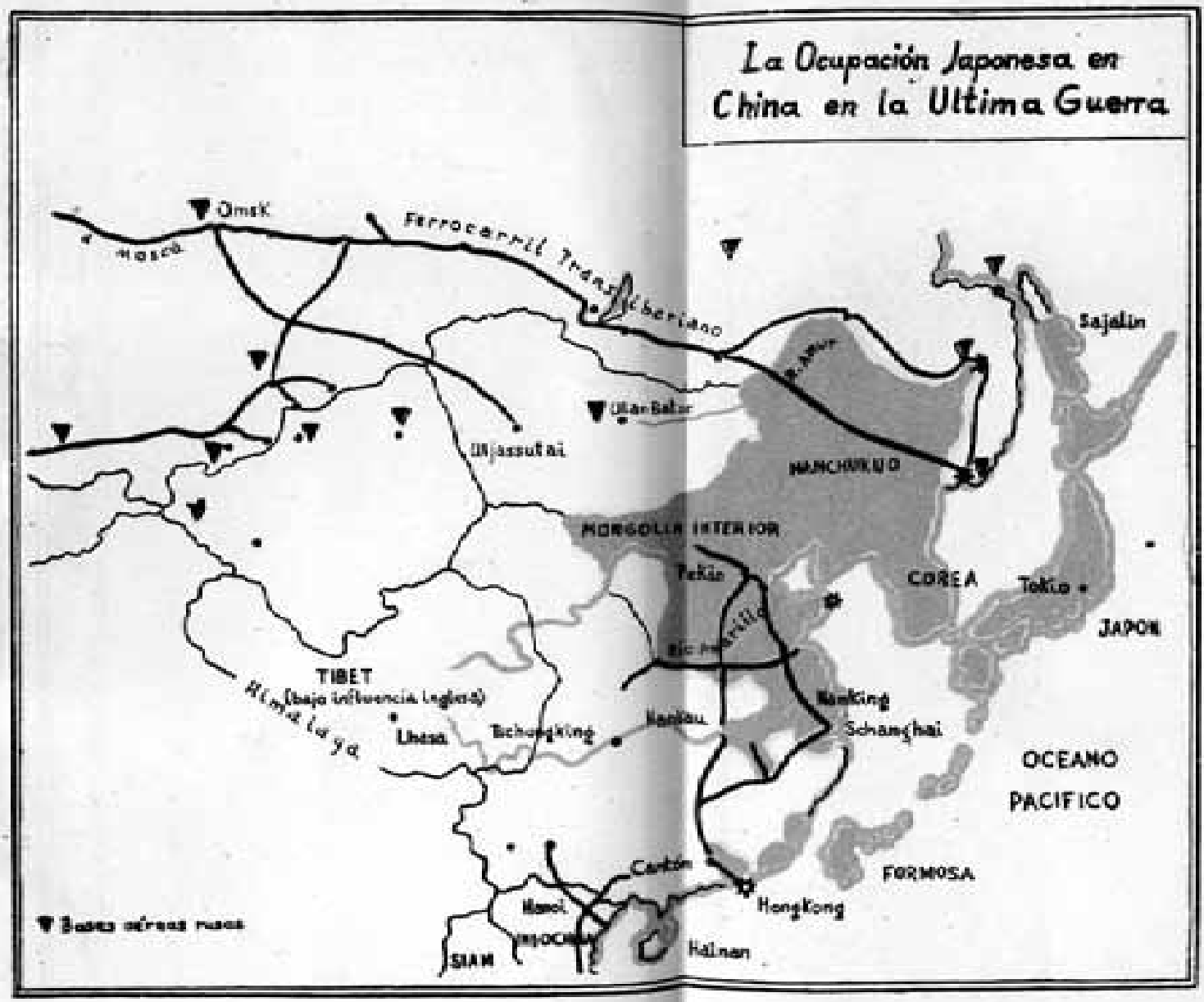
* * *

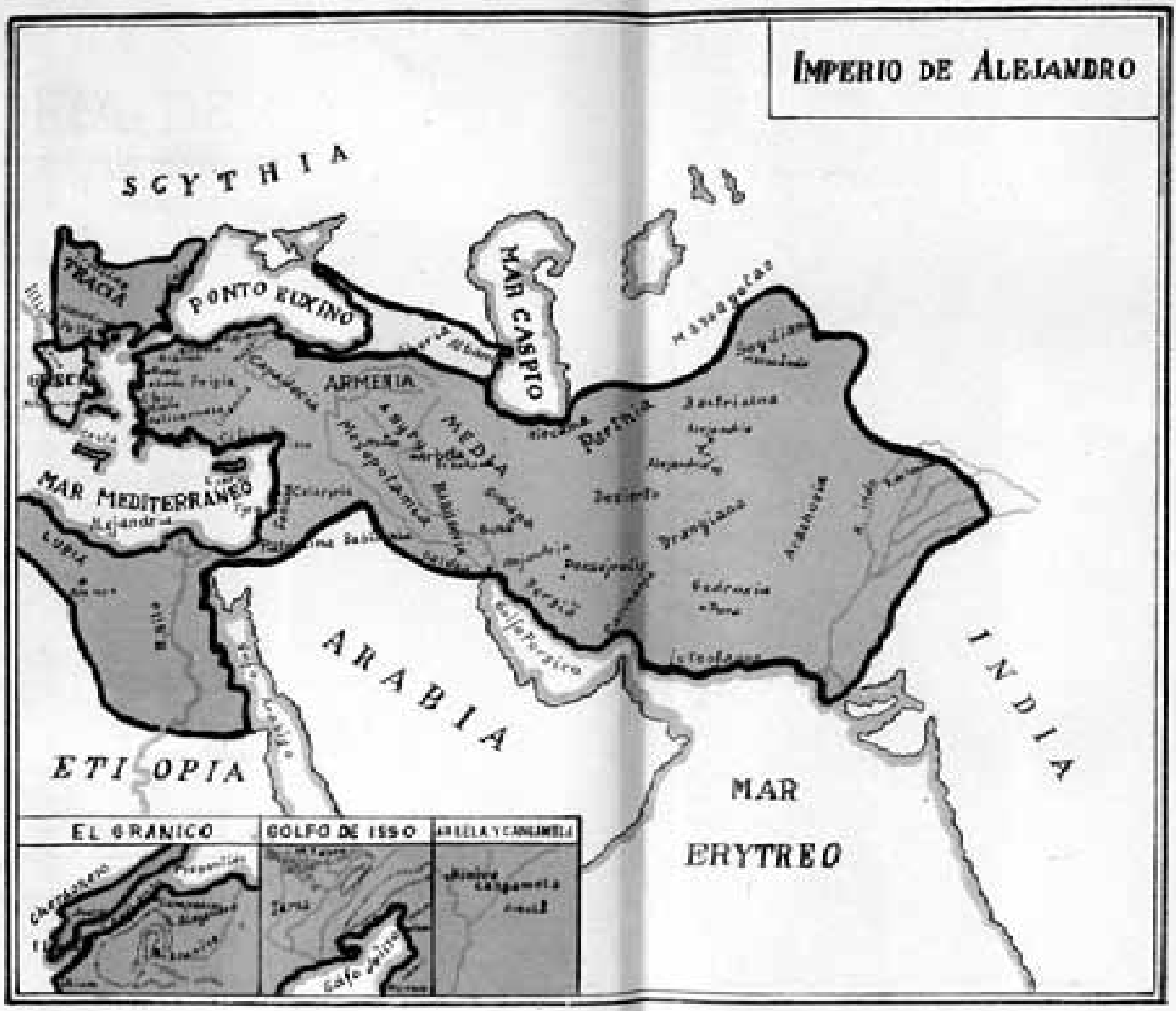
El Asia antigua, el Asia tradicional, el verdadero Oriente, gozó fama en nuestros climas, de *misteriosa, enigmática, extraña, incomprensible, impenetrable...*

Más impenetrable, más incomprensible, más extraño,

más enigmático, más misterioso, es el porvenir que allí se prepara para los asiáticos, para los orientales, y quizá para nosotros.

Que habien los escasos conocedores del Asia que hay en Occidente: los orientalistas, los viajeros, los misioneros, incluso, aunque menos, algunos de los que allá han hecho comercio o han practicado la industria y los cultivos, o los que han desempeñado cargos en las colonias europeas, y sin duda os dirán que era más fácil entenderse con los viejos mandarines, con los yogis, con los bonzos, que con los actuales políticos y reformadores, que emplean nuestros mismos procedimientos y repiten nuestros mismos tópicos. Porque antes habia que traducir las palabras, y ahora hay que traducir las ideas que se visten o se disfrazan con los mismos términos que nosotros usamos.


La Ocupación Japonesa en China en la Ultima Guerra
Omsk
Moscú
Ferrocarril Transiberiano
Sajalin
Ulan-Bator
Ulyassutai
MANCHUKUO
MONGOLIA INTERIOR
Pekín
COREA
Tokio
JAPON
TIBET
(baja influencia inglesa)
Lhasa
Tschungking
Nanking
Schanghai
OCEANO PACIFICO
Canton
FORMOSA
Hong Kong
Hainan
SIAM
Bases aéreas rusas


IMPERIO DE ALEJANDRO
SCYTHIA
PONTO EUXINO
MAR CASPIO
ARMENIA
MEDIA
Partia
Bactriana
MAR MEDITERRANEO
ARABIA
INDIA
ETIOPIA
MAR ERYTREO
EL GRANICO
GOLFO DE ISSO
ARBELA Y GAUGAMELA

TORIA DE ORIENTE

INDIA	INDOCHINA	ASIA CENTRAL	CHINA	JAPON
de Mohenjo-		Cultura de Anau		
				Epoca Fujiwara última
			Dinastía Sung del Sur	
		GRAN IMPERIO MOGUL		Periodo Heihé (guerras de los Taitas y Minamoto
musulmán de Delhi		Nace Gengis Kan *Conquistas Mogolas* Ogday Kan Mangu Kan	Gengis Kan conquista Kitai y Corea	Periodo Kamakura
	Invasión de Kublai Kan Reino Chan en Siam Dinastía Talaing en Pegú	Kublai y Hulago	Kublai Kan. Dinastía Yuan Viaje de Marco Polo	
	Caída de los Khmer			
de los Raya de mogar portugués lama arque del *Gran Mo-*		*Tamerlán*	Revolución de la Sociedad del Loto Blanco Tchu-Yuan-Tchang fundo la Dinastía Ming	Periodo Achikaga
	Sublevación annamita contra China Los portugueses en Pegú	El Tachi Lama en el Tibet		
	Imperio Talaing en Pegú Albuquerque toma a Malaca y las Molucas			
on Grande r on Zeb ión de los Reinos tas ieses en la India pañía de Indias de Nadir Schah		Los Gorros Amarillos Elevación del Dalai Lama		Periodo Momoyama Nobunaga Hideyoshi
	Comienza la penetración francesa e inglesa	Reina el Dalai Lama	Conquista manchú. Dinastía T'sing El corsario Koshinga	Periodo Tokugawa
	Alompra y su dinastía Caída de los Talaing Fundación de Bangkok Conquistas francesas e inglesas y anexiones			
ación de los Cipa-				
			Sublevación de los Boxers	Restauración imperial Periodo Meiji
na de M. Gandhi idencia de Indos- Pakistán	Conquista japonesa Autonomías nacionales	Revolución soviética en Mogolia Traición del Tachi Lama	Revolución y República Conquista japonesa Mao-Tse-Tung implanta el régimen comunista	Guerras con China y Rusia Grandes conquistas y derrota final

INDICE

Páginas

I.—Oriente y Occidente 5

II.—El mundo Sumérico 15

Los Sumerios 17
El Imperio semita de Sargón de Agade . . . 19
El Imperio de Hammurabi 20
El poema de la creación 21
Poema del Paraíso 23
El mito de Oannes 23
Poema del Diluvio 24
El poema de Gilgamos 26
El descenso de Istar a los infiernos 28

III.—El Mundo Babilónico 31

Los hijos de Jafet 32
La monarquía de los Asirios 33
Los pueblos del mundo asirio-babilónico. Los arameos 35
Los Hititas 36
Los Fenicios 36
Los Hebreos 38
Los Filistoos 40
El Imperio Asirio 41
El Imperio Caldeo 46

IV.—El primer imperio persa 49

Ciro el Grande 53
Zoroastro y su doctrina 56
Los sucesores de Ciro 58

V.—El antiguo Egipto 61

La historia mítica de Egipto 62
El Egipto histórico 63

Páginas

El Imperio Medio 67
El Nuevo Imperio 68
La reforma religiosa de Akenaton 68

VI.—Alejandro Magno en Oriente 75

Las guerras de Alejandro 76
Los lágidas y los seléucidas 80
Los romanos en Asia 81

VII.—El Cristianismo 85

Las Herejías 88
Los eremitas y la Iglesia de Egipto 90
El Imperio bizantino y la Persia sasánida 91
El zend-Avesta 92
El Maniqueismo 93
El comunismo persa de Mazdak 94
La cultura persa en la época sasánida 95

VIII.—La India hasta la invasión musulmana 97

Los Aryalndos 98
El Mahabharata 101
El Ramayana 105
El Brahmanismo 108
Los Vedas 109
Los reinos indos 110
El Jainismo 111
El Budismo 111
El Imperio Indo 115
El cristianismo y la escuela budista Mahayana 118
La reacción brahmánica 119
Una gran época literaria 120

IX.—El Islam 123

La Arabia y los árabes 124
Mahoma 127
El Corán y su doctrina 130
El Califato 134
Los cristianos pierden los Santos Lugares 136
Caída del Imperio Sasánida 138
Omar y sus sucesores 140
El cisma 144
Los Omeyas 145
Los Abbasidas 146
Los Bolyeidas 149
Las Cruzadas 150
Saladino 151
Las últimas Cruzadas 152

Páginas

X.—El Asia amarilla 155

La China. El mito de los orígenes 156
Cómo son los chinos 157
Los orígenes históricos 159
El filósofo Lao Tsé 161
La doctrina de Tao 162
Confucio el moralista 165
Los letrados chinos 168
Los estudios 168
La quema de los libros 170
La época Han 172
El Budismo en la China 174
Corea 176

XI.—El Gran Imperio de Gengis Kan 179

Mogoles, tártaros y turcos 179
El Tibet 182
Gengis Kan 184
A furore Tartarorum 187
Marco Polo 188
El Gran Tamerlán 194
El Imperio del Gran Mogol 196
El Imperio portugués en Asia 198
Las modernas misiones católicas 202

XII.—La decadencia de Oriente 207

El Asia moderna 208
El Imperio turco 208
El Egipto moderno 210
La Persia desde Tamerlán 211
Los países árabes 213

XIII.—La India moderna 215

La India brahmánica 215
Los Mahrattas 216
La penetración europea 217
La dominación inglesa 219

XIV.—La China hasta su derrumbamiento 221

Los Ming 221
La dinastía manchú 223

XV.—El Japón 227

El origen mítico de los japoneses 228
El Imperio 229
El Budismo 230
Período Fujiwara o Ile ianjo 231
La época feudal 232

Páginas

Guerra de los Taira y Minamoto 234
El sogunado y el período Kamakura 235
El Budismo japonés 237
La época Achikaga 239
S. Francisco Javier y el Cristianismo en el Japón 239
El gran Sogun Taikosama 241
La época de los Tokugawa 241
La reacción sintoista 243
Las agresiones europeas 244
La revolución de 1868 245
La sorpresa de Europa 246

XVI.—Indochina e Insulinda 249

Los reinos de Birmania 250
Siam y Cambodge 255
Tonkin, Annam, Conchinchina 257
Malaca y Malasia 259
Las Filipinas 260
Las modas orientales en Europa y la influencia japonesa 263

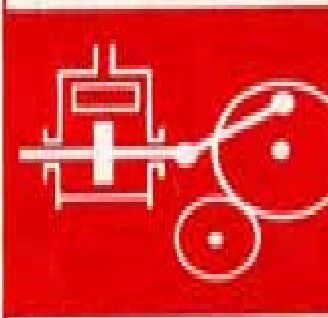
XVII.—Las dos guerras mundiales y el despertar de Asia 269

De 1914 a 1939 272
1945 281

FUNDACIÓN VICENTE RUIZ O
ALLARIZ

ESCUELA
CONTADA
SÁNCHEZ
BIBLIOTECA
CON

BIBLIOTECA
CONTADA
CON



ESCELICER

ESCELICER, S. A.

Precio: 75 pesetas